

Somos como esa isla que aparece y desaparece

Fátima Embark

Somos como esa isla que aparece y desaparece

Fátima Embark

Ilustraciones de Bea Gutiérrez

Para «This Song», de Conan Gray, porque si algo me inspiró a escribir este libro fue esa canción.

Y para Vir, mi soulmate, por seguir conmigo en ese viaje de ida llamado Destino. Escribir es un acto muy solitario, pero ella consigue que nunca me sienta sola.

Y para los canariones, porque molamos fleje.

Todos los personajes de esta historia son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Este libro contiene escenas de sexo explícito, amigos de la infancia que se quieren fleje y muchas palabrejas canarias.

Copyright © Fátima Embark, 2025
Título: Somos como esa isla que aparece y desaparece
Todos los derechos reservados.
No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de la autora.

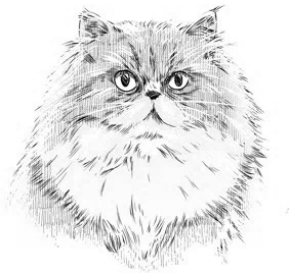
Queda expresamente prohibido el uso o reproducción total o parcial de este libro con el propósito de alimentar o entrenar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta e ilustración interior: Bea Gutiérrez (@begutirodart)
Corrección del texto: María Luisa Crespo
ISBN: 9798266230873

Este libro tiene lugar en Gran Canaria y contiene expresiones y vocabulario de las islas.

En Canarias usamos el pronombre «ustedes» en lugar del «vosotros», además de las formas verbales de esta segunda persona del plural.

Introducción de Virginia Cavanillas



Mi libro favorito de Fátima. Una historia llena de emoción, de sentimientos —correspondidos, no correspondidos, escondidos, gritados a voces—, de leyendas y de verdades dichas con una belleza tal que es imposible no sumergirse en sus aguas: las canarias y las metafóricas, ambas. Os vais a ahogar en su mar, en la corriente superpotente que son Airam y Nau, vais a ir donde os lleve la ola y no vais a querer tocar tierra hasta avistar su isla, su eternidad.

Creo firmemente que Fati necesitaba escribir sobre su tierra, tirar de raíces; o reencontrarse con alguna parte de ella que olvidó por el camino. O a lo mejor no. A lo mejor son chorradas mías y mi forma de buscar una explicación a esta especie de metamorfosis, a este cambio que quizá pueda parecer sutil, pero que sin embargo es gigantesco, magnífico. De verdad, este libro es una obra de arte, no le sobra ni le falta nada. Es original en su narración, tiene una prosa maravillosa pero sin caer en lo retórico, es sencillo pero bellísimo, escrito de forma directa pero desde las entrañas. Y en las entrañas lo sientes.

Con esta declaración incondicional de amor (a ella, a sus personajes, a la historia) no quiero quitarle valor a sus otros libros. Fátima tiene un talento increíble y un don para crear historias que no todo el mundo posee; pero sí me atrevo a afirmar que esta es su novela más personal y más sentida. Es un puñetazo al corazón y una

caricia en el alma. A la vez. Con apenas tiempo para coger aire entre una cosa y la otra, entre una página y la siguiente.

A mí no es fácil que esto me pase. Soy una lectora rarísima. Pero también es cierto que los *coming of age* LGTB, cuando están bien escritos, son mi debilidad. Creo que tienen una profundidad y una viscelaridad que me llegan a un nivel que otras cosas no. Quizá por mis experiencias de vida, quizá por mi forma de concebirla, en general, pero me transmiten muchísimo. Y *Somos esa isla que aparece y desaparece* es eso. Empieza siendo un *young adult* tierno y escrito con maestría; original en su planteamiento. Se convierte en un *coming of age* dulce pero amargo y termina con una relación adulta *friends to lovers* que te hace reír, llorar, sufrir y gritar. No decae. Ni un minuto decae. Y te lo da todo. Es un poco Anyta Sunday escribiendo *Rock*, *Nest* o *True Colors*. Es Nash Summers, Leta Blake o Suki Fleet. Es mierda de la buena, de la que te hace pasar la noche en vela y arrastrarte por el suelo al día siguiente sabiendo que no te arrepientes de nada porque has leído un libro que se te ha pegado al alma.



Índice

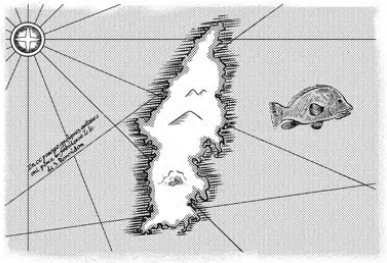
Capítulo 1
2. 9 años
Capítulo 3
4. 10 años
5. Isla de San Borondón
Capítulo 6
7. 11 años
8. 12 años
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
12. 13 años
Capítulo 13
14. 14 años
15. Gara y Jonay
16. 14 años
Capítulo 17
18. 15 años
19. 15 años
Capítulo 20
21. 16 años
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
27. 17 años
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
31. 18 años
Capítulo 32
33. 18 años

Capítulo 34
35. 19 años
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
40. 20 años
Capítulo 41
Capítulo 42
43. Tanausú
Capítulo 44
Capítulo 45
46. 22 años
47. 22 años
Capítulo 48
49. 22 años
Capítulo 50
Capítulo 51
52. 23 años
53. 23 años
54. 23 años
55. 23 años
56. 23 años
57. 23 años
Capítulo 58
59. 24 años
60. Casandra
Capítulo 61
62. 24 años
63. 24 años
64. 24 años
65. El diablo de Timanfaya
66. 24 años
67. 24 años
68. 24 años
69. 24 años
70. 24 años

71. Tibicena
Epílogo

Agradecimientos
Acerca de la autora
Otras obras de la autora
Otras obras de la autora
Otras obras de la autora (Soul Finder)
Otras obras de la autora (Winter Falls)

Capítulo 1



La primera vez que pisé tu casa fue para llevar a tu abuela. Tenía ocho años y mi madre me había pedido que fuera al súper porque no había café. Era el primer sábado de agosto, lo que significaba que era la romería del pueblo y, aunque era temprano, estaba todo lleno de gente. Había banderitas de colores colgadas entre las casas y olía a turrón, a tierra húmeda, a mierda de vaca y a un aroma que solo se podía identificar si vivías en Santa Brígida en esa época del año.

Me sentía grande, porque mi madre ya me dejaba salir a comprar, aunque era chico. Siempre se lo pedía a mi hermano Enzo, que ya tenía catorce, pero como pasaba mucho tiempo ayudando en el bar de mi familia ya no tenía tanto tiempo para hacer recados.

Ese año no te conocí, pero sí entré en tu casa por primera vez.

Me encontré a tu abuela cerca de la oficina de turismo, situada en el paseo de Guiniguada. Estaba ahí, en medio de la entrada del Parque Municipal, y me miró cuando fui a cruzar el paso de peatones. Tenía el pelo gris trenzado apoyado en el hombro derecho y dos horquillas a los lados le sujetaban los mechones rebeldes, como los llamaba ella. También llevaba una de esas chamarras de punto que se ponía siempre, fuera invierno o verano, y que le quedaban muy grandes. Parecía que lloraba. Tenía los ojos verdes brillantes y estaba perdida. Así que me acerqué a ella y le pregunté si necesitaba agua. Yo iba a ir al súper de todas formas.

—Lo estoy buscando —me dijo.

—¿El qué? —quise saber.

Pero tu abuela no contestó. Una lágrima se deslizó por su mejilla y a mí se me puso ese nudo extraño en la barriga que no me gustaba nada. Sus lágrimas se parecían a esas que le caían a mi madre cuando se quedaba mirando por la ventana hacia un lugar al que ninguno de nosotros podía llegar; ni siquiera mi padre podía, y era el más alto de todos. A veces pensaba que era un gigante de tan fuerte y grande que me parecía. Me aterraba la intensidad de la mirada de mi madre, el abandono al que se entregaba, y, por las noches, cuando pensaba en ello, me costaba dormir imaginando que ese sitio, estuviese donde estuviera, se la llevaría. Ese día, y los muchos otros que vinieron después, me pregunté si también se llevaría a tu abuela.

Tu abuela me llamó por tu nombre y se agachó para abrazarme. Olía a muchas cosas dulces que más tarde asociaría a ti. Han pasado los años, pero no he olvidado su olor ni la sensación de sentir la calidez de un abrazo. Mi madre nunca me daba ninguno, solo se abrazaba a sí misma cuando nadie la miraba o cuando mi padre salía para no ver cómo ella se perdía en ese lugar al otro lado de la ventana.

—No sé dónde estoy —dijo tu abuela, y el desgarro de su voz me hizo daño en el pecho, como esos pellizcos que me daba mi hermano Enzo cuando se enfadaba.

Un grito nos sobresaltó. Tu abuela se incorporó y me apretó fuerte la mano. Alcé la vista y me encontré con Rafa, el dueño de la barbería. Todo el mundo iba a su barbería cuando quería saber algo, así que intuí que conocía a tu abuela y no me equivoqué.

—Doña Sofía, ¿se encuentra bien? —se lo preguntaba a ella, pero era a mí a quien miraba.

—Yo solo iba al súper. No hay café —contesté.

Rafa miró raro a tu abuela. Más tarde entendería que la miraba con lástima. No me gusta la lástima, nada de nada. De eso también me daría cuenta más tarde, cuando mi madre se marchara y la gente del pueblo empezara a mirarme del mismo modo.

—Muchacho, vente p'acá. —Me hizo un gesto con la mano para que me acercara y se agachó para ponerse a mi altura—. Hazme el favor y alcanza a la doña a su casa, que tengo la barbería sola. Vive en la casa roja de dos plantas que está al *lao* de la carretera, en Calvo Sotelo. Son cinco minutos andando.

Miré hacia la dirección que me indicaba. Estaba allí mismo. Había visto la casita roja muchas veces, pero nunca me había fijado en ella. Quizá mamá se enfadaría, pero tu abuela tenía los ojos aguados y su mano temblorosa hacía que me doliera el corazón. No dejaba de pensar en mi madre y en ese sitio espantoso al que se iba.

—Vale.

—Pásate después y te doy pa que te compres chuches.

Sonreí y me animé un poco. Luego llevé a Sofía a la casa. Lloraba en silencio y yo no sabía qué decir. Nunca sabía qué decir cuando alguien lloraba.

—Ya no está perdida —le dije mientras mantenía su mano agarrada a la mía y andábamos por la diminuta acera pegada a la carretera.

Tu abuela recuperó el sentido del mundo nada más llegar a la casa.

«Mi abuela pierde el sentido del mundo», me decías alguna vez, cuando hablábamos de ella. Luego te sumías en tus pensamientos y yo me quedaba contigo, imaginando esos lugares a los que te ibas. No tenían nada que ver con ese que amenazaba a mi madre con engullirla. Los tuyos estaban llenos de aventuras, héroes y familia. No creo que te olvidaras nunca de ellos como sí hacía mamá con nosotros.

Tenías una familia fantástica y yo quería formar parte de ella.

Años después, mientras tú librabas batallas épicas, yo creaba un mundo a mi medida, uno lleno de ti, y me preguntaba si en tus aventuras me llevabas contigo, si era lo bastante importante para que lo hicieras.

La casa de tu abuela era de las más grandes que había visto nunca; también la más bonita. Estaba al lado de la carretera y la puerta estaba subiendo una cuesta. Tenía jardines con rosas blancas y una piscina enorme, y, cuando entrabas, te tenías que quitar las

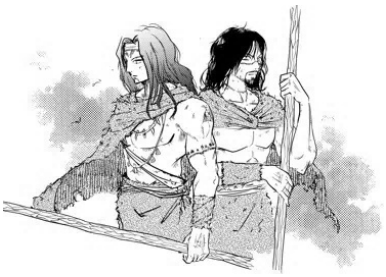
playeras para no manchar nada, como en las pelis que veía a veces. Todo era verde y estaba rodeado de pinos, y las vistas eran muy bonitas desde los ventanales del salón. Pero lo que más me gustaba era la piscina; si tocabas el agua, estaba más caliente que la que me ponía mamá para que me bañara.

Tu abuela me invitó a pasar y me hizo un bocadillo de Nocilla que me comí con un vaso de leche.

Un año después, te conocí.

Capítulo 2

9 años



Mi madre no está en casa y tengo hambre. Abro la nevera y miro la cesta vacía del pan. No sé si ha ido a comprar y tengo hambre, así que cojo un par de monedas de mi hucha y decido salir a comprar golosinas. Y pan. Solo por si acaso mamá se olvida.

Entro y salgo del súper con prisa, y estoy saliendo del estanco con una bolsa de pastillas de goma cuando el barbero me ve y me dice que los Martel me están buscando, que vaya a su casa. Pienso en las lágrimas de Sofía y la pastilla de goma se me atraganta. Toso y Rafa me da una palmadita. Luego decido ir sin preguntarle a mi madre, porque no está.

Me sujeto la bolsa con el pan en la muñeca y me voy comiendo unas cuantas gominolas por el camino. El resto me lo guardo en el bolsillo para más tarde.

Hay un niño cerca de la entrada, sentado en el pavimento bajo el sol, con un bocadillo sobre un plato de plástico y un batido de chocolate del tamaño de mi hucha.

—Hola —me saluda con la boca llena.

Tiene el pelo castaño claro revuelto y unos ojos rarísimos. Parecen verdes, pero también del color de la tierra cuando le da mucho el sol, con puntitos amarillentos. También tiene unas cuantas pecas en las mejillas, un hoyuelo en la barbilla y los labios más

grandes y rojos que los de la niña que se sienta delante de mí en el cole, la que siempre levanta la mano porque se lo sabe todo.

—¿Y tú quién eres? —le pregunto.

—¿No lo sabes? Yo sí sé quién eres. —Lo dice con tonito de sabelotodo, pero no me molesta porque está sonriendo y tiene la boca manchada de chocolate.

—¿Quién soy?

—Nauzet, el guía de la abuela.

—¿El guía? —pregunto.

—La traes de regreso al mundo cuando se le va el baifo. Eres su guía. ¿Quieres un cacho? —me dice cuando se lleva otro trozo de bocadillo a la boca.

La tripa me cruje. Las golosinas no han matado nada del hambre que tenía cuando salí a por pan.

—¿Es de Nocilla?

—Tiene un ingrediente secreto —explica y parte la mitad del bocadillo, haciendo que el chocolate se desborde por los lados. Se me hace la boca agua—. Siéntate, anda. Ahora entramos pa dentro.

La bolsa con el pan se estampa contra el suelo cuando me siento delante de él con las piernas cruzadas. Sonríe y me pasa el bocadillo. Miro el chocolate que se desborda y no parece más que Nocilla.

—¿Qué tiene de secreto?

—Pruébalo y ya verás.

Le doy un mordisco pequeño, solo por si acaso. Es Nocilla, pero no lo es. Sabe un poco más intenso, menos dulce, más… espeso. Le doy un mordisco para coger mejor el sabor.

Él se ríe y arrastra el vaso hacia mí.

—Anda, bebe, que te vas a enyugar.

Le doy un buen trago y termino de saborear el bocadillo.

—¿Qué tiene?

—Un cocinero nunca cuenta su secreto. Voy a ser cocinero, ¿sabes? Seré el más grande. Y haré cosas muy dulces y muy ricas.

—Lo salado también está rico.

—Ya, pero lo dulce mola más. Ah, y soy Airam, el nieto de Sofía —dice como si se hubiera dado cuenta de que no se había

presentado.

Lo miro con curiosidad.

—Tu abuela me llamó Airam a mí.

—Ya, a veces también llama así a mi padre, y eso que mide tres metros más que yo.

—¿Tres metros?

Su risa se parece a la del gato que suele maullar desde la entrada del bar para que le demos comida.

—Es una broma, tolete. Te lo crees todo.

Nos terminamos los bocadillos y compartimos lo que queda de batido. Luego, Airam me pide que lo siga. Es más bajo que yo, al menos unos diez centímetros, pero es más rápido. Enseguida corre a su casa, vaso en mano, y yo hago lo que puedo por seguirlo sin tropezar.

—Chacho, Airam, ¿qué te dije de correr con el vaso? Si te caes y te cortas te la llevas, ¿eh? —lo regaña una mujer con un moño y unos ojos tan raros como los de Airam—. Ños, ¿no llevas ni cinco minutos en el pueblo y ya hiciste un amigo?

—Es Nau, el guía de la abuela.

A partir de ahí, siento que me mareo un poco. Los padres de Airam me dicen que se llaman Daniela y Tomás, y cosas como que soy un buen niño y que están muy agradecidos y que si quiero quedarme a cenar y si mis padres saben que estoy aquí. Cuando les digo que no, se preocupan mucho y me preguntan por dónde vivo. Es la romería del pueblo y no quieren que vuelva solo a casa porque hay mucha gente y me puedo perder.

Sofía me da un abrazo y me pide que venga a verla, que su familia volverá mañana a Las Palmas y le hará bien tener compañía. Entonces veo a la niña. Tiene un moño parecido al de la madre y no se parece en nada a Airam, también es más chica que nosotros dos. Su pelo es más oscuro, al igual que sus ojos, casi negros. Se coloca delante de mí y me da un abrazo.

—Gracias por cuidar a la abuela.

Yo me quedo quieto. Nunca me había abrazado una niña y es muy raro. Arrugo un poco la nariz y, por el rabillo del ojo, veo que

Airam se ríe. Le saco la lengua y él se pone los dedos en la nariz para hacerme muecas raras.

Luego, Daniela me dice que me acompaña.

Estamos poniéndonos las playeras cuando él sale corriendo y me pregunta:

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve.

—¡Ja! Eres un machango. Tengo uno más que tú.

—Eh, no seas maleducado —lo regaña su madre cuando salimos por la puerta de hierro negra.

No ve la mueca que me dedica antes de perderlo de vista cuesta abajo.

—No le hagas caso, mi niño. Hoy es su cumpleaños.

—¿El día de la romería?

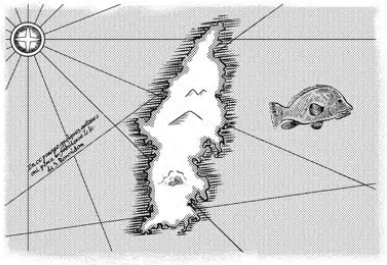
Ese año había caído un cinco de agosto, pero no era el mismo día siempre, así que me anoto la fecha en la cabeza hasta llegar a casa y apuntarlo en uno de mis pósits de colores, como hago con todo lo importante.

Ella sonríe.

—Este año coincidió.

No vuelvo a ver a los Martel hasta principios del año siguiente, y después de eso, Airam tarda un fleje de meses en dirigirme la palabra.

Capítulo 3



No fue la única vez que me encontré a tu abuela en ese sitio. Al parecer, allí quedaba con tu abuelo cuando se conocieron. «Reminiscencias del pasado», así lo llamaba ella. Luego se sacaba una foto del bolsillo y la miraba. Creí que era tu abuelo, pero resultó que no lo era. No sabía quién era ese hombre vestido con traje oscuro y tú tampoco, y ella no te contestaba cuando le preguntabas por él.

A veces tu abuela recuperaba el sentido del mundo cuando llegábamos a tu casa, y otras tenía que quedarme con ella y llamar al teléfono que había pegado en la nevera con un imán. Era de tu casa de Las Palmas, donde vivían entonces. Hablaba con tu madre o con tu padre y ellos me pedían que, por favor, me quedara hasta que llegaran. Luego me invitaban a cenar y me acompañaban a casa, porque yo era chico y no estaba bien que volviera solo. Daban igual las veces que les dijera que a mi familia eso no le importaba.

La enfermedad de Sofía era conocida en el pueblo y en aquella época todo sucedía demasiado deprisa, incluso dentro de mi casa.

Mi madre se pasaba mucho tiempo en la ventana, mi padre trabajaba mucho más y mi hermano Enzo dejó de ser mi hermano. Antes me hablaba, después solo me decía que cuidara de su perro. No era solo *su* perro, también era el mío, pero si se lo decía se las arreglaba para que no lo tocara, así que me callaba. Además, desde que Enzo trabajaba en el bar de papá solo tenía tiempo de sacarlo

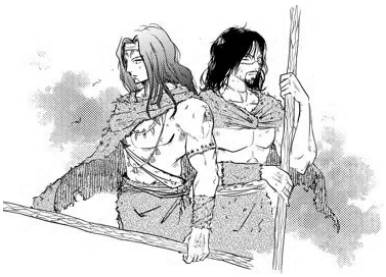
cuando iba a correr a primera hora de la mañana, y el perro se aburría mucho si lo dejaba en la parte trasera del bar.

Me gustaba pasearlo. Se llamaba Tibi y era un pastor garafiano que mi tío nos había traído de su último viaje a La Palma. Tenía la apariencia de un lobo, con el pelo largo y leonado del color de la arena de la playa donde vivías en Las Palmas, y unos ojos castaños tan claros y brillantes que parecían amarillos. Pero lo mejor era su boca, tan rara que asustaba a la gente; parecía que te iba a morder, pero en realidad quería sonreír. Cuando se sentaba, parecía que era él quien te daba órdenes y no al revés. «Majestuoso», lo había llamado tu abuela, admirando su larga cola y la suavidad de su pelo. Se encariñó con él enseguida y le prometí que lo llevaría cada día cuando lo sacara a pasear.

Tu abuela me contaba cuentos y leyendas canarias cada vez que iba a verla; también me hablaba de ti y de tu hermana, y de cómo era la vida de ustedes en Las Palmas. Si le preguntaba que cuándo ibas a venir al pueblo, ella me decía que pronto. Después, me pasaba la noche pensando en cuánto era «pronto». Cuánto.

Capítulo 4

10 años



El sábado por la mañana mi hermano me pide que saque a Tibi porque él no puede, así que decido aprovechar el paseo para pasarme a saludar a Sofía. Tengo los bolsillos llenos de pastillas de goma que quiero compartir con ella. Le gustan mucho, aunque me pide que le guarde el secreto porque su hijo piensa que el azúcar es como uno de esos monstruos de las leyendas que me cuenta, de los que se meten dentro de ti y te hacen papilla por dentro.

No espero ver a los Martel cuando llego. Hay maletas y cajas por toda la entrada, y también hay gritos. Que si Airam por aquí, que si Airam por allá. No me doy cuenta de que he entrado sin pedir permiso hasta que tengo a la niña delante, con sus dos coletas y esos ojos oscuros que me ponen nervioso porque parecen leerme. Me pregunto si ella también vive dentro de una de las leyendas de Sofía.

—Me llamo Gara —me dice—, me viste una vez.

—¿Como Gara y Jonay?

—¿Te sabes la historia?

—Sofía no quiso contármela porque todavía soy chico.

—A mí tampoco.

—Anda, mi niño. Estás aquí. Entra pa dentro, venga —me dice Daniela y me hace pasar a la sala.

Ahí está Sofía, y está Tomás, y está Airam. Tiene los ojos rojos y los brazos cruzados. La mirada que me echa me pone nervioso. Sus padres le dicen algo, Sofía me pide que entre a Tibi y todos lo acarician menos Airam, que sube al piso superior dando pisotones de los fuertes.

Me paso la tarde con ellos. Ayudo a Gara a colocar su habitación y Tomás se pasa por el bar de mi familia para preguntar si me puedo quedar a cenar con ellos, que luego me llevarán a casa. Cenamos en el jardín, junto a la piscina, y Sofía nos cuenta la historia de la isla de San Borondón. Ellos ya la han escuchado, pero yo no y me paso días pensando en ese lugar que aparece y desaparece, deseando encontrarlo, deseando saber si existe algún lugar así, deseando vivir en él. Ser invisible y visible.

Airam no me dirige la palabra en lo que resta de año, ni siquiera cuando empezamos a ir al mismo colegio; él a un curso superior. Intento hablarle, pero lo único que hace es negar o asentir, y me trata como si fuese un pecado dirigirse a mí.

—¿Qué le hice?

—Está *amulao* porque eres el guía de la abuela y nos tuvimos que mudar —me explica Gara cuando llego una tarde a la casa de su abuela, que ahora es su nueva casa, y él se marcha nada más verme —. A él no le gusta el pueblo.

Asiento, pero no lo entiendo. No es mi culpa que Sofía se pierda. Yo solo quiero que deje de estar perdida.

En el cole es peor. Gara y yo ni siquiera existimos. Ella tiene un año menos que yo y le cuesta hacer amigas, porque todos se conocen y ella es la pija de Las Palmas a la que miran a veces raro y otras con la boca abierta, como si fuese el fantasma de Casandra, y yo nunca he tenido amigos por culpa de Enzo, que asusta a todo el mundo. Así que nos juntamos en los recreos. Jugamos al escondite o repetimos las historias que nos cuenta Sofía mientras vemos cómo Airam se hace amigo de todos sin esfuerzo. Es como si fuera un imán que tirara de los niños hacia él. Ellos le hablan, le siguen las bromas y bailan a su mismo ritmo; al menos al principio. Es un héroe, como esos que se dibuja en los brazos cuando no está haciendo nada. A veces me siento a su lado para ver cómo lo hace.

Otras me coge el brazo y pinta sobre mi piel o me da los rotuladores para que yo lo haga.

Nunca me dice nada. Habla, pero no a mí. Y es raro y frustrante y me enfada y me pone triste, todo a la vez.

Se me quita el enfado las veces en las que voy a su casa y hace sus recetas especiales, dejando un plato a mi lado. Sabe hacer muchas comidas, pero mi favorita es el bocadillo especial de Nocilla y él lo sabe. Hay días en los que espera a que a me vaya con Tibi para salir corriendo y dármelo. En esas ocasiones tampoco me habla, pero sí se agacha para acariciar al perro. Y yo solo puedo pensar en cuánto tiempo pasará hasta que me vuelva a hablar o si no lo hará nunca, si me importa realmente.

Hablar sin hablar con él tampoco está tan mal. Creo que el silencio de Airam es mejor que cualquier conversación del mundo, aunque no entienda bien lo que significa.

—¿Quieres que nos casemos? —me pregunta Gara cuando llega el día de la romería mientras nos vestimos con las ropas tradicionales.

Ella va con una camisa blanca de lino, falda de rayas verticales de colores con un corpiño rojo, enaguas, medias blancas y zapatos marrones. Ese día también se pone mantilla y sombrero, aunque siempre se lo quita cuando le da calor. Las mujeres llevan casi siempre tanta ropa que, cuando las veo bailar las isas y las folías, no entiendo cómo pueden moverse tanto. Daniela y Sofía visten trajes similares al de Gara, mientras que Airam, Tomás y yo llevamos las ropas más sencillas de hombre: pantalones oscuros, camisa de botones blanca, chaleco, fajín, gorro y zapatos.

Los Martel van con una carreta tradicional que representa a su calle y que se llama San Borondón, como la isla de la leyenda, y me dicen que puedo subir a Tibi en ella hasta que mi hermano termine de trabajar.

No me da tiempo de responderle, porque Airam aparece y se mete en medio, quitándome de las manos el fajín que intentaba ponerme.

—Lo estás haciendo mal, machango. Y no puedes casarte con él —le dice a Gara.

El corazón me late deprisa porque me está hablando. ¿Me está hablando a mí? Después de fleje de meses me está hablando y yo quiero saltar y gritar y ponerme a dar vueltas con Tibi por la casa. Así de contento estoy, tanto que no me entero de nada más ni me quejo por que me llame así.

—¿Por qué no podemos casarnos? —protesta Gara—. Yo quiero casarme con él.

—Te casas con Cristian. Dijiste que te gustaba.

—Pero Nau es más guapo. Y Cristian no me gusta.

—Nau es un guerrero valeroso. No puedes casarte con él. Eres una chica.

—Yo también soy una guerrera valerosa. La abuela dice que las chicas también pueden serlo.

—Tú no —replica Airam.

—¿Por qué no?

—Pues porque eres mi hermana. Ya soy yo héroe y valeroso por ti. Nau me ayudará. Es más chico, pero tiene los brazos fuertes, ¿lo ves? —dice y me levanta los brazos para enseñárselos a su hermana.

—¿De verdad no vamos a casarnos?

Gara tiene los ojos llenos de lágrimas y Airam me mira como si esperara una respuesta que podría cambiarlo todo.

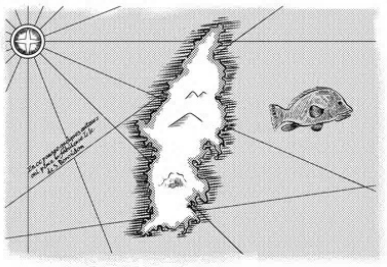
—Yo… quiero ser fuerte —contesto.

—¿Ves? ¿Qué te dije? —inquiere Airam.

Y entonces Gara se va. El cabreo le dura toda la noche, pero se le olvida cuando hace una amiga, y otra, y otra. Él sigue sin hablarme, porque es un morrudo, como dice su abuela, pero a veces juega conmigo en el recreo y deja de lado a sus nuevos amigos; incluso me pinta héroes en los brazos y me cuesta mucho no sonreír cuando lo hace. En esa época deja de dolerme el pecho cuando mamá se va. Me sigue doliendo, pero de felicidad.

Capítulo 5

Isla de San Borondón



—Había una isla, chiquita, bonita y muy tímida —empezó a narrar tu abuela una noche de verano, un año después de que se mudaran—. Aparecía y desaparecía según le convenía. Lo hacía para protegerse de las miradas ajenas. Se protegía de aquellos que querían hacerle daño.

—¿Puedes hacerle daño a una isla? —quise saber—. Es más grande que una persona.

—Y tiene muchas rocas —añadió Gara.

—Puedes hacerle daño a cualquier ser vivo, y una isla está tan viva como ustedes, niños. El tamaño no tiene nada que ver. No importa nada.

—Pero esconderse no siempre funciona —dijiste tú—. Cuando juegas al escondite, al final siempre te encuentran.

—Pero esta isla es especial, ya se lo dije. Ella tenía el poder de decidir si quería que otros la vieran. Podían pasar muchos años, siglos enteros, hasta que se dejara ver de nuevo. La última vez que apareció en un mapa fue en 1755, y lo hizo para permitir la entrada a dos náufragos perdidos. Después desapareció. Hoy se cuentan muchas leyendas sobre ella, muchísimas, pero nadie sabe qué es verdad y qué no.

—¿Y qué pasó con los náufragos? —intervine. Me gustaba mucho la idea de una isla que apareciera y desapareciera a placer.

—¿Estaban enamorados? —preguntó Gara.

—Eran héroes guanches, por eso la isla dejó que entraran. ¿A que sí, abuela? —dijiste tú.

—Pero los héroes no se enamoran —te corrigió tu hermana, recordándote tus palabras.

—Todo el mundo se enamora, boba.

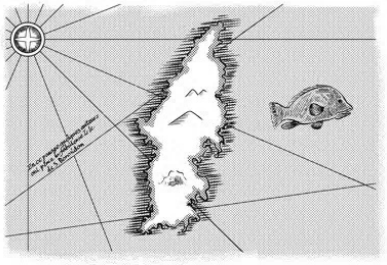
—Eres un *enterao* —dijo ella y se cruzó de brazos dispuesta a ignorarte.

Me miraste y yo sonreí; a continuación, los dos desviamos la vista a nuestros brazos llenos de héroes de colores.

—¿Qué pasó con los náufragos? —repitió Gara mi pregunta.

—Nadie lo sabe. Dicen que la isla se esconde en el mar. Quizá el secreto de los náufragos esté esparcido por las olas. La cuestión es que, mientras estaban en esa isla, se encontraban a salvo.

Capítulo 6



—Mi abuelo perdió la cabeza antes de morir —me dijiste una noche en la que me quedé en tu casa a dormir.

Siempre dormíamos juntos, arrebujados entre las sábanas, aunque Gara pataleara y se enfadara. A veces, dejábamos que se quedara en tu cama y nosotros cogíamos mantas y cojines y nos acostábamos en el suelo, cuchicheando mientras ella hablaba como si le prestáramos atención.

—¿Quieres decir que se le iba el baifo como le pasa a tu abuela? —te pregunté bajito, porque no quería que Sofía o alguien de tu familia me escuchara y no me dejaran quedarme nunca más contigo.

Me gustaba estar ahí, mucho más que en mi casa. Tanto que a veces cerraba los ojos y deseaba con todas mis fuerzas tener tu apellido y parecerme a ti. Ser hermanos. Luego te imaginaba como Enzo y dejaba de gustarme la idea. Ser hermanos no era tan guay como ser amigos, y tú y yo éramos más. Lo éramos todo, aunque no tenía ni idea de lo que significaba ese «todo».

Tus padres nos habían dado permiso para tener la luz de la mesita encendida y dibujabas héroes en nuestros brazos para alejar a la oscuridad y a los monstruos de la noche, y yo me reía porque me hacías cosquillas.

—Así se lo escuché decir a papá. «Mi padre ha perdido la cabeza, Dani». Le pregunté a la profesora de Lengua, porque era la mejor, y ella me habló de otras cosas que no tenían que ver con la cabeza del

abuelo. Creo que intentaba animarme. Creo que a los abuelos se les va la cabeza cuando cumplen muchos años porque la tienen llena de cosas y estallan como esas granadas cuando les quitas el anillo y se activan.

Seguiste dibujando y a mí me dolía la barriga de pensar en una granada dentro de la cabeza de Sofía. No quería que se le fuera la cabeza a ninguna parte.

—No sé a dónde se va la abuela, pero me alegra que estuvieras con ella cuando se perdía. Me gusta pensar que hay ángeles o algo por el estilo, y que te abren puertas hacia un mundo mejor, con héroes que te protegen de las cosas malas.

No dije nada. Solo podía pensar en tu abuela acariciando a Tibi, y en que no parecía querer irse a ninguna parte como sí le pasaba a mi madre. También pensaba en quién sería el hombre de la foto que tanto miraba.

—Eh, machango, ¿me estás escuchando? —me preguntaste.

Asentí con un gesto y te miré.

—¿No dices nada?

—Estaba pensando en la foto de tu abuela. ¿Quién crees que es?

Te encogiste de hombros.

—No lo sé. Mis padres tampoco lo saben y la abuela no habla de eso.

—¿Crees que es un amor prohibido? Le pregunté a mi madre y me dijo que a veces escondes secretos que no quieres que otros sepan y que podía ser un amor prohibido.

—La abuela quería al abuelo, y no es el de la foto.

—A lo mejor por eso está triste y se le va el baifo —comenté.

Me miraste. Terminaste de hacer el dibujo y no hablamos más sobre eso. Creo que no querías saberlo, nunca quisiste, por eso no te dije nada, aunque siguiera indagando. Quería descubrir quién era ese hombre, por qué llevaba tu abuela la foto cada vez que salía de casa y por qué se le aguaban los ojos cuando le preguntaba. Sabía que significaba algo y quería mucho a tu abuela. Yo no tenía abuelos. Los padres de mi padre estaban muertos y los de mi madre no me querían. Pero Sofía sí, y yo sentía que ella era un poco como mi abuela.

Pensé en esos ángeles de los que hablabas y yo también deseé que existieran. Era la época en la que dejaste de ser tan guay en el cole y algunos niños más grandes empezaron a meterse contigo. Eras diferente y demasiado listo, y a veces te pegaban y no me contabas nada porque decías que eras valiente y que no necesitabas que nadie te defendiera. Tonterías.

Cuando apagamos la luz y solo se oía el ruido de nuestras respiraciones, me preguntaste:

—¿En qué estás pensando?

—¿Por qué crees que pienso en algo?

—Porque siempre piensas en algo, machango.

—No me llames así. —Te di un codazo. La verdad era que me encantaba que lo hicieras y tú lo sabías.

Te reíste.

—Dímelo, venga.

—Pensaba en los ángeles que protegen a tu abuela —te confesé, un poco avergonzado.

—¿Y eso?

—Me gustaría ser un ángel y llevarte a algún sitio en el que nadie pueda hacerte daño. Y es una mierda, porque eres tú quien me protege. Me gustaría ser yo, por una vez.

Te apretujaste contra mí; percibí tu aliento a pasta de dientes y ese otro olor a algo muy dulce que siempre te acompañaba, parecido a la miel de palma o al bienmesabe que te salía tan rico.

—Ya estoy en un lugar seguro. Cualquier lugar en el que estés tú es mi sitio seguro. Por eso agosto es mi mes favorito. Fue cuando te conocí.

—También era tu cumpleaños —añadí.

—Y la romería del pueblo.

—Prométeme algo —te pedí, girándome para mirarte. La ventana estaba medio abierta y la escasa luz del exterior me permitía ver tus pecas y tu hoyuelo pronunciado.

—Te lo prometo.

Te empujé el hombro.

—Espera a que te lo pida, tonto.

—Sabes que voy a decirte que sí.

Sí, lo sabía, y eso también me encantaba.

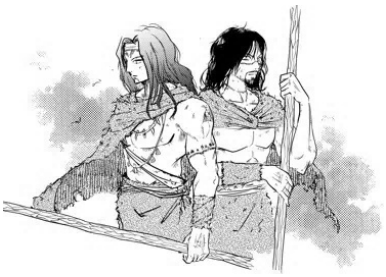
—Prométeme que siempre volverás en agosto, pase lo que pase. Me gustaría que la romería fuese nuestro día, siempre.

—Sí. Sí. Sí. —Esa fue tu respuesta.

Me reí. Tú también te reíste. Luego nos acurrucamos y hablamos de tonterías hasta que te dormiste o me dormí. Qué más da. Estábamos en nuestra isla y acabábamos de desaparecer para el mundo.

Capítulo 7

11 años



—Vente pa la romería con nosotros —me dice Daniela cuando me paso a saludar esa mañana con Tibi, como ya es costumbre. A Enzo no le gusta que lo lleve a casa de los Martel, pero no le hago caso.

—Tenemos carreta —me informa Gara—. Y hay comida, refrescos y chuches.

Se me hace la boca agua. Me gusta estar con ellos, con todos, incluso con el Airam que no me dirige la palabra. Su silencio es gracioso, porque aprieta la boca como si le costara mucho no hablar. Yo sé que tiene fleje de ganas.

—¿Quieres que te deje un traje de Airam o vas a por el tuyo? —me pregunta Daniela—. Aunque tú eres más grande y él ha pegado el estirón.

Cierto. Ahora Airam es casi tan alto como yo. Gara no deja de decirle que si sigue creciendo llegará a la luna.

—Cojo el mío —digo mientras Tibi olisquea la mano de Sofía y se sienta a sus pies.

—Venga, Airam va contigo para que te vistas y así se lo dicen a tus padres.

Asentimos. Airam se pone el traje y sale conmigo. Y entonces me empieza a hablar. De sus recetas, del cole, de los héroes de las leyendas y otras cosas que se le ocurren. Me sorprendo tanto que se me cae la correa; él la coge y pasea a mi perro mientras

atravesamos el pueblo hacia la calle Nueva, donde nos mudamos hace unos años para estar cerca del bar. Y sigue hablando cuando me cuenta que se va a hacer un *piercing* en la oreja; lo ha pedido por su cumple, que es pasado mañana.

—No es como tu casa —le explico cuando nos detenemos delante de la puerta y él eleva la vista para ver dónde vivo.

Me gusta mi casa; un dúplex de dos plantas, bonito, con balcones llenos de macetas y flores que cuida mi madre, pero no se parece en nada a la casa de los Martel.

—No es mi casa —me corrige—, es de mi abuela. Mi casa está en Las Palmas. También tiene dos plantas y una azotea fleje de grande, y si te asomas se ve la playa. Subo todos los días y, cuando se ve La Barra, me pongo el bañador y bajo para nadar hasta allí.

—Nunca me he bañado en Las Canteras. Solo la he visto de lejos cuando vamos al cine de Las Arenas o cuando mamá tiene cita en algún médico importante. Mis padres nos llevaban a la playa de Agaete. También fuimos una vez a Playa del Inglés y nos quedamos en un apartamento, pero no me acuerdo. Tenía tres años y solo tengo fotos.

—Puedes venir un día —me propone—. Te puedes quedar en mi habitación, si quieres. O podemos quedarnos en la azotea. Tiene toldo por una parte y hay una cama que mamá tapa con un plástico para que no se llene de polvo. También tenemos una piscina desmontable, pero solo la usa Gara porque no le gustan ni agua salada ni la arena. Es rara.

—La arena no es gran cosa. Es bastante fea, la verdad.

—Pero ¿qué dices? La arena es bonita, sobre todo cuando es temprano y todavía no la ha pisado nadie. Si te asomas a la barandilla, puedes ver a las palomas y a las gaviotas, y no quema nada cuando no hay mucho sol. Y si caminas un poco por la avenida, hay un señor que hace esculturas y son una pasada.

—La arena de la playa de Agaete es negra y hay muchas piedras, y se ven las montañas.

—No he estado en la de Agaete. La playa de verdad es la mía.

—No es tuya, *enterao*. Es de todo el mundo.

—Es más mía que tuya, que no has estado.

No le digo nada. No sé si se ha dado cuenta de que me ha vuelto a hablar y me da miedo que deje de hacerlo. Dejamos las playeras en la entrada y atravesamos el pasillo para ir a la cocina. Estamos solos. Airam se fija en las fotos y me va preguntando quién es este y quién es aquel, y cómo se llaman mis padres. Dácil y José, así se llaman. A mi hermano lo conoce de vista, porque todo el mundo conoce a Enzo. También me pregunta por mi cumpleaños. «El quince de marzo», le digo, y él saca un boli del bolsillo y se lo apunta en la muñeca. Me dice que así no se olvidará nunca, porque lo llevará marcado en la piel.

—¿Dónde están tus padres? —me pregunta mientras le pongo comida a Tibi y le lleno el cuenco de agua.

—Mi padre y Enzo están en el bar. Hoy hay mucho trabajo por la romería. Y creo que mi madre está también ahí; a veces los ayuda. Ahora les preguntamos si puedo ir con ustedes.

—Enséñame tu habitación.

Pasamos por delante del salón y le señalo la ventana de la derecha, la que tiene el banco alto donde se sienta mamá.

—Esa es la ventana de mi madre.

—¿Su ventana?

—Siempre se sienta ahí. No sé a dónde mira, pero creo que es a otro mundo, como esos de los cuentos de tu abuela.

—Las leyendas de mi abuela son de este mundo, pero de otra época —me explica—. Los dinosaurios también eran de este mundo, pero de hace muchos millones de años.

—Tú me entiendes.

—No te entiendo si te explicas fatal —replica él y se rasca la barbilla, cerca del hoyuelo.

—No seas jodelón. ¿Siempre quieres tener la razón o qué?

—No siempre, solo cuando la tengo.

Resoplo y subimos a mi habitación.

—¿No pones pósteres? —me pregunta mientras me cambio de ropa y él se pone a leer los títulos de los libros que tengo en la estantería, todos de fantasía porque es lo único que me gusta leer—. Las paredes sin ellos parecen las dunas de Maspalomas.

—No sabría qué poner.

—¿No te gusta ningún grupo de música? ¿Los dragones? A mí me gustan los dragones.

Me encojo de hombros.

—¿Los videojuegos? ¿Tienes consola?

—Sí, pero casi siempre la usa mi hermano, que tiene tele en su cuarto. Los domingos jugamos una partida al Mario Kart en el salón y el que gana se la queda toda la semana.

—¿No ganas nunca?

—¿Por qué crees que no gano? —inquiero cuando termino de colocarme la camisa por dentro de los pantalones.

Él me dedica una mirada intensa, de esas que consiguen sacarme la verdad. No digo nada, pero me pongo un poco rojo. Luego se dedica a toquetear mi escritorio. Lee algunos de los pósits de colores que guardo en una taza que me regaló mi hermano por mi séptimo cumpleaños, cuando aún lo obligaban a regalarme cosas, y que guardo para recordarme que es un capullo pero que sigue siendo mi hermano, aunque preferiría que no lo fuera. También se pone a leer la libreta con los cuentos y leyendas que me ha contado su abuela, pero escritos a mi manera.

—¿Quieres ser escritor?

—Son los cuentos de tu abuela. Los escribo para que no se me olviden.

—¿Escribes todo lo que no quieres que se te olvide?

—Más o menos.

Frunce el ceño al leer uno de ellos.

—No se parecen mucho a los de mi abuela.

—Me gusta darles mi toque.

—Entonces sí quieres ser escritor —insiste.

—Que no, *pesao*.

Me giro para ver cómo encuentra un pósit pegado a la libreta que debería haber tirado.

—¿Bocadillo de Nocilla especial?

—No quería que se me olvidara preguntarte por el ingrediente especial. —Me sonrojo, aunque intento que no se me note mientras me peleo con el fajín—. Está rico.

—O sea, que es más importante mi bocadillo que yo.

—A ti no te voy a olvidar.

Nos miramos. Sus pecas se enfatizan cuando se le enciende la cara. El sol pega fuerte y el pelo castaño le brilla cuando se coloca delante de la ventana y me da un tortazo suave en las manos para quitarme el fajín.

—Así no, machango.

Me pongo nervioso y no sé por qué. Es raro tener amigos en casa, aunque no sé si es amigo un niño que lleva casi dos años sin hablarme.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —le digo.

Sus ojos del color de las tierras de los cuentos me miran con curiosidad cuando levanta la vista de la tela. Me cuesta respirar de lo mucho que me aprieta.

—Nunca preguntes cuando quieras preguntar. Pregunta y ya está.

Arrugo el ceño.

—¿Por qué me dejaste de hablar?

—Porque eres un *jodío* machango y soy mayor que tú.

—Venga ya. —Intento soltarme, pero él me aprieta más para hacer el nudo.

No me contesta hasta que no termina de colocármelo.

—Odio vivir aquí —me confiesa bajito.

—¿En el pueblo? ¿Por qué?

—Porque es un rollo. No está la playa ni están mis amigos, y es como la casa de Hansel y Grettell donde la bruja alimenta a los niños para comérselos después.

—Pero esto es un pueblo, no una casa.

—Pues me siento como si fuera una casa muy chica —confiesa Airam y los ojos le brillan un poco—. Quiero volver a mi casa de verdad, con mis amigos.

—No es mi culpa.

—Sí lo es, por ser el guía de mi abuela y llamar a mis padres por teléfono. Si no te metieras en mi vida, no estaría aquí.

—Pero tu abuela llora lo más grande cuando se pierde.

—¡No es culpa mía!

Se dirige a la puerta, rojo como un tomate, y se estampa con Enzo, que entra sudado y con la ropa manchada.

—¿Quién cojones eres tú?

—Es Airam, es el hijo de los Martel.

Mi hermano se lo queda mirando antes de rodearlo y meterse en su habitación dando un portazo, no sin antes decirme que baje al bar, que papá y mamá me están buscando.

—Enzo es tonto, no le hagas caso.

—¿Más que tú?

No le contesto. Sigo amulado cuando salimos hacia el bar de mi familia. Ahora soy yo quién pasa de hablarle. Hay romeros por todas partes, vestidos con sus trajes tradicionales y tocando el timple, las chácaras o las hueseras mientras dan saltitos de acá para allá. Las calles están decoradas con banderitas que ondean al aire y ya se ven algunas de las carretas adornadas con flores y frutas, algunas arrastradas por vacas que se preparan para la ofrenda de la tarde. Airam se arrima a mí, o quizá soy yo quien se arrima a él. Nos miramos y los dos giramos el cuello al otro lado, pero seguimos juntos y siento una cosa tan rara en la tripa cuando me agarra del borde del fajín que hasta se me pasa el enfado.

Mi madre está en la cocina cuando llegamos. Mi padre sirve en la barra y hay un camarero más, porque es día de romería y tienen más trabajo.

Mis padres saludan a Airam con curiosidad y aun sin estar del todo convencidos nos dicen que, si alguno de sus padres se pasa por el bar, me darán permiso para quedarme con ellos durante la fiesta, y también a dormir, que era la segunda pregunta.

Salimos zumbando hacia la casa de los Martel.

—¡Machango el último! —suelta Airam, corriendo como si no hubiera un mañana.

Siempre gana él, así que me toca ser un machango de por vida. No me importa, la verdad. Me gusta que me llame así, casi tanto como llamarlo «Iram». Soy el único que lo hace.

Ese día se convierte en mi favorito del mundo, no solo porque tenemos carreta para nosotros con mucha comida y los Martel me

tratan como a uno más, sino porque Airam me vuelve a hablar y me enseña su secreto para dejar de estar triste.

Lo hace cuando Gara se entretiene jugando con las niñas. Airam me da la mano y corremos hacia el mirador, situado junto a la iglesia. Allí nos sentamos y saca dos rotuladores de colores del bolsillo. Se pasa un buen rato con el brazo extendido, apoyado en mi rodilla para que lo vea bien, dibujando héroes de formas extrañas, palos cruzados, círculos, cuadrados y caras amorfas. No es la primera vez que lo veo hacerlo, pero esta vez sí me habla de ellos; de lo valientes que son y de cómo se te pega la valentía cuando los llevas en la piel. Luego dejo que dibuje en mí y hasta me atrevo a hacerle alguno en el otro brazo. Es fácil, ninguno de los dos sabe dibujar, pero lo intentamos.

—¿Vas a dejar de hablarme otra vez? —le pregunto esa noche, una vez nos duchamos para quitarnos los olores que llevamos encima y nos metemos en la cama.

La luz de la fiesta, los voladores y el ruido de la verbena se cuelan a través de la ventana, y eso que está cerrada y la persiana media echada.

Airam se revuelve y se gira. Está oscuro y apenas nos vemos, pero nuestras narices se rozan y nuestros brazos están apretujados.

No sé quién se ríe más fuerte, si él o yo.

—Nunca más.

—¿Es una promesa?

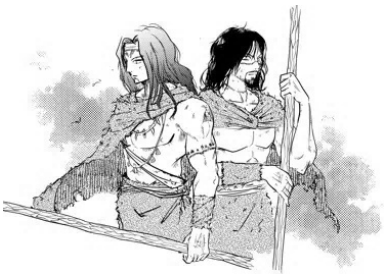
—Es la verdad.

El tiempo cambia, los días transcurren y nos hacemos amigos, los tres, pero casi siempre somos él y yo escapando de una Gara que cada vez está más cambiada, más niña, menos guerrera y más presumida. Se echa novio, lo deja a la semana. Airam se pelea con él porque debe defender a su hermana y yo me tengo que meter porque soy el más fuerte, aunque finjamos que siempre pierdo.

Al año siguiente, me llevan por primera vez a la casa de Las Palmas.

Capítulo 8

12 años



Mi madre se ha vuelto a ir un tiempo, así que es mi padre quien me da permiso para ir con los Martel una semana a la casa que tienen entre Torres Quevedo y Dr. Grau Bassas; o la casa de Playa Chica, como la llaman todos.

Cuando dejamos el coche en el aparcamiento, los tres echamos a correr hacia la avenida. Dejo ganar a Airam y me subo a la barandilla para observar la playa con los ojos bien abiertos. Hay un poco de calima y tenemos las narices congestionadas y los ojos enrojecidos, pero no me importa. La marea no está muy alta y hay gente en La Barra. Los más de tres kilómetros de playa están salpicados de personas aquí y allá, niños que gritan y se bañan con sus colchonetas, que juegan a la pelota en la orilla o dan volteretas dentro y fuera del agua, y yo solo puedo sonreír porque estoy ahí y me quedo una semana. Es lo más parecido a la libertad que he sentido nunca.

—¿Alguna vez han ido de una punta a la otra? —pregunto y todos se ríen, incluso Daniela y Tomás, que se han detenido a unos pasos, como si no fuera una pregunta importante. Para mí lo es.

—Claro, bobo —contesta Gara.

—¿Cuánto se tarda?

—¿Qué les parece si mañana lo hacemos? —propone Tomás—. Nos levantamos y le damos un par de vueltas completas a la playa.

—¿Más de una? —pregunto, un poco demasiado alucinado.

Me siento un poco avergonzado. Soy un crío de pueblo y ellos me miran como si fuera aquel humorista canario que le gustaba tanto a papá.

—Más de una. —Daniela me coloca una mano en el hombro y me aprieta con suavidad—. Además, lo haremos por la orilla. ¿Te gustaría?

Se me encienden las mejillas, pero por la emoción.

Gara me da la mano y tira de mí para llevarme a la casa. Me enseña todas las habitaciones hasta llegar a la azotea, el lugar favorito de los hermanos. En una esquina se halla una mesa alargada donde suelen comer, bajo un techo de esos de plástico que se abren y cierran cuando llueve o hace mucho calor. Al fondo, una parte cubierta por el techo de hormigón, con una puertita corredera de PVC transparente, donde a veces suelen dormir y cuyo mobiliario consiste en una cama doble, un sillón, una mesa diminuta y una estantería igual de pequeña.

En el centro de la azotea hay un teje dibujado con tiza y los hermanos empiezan a saltar a la pata coja. Siento un pellizco en el pecho. El teje era el juego favorito de mi hermano. Quizá ellos se dan cuenta, porque me dan la mano y enseguida estamos saltando los tres.

El sol aún está en lo alto y nos dan permiso para bajar a la playa una hora después de comer. Construimos un castillo de arena, enterramos a Gara, y Airam y yo jugamos a la lucha canaria mientras ella grita y nos anima a los dos; ella es de ese tipo de personas que prefieren no elegir quién debe ganar o perder. Nos reímos a carcajadas cuando se cae sobre el castillo y se enfada tanto consigo misma que vuelve a la casa porque no quiere jugar más.

—Eh, machango —me dice Airam cuando nos quedamos solos, tendidos en la arena. Tiene los ojos entrecerrados y la piel le brilla untada en crema solar—. ¿En qué estás pensando?

—En muchas cosas.

—Dime una.

—En que es el mejor verano de mi vida, aunque mamá se fuera.

Él rueda hasta pegarse a mí. Apoya un brazo en la arena y me presiona la punta de la nariz con el dedo.

—Pues es el primer mejor verano de tu vida. Habrá más, ya verás.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estoy yo, y los veranos conmigo serán espectaculares.

—Eres un *enterao* —digo, intentando parecer serio.

—No, solo soy espectacular. —Se le forma esa sonrisa torcida, marcada por el hoyuelo en la barbilla, y a mí se me cae todo. No puedo no sonreír si él lo hace así.

Lo empujo y él me empuja y en nada nos estamos revolcando por la arena. Como siempre, lo dejo ganar. Todas y cada una de las veces. También dejo que se me suba a piola y lo llevo con los pies temblorosos hasta el agua. Sigo siendo más grande que él, pero me ha superado unos centímetros en altura.

Aprendo muchas cosas esos días con los Martel.

Que se tarda cuarenta y cinco minutos en recorrer de una punta a otra la playa si te paras tantas veces como nosotros.

Que nadie más sabe lo que lleva el bocadillo de Nocilla especial.

Que Airam puede pasarse horas cocinando y disfruta haciéndolo, aunque deje la cocina hecha un desastre y su madre lo regañe.

Que en Las Palmas el tiempo avanza a un ritmo más acelerado. Un segundo es un año en Santa Brígida; más o menos.

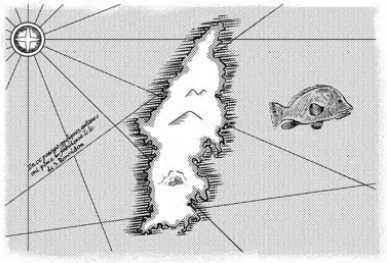
Que huele peor, aunque respiras mejor.

Que soy un Martel, aunque nunca lleve su apellido.

Y que Airam y yo siempre seremos mejores amigos.



Capítulo 9



Tu abuela desapareció el mismo día que lo hizo mi madre. La diferencia es que la mía avisó y dejó un hueco que todos fingimos no ver. El hueco de tu abuela era tan grande que podríamos haber caído por él y matarnos. Es imposible fingir que algo así no existe, pasar por su lado sin resbalar. Tu abuela no avisó, pero la buscamos. Tus padres lo hicieron con los adultos y la policía; nosotros, por nuestra cuenta.

Nos escapamos de casa sin que Gara se diera cuenta y buscamos por todo el pueblo subidos a nuestras bicis. Íbamos con las mochilas, tu estuche con rotuladores de colores para pintarnos héroes que nos ayudaran a encontrar a Sofía, las cantimploras con agua y bocadillos especiales de Nocilla. Buscamos hasta que nos dolieron las piernas y los brazos y todo el cuerpo de tanto pedalear. Empezaba a hacerse de noche cuando nos dimos la vuelta para regresar. Sabíamos que nuestros padres estarían enfadados, y también Gara.

Estábamos llegando a tu casa cuando se te pinchó una rueda y te caíste contra los arbustos. Me bajé y aparté tu bici del camino. Luego me puse de rodillas para ayudarte. Tú no te moviste, pero tu cuerpo sí lo hizo. Tenías los ojos aguados de lágrimas, los codos y las rodillas raspadas, la camiseta sucia.

—Es culpa mía —dijiste y te echaste a llorar, y yo lloré contigo porque no sabía qué otra cosa hacer. Yo también echaba de menos a

Sofía y tenía la garganta atorada por el miedo y los nervios.

—No es culpa tuya, tonto.

Te acaricié el brazo como me acariciaba mi padre cuando me caía, o como hacía tu abuela cuando me contaba alguna de esas leyendas de guanches que tanto le gustaban.

Entonces me abrazaste y lloraste con la cara en mi hombro. Notaba la humedad en la tela y los temblores de tu cuerpo. Me sentía raro y no sabía qué hacer con las manos, así que yo también te abracé, despacio, como si pudiera hacerte daño, como si no fueras un año más grande que yo y mucho más valiente. Olías a tierra, a la miel de palma que te untabas en los dedos cuando tu madre no miraba y a bocadillo de Nocilla. También a ese otro aroma que me estaba aprendiendo de memoria y que era tu olor corporal. Los dos sudábamos y estábamos sucios, y en ese momento estábamos tan pegados que nuestros corazones latían en sincronía.

Recuerdo que conté los latidos. Pum. Pum. Pum. Inspiré hondo y me aferré a tu espalda. Eras todo huesos y desprendías una energía que se te pegaba, y yo quería que se me pegara todo. Quería ser como tú, listo y valiente, y tener una familia igual de unida que la tuya. Tener un padre que me preguntara cada día si necesitaba ayuda con algo del cole y no ese otro al que apenas veía, una madre que no se fuera, un hermano que no me odiara.

—Me enfadé cuando nos vinimos a vivir aquí —me dijiste sin soltarme; tu voz me vibraba en el hombro—. No me gustaba el pueblo. Estaba muy enfadado y le dije que ya nunca sería mi abuela favorita.

—Pero ¿tienes más abuelas? —te pregunté como el tonto que era.

Te apartaste para mirarme. Tenías la nariz roja y, no sé por qué, pensé que te quedaba bien. Parecías un payaso, pero de los que no daban miedo y eran bonitos.

—No, pero eso da igual. La otra abuela está en el cielo, pero me acuerdo de ella. Las personas que no están aquí también pueden ser tus favoritas, ¿entiendes?

—Sí. —No lo entendía mucho, pero no me importó, porque habías dejado de llorar y me seguías pareciendo bonito—. Pero no

es culpa tuya. Tu abuela solo está buscando algo.

—¿El qué?

Me encogí de hombros. No tenía ni idea.

—¿Ya no estás enfadado? —quise saber.

—No, ya no. El pueblo no está mal y estás tú. —Me apretaste la mano—. No me importa vivir aquí si estás tú.

Sonreí; mucho mucho.

—Yo siempre voy a estar.

Tú también sonreíste; mucho mucho.

Un grito nos sobresaltó, seguido de un ladrido que me hizo acordarme de Tibi. Nos levantamos deprisa y arrastraste la bici hasta tu casa. Mi hermano, mi padre y los tuyos nos esperaban en la entrada y Tibi se me tiró encima en cuanto me vio llegar.

No hubo castigo, porque el fondo era bueno, pero sí una buena regañina. Mi hermano me dedicó una mirada de odio y se fue con el perro.

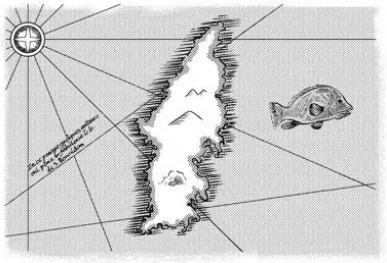
Esa noche me quedé a dormir contigo, con el permiso de mi padre. Supongo que pensó que estaría triste si volvía a casa y no encontraba a mi madre. Y supongo que el tuyo pensó en que estarías triste por tu abuela y estarías mejor con un amigo.

Sofía apareció dos días después. La encontré en el mismo sitio de siempre: delante de la oficina de turismo. Le pregunté que dónde había estado, pero ella no me respondió. Tenía la fotografía en una mano, y me dejó que le agarrara la otra y la llevara hasta tu casa.

Tu madre lloró, tu padre la abrazó y tú me miraste como si me vieras por primera vez. No sonreías, solo me mirabas, y a mí se me volvió a atorar la garganta y no sabía por qué. Gara me abrazó y tú me seguiste mirando. Tibi ladró y dio vueltas a nuestro alrededor y tú no dejaste de mirarme.

Años después, me preguntaría en qué momento dejaste de hacerlo, si lo hiciste o si fui yo quien dejó de fijarse.

Capítulo 10



Nunca me dijeron a dónde se marchaba mi madre, pero escuché a mi hermano decir que se iba con su familia, a algún sitio de Las Palmas que yo no conocía. No teníamos trato con la familia de mi madre. Papá no era bienvenido en esa casa, así que nunca se hablaba de ellos y yo me había olvidado de la cara de mis abuelos maternos. A mi padre no le quedaba familia, solo algunos primos y el hermano que vivía en Moya, un pueblito del norte de la isla a unos cuarenta minutos en coche desde el nuestro, y apenas se veían.

Mi madre iba y venía. Podía estar meses fuera y luego volver como si su ausencia no nos estuviera rompiendo poco a poco. Mi madre se fue, pero no se fue. No podíamos no contar con ella, pero tampoco podíamos hacerlo.

Todavía recuerdo el día en que papá nos llamó al salón. Estaba un poco borracho, creo, porque tenía esa mirada brillante, le temblaba la voz y soltaba saliva al hablar. Yo me aparté un poco porque esas cosas me daban asco, aunque fuera mi padre.

—Creo que su madre está con alguien más.

Enzo soltó un taco; mi padre no lo regañó por ello. Yo no entendí lo que quería decir.

—¿Vas a ir a buscarla? —le pregunté.

Si mi madre estaba con la familia de Las Palmas, papá podía ir a buscarla; era lo único que necesitaba. Quise sacar los rotuladores y hacer lo mismo que hacía Airam cuando tenía miedo o deseaba algo

con mucha fuerza: pintar héroes en los brazos de mi padre para que lo ayudaran; y en los de mi hermano, si me dejaba. Seguro que no lo hacía, porque él no creía en esas cosas y los héroes no te hacían caso si no creías en ellos. Eso me lo dijiste tú y yo te creía. Necesitaba que mi padre fuera valiente, pero él se me quedó mirando y todo estaba en silencio salvo por la respiración de Tibi, que gimoteaba con la lengua fuera, y el toc, toc, toc de mi hermano al aporrear la mesa de centro.

Entonces empezó ese otro ruido que me recordó a cuando la delegada de clase, la niña de las coletas, arañaba la pizarra con las uñas y sentías como si las chopas se te subieran por todo el cuerpo. Pero no había pizarra y era mi padre quien hacía ese sonido, y no con las uñas. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y lloraba. Se suponía que tenía que actuar como un héroe, coger un arma y rescatar a mamá, pero estaba llorando fuerte.

Comprendí que papá no podía ser un héroe porque estaba llorando, y eso significaba que tenía que abrazarlo. Así que lo hice. Me acerqué a él y lo abracé.

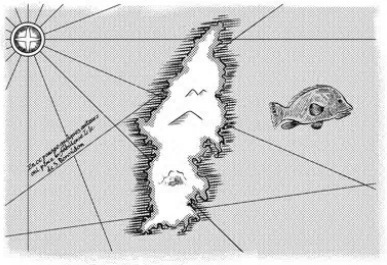
Mi padre no me devolvió el abrazo.

Mi hermano salió de casa dando un portazo.

Tibi ladró fuerte, alzándose sobre las patas contra la puerta de la entrada.

Mamá no volvió ese verano.

Capítulo 11



—¿Por qué te gustan las estrellas de mentira? —te pregunté una de las noches en las que me quedé a dormir en tu casa de Las Palmas y apagaste las luces.

El techo estaba cubierto de estrellas luminosas, y planetas, y meteoritos, y muchas cosas del universo que yo no conocía.

—¿Quién dice que son de mentira? Yo puedo verlas, eso significa que son de verdad.

—Son como los cuentos de tu abuela. También son de mentira.

—¿Estás llamando mentirosa a la abuela?

—No, yo… —Te reíste y yo me puse colorado—. Sabes que me encantan los cuentos de tu abuela.

Y era verdad. Me gustaban tanto que había empezado a escribir algunos, distintos, con gente de mundos inventados parecidos a los libros de fantasía que me leía. Y puede que incluso me copiara un poco, pero era chico y esas cosas me daban igual. Mi favorito era *La historia interminable* y te lo había dejado para que lo leyeras.

—¿No te gustan las estrellas? —me preguntaste—. Ya sé que no son de verdad, pero me gusta pensar que sí. Nunca me ha gustado la oscuridad y mis padres pensaron que así me dormiría. Al principio usaba una lámpara con luces que dan vueltas, luego me pintaron el techo.

Te levantaste y rebuscaste hasta dar con la lámpara en algún rincón de tu armario. En nada la encendiste y cientos de estrellas

comenzaron a moverse a nuestro alrededor.

Te volviste a acostar junto a mí.

—Lo ves. A lo mejor no son de verdad, pero te imaginas que sí y se te va el miedo. La imaginación le da patadas al miedo siempre.

—¿Como los héroes de tus brazos? —quise saber.

—Sí. ¿No te sientes mejor cuando los llevas?

—Me siento mejor porque pienso en ti cuando me estás pintando y me haces cosquillas, pero… —No terminé de hablar; me daba vergüenza.

—¿Pero sigues teniendo miedo? —Me diste un codazo suave—. Puedes decirlo.

—Cuando me quedo en mi casa sí, o cuando ustedes se marchan a Las Palmas y creo que nunca van a volver. Tu abuela me dice que sí, que van a volver, pero Las Palmas es muy bonita, y tienes la playa, y también amigos mejores que yo.

—No tengo amigos mejores que tú. Tú eres el mejor, Nau.

—¿Me lo juras?

Noté el roce de tu mano, tus dedos entrelazándose con los míos, nuestros hombros apretujados.

—¿Tienes miedo ahora? —me dijiste.

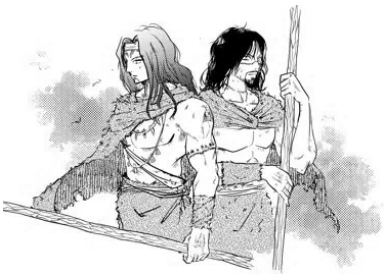
Sí, tenía miedo. Un fleje. La verdad es que vivía con él todo el tiempo. Pero no te lo dije. No quería que lo supieras.

Esa fue mi primera mentira. Creía que no se me daba bien mentir, pero, si una cosa he aprendido de las mentiras es que, una vez empiezas, es difícil saber cuándo parar. Todo es culpa del miedo, que se te atora en el pecho y de ahí no se va.

—No, ya no.

Capítulo 12

13 años



—Machango, faltaste a tu cita —me dice en algún momento del día, o quizá de la noche, no lo sé.

Tengo la sensación de estar virado boca abajo mientras el mundo gira al derecho. Arriba o abajo. Qué más da. Airam está aquí y podemos estar al derecho o al revés; su calor me arropa más que la fina manta que no me abriga porque estoy muerto de frío y los dientes me crujen como cuando Tibi hace que te va a morder pero solo quiere jugar.

Me apretujo más contra él y siento un escalofrío cuando su nariz me roza la oreja y su aliento me hace cosquillas en el cuello.

Enseguida me jala del brazo como si le perteneciera y dibuja algo rápido en él. El corazón me late como los voladores que sacuden las ventanas y hacen gimotear a Tibi, acostado en el suelo.

—Iram… —digo apenas sin voz.

Noto algo húmedo y suave en la frente y un olor dulzón que solo puede ser suyo. Ahí está ese nudo extraño en la barriga que no me disgusta cuando se trata de él. Quiero sentirlo siempre, quiero que se quede a vivir dentro de mí, quiero… Estoy pensando en que no sé lo que quiero cuando un frío me devuelve a la realidad.

—Shhh, duérmete.

Airam está sobre mí, o debajo de mí, no lo sé. No siento su peso, su cuerpo ya no está a mi lado y yo necesito que esté. Estiro los

brazos y palpo. Él se ríe cuando le tiro del chaleco y le deshago el nudo del fajín.

—¿Qué haces?

—No eres una pesadilla. —La voz me suena extraña, como cuando hablas dentro del agua y no se entiende nada.

—Soy un sueño, machango, uno en el que quieres quedarte a vivir.

—Eres como la isla de la leyenda.

—Pero yo no desaparezco. Siempre vas a poder verme.

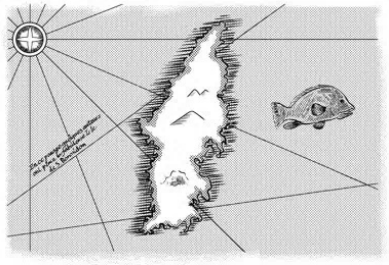
—¿Me lo prometes?

—Sí. Y ahora duerme para que te pongas bueno. Mañana te voy a preparar el desayuno más rico del mundo. Tu padre me dio permiso para quedarme. Tenías que ver la cara de tu hermano. Se le inflaron los mofletes y se puso to rojo. Pobre diablo —dice, imitando la voz de Sofía cuando nos contó la historia del diablo de Timanfaya.

—Un tibicena se sentó sobre mí, Iram, por eso no pude ir a la romería. ¿Me perdonas?

—Ya veremos. —Se aprieta contra mí hasta que no siento el frío, ni el dolor en la garganta, ni nada más que a él y esta isla que somos—. Me lo vas a tener que compensar mucho.

Capítulo 13



Tenía trece años y tú casi catorce cuando vimos a dos chicos besándose. Fue antes de saber que eras gay, antes de comprender que me gustabas, antes siquiera de pensar en lo que significa la palabra «gustar» en el sentido exacto de la palabra. Antes.

Estábamos en la playa, en la zona de La Cícer, situada en el extremo sur y lugar reconocido por los surfistas por su oleaje constante, en especial porque allí no llegaba La Barra, el arrecife natural que bordea la costa de la playa y que protege de las corrientes marinas. Teníamos una bolsa abierta a nuestros pies y comíamos pipas mientras nos apostábamos nuestras pagas a cuál de ellos cogería la ola más grande.

Fuiste tú quien los vio antes, pero yo quien te dio un codazo sin darme cuenta de que llevabas un rato mirándolos. Tendrían alrededor de veinte años y debían ser novios, porque se besaban sin vergüenza cada pocos minutos. A veces se daban besos cariñosos en las mejillas, o en los brazos, o en cualquier otra parte del cuerpo. Otras se besaban en la boca durante largos segundos o se abrazaban como si no necesitaran un motivo para hacerlo. Nos resultaba raro ver algo así.

En el pueblo había gente del colectivo, pero era poco frecuente verla, y menos frecuente así, con tantísima libertad. Recuerdo que nos miramos. Los dos teníamos las mejillas encendidas y no dijimos

nada. Tampoco nos quedamos a ver quién cogía la ola más grande. Adiós a la apuesta.

Recogimos la basura y lo tiramos todo antes de echar a andar.

Ninguno dijo nada, tampoco cuando llegamos a tu casa y nos duchamos. Tus padres iban a llegar tarde y Gara se había quedado en casa de una amiga, pues ella había sido el motivo por el que habíamos bajado a Las Palmas en julio. Tenía un cumpleaños y no se lo quería perder.

Te ayudé a hacer la cena e hice todo lo que me pediste. Había cocinado lo suficiente en casa como para saber cortar papas y sofreír cebollas. Hiciste una tortilla española de las jugosas y con cebolla porque no concebías la tortilla (ni cualquier comida a la que se le pudiera añadir) sin ella, y a mí me daba lo mismo.

Luego vimos una peli. Recuerdo las miradas que me echabas, las veces que te giraste para hablarme y no dijiste nada. Solo cuando se hizo de noche y nos metimos en la cama, cuando todo se quedó en silencio y solo se escuchaban nuestras respiraciones, me preguntaste:

—¿Te pareció raro?

No tenía sentido preguntarte a qué te referías, porque yo también seguía pensando en eso.

—Un poco.

Te pusiste de lado. Hacía calor y teníamos los cuerpos un poco pegajosos, pero no me importaba. Notaba tu aliento mentolado en la mejilla, el olor de tu cuerpo (mezcla de dulce y salado), y no dejabas de mover la rodilla con nerviosismo ni de tocarte la oreja. Que movieras el *piercing* de un lado a otro solo podía significar que estabas muy pero que muy nervioso.

—¿Pero raro *mal* o raro *te da igual*? —continuaste.

—Mi hermano habría dicho algo malo, seguro. Cuando salen dos chicos besándose en alguna peli la suele quitar y me dice alguna tontería como que no se me ocurra nunca hacer una cosa así. —No te dije que solía decir que los maricones eran lo peor y todo lo demás. No hacía falta.

—No hablo de tu hermano, machango. —Me pellizcaste la nariz —. Me refiero a ti.

Te di un tortazo para apartarte la mano.

—A mí me da igual.

—¿Te da igual que dos chicos se besen?

Habías empezado a tocarme la cara, muy cerca de los labios; me pasabas el pulgar por la barbilla y lo subías hacia mi labio inferior. El corazón se me aceleró un poco, pero no me moví. También dejé de respirar para que no notaras que estaba nervioso.

—Me da igual quien se bese. Creo que no me gustan los besos de ningún tipo. Me dan un poco de asco —confesé, y tuve que respirar porque me estaba ahogando—. Ya sabes que no me gusta que beban de mi vaso. La saliva es un asco, y en la lengua tenemos mucha.

—No es lo mismo besarse que beber del mismo vaso —replicaste con voz de fastidio mientras me rozabas el labio con el dedo. Un roce de nada que yo sentí por todas partes. Tenía hormigas por el cuerpo y no sabía por qué.

—Besarse es peor —musité.

Resoplaste y me apartaste la mano, y yo respiré todavía más fuerte. La sensación de tener hormigas por el cuerpo no se iba; aún sentía tu caricia en el labio y no dejaba de pensar en tocarme la boca para que se me quitara.

—Eres raro. No sé para qué te pregunto.

—Pues no me preguntes.

Nos volvimos a quedar en silencio, pero seguías con la matraquilla.

—Solo quería saber si te parece bien que dos chicos se besen o si piensas como tu hermano. Es decir, si yo te quisiera besar, ¿te parecería raro? No raro de asco porque te da asco besar, me refiero a la parte de ser un chico.

Parpadeé.

—Prefiero besarte a ti que a otra persona —confesé.

—¿Y eso?

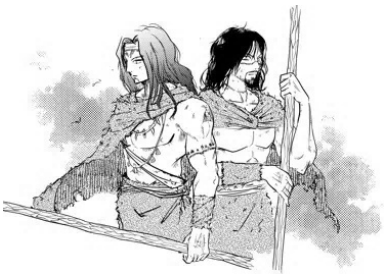
—Tú eres mi persona favorita.

No recuerdo qué pasó después, porque estaba muy cansado y me quedé dormido. Pero creo que me diste la mano o me besaste en la mejilla. No era la primera vez que me besabas ahí, y a mí esos

besos no me importaban porque no había saliva ni me parecían raros. Por si acaso, nunca se lo dije a mi hermano.

Capítulo 14

14 años



Me miro al espejo para comprobar que me he puesto bien el fajín y el chaleco, y acaricio a Tibi antes de dirigirme a la puerta, pensando en que quizá debería cortarme el pelo. Lo tengo demasiado negro, mi piel es demasiado blanca y tengo los ojos demasiado azules. Así soy, un *demasiado* con sus nueve letras bien marcadas. Y da igual que Gara me diga que soy el chico más guapo de Santa Brígida cuando parezco un fantasma. Guapo o no, un fantasma sigue siendo un fantasma y da miedo.

—¿A dónde crees que vas? —me dice mi hermano, apareciendo detrás de mí—. Hoy te vienes conmigo a la romería. Ya he avisado a esa familia.

Me giro hacia él. Ya está vestido y peinado, y supongo que mi padre ha aprovechado que mi madre ha vuelto vete a saber por cuánto tiempo para darle el día libre.

—Esa familia es más familia mía que tú —replico—, y siempre voy con ellos. No quiero ir contigo.

Pero no me hace caso, ni siquiera cuando intento largarme hacia donde sé que suelen ponerse los Martel. Me jala del brazo y me dirige hacia el otro extremo de la carretera, donde está la carreta de sus amigos, casi todos borrachos ya. Luego me pone un vaso en la mano.

—Es hora de que dejes de jugar con niñitas y te hagas un hombre.

—No juego con niñitas. —Huelo el contenido de la bebida—. ¿Tiene alcohol?

—Bebe y calla un rato, que ahora viene la hermana de Saúl y verás qué guapa.

No lo entiendo. No entiendo nada. Sé que si me voy me la voy a ganar. Me pegará y no me dejará en paz, y esto es una mierda. Miro a los lados, por si veo a Airam, pero su carreta suele estar en la otra punta y mi hermano lo sabe.

—¿Ma está en el bar? —pregunto para fastidiarlo; sé cuánto le molesta hablar de mi madre, mucho más que mi relación con los Martel.

Su respuesta es pellizcarme el cuello con fuerza, como hacía cuando era más chico, pero ahora con mucha rabia.

—¿De verdad avisaste a los Martel? —inquiero, un poco desesperado.

Enzo resopla, pero pasa de mí y se pone a hablar con sus amigos sin quitarme la vista de encima.

Bebo un poco, solo para matar el tiempo. No sé lo que es, pero sabe a coco con 7 Up. Es dulce y está rico, así que bebo un par de buches más hasta que siento que se me va un poco el baifo y me empiezan a hacer gracia cosas que no deberían, como que los amigos de mi hermano me hablen o el hecho de estar aquí cuando está claro que Enzo me odia.

Me giro cuando oigo un grito pensando que es Gara y solo veo a otro de los grupitos de amigos de mi hermano, con chicas y más gente de otros pueblos que no conozco.

No me he terminado la bebida cuando Enzo me cambia el vaso y me pone a una chica al lado. Rubia, ojos marrones muy grandes y sonrisa bonita. Es más bajita que Gara y parece tímida.

—Sara, este es mi hermanito Nau. Ni se te ocurra perderla de vista si no quieres que su hermano te escache —me dice, señalándome al tipo alto al que le choca la mano a modo de saludo.

Luego se va y me deja ahí con ella.

—¿Qué tal? —me saluda.

Esto es incómodo. Todo es incómodo. Aun así, las horas pasan, los vasos también, y creo que estoy un poco borracho cuando voy a mear al otro lado de la carretera y me tambaleo. Ella sigue en el mismo sitio y los amigos de mi hermano me dan palmaditas porque tengo mucha suerte, pero yo solo pienso en que le prometí a Airam que estaríamos juntos todas las romerías y no estamos.

En algún momento de la noche, alguien grita para que nos besemos, o quizá lo hacen todos, y Sara me mira a la espera. Mi hermano me da un puñetazo en el hombro. Siento cómo se me agarrota la garganta, y tengo la cabeza llena de calima y ruido.

«¡Que se besen, que se besen, que se besen!», siguen gritando.

Y lo hago. Me da mucho asco, pero lo hago.

La beso porque me están gritando que lo haga, y porque se supone que debería querer besarla y no sentirme como si me hubiera atragantado con gofio seco. Porque es guapa, y porque quizá mi hermano quiera ser mi amigo y solo me esté ayudando a que me eche novia. El beso es torpe y no me gusta, y creo que voy a vomitar.

Miro a Sara, que está roja y no me mira; y luego a mi hermano, que también está rojo y sí me mira con… ¿rabia? No lo sé. Tengo ganas de vomitar. Me escabullo a mear y corro, y esta vez no vuelvo.

Corro hasta que llego al mirador. Pasa la medianoche y sé que ellos ya se han marchado; nunca se quedan más tarde de las doce. El corazón me late desbocado y sigo con esas ganas de vomitar y la cabeza llena de ruido. Me agarro a la barandilla, escupo la saliva de Sara y me inclino hacia delante para coger aire. Me limpio la boca. Todo sabe a ella y no quiero que sepa a ella.

—¿Estás bien?

El corazón se me detiene al escuchar su voz. Me giro hacia él. A continuación, vomito. Las arcadas me sacuden con violencia mientras se van el alcohol, la rabia y el beso que nunca quise dar. Sobre todo el beso. Airam me sujeta la frente a la vez que me acaricia la espalda.

Cuando consigo recuperarme, me tira del brazo para alejarme del vómito y me sienta junto a la estatua de los niños jugando a la piola. No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que él no me lo dice.

—No llores, machango.

—Odio vomitar —digo con la voz rasposa.

Airam me da un chicle de los que siempre lleva en el bolsillo por si va a comer fuera y no lleva el cepillo de dientes, y lo masco para que se me quite el sabor.

—¿Cuánto has bebido?

—¿Cómo sabes que he bebido? —pregunto y me fijo en que lleva el chaleco desabrochado, el fajín aflojado y el pelo revuelto. También tiene cara de estar cansado y los ojos un poco rojos.

—Soy más grande que tú, por eso.

—Solo un año —le recuerdo.

Me pellizca la nariz.

—En serio. ¿Quién te dio de beber?

—Fue cosa de Enzo. Ya sabes que mi madre volvió hace unos días, y, como estaba ella, le dieron el día libre a mi hermano para que fuera a la fiesta. Yo estaba saliendo de casa para ir con ustedes cuando me dijo que tenía que ir con él. —Me miro los zapatos, salpicados de líquido—. Se puso muy pesado para que conociera a una chica, y todos se pusieron a gritar para que la besara.

Airam me mira como si hubiese descuartizado a un gatito.

—¿Has besado a una chica?

—¿Has escuchado lo que te he dicho?

—Tu hermano es un gilipollas y tú has besado a una chica. Claro que te he escuchado. —Menea la cabeza y se levanta, tocándose el *piercing* con nerviosismo—. Has besado a una chica —repite como si no se lo terminara de creer.

—Se pusieron a gritar que la besara. ¿Qué querías que hiciera? Me obligaron —digo con la barbilla temblorosa y un pellizco doloroso en el pecho.

—No te obligaron. —Airam se detiene delante de mí. Sus ojos del color de las tierras de mis cuentos no son nada amables, y yo solo quiero que mi amigo me diga que todo está bien. Por favor—. La besaste porque te dio la gana.

—¿Y qué querías que hiciera? Me estaban mirando.

—Yo te estoy mirando. Si te digo que me beses, ¿también lo harías?

—Eres un chico —replico y enseguida me arrepiento de decirlo y me duele y no sé por qué.

La risotada que suelta me atraviesa en dos.

—Es más difícil besar a un chico, claro, aunque te guste.

Me lo quedo mirando. Sus ojos, además de no ser amables, ahora parecen más oscuros, más insondables, menos Airam. Y me entra el miedo, porque me recuerdan a ese sitio horrible al que se va mi madre, esa distancia inabarcable, esa soledad. No quiero sentirme solo con mi mejor amigo.

Me tiembla la barbilla cuando le digo:

—No me ha gustado nada. Ha sido mi primer beso y solo quería jartarme a llorar.

Airam tarda mucho en contestar. O tal vez me contesta rápido. Creo que sigo borracho, aunque haya vomitado. O quizá es que el dolor a veces tiene el mismo efecto que el alcohol, y a mí me duele todo.

—¿Fue un beso con lengua? —me pregunta Airam, soltándose la oreja.

—¿Qué? No. Qué asco.

—Pues entonces no es un beso.

Me sorbo la nariz; no quiero llorar, así que me dedico a seguir con la mirada a una chopa que corretea pegada al borde del suelo de la iglesia, escondiéndose de la luz.

—Lo siento. Rompí mi promesa. Mi hermano me dijo que les había avisado.

—Estás aquí. —Me levanta la barbilla—. Quédate en casa conmigo.

—Estoy apestando.

—Da igual. Te presto ropa y te bañas.

—¿No estás enfadado?

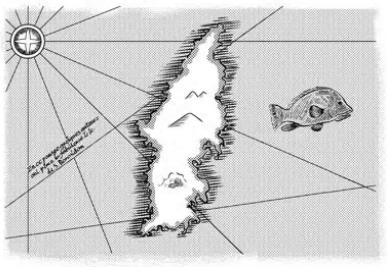
—Estoy enfadado, pero no contigo. Vamos, machango. —Me coge de la mano y tira de mí para que me levante—. Te voy a preparar un bocadillo que te vas a morir del gusto.

No lo suelto cuando empezamos a caminar. Sus manos son más chicas que las mías, pero tiene los dedos más largos y están fríos, y yo solo quiero apretarlos hasta que dejen de estarlo. Lo sigo

agarrando hasta que dejamos la iglesia y el pueblo se nos viene encima. Sus dedos ya no están, pero la sensación se queda. Y sigue ahí cuando nos metemos en la cama, con las barrigas llenas y las bocas limpias.

Capítulo 15

Gara y Jonay



—Érase una vez una princesa de La Gomera que se enamoró de un joven de Tenerife. Ella era la princesa de Agulo, tierra del agua. Él era un joven guanche que vino desde la isla del volcán, la tierra del fuego.

—¡Gara y Jonay! ¡Al final mueren! —gritaste tú—. Me lo sé.

—¡No vale, abuela! ¡Dile algo! —se quejó tu hermana.

—Oigan, niños. O se callan o me levanto.

Estabas sentado a mi lado y pusiste cara de estar muy aburrido. Te di un codazo para que guardaras silencio. Yo también conocía la historia, porque en el cole nos habían hablado de ella, pero me encantaba cómo la contaba tu abuela.

—Gara estaba deseando enamorarse, como cualquier joven de su tribu. Por eso un día, durante las fiestas de Beñesmén, decidió acercarse a ver su reflejo en las aguas de los chorros de Epina para que estas le revelaran cómo sería su futuro amor.

—Qué tontería. El agua no te enseña nada, como mucho ves si eres feo. —Te reíste y yo te di otro codazo.

Tu abuela te ignoró y siguió hablando:

—Nada más acercarse, las aguas se pusieron muy turbias y Gara comprendió que no estaba destinada al amor y fue a ver al sabio de la tribu, que le advirtió que debía huir del fuego si no quería que la

consumiera. También le dijo, con voz muy solemne, que lo que tenía que suceder sucedería.

—¿Qué quiere decir eso? —Gara había empezado a morderse las uñas y tu abuela le apartó la mano de la boca con ese gesto que venía a decir que si volvía a hacerlo se chivaría a tus padres.

—Que tu destino está sellado, hagas lo que hagas, y que no puedes cambiarlo —contestó Sofía.

—¿Eso es verdad? —pregunté yo.

—Puede que sí, puede que no. No lo sabemos. A mí me gusta pensar que nuestro destino está ligado a las decisiones que tomamos. Puedes elegir ir en línea recta o puedes tomar el camino más largo y llegar al mismo punto. Tu destino es el mismo para ambos casos, pero tú eres distinto al llegar al final del viaje. Lo que importa es el camino y quién te acompaña, ¿entienden?

Todos dijimos que sí con un gesto de cabeza, aunque ninguno tuviera muy claro lo que tu abuela quería decir.

Quizá ella se dio cuenta, porque añadió:

—Ya me entenderán algún día. El caso es que esa misma noche, cuando iba de camino a su casa, Gara conoció a Jonay. Él iba acompañado por varios menceyes, que eran los jefes de su tribu, y en cuanto sus miradas se encontraron, ninguno de los dos pudo apartarla.

—Tuvieron un flechazo —suspiró Gara.

—Exacto. El suyo era un amor de los que solo se dan una vez cada muchos muchos años, y ninguno de los dos quiso evitarlo. Lo intentaron, ¿saben? El padre de Jonay se lo llevó de nuevo a Tenerife, pero él consiguió escaparse y regresar con su amada. Juntos, huyeron a la cima de la montaña más alta de La Gomera.

—El Garajonay —dijo Gara con voz solemne.

Tu abuela asintió y apoyó los codos en su sillón, inclinándose hacia nosotros, que la observábamos desde el suelo.

—Cuando sus tribus se enteraron, estalló una guerra entre los dos bandos. La tribu de Gara no iba a permitir que su princesa se uniera a un joven guanche. Ellos querían conservar su linaje intacto.

—¿Qué es el linaje? —preguntó tu hermana con la frente arrugada.

—La esencia. La pureza de la sangre.

—No lo entiendo. ¿El amor hace impuras a las personas? —intervine yo.

—Claro que no, machango —me dijiste con ese tonito de jodelón que ponías a veces, y que era la llama de muchas de nuestras peleas cuerpo a cuerpo—, pero a la gente le gusta pensar que sí.

—No a todo el mundo, Airam —te corrigió tu abuela—. Por eso hay guerras. Hay quienes piensan que dos personas distintas no pueden quererse solo por ser distintas.

—Pero todos somos distintos —repuso Gara.

—Lo somos. Cada persona es un mundo, pero a lo largo de los años nuestra sociedad siempre ha estado condicionada por muchos factores. Por ejemplo, si eres hombre o mujer, el color de tu piel o tus preferencias sexuales. En el caso de Gara y Jonay, fue el linaje ancestral.

Te miré y vi que tenías una mueca rara, pero no dijiste nada.

—¿Qué hicieron ellos? —quiso saber Gara, metida como estaba en la historia que dio origen a su nombre—. ¿Dejaron de quererse?

—No se deja de querer porque otros lo quieran. El amor es más complejo que eso, mi niña. Y ellos decidieron huir juntos para que el odio de sus familias no los alcanzara. Desde la cima del Garajonay podían observar cómo sucedía todo. La guerra fue dura y hubo muertes y dolor. Muchísimo dolor. Ellos no podían soportarlo. Así que subieron al pico más alto de la montaña y se lanzaron. Murieron juntos y así su amor permaneció inmutable para siempre.

Gara empezó a gimotear.

—Pero no es justo. ¿Para qué quieres un amor inmutable si estás muerto?

—No, no es justo —asintió tu abuela—. Pero ellos preferían morir juntos que hacerlo separados o luchando en bandos distintos.

—Pero se rindieron —continuó Gara—. Podrían haber luchado por lo que querían.

—Eso no es amor —dijiste tú, torciendo la boca en una mueca de rabia—. Y Jonay no es un héroe. Es un cobarde.

Te miramos. Yo con admiración, tu hermana con los ojos llenos de lágrimas, tu abuela con cariño.

—¿Eso crees? ¿Qué habrías hecho de ser Jonay? —te preguntó.

—Me habría puesto delante de ella y habría luchado.

—Habrías muerto igualmente. Y habrías dejado que Gara lo viera —añadió tu abuela—. ¿Te imaginas lo triste que se habría puesto?

—Habría muerto con valor —agregaste.

Sofía sonrió, pero yo estaba sonriendo más que nadie, porque casi podía verte ahí, delante de las dos tribus enfrentadas, luchando por tu amor con los brazos llenos de héroes de colores pintados con rotulador. Estaba seguro de que ni la lluvia habría logrado emborronarlos.

—¿Qué habrías hecho tú, Nauzet? —me preguntó Sofía.

Ni siquiera tuve que pensármelo.

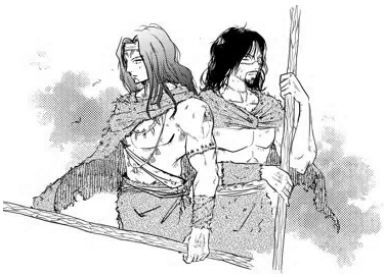
—Habría construido una barca para irnos a la isla de San Borondón. Allí nadie nos habría encontrado y daría igual el linaje. A nadie le importaría nada.

Me miraste y sonreíste. Mucho mucho; y a mí se me llenó el pecho de cosas que no entendía porque era muy chico todavía.

No necesité que me dijeras que tú también habrías elegido irte a esa isla.

Capítulo 16

14 años



—Nunca volveré a besar —le digo unos días después de aquella noche, cuando me envía un mensaje y yo lo llamo por teléfono.

Odio escribir cuando tengo la posibilidad de escuchar su voz. A veces se enfada conmigo porque ve que pasan horas y no le contesto, pero sus enfados duran tanto como los bocadillos de Nocilla especial, o las pastillas de goma, o los dibujos coloreados en nuestros brazos.

Tibi se halla acostado a mi lado en la cama, y se dedica a sacar la lengua y a empujarme el brazo con la nariz para que lo acaricie.

—No digas bobadas. Se te cansarán los labios de tanto besar. Ya verás. Eres demasiado guapo para quedarte con un beso que no es un beso.

—Demasiado guapo. —Resoplo mientras acaricio el cuello de Tibi, que gimotea y se mueve buscando más y más caricias.

—¿Qué?

—Suena a cosas malas.

—¿Desde cuándo suena malo que te llamen guapo?

—No es por lo de guapo, es el «demasiado» —lo corrijo—. Es la palabra favorita de mi madre. Siempre la dice, y siempre me mira cuando lo hace. Yo soy *demasiado*. Creo que por eso se va, porque soy demasiado para ella.

Airam se da un golpe contra algo, creo, porque suelta un taco y otro más al darse cuenta de que lo ha hecho. Sus padres se enfadan mucho cuando dice palabrotas, pero con la edad que tiene ya empieza a hacerlo, y yo también.

—Nau. Tu madre se va por lo mismo por lo que se va mi abuela a veces. No pueden evitarlo. No vale que te eches la culpa, no la tienes. Se va porque se tiene que ir, es cosa de su cabeza.

—¿Crees que está loca?

—¿Crees que mi abuela está loca?

—¿Por qué defiendes a mi madre? Ella no me quiere. —Nada más decirlo, me tiembla la barbilla; es la pura verdad. Tibi debe notar que me pasa algo, porque se acurruca contra mí y se dedica a lamerme el brazo.

—No defiendo a tu madre, machango, te defiendo a ti de lo que su abandono te hace. No eres *demasiado* nada en plan malo. Eres todo lo *demasiado bueno* que quieras. —Lo dice silabeando el «demasiado bueno», alto y claro para que lo escuche. Hay eco y creo que está en el baño. A mí se me infla un poco el pecho, y el temblor de mi barbilla es sustituido por una sonrisa pequeñita, de esas que siempre llevan su nombre—. Las chicas se volverán locas de lo *demasiado bueno* que eres.

—No quiero que nadie se vuelva loco por mí.

—¿Por qué no? Yo estoy loco por ti.

Ahora sí que sonrío, tanto que podría iluminarse toda Santa Brígida como cuando estallan los voladores y te quedas mirando al cielo por si alguno se te cae encima. Me pregunto si él puede verlo desde su casa.

—Y yo por ti, pero tú eres diferente de las chicas.

—¿Porque tengo polla?

—Porque eres mi persona favorita —replico, un poco avergonzado al escucharlo decir esa palabra—. Podemos volvernos locos por nuestra persona favorita.

Lo oigo suspirar, una puerta que se cierra y el eco que deja de estar al otro lado.

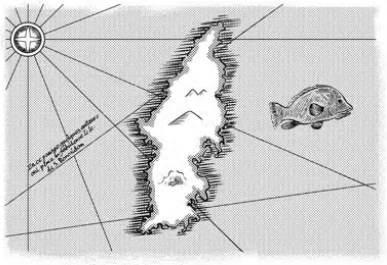
—Machango, no te preocupes por el beso. Solo es un beso. No tiene importancia. Y ni siquiera fue con lengua. Piensa que no es ni

el prólogo de uno de tus libros de fantasía, de esos que tienen mogollón de páginas, sino un apéndice donde te hablan de los sistemas de magia y las casas y es todo muy aburrido. Lo mejor viene ahora, ya lo verás.

—Te quiero fleje, Iram. —No es la primera vez que se lo digo, pero suena diferente porque ya no somos tan chicos.

—Yo también te quiero fleje, Nau. Te voy a querer toda la vida.

Capítulo 17



—¿Te gusta mi hermana? —me preguntaste una noche después de la romería, cuando mis padres me dieron permiso para pasar una semana de agosto con ustedes en la casa de la playa.

Se había hecho de noche, pero hacía calor y seguíamos sentados cerca de la orilla, con los cuerpos llenos de arena de hacer lucha canaria.

—¿Qué? ¡No!

—Te has puesto rojo.

—Es que me da vergüenza que lo pienses, o hablar contigo sobre eso. Somos…

Cogiste un puñado de arena mojada y me la pasaste por la cara. Forcejeamos y no me quedé tranquilo hasta que conseguí mancharte un poco la barbilla.

—No somos hermanos —me dijiste, muy serio—, ni siquiera te veo como un hermano. Y, desde luego, Gara tampoco te ve como un hermano.

—No le gusto.

—Yo creo que sí. Siempre está hablando de lo guapo que eres.

—Un chico y una chica pueden ser amigos sin que se gusten, incluso siendo heterosexuales. No es una leyenda guanche, ni siquiera una universal.

—¿Incluso siendo heterosexuales? —repetiste mientras dibujabas a tus héroes en la arena, en esa zona húmeda donde el agua ya no

llegaba porque la marea estaba baja.

—¿Qué?

—Ha sonado a posibilidad de que no lo seas.

—Suena así en tu cabeza, *enterao*. —Notaba que me había puesto rojo y agradecí que esa zona de la playa estuviera un poco oscura y no pudieras verme; mi piel era *demasiado* cantosa, como todo yo.

—Machango. —Te acercaste a mi oído y sentí un escalofrío cuando me rozaste la oreja con la nariz—. Si no fueras heterosexual, te besaría.

—Si no fuera heterosexual, no me estarías echando el sermón por tu hermana.

—Solo es curiosidad. Si te gustara… —Se te cortó la voz y empezaste a acariciarte el *piercing*; le dabas vueltas y vueltas sin parar.

—¿Qué? Termina.

—Sería lo más horrible que podría pasarme nunca, pero también un alivio, supongo.

—¿Qué quieres decir?

—Sé que nunca le harías daño a mi hermana —declaraste con voz ronca, como si te costara decirlo. Te habías soltado la oreja y ahora seguías dibujando en la arena con los dedos—. Podría relajarme, por fin.

—¿Entonces a qué viene lo de que sería lo más horrible del mundo?

No me contestaste, tampoco me miraste. En su lugar, te levantaste y empezaste a sacudirte la arena del cuerpo.

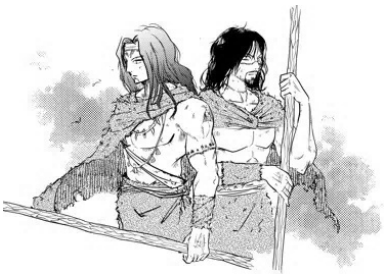
Luego me dijiste, aún sin mirarme:

—¿Vamos? Tengo jilorio.

Te echaste a andar y yo te seguí. El estómago me dolía y no era por el hambre; sabía que acababa de pasar algo entre nosotros y no tenía claro qué era.

Capítulo 18

15 años



—¿A dónde vas? —me pregunta mi hermano cuando nos cruzamos en la entrada de mi casa pasadas las once de la noche, yo entrando para cargar el móvil y él saliendo para ir a la fiesta.

Ha salido de trabajar tarde y lleva el traje como siempre se lo pone: camisa por fuera de los pantalones, chaleco desabrochado, fajín anudado de cualquier manera y esos aires de perdonavidas tan propios de mi hermano mayor. Lo peor es que nos parecemos, aunque él tiene los ojos azules más oscuros y apagados, una mandíbula un poco más marcada que la mía y es más corpulento y alto que yo. También tiene el moreno de mi padre y no la piel enfermiza de mi madre que he heredado yo.

—Estoy sin batería —explico.

—¿Estás con la familia esa? —pregunta, como si no supiera que cada año voy con ellos—. Deberías venir conmigo. Hay alcohol de sobra y a esta hora ni siquiera tienes que pagar la carreta.

—Son los Martel, idiota. Paso de ir con tus amigos. No vas a liarme otra vez.

—No quiero que te juntes tanto con el maricón.

Casi se me cae el móvil de las manos cuando voy a enchufarlo a la corriente.

—¿De qué hablas? —inquiero.

—Tu amiguito el maricón. —Enarco las cejas y enseguida añade —: Ya lo sabe todo el mundo. Llevo toda la tarde leyendo los mensajes de mierda. ¿Qué? ¿No te has enterado? Le metió la lengua hasta la garganta al hermano del Eche, y luego se pegaron. Bueno, Tito le pegó. Él se echó a llorar como la marica que es.

El corazón se me va a salir del pecho.

—¿Estás hablando de Airam? —consigo preguntar con esa bola en la garganta que no sube ni baja.

No entiendo nada. Vale que Airam lleva horas desaparecido, pero hemos estado juntos casi todo el día. Me pongo nervioso y me empiezo a preguntar a qué hora dejé de verlo. Gara me ha estado dando la murga con el tal Aco todo el día y apenas he tenido tiempo de hacer otra cosa que no sea seguirla por el pueblo, bailar con ella y llamar la atención del muchacho, que debe odiarme, dadas las miradas asesinas que me lanzaba.

—De tu amigo el pijo, sí. ¿Tan amiguitos que son y no te lo ha contado?

—¿Dices que Tito le pegó?

—Digo que al subnormal se le ocurrió besarlo y Tito le dio una buena hostia. ¿Qué mierda esperaba? —Menea la cabeza—. Hoy te vienes conmigo, venga.

Me aparto. Él intenta agarrarme de la camiseta, pero le doy un empujón.

—Que me dejes en paz, joder.

—Te cojo y te escacho como me vuelvas a gritar, ¿me oyes? —Ahora es Enzo quien se coloca delante de mí y me estampa contra la pared, sujetándome de la camisa. Estoy tan confundido y tengo tanto miedo por Airam que me quedo atontado, mirándolo sin verlo. No reconozco a este chico, no sé quién es mi hermano—. Como me entere de que te dejas toquetear por ese tío te reviento, ¿te queda claro? Y ni se te ocurra lloriquear, que ya tienes quince años, joder.

Luego se marcha y me deja ahí, pensando en ese beso que Airam dio y en el puñetazo que le dieron de vuelta, pensando en que crecer es una suerte de traición. Cuando te haces grande pierdes el miedo, pero también es cuando los golpes empiezan a doler. No

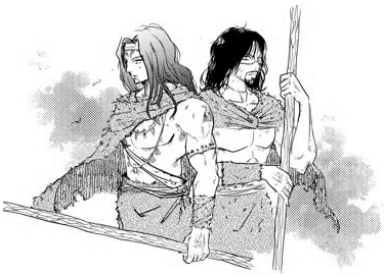
puedes calcularlo, nadie te avisa, no te lo esperas. Me pregunto qué sintió, qué siente ahora. Me pregunto…

Se me caen las lágrimas.

Cojo el móvil y voy en su busca.

Capítulo 19

15 años



No está en la carreta con su familia. Sus padres creían que estaba conmigo. Gara está con sus amigos y lleva un rato sin verlo. Lo busco con desesperación, imaginando escenarios horribles.

Corro y corro y no lo encuentro.

No está en el mirador ni en nuestros lugares favoritos. Tampoco me contesta al móvil mientras me dirijo a su casa, donde espero localizarlo, antes de ir directamente a buscar al tipo del que hablaba mi hermano. Tito. Casi puedo paladear su nombre. No pienso olvidarlo nunca. La rabia es como el hambre, cuanto más piensas en ella más la sientes, más te retuerce por dentro.

Lo veo nada más llegar a la cuesta que da a la entrada de su casa. Está sentado en el mismo sitio en el que lo vi por primera vez, con la diferencia de que no hay bocadillo ni batido del tamaño de mi hucha, viste de romero y tiene los ojos rojos y el rostro magullado. La rabia ahora es una serpiente que se me enrosca por el cuerpo y aprieta con fuerza.

Se levanta y echa a andar para que no le vea la cara.

—Espera, Iram. Te estaba llamando.

—Pues si no te cojo el teléfono es por algo. Vete a casa.

—Pensaba que esta era mi casa. ¿Ya no lo es?

Se detiene. Los hombros le tiemblan y se me parte el corazón cuando lo toco. Parece tan frágil cuando siempre ha sido tan

fuerte... Me rompo y quiero romper al mundo cuando lo miro y veo lo que le han hecho. Su labio partido, la sangre en la ropa, el pómulo con sus pecas diminutas (casi inexistentes si no te acercas como yo lo hago) hinchado.

Retrocedo y trastabillo con dolor. Me duele el sufrimiento que veo no solo en su rostro, sino dentro de él. Ese que lo hace apartar la mirada con vergüenza. En este momento odio a mi hermano y a todos los que son como él; a las personas que le harán daño, sean cuantas sean. Odio no haber podido estar ahí. Odio no haberle dicho nada a Enzo.

—¿Qué pasó?

—Nada. Un gilipollas.

—¿Quién?

—No te metas, ¿vale?

—Cuéntamelo.

Necesito que me lo diga. Necesito explicarle que no hay nada de malo en él, que nunca dejaré que lo vuelvan a tratar de esa manera. Como si pudiera prometer algo así, como si yo, débil como soy, pudiera protegerlo del mundo. Qué tontería. Qué broma todo.

—Estaba defendiendo a Gara. —Se encoge de hombros—. De un gilipollas, ya sabes.

Es mentira y los dos lo sabemos, pero no me importa. Entiendo que no me lo quiera contar. Me duele, porque soy yo y él es mi persona favorita, pero lo entiendo.

Saco el bolígrafo que me regaló y le dibujo tres héroes en el brazo armados hasta reventar. No son como los suyos; están cambados y parecen símbolos arcanos, pero sonríe y a mí se me infla el pecho de emociones. Lo cojo de la mano para darle un apretón que me devuelve con cariño y una sonrisa tímida que no le he visto hasta ahora.

—¿Le devolviste el golpe? —le pregunto.

Menea la cabeza. Nuestras manos siguen unidas, mi corazón va a su bola de aquí para allá, casi tan rápido como la chopa que veo corretear hacia el terreno que hay a un lado de la casa.

—¿Sabes esos momentos en los que te quedas paralizado? Pues eso. Ni siquiera sirvo para defender lo que más me importa.

«Lo que más me importa». La rabia me ciega. Quiero destrozar a quien le ha hecho eso, quiero que no vuelva a acercarse a él; quiero que desaparezcan todas sus heridas, cada lágrima e inseguridad que le ha marcado en la piel con una tinta imborrable que en nada se parece a las que usamos para pintarnos los brazos; quiero arrebatarle el miedo que le ha metido dentro y que soy capaz de ver.

—Dime quién fue —insisto.

—No quiero que te pelees con él. Tú no eres como tu hermano, Nau. No todo se arregla con los puños. Solo quiero olvidarlo.

Eleva el rostro, dispuesto a hacer ese gesto con la boca que tanto me irrita y me encanta, y el dolor le arranca un gemido. Trago saliva. El corazón se me arruga y no me doy cuenta de lo mucho que me he acercado hasta que le toco la boca con suavidad y él se tensa. Compone un gesto de dolor, pero se queda quieto, y yo también me quedo quieto porque su dolor es lo que más me duele. Somos dos pájaros a los que les han arrancado las alas. Dos náufragos en una isla. Una isla que no quiero que nadie más vea.

Lo acaricio despacio e imagino cómo se sintió al besar a ese chico. Su primer beso, su ilusión aplastada, sus esperanzas desgarradas por alguien que nunca se mereció que lo mirara. Imagino lo que sintió y se me rompe el alma.

Quiero besarlo. Que lo olvide. Que solo me mire a mí. Que me sienta a mí. Que me quiera a mí. Quiero tantas cosas… y todas llevan su nombre.

Dios. ¿En qué estoy pensando?

—¿Machango?

La inseguridad de su voz se me clava en el pecho. Me aparto con miedo, temblando. Jamás me había sentido así, como si me precipitara al vacío y no me importara caer, mucho menos el golpe.

—¿Se van mañana a Las Palmas? —le pregunto con la voz temblorosa. Necesito que no lo vea, que no me vea, que no se dé cuenta.

—Sí. —Se pasa la lengua con cuidado por el labio y hace una mueca—. ¿Por qué no vienes? Hace tiempo que no vienes. Estás cogiendo un moreno de camionero.

Nos reímos sin ganas.

—Sabes que tengo que ir al taller el lunes.

Hace unos meses empecé a ir al taller de Miguel de manera esporádica, al principio solo para llevarles el almuerzo de parte de papá y más tarde porque descubrí que me interesa mucho la mecánica de los coches. Poco a poco, Miguel me fue enseñando cosas hasta convertirme en algo parecido a un aprendiz (o aprendiz de aprendiz, como suelen llamarme los otros dos mecánicos). El caso es que en verano me ha pedido que vaya más horas. Me gusta estar ahí, no tengo nada que demostrar y tampoco tengo la sensación de estar en un lugar al que no pertenezco, algo que sí me sucede en mi casa. En el taller soy invisible siendo visible, si es que eso es posible.

—Serán solo unos días, y no es que estés contratado ni nada; estás aprendiendo.

—Lo intentaré, ¿vale? —Carraspeo cuando nuestros ojos se enlazan y noto una cosa muy rara en la barriga, espoleada por esos pensamientos que me vienen como voladores sobre cómo sería besarlo—. Mañana hablaré con tu hermana para que me diga quién se metió con ella.

—¿Con mi hermana? ¿Por qué quieres hablar con mi hermana?

—Porque tú no me lo vas a decir.

Me voy con la rabia arañándome la espalda y el miedo aullando dentro de mí. Casi puedo sentir sus zarpas desgarrándome desde dentro. El miedo y la rabia por separado son dos armas; una te hiere, la otra está hecha para herir. Pero cuando se unen, cuando se mezclan, te da la sensación de que todo te da lo mismo. Es una falacia, sí, pero no puedes luchar contra ella.

La rabia y el miedo me empujan hacia la callejuela donde Tito se ríe con sus amigos. Hablan de él. Por supuesto. Solo escucho un «maricón» antes de que todo desaparezca a mi alrededor, como cuando hay mucha calima y me pican los ojos.

Cuando peleas, la adrenalina te controla. El primer golpe te cuesta. Es normal, necesitas coger impulso. Pero el resto salen como perdigones. Pum. Pum. Pum. Y yo lo golpeo hasta quedarme sin fuerzas.

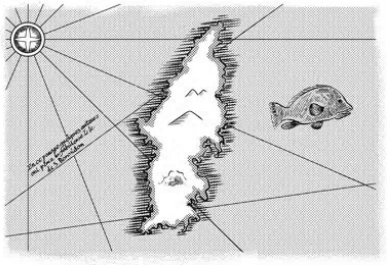
Tengo quince años. Todavía soy un niño que no habla con nadie y al que probablemente también llamen maricón cuando mi hermano no mira. Pero soy más grande y alto que la media, y estoy acostumbrado a los golpes de Enzo; a su lado, él es un rascacielos y yo un esmirriado. A mi lado el tipo que le robó el primer beso a Airam es una chopa a la que me dispongo a aplastar.

Y lo hago.

Entre puños y gritos a los que no presto atención, porque cuando luchas te quedas sordo y ciego, sus amigos intentan separarnos. También los golpeo a ellos. La rabia mezclada con el miedo es un superpoder que casi nadie puede controlar. Solo cuando mi hermano aparece y grita mi nombre me detengo en seco. El corazón se me va a salir del pecho, el cuerpo entero me tiembla y tengo la sensación de que voy a caerme de bruces si me muevo. Todos me miran. Veo tantas cosas en sus ojos… Tantas… Sobre todo, veo respeto. Y comprendo que ninguno de ellos volverá a tocar a Airam. Lo sé. Como también sé que no puedo controlarlos a todos. Habrá más, siempre habrá más. Pero yo he ganado esta pelea. O eso creo hasta que mi hermano se detiene delante de mí y me cruza la cara con un cachetón que me hace caer de rodillas.

No me dice nada, no hace falta. La palabra «maricón» me retumba en el pecho mientras lo veo alejarse a través de mis lágrimas. Y lloro. Por Airam, por los insultos de mi hermano y por mí. Porque cuando la rabia se va, solo queda el miedo. Y yo estoy aterrado.

Capítulo 20



—¿Qué quieres ser de mayor? —te pregunté una tarde mientras me ayudabas a hacer los deberes de mates.

Me giré en la silla. La luz entraba por la ventana abierta y tu *piercing* centelleaba mientras le dabas vueltas. Llevabas una camiseta violeta sin mangas y tu piel dorada brillaba un poco por la crema solar que tu madre nos había obligado a ponernos cuando estábamos en el jardín. Tenías un poco de crema debajo de la oreja y era ahí donde se me iban los ojos todo el rato, además de a tus brazos, que se veían un poco más fuertes de tanto nadar y jugar al fútbol.

Bajo la mesa, Tibi se abría paso entre nuestros pies buscando atención. Se notaba que tu abuela estaba cansada y ese día no le había hecho demasiado caso.

—¿Aparte de un héroe valeroso? —Abriste las piernas y bajaste la mano para acariciar la cabeza de Tibi, que enseguida sacó la lengua y empezó a gimotear.

—Ya eres valeroso. Me refiero a si quieres ser médico, o abogado, como tu padre, o tener un bar como el de mi familia.

—No lo sé. Quiero ser muchas cosas y no sé cuál de ellas me gusta más. Solo sé que tiene que ser fuera del pueblo, porque aquí a veces siento que no puedo respirar. —Te mordiste el labio e hiciste una mueca. Yo no dejaba de pensar en quitarte la mancha de la oreja y en si era o no raro que lo hiciera. No entendía por qué ahora

las cosas que antes me parecían normales me empezaban a resultar… complicadas—. ¿No sientes que la tierra se estrecha y no te deja hacer nada?

—A mí la tierra de aquí me gusta. Es como echarme un edredón encima. Estoy calentito, y cuando meto la cabeza dentro no hay nada que me dé miedo.

—¿Tú también tienes miedo a la oscuridad? Nunca me lo habías dicho.

—Dejé de tenerlo cuando mi tío nos regaló a Tibi y este empezó a dormir conmigo. Tu abuela dice que los perros sienten las cosas malas, y Tibi duerme como un tronco.

Te reíste.

—Vale, espera. —Te levantaste y abriste uno de los cajones de tu armario. Enseguida volviste a sentarte y me pusiste un paquete en la mesa—. Es por tu cumple. Todavía falta, pero los regalos hay que darlos cuando se necesitan. Eso también lo dice la abuela.

—¿Qué es? —digo, nervioso, moviendo la caja para calcular el peso.

—No hagas trampas y ábrelo.

Y lo hago. No debería sorprenderme, pero lo hace. Es uno de esos bolis que tienen mogollón de bolis de colores dentro.

—Puedes cambiarle la tinta, y así puedes dibujar a los héroes y las armas para no tener nunca miedo.

—Gracias.

—No lo pierdas, ¿vale?

—Vale. —Lo dejo con cuidado a un lado de la mesa y me giro para mirarte—. Entonces, ¿no sabes qué quieres ser de mayor? —volví a preguntarte.

—Quiero ser tu amigo.

Me reí.

—Ya lo eres, papafrita. ¿Qué más?

—No lo sé. ¿Tú lo sabes?

Te dije que no con un gesto. A continuación, tragué saliva y alargué la mano. Te quité la crema con cuidado mientras notaba cómo la piel se te ponía de gallina. Nos miramos. Tu aliento era dulce, siempre lo era, y a mí también se me puso la piel de gallina

cuando llevaste la mano a mi codo y me empezaste a acariciar esa zona sensible de dentro.

—Tenías crema —dije.

Entonces te acercaste y mi corazón dio una voltereta de las rápidas cuando me diste un beso en la mejilla; húmedo, suave y fugaz.

—Tú también.

Sonreíste y creo que me puse colorado, porque sonreíste más mientras te colocabas en la mesa y me señalabas la ecuación que teníamos empezada.

Esa noche, cuando apagamos las luces y nos arrebujamos en la cama, te dije:

—Sí que sé lo que quiero hacer de grande. —Noté cómo girabas el cuello—. Quiero encontrar la isla perdida y que podamos vivir en ella.

—Vale —dijiste.

Yo también me volví hacia ti. La luz de la luna que entraba por la ventana que nunca cerrábamos se proyectaba en tu cara y tus pecas parecían estrellas que se movían sobre tu piel.

—Piensas que soy tonto, ¿verdad?

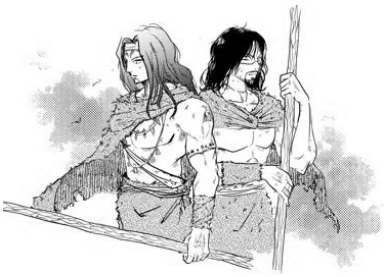
—Pienso que eres valiente y que, si quieres buscar esa isla, entonces te ayudaré. La encontraremos juntos y no dejaremos que nadie entre si no queremos. —Me pellizcaste la nariz, haciéndome reír—. Pero deberá tener una cocina, porque quiero hacer muchas recetas y…

Seguiste hablando y hablando, y yo te escuché sin escucharte. Habías dicho que vendrías conmigo y eso era lo único que me importaba.

Nosotros en la isla que aparece y desaparece.

Capítulo 21

16 años



Es sábado, día de romería, y Airam está pensando en qué tarta hacer por su cumpleaños, que este año cae al día siguiente. Va ganando la de galletas de la abuela. Un clásico entre los clásicos que le sale que te mueres de rica.

—No te he comprado nada —le digo.

La verdad es que casi nunca le compraba nada. No sé qué comprarle a alguien que lo tiene todo; y las cosas que no tiene son demasiado caras para mis ahorros de mierda. Por eso me esmero en escribir un cuento fantástico con algún héroe que esté a su altura. Es un regalo estúpido, pero a él parece encantarle y hasta se compró un archivador donde los guarda todos en fundas transparentes.

—No necesito nada —me asegura mientras pasamos por delante de la entrada de la oficina de turismo, donde siempre encuentro a su abuela cuando se le va la cabeza, para ir en dirección a su casa, deteniéndonos cada vez que Tibi se para a olisquear o echar una meada.

Con el transcurso de los años, el perro se pone más nervioso con los petardos y el ruido de la fiesta tan cercana a mi casa, de modo que los Martel me dejan que se quede en la suya a pasar la noche, algo que Sofía celebra sacando sus reservas de chucherías para perro.

—Lo siento, no tengo dinero.

—Que da igual, machango. Además, esa no es excusa.

Estamos tan pegados a la carretera que nuestros brazos se rozan todo el rato, y yo me siento raro cada vez que pasa, pero no quiero que deje de pasar. ¿Tiene sentido? El pelo le ha crecido y se ha hecho un segundo *piercing* en la oreja, cerca del primero. También es unos siete centímetros más alto que yo; lo sé porque su padre se encarga de medirnos y apuntar las marcas en la madera que hay junto a la puerta de la cocina.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, apartando los ojos de su cuerpo con el corazón acelerado cuando me pilla mirándolo.

—Que si quieres regalarme algo, puedes hacerlo. No todos los regalos son tangibles. Puedes regalarme algo que no cueste dinero.

Me da un golpe suave con el brazo a la vez que me dedica una media sonrisa que me burbujea en el pecho. Y es justo ahí donde me quedo: en sus labios. ¿Está hablando de eso? No puede estar hablando de eso.

—¿Hablas… de mis cuentos? —pregunto, mirándolo, y enseguida noto cómo se me enciende la cara y vuelvo a apartar la vista.

Airam se detiene junto a la subida a su casa. Tira de la correa de Tibi para acercarlo y me mira como si yo fuera una de esas recetas complicadas que a veces no le salen.

—Joder, si es que estaban tardando. ¿Cuándo ha sido? Porque dudo que te hayas enterado ahora. Fijo que fue tu hermano. —Se muerde el labio con rabia—. Lo sabías y no me has dicho nada, ¿verdad?

—Yo… Bueno…

—Ya, bueno —repite con retintín, imitando mi voz de esa manera jodelona que no me gusta nada—. Tranquilo, no eres mi tipo. No te iba a pedir nada de eso.

—Lo siento —me apresuro a decirle—. No pensaba que fueses a pedírmelo.

—Sí, claro. —Mira al cielo—. Creo que paso de ir a la romería, no me apetece salir hoy.

—No seas así. No te enfades conmigo, por favor.

—Me jode que me hayas mentido.

—Tú también me has mentido. No querías decírmelo y yo no quería decírtelo. Estamos en paz, ¿no?

—Porque no quería que me miraras como lo estás haciendo, por eso no te lo dije.

—¿Cómo te miro?

—Como si ser gay significase que me quiero follar a todos los tíos del mundo. No funciona así, ¿vale? Y tampoco es una enfermedad que se pegue.

Tibi se coloca a nuestro lado, le lame la mano a Airam y luego a mí. Pienso en Sofía y en que es verdad eso que dice de que los perros se dan cuenta de lo que pasa, y Tibi sabe que estamos discutiendo; por primera vez discutimos por algo de verdad, que duele y nos separa. Y yo no quiero separarme de él nunca.

—No pienso nada de eso. Yo… no quería que te sintieras mal. —La voz se me quiebra y doy un brinco al sentir un petardo. Tibi da otro brinco a mi lado y gimotea. Airam solo me mira, y yo solo quiero que no me odie.

—Vamos pa dentro.

Tira de la correa del perro, nos quitamos las cholas y lo dejamos con Sofía antes de subir a su habitación.

—Airam… —le digo cuando se deja caer en la cama.

—Olvídalo, no pasa nada.

Me siento en el borde, dándole la espalda.

—¿Y tu regalo?

—Me vale con un «feliz cumpleaños».

—Eso te lo pensaba decir igualmente.

—Pues me vale que seas mi amigo.

¿Se te puede encoger el corazón de alivio? Eso es lo que siento cuando me dice eso.

—Lo soy todo el año, tonto. Pero ibas a pedirme algo. —Me coloco de lado, con la rodilla flexionada para poder mirarlo—. Pídemelo, venga.

Nos miramos.

—¿Te lo dijo tu hermano? —me pregunta.

—Sí.

—¿Y?

—¿Qué?

—¿Qué piensas?

—No pienso.

—Claro que piensas —replica—. Es lo que más haces, Nau. —Me empuja la pierna con la rodilla—. Dime la verdad.

—Estaba esperando a que me lo dijeras tú —confieso; y es la verdad, llevo un año callándome las ganas de contarle que lo sé—, si algún día querías hacerlo.

—Me habría gustado decírtelo. Si no viviéramos en este pueblo de mierda en el que te sacan del armario a puñetazos.

—¿Lo saben tus padres?

—Sí, se lo dije hace un par de años, cuando supe quién era. Fue en Las Palmas, cuando bajamos a pasar unos días y mis amigos de allí me invitaron a ir de botellón. Estábamos de coña y me lo estaba pasando bien cuando me dio por besar a una chica. —Tuerce la boca, como si le costara hablar—. No me gustó. Ya lo sabía, pero sentirlo es muy distinto de saberlo, ¿sabes? Cuando lo sientes te das cuenta de que ya no lo puedes cambiar; tu vida es esa. Yo era eso. Llegué llorando a casa y se lo conté a mis padres. —Se coloca una mano en la cara para taparse la vergüenza—. Fue guay. Tengo los mejores padres del mundo.

Sonrío. El corazón se me llena de muchas cosas, entre ellas cariño por los Martel y esa envidia tonta porque yo nunca tendré una familia así, nunca me sentiré como lo hace él por mucho que en ellos haya encontrado un hogar. Quizá porque tengo una casa, una madre ausente, un padre infeliz y un hermano lleno de rabia; son mi familia y los quiero, aunque pertenecer a ellos me haga daño.

—¿Tu hermana lo sabe también? —le pregunto, y él asiente con un gesto de cabeza—. No me dijo nada.

—Le pedí que no lo hiciera.

—Vale.

—No te enfades —me pide.

—No me enfado. —Lo miro. Sigo con esa bola en la garganta que no sube ni baja y la sensación de tener un millón de agujas en los ojos—. ¿Te gusta alguien?

—Me han gustado algunos chicos, pero no se me da bien saber si gusto o no. No es tan fácil.

—¿Alguno del pueblo?

—Puaj, no. Qué asco. —Agranda los ojos al verme la cara—. No lo digo por ti, claro.

Incluso si se refiriera a mí, no debería molestarme. Sé que somos distintos, de mundos distintos, de pensamientos distintos. Me tumbo de espaldas junto a él en la cama, solo para dejar de sentirme tan… raro. Raro mal, raro de dolido y confundido.

—Has dicho que no soy tu tipo —musito.

Airam se coloca de lado y dobla el brazo para usarlo de almohada. El otro lo estira y me aparta los mechones que me han crecido de la frente. Me estremezco cuando desliza los dedos por mi mejilla con mucha suavidad, quizá con miedo. No me muevo. Él continúa un recorrido lento por mi mandíbula y sube a mis labios. Los traza despacio, casi como si se aprendiera su forma, antes de bajar a mi barbilla. En ese momento siento que alguien habita dentro de mí, uno de los demonios de las leyendas que nos cuenta Sofía y que más tarde yo recreo en mis cuentos, indomable y lleno de fuego. Así me siento. El ardor me crece en la tripa y sube a mi pecho; desde allí se expande por mi cuerpo, que vibra en cuanto Airam me roza la nuez con la punta del dedo.

No sé qué veo cuando lo miro, estoy demasiado ocupado intentando no quemarme. Tengo el corazón acelerado y solo puedo pensar en su mano bajando por mi cuerpo y…

—¿Si te pido un beso, me lo darías? —Su aliento me hace cosquillas en la mejilla y no tengo ni idea de cuándo se ha acercado tanto—. Como regalo de cumple, digo.

Soy un tibicena corriendo hacia las profundidades para evitar quemarse con la luz. Separo nuestros cuerpos, como si el fuego saliera de Airam y no fuera yo quien lo llevara dentro. Como si él tuviera la culpa de lo que siento.

—¿Qué? No —respondo nervioso, alzando un poco demasiado la voz—. Claro que no.

La tristeza que veo en su mirada me provoca una sensación de vértigo desagradable, quizá porque siento que este es el inicio del

final de todo, signifique lo que signifique eso. Que mi negativa acaba de trazar una línea que me separará de él, quizá para siempre.

—Entonces no eres mi tipo. Mis tipos son chicos que sí me besarían.

—Lo siento.

—Prométeme que nunca me llamarás como me llaman esos.

—¿Te refieres a…? —No termino la frase.

—Maricón, ya sabes.

Me pican los ojos, pero ahora por la rabia.

—¿Quién te llama así?

Airam se muerde el labio; también juguetea con los *piercings*.

—¿Quién? —insisto.

—Da igual, Nau.

—No da igual.

—Chacho, no seas plasta.

Resoplo. Sé que no me lo va a decir, igual que no me dijo quién le había pegado el año pasado.

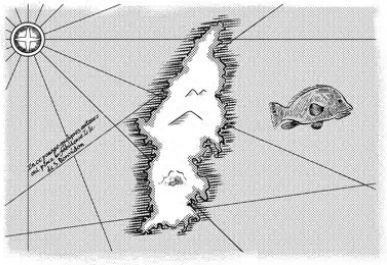
—Vale, entonces dime qué quieres por tu cumple.

—Si te lo pido, no tiene gracia. Piénsalo y cuando lo tengas me lo das. Un año de estos.

«Un año de estos», me repito. El aire sopla cálido a través de la ventana. Airam tiene los ojos cerrados, el corazón herido por mi culpa y yo… solo sé que no sé nada. Lo siento como nunca he sentido a nadie y sigo sin saber nada. La gente grita y festeja y oímos sus voces al pasar junto a la carretera. Tibi ladra en algún lugar del jardín, donde juega con Sofía. El mundo es inmenso y el pueblo demasiado pequeño para contener a mi amigo. «Demasiado», como yo, como esto que siento.

¿Cuántos años tendrán que pasar para saber qué regalarle? Ahora mismo no lo sé, y quién sabe si lo haré mañana.

Capítulo 22



Empezaste a pelearte a los quince. Al principio peleas tontas con insultos que fueron subiendo de intensidad conforme te hacías mayor; luego de las de verdad, con pibes que te rodeaban y querían hacerte mucho daño. No siempre estaba delante, pero ese día lo vi y salí a defenderte. No dejé que te tocaran, ni uno solo de ellos. Tú acababas de cumplir los diecisiete.

No nos empezamos a pegar hasta que llegamos al mirador. Tú no querías que te defendiera y yo no quería dejar de hacerlo.

—No soy un crío, imbécil. —Me empujaste.

—¿Qué te molesta? ¿Que te defienda o que sea más fuerte que tú?

—Me toca los huevos que te metas. Soy gay, joder, no un puto cobarde.

—Eres mi amigo. Si quieres que deje de meterme, tendrás que dejar de serlo.

—Pues vale —me gritaste, dándome otro empujón que me dolió porque lo último que quería era que dejáramos de ser amigos.

¿Tan difícil era que entendieras que no podía soportar que te hicieran daño?

—Pues vale, ¿qué? —Ahora era yo quien te empujaba—. Dímelo a la cara.

Me empujaste más fuerte y yo te devolví el golpe. Entonces nos pegamos. A lo bestia. Como solo dos amigos se pueden pegar.

Terminamos exhaustos; yo con el labio hinchado, tú con una herida en el pómulo, y ambos riéndonos a carcajadas.

Nos dejamos caer al suelo, apoyados en el muro de la estatua de los niños montando a piola, y me tocaste el labio con cara de querer morirte por la culpa.

—No voy a dejar de ser tu amigo. Vale a eso.

—Pues vale —te imité.

Me empujaste y te empujé, y de repente estábamos demasiado cerca, tú con medio cuerpo encima de mí y la pierna rozándome peligrosamente la entrepierna. Hacía calor, estábamos sudando y nuestros corazones parecían estar sincronizados. Me tragué tu respiración y me fijé en que desviabas la vista a mis labios mientras te apartaba el pelo de la frente. La mirada que me dedicaste entonces me puso tan nervioso que tuve que levantarme y empezar a moverme; me apretaban los pantalones y no podía sentirme así por ti. No podía.

—¿Quieres venir a mi casa? Podemos darnos un baño en la piscina.

Te dije que sí y caminamos en silencio hasta allí. En ese momento habría dado cualquier cosa por saber en qué estabas pensando. Quizá me habría atrevido a preguntarte de no estar tan despierto, tan sensible, tan… Dios.

Nos bañamos y nadamos un rato. Luego subiste a ducharte y yo me quedé con tu abuela mientras me secaba.

Cuando subí a buscarte para despedirme, estabas en la cama. No me di cuenta de lo que estabas haciendo hasta que me encontré en mitad de la habitación. Tenías la polla fuera y te acariciabas despacio, como si necesitaras tomarte tu tiempo; los ojos cerrados, la boca entreabierta, la camiseta subida hasta el ombligo, los pantalones bajados hasta las rodillas. Los gemidos que llenaban la estancia lograron que me excitara en cuestión de segundos. No podía dejar de mirarte. Movías las caderas al ritmo de tus giros de muñeca, arriba y abajo, como si tocaras un instrumento, y la tensión de tu cuerpo casi se podía palpar.

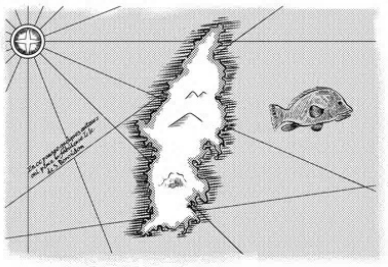
Debí hacer algún movimiento brusco, porque abriste los ojos y nuestras miradas se encontraron. Los tenías del color de las tierras

de mis libros de fantasía más oscura y esa vez sí que me dio miedo, no porque creyera que te ibas a ir a alguna parte para no volver, como mi madre, sino porque sabía perfectamente cuál era el sitio que estaba viendo y qué me pasaría si me sumergía contigo.

Te corriste cuando me di la vuelta para marcharme. Me fui con el sonido de tus gemidos retumbándome en el pecho y la sensación de estar alejándome del sitio al que pertenecía.

Nunca hablamos de ello.

Capítulo 23



—Algún día serás tan guapo que tendrás al mundo entero a tus pies.

—No quiero a nadie a mis pies.

—¿A mí tampoco?

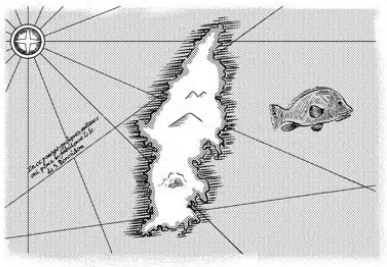
—A ti menos.

—¿Y dónde me quieres?

—Aquí arriba, conmigo. ¿De qué te ríes?

—Es que estaba pensando en cómo sería besarte.

Capítulo 24



La primera vez que me corrí pensando en ti lloré.

Lloré porque era raro pensar en ti mientras hacía eso.

Lloré porque imaginé lo que Enzo me diría.

Lloré porque eras mi amigo y te ibas a ir a la universidad.

Lloré porque me habría gustado que fueras una chica, aunque no tenía claro si me gustarías en el caso de serlo. Y es que a mí me gustabas tú, así, con tu cuerpo de chico y tu voz de chico y todas esas cosas que tenías que solo podían ser de un chico.

Lloré porque te quería y te estaba traicionando al pensar en ti de esa manera y no decirte nada.

Lloré porque te quería y me aterraba que los demás pensaran que era un maricón.

Lloré porque te habían sacado del armario a la fuerza y seguías luchando.

Lloré porque eras valiente incluso sin los héroes pintados en los brazos.

Lloré porque nunca sería tan valiente como tú.

Lloré porque tenía miedo.

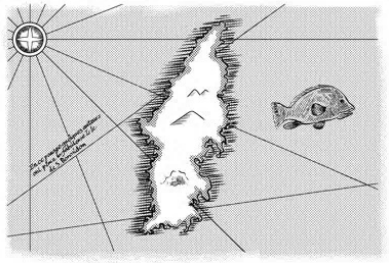
Lloré porque no me entendía.

Lloré porque no tenía familia.

Lloré porque me sentía solo.

No he dejado de llorar desde entonces.

Capítulo 25



En cuanto nos dieron las vacaciones de Navidad, me informaste de que dejaríamos las bicis, los libros y los héroes de lado, y nos pasaríamos el máximo tiempo libre en la cocina. Teníamos dieciséis y diecisiete años. Tú tenías que practicar y yo tenía que aprender a defenderme para no pasar hambre cuando te fueras a vivir a Las Palmas. Como si no comiera casi siempre en el bar de mi familia.

Empezaste por lo que menos nos gustaba, que eran los potajes, aunque solo hicimos tus favoritos; el de berros, el puchero y los que tenían garbanzos, porque te encantaban los garbanzos y, según tú, cualquier potaje estaba rico si los llevaba (no era verdad). Tu plato favorito era la ropa vieja y la hacías hasta el cansancio, o hasta que tu madre te sacaba de la cocina con el escobillón.

Los fines de semana los dedicábamos a los postres, los turrones y las truchas de batata con la excusa de que era Navidad.

—El próximo año te toca hacerme la tarta por mi cumple —me informaste mientras me dabas órdenes y yo intentaba seguirte la corriente mientras te zampabas unos plátanos amasados con gofio y me dabas alguna cucharada.

Ni siquiera pensé en que estábamos usando la misma cuchara. Eras consciente de que eras la única persona en el mundo con la que podía hacer una cosa así. Quizá por eso no te molestabas en cambiar de cubierto y me dedicabas esas sonrisitas de suficiencia.

Las veces en las que algo no me salía, te colocabas detrás de mí y dirigías mis manos como un titiritero. Cuando te preguntaba por qué no estudiabas algo de cocina, me explicabas que no querías que algo que te apasionaba dejara de gustarte, y luego saltabas a que tu padre era abogado y siempre te había gustado la idea de estudiar leyes. No me decías que en realidad lo que querías era ir a la universidad, mudarte a Las Palmas como habías acordado con tus padres (incluso aunque te quedara más lejos ir a Tafira desde allí), ser libre lejos del pueblo que tanto te enjaulaba. No hacía falta.

—Creo que ya está —te dije en cuanto terminé de batir la masa.

Enseguida deslizaste un dedo por el borde del bol y te lo llevaste a la boca, soltando un gemido sonoro en mi oído. Se me puso la piel de gallina y el pantalón me empezó a apretar como me sucedía últimamente cuando te acercabas demasiado o me tocabas. Me pasaba el día en un estado de embriaguez constante por tu culpa y no sabía qué hacer con esos sentimientos.

Estaba intentando respirar sin que lo notaras cuando deslizaste un segundo dedo y lo llevaste a mi boca. No me dio tiempo de apartarme y fue… raro. No solo por tener tu dedo ahí, sino por lo que vino después: esa manera en que te llevaste de nuevo el dedo a la tuya y me miraste. Tu dedo. Con mi saliva.

Se te oscureció la mirada. A mí se me aceleró el pulso.

—¿Qué haces? —No podía dejar de mirarte.

—Dejaste un poco. No es que quisiera besarte de manera indirecta.

Seguías pegado a mi espalda; tus manos apoyadas en el granito, rodeándome con tu cuerpo, tu rostro cerca de mi cuello, tus labios acariciándome la oreja, tu aliento sobre mi piel. Estaba confundido y excitado, y muy asustado, y sentía que todo era… *demasiado*. Solo podía pensar en que era demasiado, en que estabas demasiado cerca y en que hacía demasiado calor.

—Por Dios. Deja de tocarme. —Te empujé sin fuerzas hacia atrás. Sentía el cuerpo como gelatina que no había terminado de cuajar.

—¿Te molesta?

—Me pone nervioso.

Se me encendieron las mejillas. Subiste la mano para tocarme la cara y cerré los ojos. Tenía voladores en el pecho y no sabía cómo comportarme. No tenía ni idea de por qué reaccionaba así, cuándo había cambiado yo y qué había cambiado entre nosotros. Mi propio cuerpo me estaba traicionando y no sabía qué hacer para que no te dieras cuenta. ¿Eso era crecer? ¿Perder el control? ¿Ser consciente de que puedes perderlo todo en cualquier momento? No quería crecer, quería estar contigo como siempre; sentirme seguro, en casa, lejos de esa montaña rusa que me daba vueltas dentro del pecho. Esa pulsión que sentía entre las piernas no podía ser, no contigo. No. No. No.

—Estás colorado.

No abrí la boca.

Clavé los dedos en el granito de la cocina e intenté controlar la respiración.

—Nunca te ha importado que te toque —me susurraste al oído mientras arrastrabas los dedos por mi cuello, sintiendo mi pulso acelerado—. Lo he hecho desde que éramos chicos.

No así, Airam. Nunca así. No sintiendo este fuego, esta necesidad.

—¿Es porque soy gay? Sabes que jamás te tocaría en ese plan, ¿verdad? No me aprovecharía sabiendo que tú no sientes lo mismo. Y me duele que lo llegues a pensar.

Te giraste para poner distancia, pero te sujeté de la muñeca.

—¿A dónde vas? No hemos acabado la tarta.

—No me toques, joder. —Lo dijiste en voz alta, pero no hiciste nada para que te soltara. Yo tampoco lo hice.

—¿Crees que me importa que seas gay? Por mí puedes ser un puto extraterrestre y seguirás siendo la persona más importante de mi vida. Solo te he pedido que no me toques porque no soy capaz de hacer nada bien si lo haces.

Observé cómo se te movió la nuez y contuve las ganas de deslizar el dedo por ahí.

—¿Soy la persona más importante de tu vida? —preguntaste.

Me reí con nerviosismo. También te solté para agarrar de nuevo el batidor. En nada salvaste la distancia que nos separaba y me

giraste para que quedáramos frente a frente.

—Ahora no te hagas el loco —insististe.

—Conoces a mi familia, sabes lo que siento. ¿De verdad te sorprende que lo seas? Siempre te he dicho que eres mi persona favorita. ¿Qué crees que significa?

Tenías los ojos llenos de lágrimas. Tú no podías decirme lo mismo, tu familia era fantástica y en nada te marcharías. Lo más probable era que terminara siendo un número olvidado en tu teléfono llamadas esporádicas y visitas aún más esporádicas.

—Ojalá pudiera dibujarte la vida que te mereces —me dijiste.

—No seas tonto. Estoy bien aquí, no necesito otra vida. Además, en otra vida no estarías.

—Estaría en todas las vidas que dibujara para ti. Y también en las que no. Estaría siempre, Nau.

De pronto me sentí estúpido y bajé la vista a nuestros pies cubiertos por las cholas de estar por casa. Acercaste tu mano a la mía y me apretaste los dedos con suavidad.

—Venga, sigamos con la tarta.

Nos costó un poco, pero al final nos relajamos. Había tensión al rozarnos o cuando me dabas largas explicaciones sobre cocción con esa voz suave y enérgica que me calentaba el corazón, pero no fue más allá.

—Entonces, ¿de verdad no te importa que sea gay? —me preguntaste cuando por fin metimos la tarta en el horno.

Otra vez esa pregunta, esa barrera entre nosotros. Si hubieses sabido cómo me sentía, si lo hubieses sabido…, jamás me habrías hecho esa pregunta.

—Te puedo besar para que lo entiendas. ¿Quieres?

A los dos nos sorprendió mi propuesta. Me miraste, me miraste, me miraste. La tensión crepitó, nos envolvió y asfixió. Me acerqué a ti con el corazón acelerado y los nervios sacudiéndome por dentro. Necesitaba que lo vieras.

Te agarré de la nuca y uní nuestras frentes. Habíamos estado muchas veces así de cerca, pero no de la misma manera.

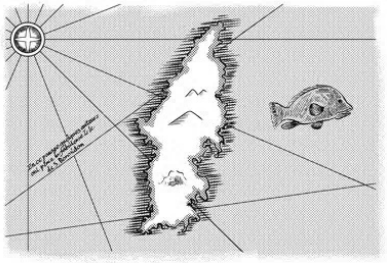
—Puedo hacerlo, si quieres —musité muy cerca de tus labios, apreciando el dulzor de tu aliento; caliente, cercano, devastador.

Levantaste la barbilla, nuestras narices se rozaron y sentí una sacudida en los huevos que me llevó a un estado de aturdimiento. Me temblaba todo. Llevé una mano a tu boca y te pasé el pulgar por los labios; gruesos, húmedos y tan rojos... Te removiste y me sujetaste del hombro mientras yo deslizaba la mano por tu barbilla para tocarte el hoyuelo. No sé quién abrió los labios antes, pero tu lengua me rozó la boca y el mundo se sacudió a nuestro alrededor. El corazón se me iba a salir del pecho y fui consciente de que esto iba a pasar. Iba a besarte. Necesitaba... Necesitaba…

Entonces me empujaste y saliste de la cocina sin mirarme. Lo último que escuché fue un «Te creo» antes de que desaparecieras por el pasillo.

Ninguno de los dos volvió a mencionar ese momento tampoco, pero el recuerdo del beso que no nos dimos se nos quedó pegado a la boca, como el rastro de saliva que habías dejado en mis labios y que me quité con la punta de la lengua.

Capítulo 26



El último año antes de que te fueras a la universidad hicimos muchas cosas. Celebramos mi diecisiete cumpleaños en Güigüí, regalo de tus padres y de Sofía, que se quedó en casa porque no podía caminar tanto. Y es que para llegar a una de las playas más bonitas de la isla teníamos que andar casi tres horas por una ruta de senderismo. Yo no lo sabía hasta que dejamos el coche en Tasarte y comenzamos el recorrido. Ascendimos por caminos de tierra hasta la Degollada de Aguasabina, a más de quinientos metros de altura.

—Esto es lo más lejos que he estado del pueblo —musité mientras observaba las impresionantes vistas del macizo de Güigüí y el Océano Atlántico.

Te acercaste desde atrás y me susurraste al oído:

—Feliz cumpleaños.

Se me puso la piel de gallina y no me atreví a mirarte, pero sonreí. Luego nos sacamos fotos con las vistas de fondo, que esa noche le enseñaríamos a Sofía, antes de empezar a bajar por caminos llenos de rocas, desniveles, pendientes y mucha mucha naturaleza.

No eran las once cuando llegamos y pasamos uno de los mejores días de mi vida en esa playa cuyas aguas cristalinas se parecían a las de las historias de fantasía que había empezado a escribir en el ordenador, mucho más elaboradas que las que me inventaba de chico y te regalaba por tus cumpleaños.

Nadamos, nos enterramos, hicimos lucha canaria y sacamos la baraja española para jugar a la ronda con tus padres. Después de comer, ustedes me hicieron soplar una vela sobre un queque de almendras que me habías preparado tú y me diste mi regalo de cumpleaños: un vale para hacernos un tatuaje, con el permiso concedido de mi padre. El diseño era tuyo: dos héroes armados que irían en nuestro antebrazo. Era tu mejor dibujo. Comparado a esos otros que solías hacer, parecía profesional. Cuando te lo dije, te sonrojaste un poco y admitiste que le habías pedido ayuda al diseñador.

No te di las gracias, al menos no en ese momento, pero me dolía la cara de sonreír. Y tú debiste darte cuenta, porque empezaste a sonreír conmigo y a hacer más el tonto de lo normal. En ese momento, los dos teníamos diecisiete años; tú a falta de unos meses para que cumplieras la mayoría de edad. Sería nuestra última romería antes de eso y no dejaba de darle vueltas a si seguirías viniendo al pueblo después de que te fueras. Algo me decía que las cosas cambiarían, aunque no quisiéramos. Quizá por eso nos hicimos el tatuaje con tanto entusiasmo, para recordarnos cada día que siempre estaríamos, aunque nos halláramos a un mundo de distancia, y para sentirnos un poco más fuertes, un poco menos solos.

Fuimos dos días después. Cogimos una guagua y decidimos ir solos, aunque tu padre se había ofrecido a llevarnos. El estudio estaba en Las Palmas, por la zona del obelisco. Entramos juntos y los dos fingimos que no nos dolía nada mientras veíamos cómo los héroes cobraban vida sobre nuestra piel, ahora para siempre. Ojalá la valentía también fuera capaz de perforar la primera capa superficial de nuestra piel, como lo hace la tinta, y quedarse atrapada en la dermis. Cuando salimos, me acompañaste a comprar un par de libros de fantasía antes de almorzar una hamburguesa, y terminamos nuestra aventura con un helado de Guirlache, en el paseo de Triana, la mejor heladería de Las Palmas (según tú).

—Tengo un último regalo —me dijiste cuando llegamos al pueblo, cansados pero felices.

Todavía no te había dado las gracias por el tatuaje, así que me sentí muy avergonzado.

—¿El qué?

—El sábado ven a mi casa por la noche. Dile a tu padre que te quedas a dormir.

La mención de mi padre me hizo recordar que mi madre se había vuelto a marchar. Ya no nos sorprendía que se fuera, pero seguía escociendo, quizá lo haría siempre.



El sábado me pasé por tu casa en cuanto saqué a Tibi y me di una ducha. Tu abuela me entregó un cuaderno de leyendas y me repitió aquella de San Borondón que tanto nos gustaba. A veces se olvidaba de que ya nos la había contado y la repetía con entusiasmo, pero nunca se lo decíamos. Cada vez se perdía más y cada vez nos costaba más darnos cuenta del momento en el que lo hacía. Era una mierda, porque estaba bien pero dejaba de estarlo en el tiempo que tardabas en parpadear.

Me llevaste al casco antiguo, cerca del museo. Pasamos la pérgola de madera oscura rodeada de buganvillas de colores rosados y púrpuras que trepaban y caían por las vigas, y nos detuvimos en una casa de dos plantas, de fachada revestida de madera.

Abrí los ojos de par en par cuando metiste la llave en la cerradura y me hiciste pasar.

—¿De quién es la casa? —quise saber.

No me contestaste. Me diste la mano y tiraste de mí para que subiera contigo. Todo estaba oscuro y apenas era capaz de ver las fotos que había en las paredes, pero conseguí distinguir a Sofía.

—Es tu abuela.

—El abuelo le regaló la casa. Querían mudarse porque la otra era demasiado grande para ellos solos. Pero no llegaron a vivir aquí

porque el abuelo… —Tu voz se desvaneció, llena de ecos, y yo me aferré más a tu mano.

Nos detuvimos en el pasillo de la planta superior y te situaste delante de mí para decirme que cerrara los ojos, que era una sorpresa.

Lo hice y me dejé guiar.

—No los abras todavía.

Me hiciste girar hacia lo que supuse que sería una habitación. El sonido de nuestros pies resonaba por el suelo de madera y pude oír cómo te movías, el golpe que te diste con algo y la palabrota que le siguió. Me reí, nervioso como estaba. Tenía voladores en el pecho y las manos me empezaban a temblar.

Enseguida noté las tuyas en mi rostro, tu aliento cerca de mi boca, y no pude evitar estremecerme.

—Ábrelos.

Todo seguía oscuro, pero nada era igual cuando por fin abrí los ojos. Había luces de colores por todas partes. Se movían en todas direcciones; por las paredes, por el suelo, por el techo. Un arcoíris que siempre me recordaría a ti. A esos besos de los que fuimos testigos en la playa; a aquel otro que no llegamos a darnos, pero que sentí en la piel; a las veces en las que te había imaginado mientras me acariciaba; a la libertad que descubría en tus ojos cuando me mirabas; a la que sentía por dentro, encerrada en una cárcel de hierro.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Ya que no puedo llevarte a una discoteca de verdad, te he hecho una. No está mal, ¿eh?

Apuntaste al aparato de música con el mando y la melodía que salía de los altavoces cubrió el espacio hueco en el que nos hallábamos, llenándolo de vida.

—¿Quieres bailar?

—¿Es lo que quieres por tu cumpleaños? Todavía falta un poco para eso —dije solo porque necesitaba restarle importancia.

La tristeza que descubrí en tus ojos me hizo sentir la peor persona del mundo. La libertad me retumbaba en el pecho de hierro, clamando por salir.

—Machango…

Los segundos pasaron. Nuestras respiraciones se escuchaban amplificadas y casi podía oír nuestros corazones sincronizándose. Observé el momento exacto en el que comprendiste lo que no iba a pasar nunca entre nosotros y estiraste los labios en una sonrisa forzada que me rompió por dentro.

—Pues nada. Bailo yo.

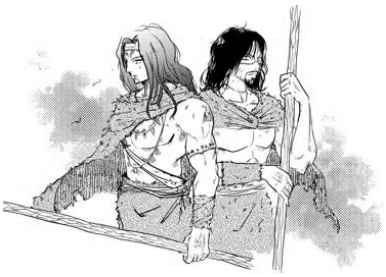
Buscaste entre las canciones hasta dar con *Livin' On A Prayer* y comenzaste a bailar con ganas. Llevabas una camiseta blanca sin mangas que se te pegaba como una segunda piel y te dejaba lucir esos brazos cada vez más fuertes, vaqueros ajustados, playeras blancas. Estabas moreno y nunca te había visto bailar así, de esa manera casi… sexual. Tu cuerpo no era como el mío, grande y sin demasiada gracia, sino como una de esas esculturas que mi madre veía en los documentales de arte. Te movías como si hubieses nacido para eso, amoldándote a los sonidos, y mi cuerpo no tardó en encenderse. Eso me acojonaba, pero lo que más me asustaba era perderte, decepcionarte, herirte como sabía que había hecho alguna vez.

Aproveché que había terminado Bon Jovi y había comenzado *I Don't Want to Miss a Thing*, una canción que siempre me traería hasta este momento, para acercarme a ti por detrás. Te rocé los brazos con suavidad y te giraste para mirarme. Me dedicaste una sonrisa tímida, llena de ese miedo a que me arrepintiera que ya me sabía de memoria. Comprendiste que no tenía ni idea de cómo moverme y me colocaste las manos sobre tus hombros. A continuación, me cogiste de las caderas y me empujaste despacio para empezar a movernos, a un lado y al otro, mientras yo me fijaba en nuestros pies, que se acercaban y se alejaban en una alegoría perfecta de nuestra vida. Nos movíamos despacio, casi en sincronía. Tus ojos brillaban bajo las luces del techo. Estabas tan guapo… Me abrazaste por la cintura dejándome tiempo para que te apartara. No lo hice. En su lugar, me abracé a ti con más fuerza; nuestros pechos unidos, nuestras caderas apretadas, nuestras pollas rozándose en movimientos suaves que nos aceleraban el pulso y nos hacían jadear.

En ese momento no éramos Airam y Nauzet. No estábamos en esa casa ni en ese pueblo ni en esa isla. Éramos nuestra propia isla que aparecía y desaparecía, con sus luces y sombras, y esa sensación de estar y no estar. Cerré los ojos y no estábamos, los abrí y seguíamos ahí. Quería quedarme a vivir en ese momento. Que fuéramos eternos. Que no te marcharas al final del verano. Que no me olvidaras. Quería que las luces nos alumbraran el camino cuando nadie más nos veía. Quería estallar de felicidad. Contigo.

Capítulo 27

17 años



Decido decírselo la noche de la romería. Llevo con la matraquilla desde que empecé a ayudar en el taller y en clase mis notas empezaron a empeorar.

Recuerdo que mi profesor de Lengua me pidió que me quedara al terminar una de las clases del tercer trimestre para preguntarme si las cosas iban bien en mi casa, si necesitaba clases de apoyo, si podía hacer algo por mí. Él conocía a mi hermano, le había dado clases antes que a mí y los dos sabíamos que yo tampoco estaba hecho para eso, pero nos encantaba fingir que sí, sobre todo a él.

—Dime qué puedo hacer por ti. Eres uno de mis mejores alumnos. Me da una pena inmensa ponerte esta nota en un examen. —Arrastró la hoja hacia mí.

—Intentaré hacerlo mejor la próxima vez.

—¿Y eso es todo?

Me encogí de hombros.

—Lo repetirás antes de que terminen las clases.

—¿Por qué?

—Porque sé que puedes.

Lo miré durante mucho rato. Luego me marché sin decirle nada.

No fui al examen y suspendí; esa y tres asignaturas más. Tenía que repetir curso.

—Voy a dejar el instituto —le explico a Airam cuando termino de cenar y sacar al perro.

Es tarde, pero ninguno de los dos tiene sueño y quedamos para vernos en el mirador. La noche es cálida y hay luces por todo el pueblo. La fiesta ya se respira en el aire. Hay verbena, pero ninguno de los dos quiere ir. Solo Gara con esos amigos que ha hecho desde que tiene nuevo novio.

—¿Qué? ¿Por qué? Pero si solo te queda un año. Un año y se acabó.

—Me quieren coger en el taller.

—Pero Nau, si te faltan meses para cumplir los dieciocho... —Menea la cabeza con incredulidad; también se toca los *piercings*.

—Necesito el curro. Es mi futuro.

—Se suponía que ibas a terminar el insti y, no sé, estudiar un ciclo o algo si no querías hacer una carrera. Que vendrías a Las Palmas y te quedarías en mi casa.

—Nunca dije eso, fuiste tú quien lo dio por sentado. A veces parece que no me conoces nada.

—Eso no es verdad. Porque te conozco pensaba que harías eso.

—Les dije que sí, Iram. El instituto es incompatible y ya no estoy obligado a seguir estudiando. Es una pérdida de tiempo. Lo hablé con mi viejo y me ha dicho que haga lo que quiera. —Veo su expresión, una mezcla de rabia y decepción. Eso me toca los huevos, porque no es nadie para juzgar mis decisiones cuando él es libre de tomar las suyas. No todo el mundo puede ser un héroe, algunos solo somos humanos—. ¿Qué más te da? Es mi vida. Y al menos no tengo que trabajar en el bar. No quiero trabajar en el bar.

Airam debe leer mi expresión, porque se le suaviza el gesto antes de decir:

—Solo quiero que te lo pienses bien para que no te equivoques.

—Yo no soy como tú, Iram. A mí no me da miedo equivocarme. —Me encojo de hombros—. El mundo va demasiado deprisa para la gente como yo. No me mires así y deja de opinar sobre mi vida. Por favor. Yo no te digo lo que tienes que hacer, lo acepto y ya está.

—Pues a lo mejor deberías decírmelo. A lo mejor deberías dejar de ser un cobarde. —Lo suelta así, sin más.

—¿Qué?

—Mira. Sé lo que es estar perdido, pero también sé que los que estamos perdidos somos los que más nos buscamos porque tenemos esa necesidad visceral de encontrarnos. Estar perdido es una mierda. Nunca te encontrarás si no te buscas, Nau.

—¿Qué te hace pensar que estoy perdido?

—Que te conformas. Te rindes.

Me río. Qué puta broma. Me levanto del muro y le doy la espalda solo para que no vea la rabia que me sale de dentro.

—Así que para ti soy un cobarde que se rinde. ¿Y todo por querer ser mecánico? ¿Por no querer ser un abogado o pasarme el día en una oficina? Dime qué tiene de malo ser yo. Antes no te importaba.

Le brilla la mirada cuando se levanta; también le tiembla la barbilla.

—No tienes nada de malo, Nau. —Se pasa una mano por el pelo, desesperado, mientras una lágrima solitaria se derrama por su mejilla. Hago como que no la veo; paso—. Te querría incluso si te dedicaras a cortarles las uñas a las abuelitas y te olieran los dedos a pies todo el tiempo. ¿Qué? ¿No has visto los ñoños de la abuela? Cortarle las uñas es cosa de héroes.

Me río, frustrado. Él se me acerca y me toma del rostro mientras otra lágrima le brota, seguida de otra más.

—Lo siento. No quise decir eso. Solo quiero que no dejes de hacer todo lo que quieras hacer, por nada ni nadie.

—Estoy haciendo lo que quiero —le aseguro; al menos en esto no miento—. No hay otra cosa que me guste más que los coches y los libros. Contar mis propias historias. Ya lo sabes.

—Puedes ser escritor.

—Espera a que acabe un libro y hablamos.

Me acerco más a él y hago desaparecer su dolor con los dedos. A continuación, lo miro. Ahí está Airam, tan igual y a la vez tan distinto. Me cosquillean las manos a causa del roce de su piel y la sensación se expande por mis brazos y el resto de mi cuerpo. Nunca me había sentido así, como si los pulmones se me llenaran de Airam. No sé cuándo empezó, si acabará en algún momento, si es pasajero, si será eterno o si solo estoy confundido. A lo mejor él tiene razón y

solo estoy perdido, quizá solo tengo que intentar buscarme para encontrar una salida. ¿A dónde? No tengo ni idea. Lo único que sé es que Airam está aquí, que lo estoy tocando, que está llorando por mí y que no puedo dejar de pensar en que es guapo incluso cuando lo hace.

—Deja de llorar, tolete.

Uno nuestras frentes y le acaricio la mejilla, todavía húmeda por las lágrimas y otra nueva que acaba de derramar. Cierro los ojos cuando los voladores comienzan a llenar el cielo. En cuanto los vuelvo a abrir, él se ha separado de mí y sus ojos del color de las tierras fértiles se encuentran con los míos, azules y fríos. Eso es lo que veo en el espejo cuando me miro a los ojos, un frío que me congela. Estamos tan cerca que podría contar sus pecas si no estuviera tan nervioso.

Airam baja la mano a mi antebrazo en busca de mi héroe y lo acaricia. Es su forma de decirme que soy valiente sin decírmelo, que cree en mí aunque ni yo mismo lo haga.

—Te quiero fleje, Nau. Somos amigos.

—¿Hasta cuándo?

Me mira entre enfadado y dolido.

—¿En serio?

Doy unos pasos hacia atrás. Los fuegos artificiales llenan el cielo de colores, y oímos gritos y risas y vida en una noche que no ha hecho más que empezar.

—Te doy un año desde que te vayas a la uni, a lo mejor menos. Dejarás de venir.

Lo pienso de verdad. Es lo que pasa con la gente de Las Palmas, se van y nos olvidan. Somos como ese cuento lleno de nostalgia que les contaban sus padres cuando eran chicos antes de dormir.

—Siempre volveré para la romería, Nau. Te hice una promesa.

—Y yo te creí.

—¿Y ya no?

—Ahora creo que no me enfadaré si no lo haces. Las promesas están ligadas a momentos y los momentos a sentimientos. Hoy sientes que nunca vas a querer irte del todo, pero quizá mañana te

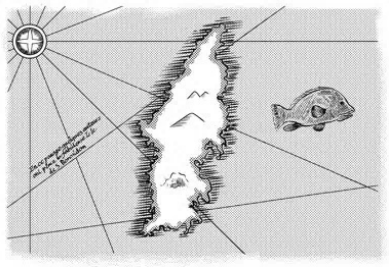
canses de venir porque ya no quieras hacerlo o porque ya no lo sientas. Y no pasa nada.

Le tiembla la barbilla. Retiro la vista antes de ver las nuevas lágrimas que está a punto de derramar. Tengo los pulmones llenos de Airam y no puedo respirar.

—Haces que suene triste —dice él.

—Hago que suene real —digo yo.

Capítulo 28



—¿Qué es lo que más te gusta de Las Palmas? —te pregunté un tiempo después de que te fueras a la universidad, cuando todavía hablábamos de manera religiosa cada noche. Antes de que empezaras a salir de fiesta, antes de que hicieras otros amigos, antes de los chicos.

—Aquí nadie me llama maricón. Puedes ir de la mano con un chico, besarlo, y nadie te mira.

No quería saber eso. No quería pensar en ti yendo de la mano con ningún chico.

—Aprendí a conducir —te dije para cambiar de tema—. Me enseñaron mi padre y Miguel, el del taller. Le está gustando cómo estoy dejando el Renault de papá.

—Así que ya es oficial que serás mecánico. Quizá podrías, no sé, tener tu propio taller.

—¿Por qué siempre quieres hacerlo todo a lo grande? No aspiro a mucho. Me conformo con tener un sueldo y alcanzar la felicidad. Parece algo serio, si te paras a pensarlo.

Resoplaste.

—No seas tonto. Me da pena que no sigas estudiando con lo bueno que eres, pero, si es lo que quieres, no diré nada más.

Nos quedamos callados. Al otro lado se escuchaban tus pasos y te imaginaba caminando por la azotea de tu casa de Playa Chica, con pantalones cortos, camiseta sin mangas que dejaba al

descubierto tus brazos dorados cada vez más marcados y cholas. Lo más seguro es que estuvieras tocándote los *piercings*, como hacías cada vez que te ponías nervioso. Te imaginé mirando hacia la playa con esa expresión preocupada que te dibujaba una bonita mueca en la boca, tus labios húmedos, el hoyuelo enfatizado en la barbilla. Pensé en cuánto cambiarías hasta la próxima vez que te viera, si alguna vez lo harías hasta el punto de no ser capaz de reconocerte.

—¿Vas a dejar de ser mi amigo? —te pregunté bajito.

—¿Por qué dices eso?

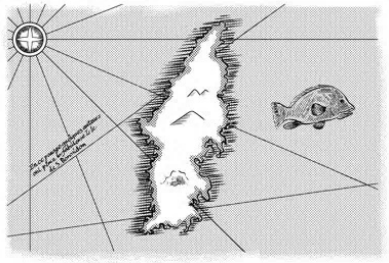
—Porque no me voy a ir a Las Palmas. Me gusta vivir aquí, me gusta vivir en el pueblo, Iram. Lo siento.

—No me pidas perdón, machango.

—Es que creo que vamos por caminos distintos, y que terminaremos alejándonos. Eso me hace sentir como el culo.

—Tú y yo viajamos a velocidades diferentes. Y no pasa nada. Cada uno va a su ritmo, como quiere y cuando quiere. Podemos ir a ritmos distintos y seguir yendo en la misma dirección. Somos más que amigos, Nau.

Capítulo 29



Al principio todo eran llamadas y mensajes por tu parte que rara vez te devolvía porque nunca me ha gustado eso de escribir. Me hiciste una radiografía de tu facultad, de tus profesores y compañeros, de los que creías que eran gais o bisexuales. Me lo contabas todo como si necesitaras relatárselo a un diario y te quedara yo. Pero los meses pasaron. Llegaron las fiestas, los trabajos, las salidas día sí y día también, el tiempo que funcionaba diferente en las dos partes de la isla en las que vivíamos.

Querías besar, follar, tener novio. Todo lo que no habías podido hacer en el pueblo. Había un horizonte lejano al que te irías y jamás te encontraría. Me pregunté si alguna vez querrías enseñármelo, si te acordarías de mí, si me olvidarías como hacía tu abuela con las cosas más significativas.

Gara y yo pasábamos mucho tiempo juntos. Más que antes. Yo repartía casi todo mi tiempo entre el taller de Miguel y el garaje de mi casa, arreglando un Renault viejo que papá se negaba a mandar al desguace. Fueron ellos quienes me enseñaron a conducir en un terreno cerca del pueblo antes de cumplir los dieciocho y sacarme el carnet. Conocer cada engranaje de un coche se convirtió en mi forma de asimilar el tiempo. Cuando me llamabas, si es que lo hacías, ibas con prisas y apenas me daba tiempo de contarte cómo me iba. Luego me sentía tonto. ¿Qué podía contarte yo que te pudiera interesar? ¿Que sabía desmontar y montar un coche? ¿Que

había aprendido a conducir antes de que te terminaras de sacar el carnet? ¿Que en el taller estaban deseando contratarme y yo no podía sentirme más orgulloso? ¿Que siempre llevaba las uñas negras y las manos hediondas? No te interesaba nada de eso y sabía lo que pensabas de que hubiera dejado el instituto, de modo que me callaba. Un abismo comenzaba a abrirse entre los dos y no sabía cómo pararlo.

—Sofía, ¿cuál es el secreto para olvidar? —le pregunté a tu abuela una de esas tardes en las que me pasaba a verla y le llevaba golosinas a escondidas.

Ella se llenaba la boca y le brillaban mucho los ojos, esos que tanto me recordaban a ti por la magia que había en ellos. Durante esas tardes en las que no había nadie más en la casa porque tus padres trabajaban y Gara estaba demasiado liada con el insti y los amigos, Tibi y yo disfrutábamos de tu abuela. Algunos días me la llevaba a merendar y la memoria enterrada dentro de ella dirigía nuestros pasos siempre a ese sitio. Le pregunté muchas veces a quién iba a buscar a allí, pero ella se limitaba a contestarme con un «a mí, me busco a mí» que me dejaba el corazón arrugado por la pena.

—El olvido no existe, mi niño. Nada se olvida. La vida, el mismo universo, es como esos discos donde ustedes almacenan información en el ordenador. Aunque la borren, siempre quedan restos.

—Pero tú olvidas a veces.

—Es como un clic. Me voy y vuelvo. No es que olvide, solo me voy a un sitio donde nada importa. Pero mis huellas siguen existiendo. ¿Por qué me preguntas eso?

—Me gustaría olvidar a una persona —le confesé a esa señora a la que quería con locura; esa mujer que era mi abuela, aunque no lo fuera.

—¿Quieres que desaparezca o que solo lo hagan tus recuerdos con esa persona?

—Quiero no echarlo de menos. —Se me formó un nudo en la garganta; sabía que tu abuela comprendía que hablaba de ti.

—¿Y quieres eso porque te duele? —probó a preguntar.

Tibi ladró y ella le dio una golosina de perro, a lo que él respondió dándole un lametón en el dorso de la mano y haciendo una especie de reverencia. Tu abuela le había enseñado bien; incluso le daba la patita cuando se lo pedía o se hacía el muerto y ahí se quedaba hasta que ella le daba permiso para levantarse. Con el paso de los años, cada vez que pensara en uno siempre recordaría a la otra. Fueron mi ancla al mundo, los únicos que conseguían que el pecho se me vaciara un poco de ti y me quedara algo de oxígeno para poder seguir viviendo.

—Me da miedo lo que siento cuando está, y lo que no siento cuando se va. Es como si nunca pudiera volver a sentirme así, y me da mucho miedo —repetí.

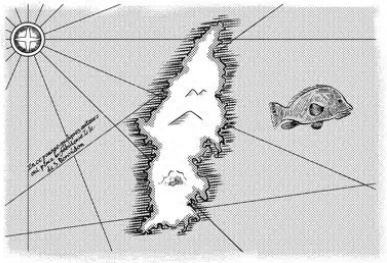
Tu abuela tomó una de mis manos entre las suyas. Eran suaves, frágiles y, a la vez, lo más sólido que tenía.

—La vida da mucho miedo a tu edad, lo sé. Pero el olvido solo es la vía rápida, como cruzar una línea continua cuando sabes que no está bien. Estás confundido y tienes miedo, lo entiendo. Date tiempo y piensa en lo que quieres y necesitas. Cuando lo hagas, encontrarás la respuesta.

—¿Qué respuesta? —Me había perdido, o quizá hablábamos de cosas distintas.

—El secreto para olvidar. ¿No era eso lo que querías saber? Los pensamientos son aterradores, no siempre puedes controlarlos; la gran mayoría de las veces te controlan a ti. Olvidar no siempre es la solución, solo la vía fácil. Y déjame decirte, mi niño, que la vía fácil existe, pero no siempre nos deja satisfechos. En ocasiones solo nos hace infelices.

Capítulo 30



La primera vez que me hablaste de un chico me convertí en una isla que aparecía y desaparecía. Seguía ahí, contigo, escuchando, y el mundo entero podía verme; incluso tú. Pero en realidad estaba lejos de todo. Mi conciencia se elevó y dejé de existir. Si no existes, no estás. Si no estás, no puedes sentir el desgarro. Y yo no sentía nada. No me dolía.

Era de noche y la casa estaba en silencio. Tus padres y Sofía dormían, Gara estaba estudiando para un examen y nosotros estábamos apretujados en tu cama, que ya se nos había quedado chica para nuestro tamaño. Hacía meses que yo había dejado el instituto y tú habías venido a pasar el sábado en el pueblo porque tu abuela había tenido un día malo y regresabas el domingo por la noche a las Palmas para ir el lunes a la universidad.

Esperé y esperé hasta que te quedaste dormido para escabullirme y bajar al jardín. Me hundí en la piscina y dejé escapar el llanto. Gritaba y lloraba, y sabía que algo me estaba sucediendo, que la verdad se estaba liberando de mí y ya no era capaz de controlarla. Lo que sentía por ti no era confusión ni pasajero ni producto del cariño… Dios. Por ti lo sentía todo.

Lloré por ti, por todo lo que no te diría. Estaba muerto de miedo y tú eras feliz, libre. Salías con chicos que no se parecían en nada a mí. ¿Qué podía ofrecerte si ni siquiera era capaz de decir en voz alta lo que sentía? Te quería, y no como un amigo, sino como algo más.

Mucho más. No se te llenaba el pecho de alguien a quien no querías, y yo era consciente de que esto que sentía no se iría. Como había dicho tu abuela, serías como ese disco que nunca podría borrarse del todo; tu huella siempre permanecería dentro de mí. Te quería y era una mierda, porque te habías ido aunque siguieras aquí.

Estábamos a mundos de distancia y yo no dejaba de tener miedo. Me daba miedo que lo supieras y también que no lo hicieras.

Una vez, cuando tenía once o doce años, nos encontramos la piel de un lagarto en el camino de tierra hacia la salida del pueblo. Era gruesa, estaba retorcida y se parecía a esas papas que nos comíamos a veces, las que tenían forma rizada. Recuerdo que decidiste llevártela para analizarla en casa a pesar de que te dije que era asqueroso. La guardaste en un vaso vacío de Nocilla y la dejaste sobre la estantería de tu habitación. Querías ver qué le pasaba a la piel con el paso del tiempo, si se desintegraba o si sucedía algo similar a esos recuerdos de tu abuela que terminaban olvidados o desdibujándose.

—Papá dice que los reptiles mudan de piel para eliminar las células dañadas —me dijiste.

—Pues tu abuela dice que nosotros también lo hacemos, pero que no se ve así. No podemos meter nuestra piel en un bote.

—Entonces, ¿cada vez que nos duele algo lo eliminamos? ¿Eso es crecer? ¿Mudar de piel? No sé si quiero crecer. ¿Y tú?

Eras un año mayor que yo y solías cuestionarte ese tipo de cosas, a veces incluso le preguntabas a alguien de tu familia. Querías saber muchas cosas, como a dónde se iba tu abuela cuando se le iba la cabeza o a dónde iríamos cuando dejáramos de existir. Si existía una isla como esa que nos gustaba imaginar.

—No me importaría crecer si puedo estar aquí siempre, contigo y con tu familia —te dije—. Si crezco, no tendré que pedir permiso para venir y nadie me dirá que no. Mi hermano no se meterá conmigo y podré ir a buscar a mi madre para que vuelva a casa y que mi padre no esté tan triste y cansado.

No sabía por qué se me había venido a la mente esa conversación; quizá porque ya no era un niño, quizá porque ahora sí

me parecía buena idea eso de mudar de piel, dejar de sentir dolor, dejar de sentirte dentro y fuera de mí.

Ojalá no me doliera.

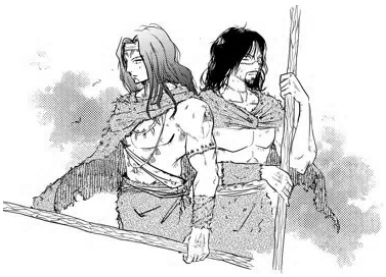
Ojalá siguiéramos siendo chicos y nuestra isla de mentira fuese de verdad.

Ojalá no tuviera tanto miedo.

Ojalá.

Capítulo 31

18 años



Me viene a buscar el viernes, el día de su cumpleaños y uno antes de la romería. Me manda un mensaje y espera en la puerta de mi casa.

Cuando bajo, seguido de un Tibi que se le echa encima, me parece estar viendo a un Airam que solo vive en mis sueños, esos que acaban por desdibujarse con el transcurso de las noches. Es inevitable que no me fije en los vaqueros cortos oscuros, por encima de las rodillas, que le marcan los muslos, ni en lo mucho que la camiseta sin mangas le resalta el moreno de la piel. Lleva unas gafas de sol sobre la cabeza, alborotándole el pelo que le ha crecido unos centímetros desde la última vez que lo vi, allá por mi cumpleaños. Es como si la libertad de fuera tirara de él y estuviera viendo a un sueño en ese terrible instante en el que estás a punto de abrir los ojos y perderlo.

Airam tiene que alargar el brazo hacia mi hombro y empujarme para que reaccione.

—Eh, machango. Estás *empanao*.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a secuestrarte. Te dije que un día lo haría, y me chivaron que te han dado unos días de vacaciones en el taller.

Sí, Miguel casi me ha obligado a no trabajar. Llevo contratado desde que cumplí los dieciocho en marzo y no puedo estar más contento.

—Te lo chivé yo, tolete.

—¿Y tú quién eres? —dice con una sonrisa y esa mueca en la boca que hace que mi estómago comience un centrifugado.

Le veo el brazo izquierdo. Tiene un par de héroes dibujados unos centímetros por encima del tatuaje, y otro en la muñeca, al lado del reloj. Me pregunto a qué se deben. Cuando se dibuja lo hace para insuflarse valor, y no conozco a nadie más valiente que él.

Voy a cerrar la puerta, pero él señala a Tibi y me dice:

—Él no puede venir, lo siento. Además, vamos a volver tarde. Por si quieres avisar a tu padre.

Ya no dice «tus padres» porque nunca se sabe si mi madre estará o no; es como el San Borondón del que nos habla Sofía, que aparece y desaparece, sin la parte de lugar de ensueño y apacible. Mi madre no tiene nada de eso.

—Vale, pero dime a dónde vamos.

—¿No te fías de mí?

—Solo un poco, y depende del día.

—Te traje uno de mis bocadillos especiales.

—Venga, va.

Se ríe a carcajadas y me coge del brazo como lo hace siempre para darme un pellizco en la nariz que me hace estornudar y a él reírse más fuerte todavía.

—Estás perfecto, Nau —me dice él al ver que me fijo en mi ropa: vaqueros desgastados, camiseta ancha y playeras. Mi forma de vestir siempre ha sido la misma.

Les escribo a mi padre y a Enzo para que se ocupen del perro y lo sigo hasta un Jeep Renegade de un rojo reluciente que resulta ser suyo.

—Ños. ¿Regalo de tus padres?

Se ruboriza un poco, pero asiente.

—¿Preparado para ser libre durante un día?

—No sé yo.

Su sonrisa me calienta el corazón.

Tenerlo tan cerca después de tanto tiempo es… raro. Su mano me roza la pierna alguna vez, en ocasiones sin querer y otras de manera premeditada. Se ha puesto las gafas y me fijo en cómo le

han crecido los músculos de los brazos y cómo se le tensa la rodilla al conducir. Sigue siendo Airam, mi Iram, pero más hombre, más… inaccesible. Lo conozco pero no lo conozco; esa es la sensación que me da mientras dejamos atrás el cartel que indica el final del pueblo y la entrada hacia ese otro mundo en el que él vive y al que no pertenezco.

Abro la ventana para que algo que no sea él me entre en los pulmones. El aire nos despeina y me llena, enfatizando esa sensación de ser libre y a la vez seguir encerrado.

Airam me lleva a muchos sitios. Vamos al centro comercial Las Terrazas y a El Mirador. Y también recorremos la calle principal de Triana mientras nos comemos un helado en la heladería en la que ya estuvimos cuando nos tatuamos. Esta vez lo elige él (el Crocant Bueno), y su sabor me recuerda a los bocadillos especiales de Nocilla, cuyo secreto creo que nunca me dirá. La verdad es que prefiero que no lo haga. No me importa lo que lleven siempre que me los siga haciendo.

Luego nos dirigimos al sur. Cuarenta minutos de carretera en los que nos peleamos porque él quiere poner canciones deprimentes y a mí me va el rock duro. Me lleva al centro comercial Yumbo Centrum, el único centro comercial LGTBI del mundo. De día no es gran cosa, pero él se recrea contándome cómo es por las noches. Lo miro fascinado, pero apenas le presto atención. Al menos hasta que me describe cómo es follar allí dentro. Esa parte la escucho bien y no se me va de la cabeza. Pensar en otras manos recorriendo un cuerpo que me sé de memoria, y que nunca tocaré porque es como esa isla de leyenda que está pero no está, hace que un frío me hiele por dentro. Lo veo y no puedo alcanzarlo, lo toco y no soy capaz de sentirlo, lo siento y sé que él no lo hace.

Nos sentamos en la arena de la playa de Maspalomas para comernos uno de esos bocadillos especiales que me prometió, yo con una cola y él con un Clipper de fresa. Sonrío. Es tan obvio que me duele la cara de intentar no sonreír.

—¿Por qué no nos quedamos en mi casa? En Playa Chica —aclara; su aliento dulzón me hace cosquillas en el cuello—. Nos levantamos temprano, nos damos un baño y te hago un desayuno

especial. Luego subimos a la romería. Gara nos va a matar por hacerle el vacío hoy, por cierto.

Giro el cuello. Nuestras narices se rozan. Cómo me gusta sentirlo. Cómo duele.

—¿Y tu novio? —pregunto con un nudo en la garganta.

—¿Qué novio? —pregunta con la sonrisa torcida que siempre he querido recorrer con los dedos.

No me doy cuenta cuando estiro la mano y lo hago; deslizo los dedos por el contorno de su boca, húmedo y suave. No sé quién de los dos se tensa, si él o yo. Tal vez los dos, de diferentes maneras.

Airam me sujeta la muñeca.

—¿Qué haces? —inquiere; la presión de sus dedos consigue que mi corazón quiera salir corriendo hacia él.

Da igual lo mucho que intente fingir, es imposible que no perciba mi pulso acelerado.

—Tenías chocolate. —Me suelto con una brusquedad espoleada por el miedo.

Respiro hondo. La muñeca me palpita. Su calor se me ha pegado a la piel. Su olor lo llena todo. Tengo mil corazones en el cuerpo y todos laten al mismo tiempo; todos por él.

Airam carraspea.

—¿Te quedas, entonces?

Tengo los pulmones tan llenos de él que me cuesta un mundo decirle:

—¿Es lo que quieres por tu cumple?

Siempre le hago la misma pregunta y siempre me responde lo mismo: que debo decidirlo yo.

—Vale —digo—. Llamaré a Enzo para que se ocupe de Tibi.

La sonrisa que me dedica ilumina el cielo que ya empieza a oscurecerse.



Esa noche nos damos una ducha y nos metemos en la cama de la azotea con la puerta abierta porque hace calufa y nos apetece.

—No me has felicitado —me dice.

—Ya lo sé.

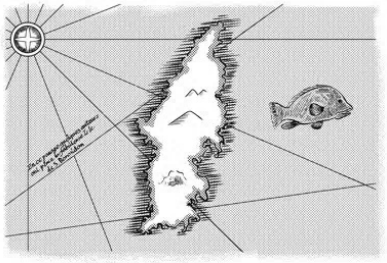
Su pie roza el mío y me empuja hacia el borde. Me río y él se ríe, y volvemos a ser esos chicos sin más preocupaciones que la de reír hasta quedarnos sin respiración. Entre sacudida y sacudida, nos caemos al suelo, él sobre mí. Enseguida se nos apaga la risa; estamos demasiado concentrados en separarnos sin que ninguno de los dos note la excitación del otro. Es apenas un roce, pero lo sentimos. Cuando nos incorporamos en la cama y nos miramos, los dos estamos ruborizados y jadeamos, pero fingimos que no ha pasado. Ocupamos cada borde del colchón como si la distancia pudiera contener la avalancha de emociones que se precipita sobre nosotros. Como si pudiéramos esconderlo eternamente. Como si no doliera.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Me cuesta dormir, y lo hago pensando en que no lo he felicitado.

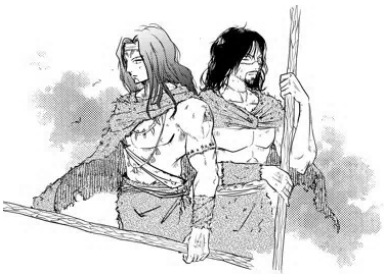
Capítulo 32



A MEDIDA QUE CRECÍA Y PASABAN LOS AÑOS, SENTÍA QUE MI CUERPO SE HACÍA cada vez más grande pero mi corazón cada vez más diminuto.

Capítulo 33

18 años



Está despierto cuando abro los ojos. El sol baña la azotea y todo es luz a nuestro alrededor. Me froto la cara y entrecierro los párpados. Entonces me doy cuenta de que tiene la vista fija en esa parte de mi anatomía que se ha despertado antes que yo. Me ruborizo y mi mirada va directa a su erección, tan evidente como la mía. No es la primera vez que dormimos juntos, pero sí la primera que lo pillo mirándome de esa manera.

—Deja de mirarme.

Me pongo de lado y le doy la espalda. El corazón me late desbocado y tengo el cuerpo en tensión. Me coloca la mano en la espalda, justo en esa zona de piel desnuda entre el elástico de mis calzoncillos y la camiseta. El roce de sus dedos me provoca una sensación de hormigueo que me ablanda por dentro y me pone aún más duro por fuera. Cierro los ojos y pienso que estoy en un sueño del que no quiero despertar.

—No es para tanto —dice con voz grave—. Ya te la he visto.

—Pero no así.

Un perro ladra a lo lejos y me acuerdo de Tibi, lo que me lleva a pensar en mi hermano. No sé por qué lo hago tanto y tan a menudo últimamente. Quizá porque ha cambiado. Está más callado, más triste, más ojeroso. Y no me gusta. Prefiero a aquel chico enfadado que cargaba contra mí a este otro que parece… muerto.

—¿Ya te acostaste con alguien?

—¿Qué? —Ahora sus dedos juguetean con el elástico de mi bóxer, provocándome descargas intensas de un placer desconocido —. ¿A qué viene eso?

—Curiosidad. Nunca me hablas de las chicas con las que sales.

—No hay ninguna chica. —Me revuelvo para que deje de tocarme, porque apenas soy capaz de respirar y la excitación me crece dentro como esas olas que hay en La Cícer en septiembre, tan altas que te da la sensación de que van a engullirte.

En lugar de apartarse, introduce un dedo dentro de mi bóxer y ahí lo deja; el hormigueo me baja por las piernas, se enrosca en mi ingle y me roza los huevos, apretándome.

El mundo gira más rápido y yo dejo de respirar.

—Estate quieto —digo, conteniendo un jadeo.

—¿Te molesta que te toque?

—No.

De pronto lo noto cerca, demasiado. Su pecho contra mi espalda, su dedo aún dentro de mis calzoncillos, sus labios rozándome la nuca.

Me estremezco y cierro los ojos. Su nariz me roza la zona sensible por detrás de la oreja; un roce tímido, tentador. Su aliento es el mismo que llevo dentro del pecho, llenándome.

—Entonces, ¿sigues siendo virgen?

—¿Qué más te da?

—¿Qué más te da a ti? Yo te hablo de los tíos con los que me enrollo.

—Y normalmente desconecto cuando lo haces.

—¿Por qué?

«Porque no quiero saberlo». «Porque lo odio». «Porque los odio». «Porque te odio».

Qué puta gracia. Como si pudiera hacer una cosa como esa.

Odiarlo sería más fácil que soportar esto, y me arrancaría el corazón antes que intentar hacerlo.

—Vamos a la playa. —Voy a levantarme, pero me sujeta del brazo y se acomoda sobre mi pecho.

—Solo dime sí o no —insiste.

Lo empujo en un intento de apartarlo, pero él se me pega como un imán. Al final, hago lo único que sé hacer para que me suelte: hacerle cosquillas a lo bestia. Se ríe como un gato al que están torturando y a mí se me pega. No hay nada más contagioso que la risa de gato de Airam. Podría vivir y morir escuchando ese sonido.

Me lavo los dientes, me pongo el bañador que me presta y bajamos a la playa. No hay nadie y la arena está lisa a esa hora. La marea está tan baja que La Barra se ve con nitidez.

—Mira, podemos ir hasta allí, aunque hoy me apetece nadar.

—Y a mí.

De chicos nos gustaba ir a La Barra cuando la marea no estaba tan baja y aún existía el ascensor, antes de que la loseta rocosa se desplomara y quedara inhabilitado. Era una zona donde podías lanzarte al otro lado del arrecife y la fuerza de la marea te volvía a arrastrar hacia este, creando un efecto ascensor. Así era como lo llamábamos. Te tirabas y la marea te traía de vuelta, siempre lo hacía. El lugar sigue existiendo, pero ahora es peligroso lanzarse. Recuerdo las veces en las que vine con Gara y Airam. Nos raspábamos la piel y nos hacíamos heridas cada vez que saltábamos al otro lado, incluso nos clavábamos púas de erizo, pero no eras valiente si no lo hacías.

Me recuerda a nuestra relación. Airam se va y podemos estar meses sin vernos, pero siempre vuelve. Lo hace cada romería, como prometió; él con heridas que nada tienen que ver conmigo, yo con la herida que su ausencia deja en mí. Me pregunto si algún día dejará de hacerlo, si la fuerza de la costumbre o la vida dejarán de arrastrarlo hacia mí y se quedará aquí, en Las Palmas. Sé que lo hará. Lo sé desde el mismo día en que entró en la universidad y el tono de su voz cambió en sus llamadas. Cuando subía a verme parecía… distinto. Más libre, más él. Un Airam que me cuesta reconocer, aunque sigue siendo el mismo. La cuestión no es si se irá para siempre o no, sino cuándo. Lo miro y sé que estamos condenados a quedarnos uno a cada lado. Yo arriba, él abajo, en la inmensidad, viviendo con la libertad que jamás alcanzará en el pueblo.

Airam me empuja.

—¿En qué piensas?

—En que podríamos jugar al teje.

La marea está tan baja y la arena húmeda tan lisa que es fácil dibujar un teje con los pies, como el que hacíamos en el recreo cuando éramos chicos, o en el parque, o en la azotea de su casa de la playa, o en la azotea de la mía.

Nos miramos y sonreímos. En nada estamos dibujando; él por un lado y yo por el otro, uniéndonos al llegar al centro. El teje no es perfecto, está torcido y los cuadrados no llegan a ser cuadrados ni tienen un tamaño similar, pero es nuestro teje. Airam coge un par de piedras de la orilla y nos posicionamos.

—Es el teje más *cambao* de la historia de los tejes.

—Calla y empieza —replico.

—Vale, pero si gano me respondes a una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—La que quiera.

Me encojo de hombros. Qué más da. Si quiere saberlo, se lo diré. No tengo nada que esconder. Bueno, vale, sí que hay algo que necesito esconder, pero dudo que sea esa su pregunta.

Jugamos y pierdo todas las partidas. Él se ríe a carcajadas cada vez que lo hago y al final terminamos en la arena, rebozados como croquetas.

—He ganado —me dice, por si no me hubiese percatado de ello.

Es temprano y, a nuestro alrededor, la playa sigue vacía. La avenida también se halla despejada salvo por unos pocos transeúntes que vienen y van. Las gaviotas sobrevuelan arriba en el cielo.

Me siento bien, estoy bien, estamos bien.

—Sí, soy virgen —suelto para quitármelo de encima de una vez —. ¿Contento?

—No te iba a preguntar eso, *enterao*.

Arruga la nariz de una manera que hace que estire el brazo para alisársela; él me agarra el dedo y me da un mordisco.

—¡Au! —Le aparto la mano de un guantazo.

—No pasa nada si eres virgen, solo era curiosidad. Ya llegará, ¿sabes? A veces nos entran las prisas y luego te das cuenta de que

no era para tanto. Te pasas más tiempo pensando en ello y poniéndote nervioso de lo que tardas en terminar —dice con una sonrisa que no llega a ser alegre—. Solo es una palabra tonta. Lo guay es todo lo que viene después.

—¿No te gustó tu primera vez? ¿Fue con una chica o algo así?

Sí, me ha hablado de sus rollos, pero nunca de su primera vez. Hay temas que no tocamos. Quizá porque no queremos saber la respuesta. Al menos, yo no tengo especial interés. Lo que me lleva a preguntarme por qué cojones le he hecho esa pregunta.

—No, qué va. Mi primer beso con un chico fue un error de cálculo, ¿recuerdas? Me llevé una paliza por él. —Se ríe y a mí me escuece cómo suena esa risa cargada de dolor—. Y la primera vez que follé fue el año pasado, poco después de entrar en la uni. —Suspira hondo y alza las manos al cielo para tapar el sol—. Los primeros meses fueron muy locos. Por fin era libre y quise hacerlo todo rápido. No te lo contaba, pero faltaba a clase y pedía los apuntes; a veces incluso pagaba por ellos para no perderme ni una fiesta. Me mantenía a base de bebidas energéticas y me quedaba en las salas de estudio de la Facultad de Arquitectura estudiando toda la noche antes de los exámenes. —Se le tiñen las mejillas de esa manera adorable que no me canso de mirar—. Fue en un coche, ¿sabes? Mi primera vez. Estábamos borrachos y ni siquiera me corrí porque me dolía. El tipo era un pollaboba y tenía más prisa que yo. Se me quitó la borrachera de golpe. —Baja las manos y gira el cuello hacia mí—. ¿Sabes qué pensé cuando llegué a mi casa?

No contesto porque sé lo que me va a decir antes de que pronuncie las palabras. Y supongo que me ve la expresión, porque asiente.

Pensó en mí.

Miro al cielo y contengo el nudo que tengo en la garganta, las putas ganas de llorar. Ojalá fuera valiente, ojalá no me diera tanto miedo. Ojalá no sintiera este vacío, esta certeza de que estamos en puntos muy distintos, casi a mundos de distancia. Él a un lado de La Barra, yo al otro; el ascensor muerto, inservible, sin posibilidad de regresar al otro lado.

—Habría dado cualquier cosa por retroceder en el tiempo y estar en el mirador del pueblo, viendo cómo todo se estrechaba a mi alrededor. Ya sabes lo mucho que odio equivocarme y siento que lo hago todo el tiempo desde que empecé la uni. Errores, errores y más errores. Las prisas dan lugar a errores. Lo peor es que son adictivas. No he dejado de tener prisa. —Se sienta con las piernas cruzadas y se dedica a apartarse la arena del tatuaje—. Después de eso, cuando fui a clase el lunes siguiente y me invitaron a otra fiesta, volví a sentir ese tirón en la barriga.

—Me alegro.

—¿De qué te alegras? —Me mira con la frente arrugada y los ojos llenos de cosas que no comprendo porque no las he vivido con él—. ¿De que me equivoque?

—No, tolete. Me alegro de que quieras equivocarte. De que vivas la vida con la misma prisa con la que te comes tu bocadillo de Nocilla especial.

Me lanza arena al pecho y yo me río.

—Perdona, pero el que engulle eres tú. Nunca he visto a nadie comerse tan rápido un bocadillo.

—Es que está rico y no me dices qué cojones lleva.

—Eso es porque no quiero que dejes de necesitarme.

Lo miro. Trago saliva. Como si pudiera elegir, como si pudiera hacer algo con mis sentimientos.

—Lo digo en serio —insisto—. Equivocarse está bien si no te arrepientes. El tiempo que vives no lo pierdes, lo hagas con o sin prisas.

Airam resopla.

—No seas *pesao*. Lo que digo es que lo hagas cuando aparezca alguien que te merezca.

No quiero hablar de eso; ni de chicas ni de mi virginidad ni de nada que tenga que ver con personas ajenas a nosotros. Mi cupo de aguante se ha desbordado por hoy. Ni siquiera me he tomado el café todavía.

Me lleno la mano de arena y se la paso por la cara.

—Y tú no seas moñas, anda —replico, imitando su tonito.

—¡Serás machango!

Esa cara solo puede significar que viene a por mí. Me descojono mientras me levanto y echo a correr, pero enseguida se me monta a piola y caemos. Intento apartarme, pero el impulso y la inclinación del suelo nos hace rodar y rodar. Nos cargamos medio teje y acabamos en la orilla, rodeados de algas y arena mojada; yo de espaldas, él sobre mí. Su peso me aplasta mientras restriega su cara contra la mía en venganza, y yo no dejo de sentirme pequeño a pesar de ser más grande que él. No puedo moverme. Su muslo presiona el mío, su entrepierna se me clava en la cadera, endureciéndose con cada roce y haciendo que tiemble a pesar de que no puedo sentir más calor. Mi cuerpo se enciende, mi corazón se acelera y siento que un enjambre de hormigas se ensaña con mi piel; todo eso me provoca su contacto. Enseguida noto cómo se me pone dura y lo aparto de un empujón, tan fuerte que no controlo y cae de lado sobre el agua.

—Joder, qué bruto eres —se queja.

No digo nada, porque tengo la polla como una piedra y soy incapaz de hablar. Me levanto y me dirijo hacia la zona de las duchas y lavapiés. Pienso en que volverá a la universidad en septiembre, con sus prisas y sus ganas de comerse el mundo; en los tíos que conocerá; en el tiempo que pasará hasta que volvamos a vernos; en la distancia como ese ascensor en medio de un arrecife que ya no puede impulsarnos hacia el otro.

No queda nada de mi erección cuando llega a mi lado y ocupa la ducha contigua, y menos cuando subimos a su casa y nos bañamos. Se nos ha hecho tarde y decidimos desayunar de camino al pueblo.

Solo cuando ya estamos en el coche y ponemos rumbo hacia la pista, me dice:

—¿Te ha molestado algo? Antes, digo, cuando me empujaste.

—No. Perdón, no quería hacerte daño.

Lo veo presionar el volante. Tiene los hombros tensos, la mandíbula apretada, los ojos escondidos tras las gafas de sol, el pelo más alborotado que de costumbre.

—Algo te pasó, Nau. Estábamos bien, por un momento al menos. Llevas raro desde que te recogí ayer por la mañana.

No le contesto porque la verdad está a pocos centímetros de mí, solo tengo que acercar la mano y tocarla. La verdad me duele y resulta que lo seguirá haciendo, con prisas o sin ellas. Me pregunto cuándo empezó todo, si fue el día en que supe que jamás dejaría que nadie le hiciera daño, que jamás permitiría que mis propias dudas se lo hicieran, o si fue antes, cuando atravesé la entrada de su casa y me dio la mitad de su bocadillo. Dicen que existen las almas gemelas, que son hilos que se unen a lo largo del tiempo y de las vidas. Me pregunto si fuimos algo en otra vida y si seremos algo más en esta. Algo más que amigos, algo más que almas rotas que nunca llegarán a unirse, algo más que distancia.

—Creo que a mi hermano le pasa algo —le digo por salir del paso.

—¿A qué te refieres?

—¿Te conté que el teje era nuestro juego favorito? Nunca nos llevamos del todo bien por ese rollo de hermano mayor, ya sabes. Pero Enzo me tenía en cuenta, me protegía a su manera. Siempre jugábamos al teje. Él me dejaba ganar. Aunque me viera pisar las rayas, se hacía el loco. Pero un día cambió. Yo saltaba y saltaba, y él no dejó que me agachara para coger la piedra. Me empujó y la lanzó lejos. —Busco entre los títulos de las canciones del reproductor de música solo por contener los nervios—. Después borró las rayas de tiza. Fue como si me borrara a mí con ellas, ¿sabes? Creo que fue la última vez que lloré delante de mi familia. A partir de ahí, a Enzo le molestaba todo lo que hacía. Nunca quería tenerme cerca. No dejo de preguntarme qué cambió.

Me giro para mirarlo. Tiene los labios apretados y sé que le duele todo lo que le acabo de contar, como también sé que intenta buscar las palabras para hacerme sentir mejor.

—Supongo que creció. Cuando crecemos, cambiamos. Es así. No todos podemos ser Peter Pan. El mundo se llenaría de gente guay, y tiene que haber equilibrio. Ya sabes.

—¿Te estás comparando con Peter Pan? Era un capullo.

—Un capullo encantador. Su único defecto era no querer crecer.

—Hablo en serio, Iram. Antes al menos estaba siempre enfadado. Ahora parece como si no le importara despertarse mañana.

—¿Por qué no hablas con él?

—Porque ya no soy un niño y esta vez le devolveré el golpe, sea cual sea.

—A lo mejor no te pega. No lo sabrás si no lo intentas.

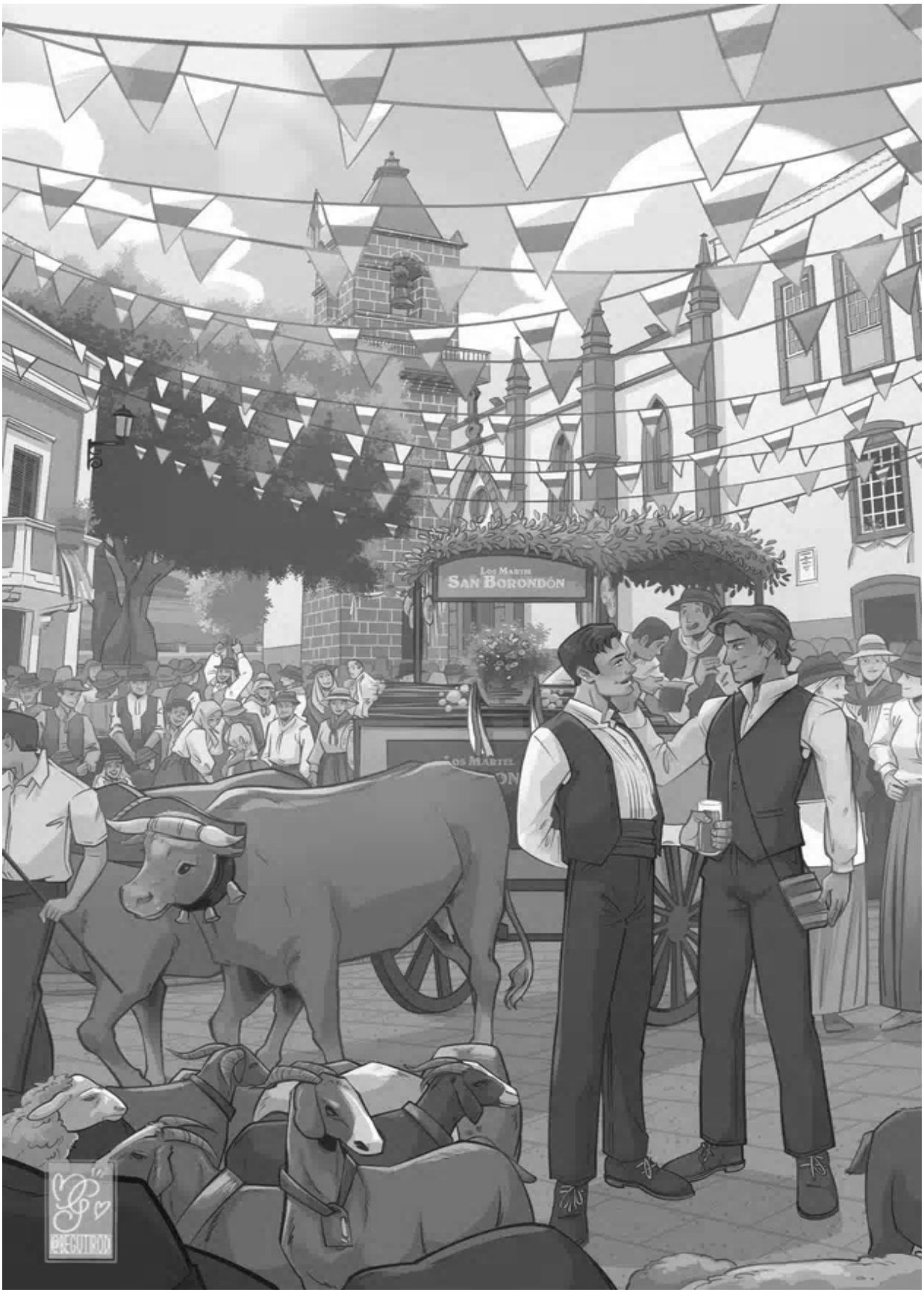
—Ya, supongo.

Nos quedamos callados. Pienso en todo lo que tengo que hacer cuando llegue a casa. Sacar al perro, preparar la ropa para la romería, preguntarle a mi padre si necesita que le eche una mano en el bar. No quiero, pero ya no tengo edad para escaquearme, por mucho que tenga un trabajo. Pienso en mi madre, en dónde estará, en si volverá antes de que acabe el verano, en si vendrá hoy para la romería. A veces lo hace y se queda unos días, o meses o unas horas. Quién sabe.

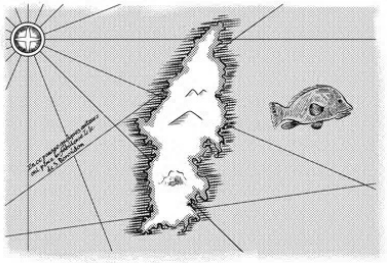
—Entonces… ¿ya sabes lo que me vas a regalar? —musita mi amigo.

Sonrío y pongo música. El aire es caliente, pero ninguno quiere cerrar las ventanas y poner el aire acondicionado. La libertad es eso que entra a raudales y nos une, aunque la distancia entre los dos sea un abismo, aunque nada sea real. No importa que no lo sea, porque aquí y ahora lo parece.

Aquí y ahora somos.


Los Martes
San Borondón

Capítulo 34



Pensaba en ti al menos una vez al día, tanto si me llamabas como si no.

Te colabas en mis pensamientos cuando me sentaba a escribir delante del ordenador con una página en blanco. Eras la chispa que me arrancaba palabras que a veces llegaban a alguna parte y otras se atascaban o las tenía que descartar.

Lo hacías cuando salía con los del taller e intentaban emparejarme con alguna chica. Te veía en instantes fugaces que iban y venían. A veces no pasaba nada, sonreía y seguía a lo mío. Otras el pecho se me llenaba de ti y tenía que salir corriendo con Tibi para poder respirar.

Te buscaba en el mirador, en tu familia, en la voz de tu abuela. Te buscaba tanto que acababa exhausto y al final solo quedaba una sensación de cansancio a la que me estaba acostumbrando.

Cuando me dejaba llevar eran los peores momentos. Los recuerdos venían de golpe y solo te veía a ti, tu rostro con esas pecas que a veces se escondían con timidez.

«Tienes un universo en tu cara», te dije la primera vez que fui con ustedes a Las Palmas, sentados en la arena, con el mar que se extendía ante nosotros y las olas que estallaban a nuestros pies.

Te reíste, pero no dejé de pensar en ello.

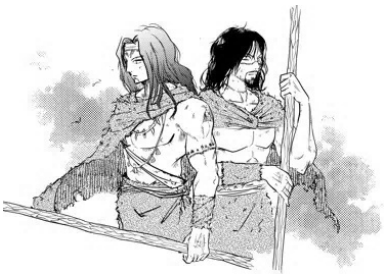
Fue la primera vez que te vi sin camiseta. Tenías más pecas en la espalda. Y, cuando te tumbaste en la arena, mis dedos se movieron

solos. Fue apenas un roce, pero se te puso la piel de gallina y eso me hizo sentir extraño y un poco nervioso.

Nunca olvidaría el momento en el que giraste el cuello y me miraste, la sonrisa que se te dibujó en los labios y el suspiro que se me metió en la boca y bajó a mis pulmones. Allí dentro te quedaste, en el centro de mi pecho, quizá para siempre. Quizá.

Capítulo 35

19 años



—¿Vas a venir a la playa? —me pregunta el viernes por la noche, cuando por fin hablamos. Llevamos una semana sin hacerlo, por sus exámenes de recuperación y sus interminables fiestas con esos amigos a los que nunca conoceré—. Hace dos meses que no nos vemos.

Me dejo caer en la cama. Me duele todo el cuerpo. En los últimos meses hemos estado hasta arriba de trabajo en el taller y estoy haciendo más horas que cualquiera, pese a las protestas de Miguel, que parece preocuparse por mí más que mi padre. No me importa trabajar y he aprendido muchísimo en el año que llevo con ellos. Me gustan los coches y me gusta poder pensar en otra cosa que no sea el tiempo que falta para que llegue el primer sábado de agosto.

—Creí que ibas a venir tú. Mañana es la romería.

—¿No te cansas de hacer siempre lo mismo? —Lo dice bajito, pero su voz me retumba en el pecho y siento un nudo en la garganta que no sé cómo bajar.

Respiro hondo. Pienso en las emociones como algo que se puede encerrar al vacío en botes de cristal. Cojo todo lo que siento por él y lo encierro con fuerza en uno de esos botes, esperando que no se abra, que nada consiga que la tapa salte por los aires.

—Sí, estoy cansado de ser yo —consigo contestar sin que se me quiebre la voz—. Aun así, resulta que tengo que levantarme cada

mañana, ir a trabajar, vivir y todo eso.

Un golpe al otro lado, un «joder, mierda» que no sé a qué se debe.

—No me refería a eso. Pero puedes venir a Las Palmas cuando quieras, esta es tu casa, Nau. Y me paso todo el tiempo aquí solo.

«Esta es tu casa, Nau». Me encanta cómo suena. Al principio le gustaba eso de vivir solo, sin sus padres. Ahora está deseando que Gara empiece la universidad para tener a alguien a su lado. La soledad y él nunca han sido grandes amigos.

—Y hoy es mi cumpleaños —me recuerda al ver que no le contesto.

—¿Eso es lo que quieres que te regale? ¿Que vaya a tu casa?

—Sabes que no.

Volvemos a quedarnos callados. Airam abre y cierra una puerta. Oigo cómo llena un vaso de agua y cómo comienza a trastear en la cocina para hacerse la cena. Lo imagino eligiendo ingredientes, sacando sartenes y utensilios que nunca entenderé cómo se utilizan.

—Mañana viene mi novio a pasar el día por mi cumple, porque hoy no pudo —me confiesa. El bote entero se rompe en miles de pedazos; casi puedo sentir cómo los cristales se me clavan en la piel —. Es de Vecindario. Ir hasta Santa Brígida es un rollo, y tiene que volver a su casa en guagua por la noche porque el domingo tiene almuerzo familiar.

—Ah. —No sé qué más decir. Solo quiero colgar y gritar y salir a correr con Tibi hasta que no me queden fuerzas.

Mi perro debe de notar que algo va mal, porque se sube a la cama y se acurruca a mi lado. Lo acaricio de forma distraída mientras observo el tablón de corcho frente a mi cama, ese que me regaló unos meses después de que nos hiciéramos amigos para que pegara con chinchetas todos los pósits que tenía dentro de la taza que mi hermano acabó rompiendo en uno de sus arrebatos.

—A lo mejor se lo presento a mis padres. Me lo estoy pensando.

—Vale.

Hay un terremoto dentro de mí y necesito colgar. No quiero seguir escuchando. «No me hagas esto, por favor».

—Me habría gustado que tú también lo conocieras. Te caería bien.

Me río. Qué puta broma. La sola idea de pensar en ver a su novio me hace sentir… raro. Qué digo, el hecho de que exista me provoca una punzada de dolor de las jodidas. No quiero ni verlo.

—¿Le has hablado de mí?

—Claro.

—Lo dices como si fuera tan obvio.

—Es que eres obvio. —Pone el manos libres y enseguida oigo cómo corta sobre la tabla de madera—. Sería como ponerme unas lentillas violetas y no decirle que tengo los ojos verdes. Una tontería.

A pesar de todo, me río.

—¿Me estás comparando con unas lentillas?

—Te comparo con un órgano de mi cuerpo. Con mis ojos, para ser exactos. Aunque también podría compararte con mis manos, o mis pies o…

—Como me sueltes algo de tu polla te cuelgo.

Se echa a reír. Cómo me gusta su risa. Ojalá no estuviéramos hablando de su novio. Ojalá volviésemos a tener diez años y todavía no pensara en novios, ni en besos, ni en sexo, ni en chicos, ni en nada más allá de nosotros, los cuentos de Sofía, en escabullirnos hasta el mirador para ver las estrellas e imaginar cómo seríamos de mayores.

—Entonces, ¿no vas a venir al pueblo este verano? —pregunto antes de darle tiempo a decir nada más sobre ese chico al que no quiero conocer nunca.

—Todavía no lo sé. Quieren alquilar un apartamento en el sur —dice tan bajito que me cuesta entenderlo.

—¿Tus padres?

—No, tonto. Mis amigos.

«Tus amigos». Qué raro suena eso, que tenga un mundo lejos de mí. Siempre he sabido que tenía un mundo más amplio en Las Palmas, aunque se alejara de él cuando sus padres lo cambiaron de colegio y se mudaron. Que allí tiene más amigos, más vida, más libertad. Pero aquí en Santa Brígida todo es distinto. No pensamos

en esas cosas, no vemos más allá del escaso oxígeno que nos regalan las callejuelas antiguas y los recuerdos de la infancia.

Desconozco en qué momento he perdido el hilo de la conversación.

Lo siguiente que dice es:

—Llevamos meses ahorrando. Vamos a ir al Yumbo.

He visto vídeos y fotos de cómo es el Yumbo de noche. Siempre busco en internet las cosas que me cuenta para evitar preguntarle. No quiero que se dé cuenta de cuán grande es el abismo que nos separa conforme pasan los años. Yo aquí, en este lugar detenido en el tiempo; él avanzando hacia otra realidad, viviendo la vida como en una película de ciencia ficción que siempre sentiré demasiado ajena a mí.

—Vale.

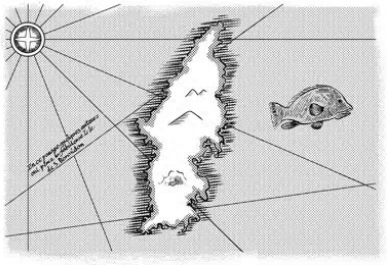
Sigue cortando, sigue cocinando, sigue a kilómetros de mí.

—Mi hermana sí va.

—Vale —repito. Luego le digo que voy a sacar a Tibi a la calle y le cuelgo.

Ese verano no vuelve al pueblo.

Capítulo 36



—¿Cómo es el novio de tu hermano? —le pregunté a Gara cuando me pasé a saludar unos días después.

Me senté con ella en el sofá mientras me tomaba el batido que me preparó tu abuela. Ella había salido con Tibi al jardín y, desde donde estábamos, podíamos escuchar que le hablaba como si fuera un chiquillo.

—¿Cuál de ellos?

—¿Cómo que cuál?

—Pues es que ha tenido dos o tres, ya no me acuerdo. No le duran mucho. El nuevo es mono, supongo. Solo lo vi una vez, en junio, cuando mis padres se llevaron a la abuela una semana a Las Palmas para estar con él, ¿te acuerdas? Airam convenció a mis padres para que me dejaran ir con sus amigos de fiesta.

Asentí. Lo recordaba porque me habían invitado a ir, pero yo estaba hasta arriba de trabajo.

—¿Quieres ver fotos? —me preguntó.

No. No quería ver fotos, pero soy masoquista y no iba a dejar de pensar en él hasta que lo hiciera.

Le dije que sí y Gara me empezó a enseñar las fotos que sacó aquella noche. Tuyas con un montón de gente que no conocía. Tuve que ampliar la foto para ver la ropa que llevabas: pantalones oscuros ajustados, camisa de una tela extraña que se amoldaba a tus hombros anchos y a tu cuerpo esbelto, pelo bien peinado hacia

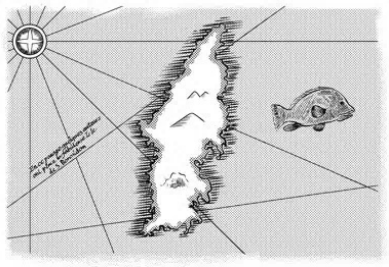
atrás. Nunca te había visto así de arreglado, y te había visto incluso desnudo. Tragué saliva y creo que me puse colorado, porque tu hermana me miró con curiosidad.

Había un par con ese novio que querías presentarles a tus padres y del que no quise preguntar el nombre. La que más daño me hizo fue una en la que ustedes salían muy pegados, con los labios unidos. No parecía un beso profundo, sino uno hecho para posar en la foto. Aun así, dolió. Era más alto que tú, con una constitución muy parecida, y todo en él parecía declarar lo libre que era. Tu novio era todo lo que yo nunca sería.

Tras devolverle el móvil a tu hermana, no tardé mucho en levantarme para regresar a mi casa. A mi mundo, ese en el que nunca encajarías igual que yo nunca lo haría en el tuyo.

Por primera vez desde que nos conocíamos, no sentí que fueras mi mejor amigo. Eso me destrozó durante meses.

Capítulo 37



—¿Siempre has sabido lo que querías? —le pregunté una tarde a Sofía, a los pocos meses de que tu hermana se mudara contigo a Las Palmas. Hacía años que se habían hecho la promesa de irse a vivir juntos mientras estudiaban, sin padres ni toques de queda. Tus padres habían salido y yo me había traído a Tibi para acompañarla.

—A veces tengo dudas, como todo el mundo. Pero soy la persona que mejor me conoce.

—¿Y cuando tienes dudas qué haces?

—Me tomo mi tiempo para resolverlas.

—¿Tuviste dudas con tu marido? O difunto marido. No sé cómo decirlo.

Ella me sonrió con dulzura.

—Nunca dudé de lo que sentía por él. Dudaba de si podíamos funcionar juntos. Éramos muy distintos, ¿sabes? No solo porque era mayor que yo, sino porque yo quería trabajar, ser libre, y él era un hombre de su época.

—¿Trabajaste? ¿Te lo permitió?

—Escribí para una revista, bajo seudónimo, pero fue importante para mí. —Tu abuela acercó sus manos de hierro a las mías y cubrió mi corazón magullado con ese gesto. Quise arrodillarme ante ella, abrazarla como lo hacía de chico y llorar. ¿Cuánto hacía que no lloraba? No lo sabía. El dolor se me había quedado dentro y era incapaz de sacarlo—. ¿Te sientes perdido?

—Todo el tiempo. Sobre todo… —Desde que tú no estabas, desde que solo éramos llamadas intermitentes y visitas rápidas, promesas rotas. Desde que habías roto tu promesa—. A veces siento que por mucho que lo intente, nunca lograré entenderme. Y si no me entiendo, nadie podrá hacerlo, las personas que me quieren terminarán abandonándome y todo es un bucle sin fin. No puedes comunicarte si no te sale la voz. Es un rollo.

Tu abuela tenía estrellas en los ojos; te alumbraba con su luz, fuese noche o día.

—El canto de una ballena se emite a cincuenta y dos hercios. Es una frecuencia tan alta que solo otra ballena es capaz de percibirlo. Puede que hayas perdido la esperanza de comunicarte con los demás, pero las conexiones especiales existen, mi niño. La vida consiste en encontrar a otras ballenas a las que comprender y con las que poder comunicarte, y para eso debe haber conexión.

—¿Y si no es una ballena? ¿Y si solo lo parece? ¿Y si yo no lo soy?

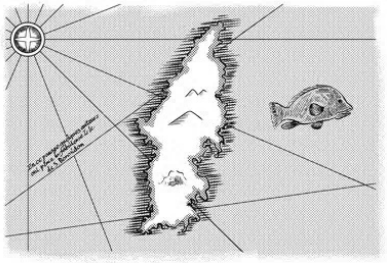
—A lo mejor si intentas igualar la frecuencia, puedes comprender a quien sea que quieras comprender. ¿Por qué no lo intentas?

Como si fuera tan fácil.

—¿Quién es el señor de la foto? —le pregunté, solo para cambiar de tema, igual que hacía contigo cuando te preguntaba por tu regalo de cumpleaños.

Por supuesto, ella no me respondió.

Capítulo 38



La escuché antes de verla. Estaba sentada en el jardín de tu casa de Santa Brígida, en el rincón bajo el árbol, abrazada a las rodillas. Lloraba como era ella, contenida y bonita, y a mí se me rompió el corazón, porque era tu hermana, pero sentía que también era la mía.

Había bajado a darme un baño en la piscina. Estaba ardiendo y necesitaba hundirme en el agua. No sabía qué había sucedido en tu habitación. Estabas dormido cuando entré, desnudo salvo por el bóxer, y te hallabas acostado boca abajo, con el rostro apoyado en la almohada hacia el otro lado. La luz del jardín entraba desde la ventana y se derramaba sobre tu espalda.

Ahí estaba tu universo de pecas en un cuerpo que tanto había crecido. Pensé muchas cosas entonces, pero solo un pensamiento ganó a los demás. Quería tocarlas, recorrerlas con la punta de los dedos, sentir el calor de tu piel. Sentirte. Y lo hice. Me tumbé a tu lado y te acaricié despacio, roces tímidos que esperaba que no te despertaran. Tenía excusa, claro, había ido a verte, pero aun así… era mejor que siguieras durmiendo. Tracé constelaciones sobre tus pecas, dibujé héroes en tu espalda y bajé hasta la cinturilla de tus calzoncillos. Y esperé. A que te despertaras, a que pasara algo. No sucedió nada. Seguías dormido y solo podía escuchar el sonido de mi propia respiración.

Recuerdo que pensé que tenías un culo bonito, de esos que te parabas a mirar, y me pregunté cómo sería tocarlo. Solo cuando bajé la mano hacia ahí me di cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Me ruboricé a lo bestia, también sentí que una llama se encendía dentro de mí, arrasando con todo. No tuve que bajar la mirada a mi entrepierna para darme cuenta de cómo estaba. Necesitaba salir de esa habitación.

La excitación me acompañó escaleras abajo y desapareció de un plumazo con el llanto de tu hermana.

Me senté junto a ella y le di un empujón suave con el hombro. Lo sé, se me daba un poco mal eso de consolar. En mi casa las lágrimas se quitaban con indiferencia o con golpes, que era lo que más le gustaba a mi hermano junto a lo de dar miedo.

—¿Qué pasó?

Ella se sorbió la nariz. Cuando lloraba se parecía más a ti; era como si la rojez enfatizara los rasgos que ustedes dos tienen en común, las diminutas pecas que no se apreciaban en la distancia o esa forma que tenían los dos de morderse la boca.

—Aco me ha dejado. Dice que soy un rollo, como tú.

—¿Como yo?

—Aburridos, fantasiosos, críos. Yo qué sé.

—Si eres fantasioso no eres aburrido, y si eres un crío tampoco. No veo que encajen esos tres términos.

—Hablas como mi hermano. —Compuso un mohín que me hizo sonreír—. Creo que es porque no quiero que me toque las tetas. Es que es un guarro. —Suspiró.

—Pues que le den. Nunca me gustó para ti, y a tu hermano tampoco.

—A mi hermano no le gusta nadie del pueblo que no seas tú.

Elevó el rostro y me miró de una forma que hizo que se me retorciera la tripa de nervios. No me gustó esa mirada. Tampoco me gustó lo que sentí cuando me agarró del cuello para besarme. Aplastó los labios contra los míos y percibí el sabor de sus lágrimas, los temblores de su cuerpo aún sensible por el llanto. No duró mucho, pero lo sentí como si el reloj de arena que me había

regalado tu abuela diera una vuelta entera. Así de lentos fueron los tres segundos de beso.

Tu hermana se puso roja y yo debí parecer una bombilla que se había quedado sin energía. Qué raro era todo.

—¿Te gustó?

—No mucho, la verdad —admití, y tu hermana se cayó a un lado de la risa.

Reía tanto y tan fuerte que el agua de la piscina debía burbujear por la inmensidad del sonido. Su risa no tardó en contagiarme y nos reímos juntos hasta que nos doblamos por el dolor de barriga.

—Tú sí que sabes cómo conquistar a una chica.

—Pero es que eres tú.

—¿No te parezco guapa?

—Eres la chica más guapa de la isla. —Y lo pensaba de verdad. También pensaba que tú eras el chico más guapo del mundo entero, pero eso no se lo dije.

—Pero no te gusto.

—¿Yo a ti sí? —pregunté bajito, con miedo a que me dijera que sí. No quería gustarle a tu hermana. Quería que todo siguiera igual, que nada me separara de ustedes.

—Eres el chico más guapo de la isla, después de mi hermano. Y creo que de Cristian —añadió—. Aunque Cristian es gilipollas y eso a veces le resta puntos.

Me giré, sorprendido.

—No sabía que te gustara Cristian.

Ella se encogió de hombros.

—No quiero que me guste, quizá por eso me gusta. Quiero que me gustes tú, y quizá por eso no me gustas. ¿Tiene sentido?

—No mucho, la verdad.

—El beso ha sido un poco horroroso —me confesó—. Deberías practicar más.

—No quiero besar. Es un rollo.

Entonces le conté mi otra experiencia y ella se enfadó con mi hermano y conmigo porque era tonto. Y tenía razón, era un poco tonto y me costaba decir que no.

—¿Quieres que te enseñe a besar? Puedo hacerlo, no me cuesta nada.

Me lo pensé, pero entonces subí la mirada y vi que estabas en la ventana y que nos estabas mirando. Me pregunté si me habías visto besar a tu hermana y lo que pensarías si lo volviera hacer. No quería besar a Gara, y de ninguna manera quería que me vieras hacerlo.

—No, gracias. No tengo prisa por aprender.

—Eres el mejor amigo del mundo. Y me da igual ser aburrida y fantasiosa. Da igual lo que quieran otras personas.

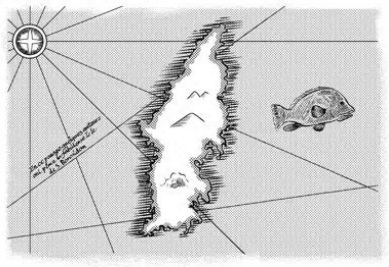
La empujé a un lado.

—Somos héroes.

Ella me devolvió el empujón.

—Somos valerosos.

Capítulo 39



La última semana que Gara pasó en el pueblo, antes de irse a vivir a Las Palmas contigo, me ayudó a abrirme un blog para que subiera mis relatos de fantasía. Me enseñó a usarlo y a cambiarle la composición y las imágenes cuando quisiera.

También me preguntó si quería abrirme otras redes sociales, como las que tenías tú, pero entonces me enseñó fotos tuyas con un montón de gente que no conocía y le dije que no. Me dolía ver todo eso y sabía que, si las tuviera, me pasaría el día viendo cómo haces tu vida lejos de mí.

Escribí mi primera entrada con dos seguidores (tu hermana y tú), y antes de que llegara el domingo ya tenía veinte. Comentabas cada una de mis entradas, tanto las de mis escritos como esas otras en las que hablaba de los libros que leía o de las leyendas que nos narraba tu abuela. Y por la noche, cuando hablábamos por teléfono, me preguntabas por qué nunca contestaba.

—¿Y qué quieres que te comente? Tampoco es que digas gran cosa.

—Nunca me contestas a los mensajes, ni siquiera a los de móvil. ¿Por qué?

—¿Por qué escribirte si puedo llamarte? —repliqué.

—Ya, pero...

No te dejé terminar.

—Seguro que tienes miles de mensajes sin leer todos los días. Que estás en grupos como los que tiene Gara, que los mira solo para que dejen de aparecer en negrita. No quiero ser un mensaje más.

—Pero ¿qué dices? Tú nunca serás eso, Nau.

—Si te molesta que te llame, me lo puedes decir.

—Perdona, pero soy yo el que te llama siempre —me recordaste —. ¿Cuándo fue la última vez que marcaste mi número? Sin ser esas en las que mis padres están aquí en Las Palmas y a la abuela le pasa algo, digo. Eso no cuenta.

No te contesté. Tibi estaba lloriqueando para que lo dejara entrar en la habitación y le abrí la puerta para que pasara.

—¿Te sabes mi número al menos? —continuaste con cierta acidez.

Nunca te enfadabas conmigo, pero, cuando pasaba, lo hacías a conciencia. Y lo odiaba, en especial ahora que estabas lejos. Si te tuviera cerca, solo tendría que empujarte para que empezáramos a pelearnos. Cuerpo a cuerpo. Te dejaría ganar, no sin antes ensañarme un poquito contigo. Pero, con la distancia, incluso me ponía nervioso imaginar que quizá ya no serías el mismo la próxima vez que volviéramos a vernos, que la familiaridad entre nosotros terminaría muriendo y algo tan básico como una lucha cuerpo a cuerpo dejaría de ser una posibilidad.

—Sabes que me lo sé —te aseguré.

—Dímelo.

Te lo dije.

—¿Por qué nunca me llamas? —insististe—. Quiero saberlo.

—No lo sé.

—Sí lo sabes. Dímelo o paso de volver a llamarte yo.

—Nadie te ha obligado.

—Pues vale.

Me colgaste.

Dejé de respirar, porque estabas en mis pulmones y te acababas de alejar. Se me formó un nudo en la garganta y estaba intentando no llorar cuando me volviste a llamar.

—Hice una receta nueva para chuparse los dedos. Cuando vaya te la hago —dijiste como si nada, como si mi corazón no se hubiese

arrugado hasta convertirse en algo muy chiquitito.

Me sorbí la nariz con disimulo.

—No te llamo porque no te quiero molestar.

—¿Por qué me ibas a molestar?

—No sé. Tienes tus cosas, y nuevos amigos, y muchos exámenes. No quiero llamarte y que quieras colgarme mientras te cuento mis chorradas. Prefiero que me llames tú, si tienes tiempo y te apetece.

Estabas golpeando algo, ni idea de qué. Casi podía ver cómo te llevabas la mano a la oreja, nervioso.

—Eres mi mejor amigo. Me apetece hablar contigo todo el tiempo, Nau.

—Ya, bueno, pero por si acaso.

—Entonces, ¿si mañana dejo de llamarte, no volvemos a hablar o qué?

No contesté. No hizo falta.

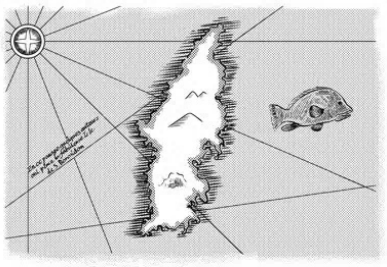
—Eres gilipollas. Cuando te vea, te vas a enterar.

Me reí sin ganas. Luego te pedí que me contaras cuál era esa receta tan buena. Hablamos de boberías y de mi blog, de cuándo tenías pensado venir y también de Gara.

Tu hermana se marchó al día siguiente y yo me quedé solo. Con mi blog, con tu abuela, con Tibi, con mis héroes imaginarios y con tu recuerdo. Sobre todo, con tu recuerdo.

Capítulo 40

20 años



Entro en la casa. Los Martel siguen en Santa Brígida y yo he bajado a Las Palmas porque Gara y Airam se han empeñado en celebrar el cumpleaños de este ahí antes de subir al pueblo para las fiestas. Al menos ella lo hará. Sé que él se quedará, porque tiene nuevo novio y van a irse juntos de Erasmus. Irán antes para organizarlo todo y encontrar piso para los dos.

Subo las escaleras sintiendo cómo me rompo con cada paso. ¿Cuántos meses hace que no lo veo? Cuatro; no, cinco. Me pueden los nervios, las ganas.

Cruzo la azotea y me acerco despacio a la diminuta habitación donde se halla la cama. Ahí está él. El tiempo se escurre, se esfuma, se diluye. Me quedo apoyado en el marco, observando la misma escena que he visto cientos de veces, pero con el peso de los años sumado a ella. Él tiene el brazo por debajo del cuello de su hermana; se ríen, se empujan, se quieren.

Entonces me ven.

—¿Qué haces ahí, machango? Ven. —Los ojos de Airam brillan, pero de una manera distinta; un brillo mezclado de verde y marrón. Es increíble cómo incluso el fulgor de las personas cambia con el transcurso de la vida; adquiere otro matiz.

—No quiero molestar —admito.

—Esta es tu casa —dice él.

—Y este es tu sitio —dice ella.

Sonrío. Dejo la mochila en el suelo y me acerco. Me dejo caer en el hueco que queda a un lado de la cama y Airam abre el brazo para que apoye la cabeza sobre él.

Hablamos de tonterías, me preguntan cómo me va en el taller, comentan los cuentos que he ido colgando en el blog. También hablamos de Sofía, cada vez más perdida.

—Me he enamorado —confiesa Airam cuando se nos acaban los temas banales—. Esta vez yo… creo que es el definitivo —admite con una sonrisa que le llena la cara—. Se llama Mario.

«Mario». Es la primera vez que dice su nombre delante de mí, quizá porque he intentado ignorarlo, porque he hecho oídos sordos o porque no quería saberlo. Y duele. Conocer su nombre le otorga peso, dimensión. Saber que está enamorado de él…, eso me destroza.

Habla y ríe y yo solo soy capaz de ver a mi mejor amigo alejándose, viviendo una vida donde no hay espacio para mí. Me convertiré en recuerdo, una imagen borrosa, una impresión lejana, como esas que tiene Sofía cuando le hablo.

—¿Cómo sabes que es amor? —pregunta Gara.

—Solo salgo con un chico cuando me enamoro.

—Pero tuviste novios antes —replica Gara—. ¿Te enamoraste de todos?

Su risa me vibra en el cuello y me provoca un rechazo desolador.

Sí, lo ha hecho. Airam ese ese tipo de chicos que se enamoran más de una vez. Su corazón es demasiado grande para no hacerlo.

—Él es distinto. Me trata distinto. Con él soy distinto. —Mi amigo suspira y a mí se me va la cabeza.

Siento fuego en el pecho, un ardor que me consume. O, más que fuego, es el pie de un gigante que me aplasta hasta que no queda nada. Me pican los ojos, el corazón me escuece y solo quiero dejar de ser esta persona que aún sueña despierta, este crío muerto de miedo cansado de tanta soledad.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que él me ve. Me sujeta la cara, pero me aparto.

—¿Qué pasó, machango? —dice él.

—¿Nau? —dice Gara.

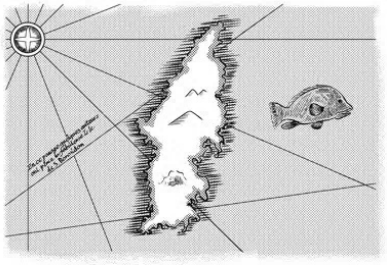
Me levanto, cojo mi mochila y evito brazos que intentan agarrarme, voces que tiran de mí. No puedo. Necesito irme. No puedo seguir aquí.

—¿Es por tu familia? —insiste Airam—. ¿Pasó algo?

No le hago caso, solo me voy.

Lo hago con la certeza de que nada volverá a ser lo mismo nunca más.

Capítulo 41



—Aquella noche estaba despierto —me dijiste en una de tus llamadas antes de dormir.

Desde que estabas con Mario llamabas menos, pero lo seguías haciendo. Por tu hermana descubrí que estabas preocupado por mí, por lo que pasó en tu casa cuando me largué roto por el dolor.

—¿Qué noche?

—Me dolía la cabeza y me quedé dormido. Te sentí, ¿sabes? No sabía cuánto llevabas ahí, pero me estabas acariciando. El corazón me latía muchísimo y pensé… Qué tontería. Creí que te gustaba. Me ilusioné, ¿sabes?

—¿Como ahora con tu novio?

—No tiene nada que ver, bobo. Es... distinto.

—¿Distinto peor o distinto distinto?

—Eso da igual. El caso es que se me iba a salir el corazón. ¿Recuerdas ese cuento que nos contó la abuela del diablo de Timanfaya, la parte en la que explotó el volcán y todo se llenó de lava? Así me sentía. Me puse cachondo, Nau.

—¿Por qué te hiciste el dormido? —te pregunté. Yo también estaba empezando a arder en ese preciso instante.

—No quería que dejaras de tocarme, no sé. El caso es que pensé que estabas en la piscina. Me asomé a la ventana y estabas besando a Gara. —Tu risa nerviosa me pellizcó el pecho—. Fue peor que el puñetazo que me dio el fulano aquel mientras me llamaba maricón.

—¿Por eso tampoco volviste ese año a la romería?

—No volví porque conocí a Mario, lo siento.

Yo también lo sentía. Lo seguía sintiendo. Tenía hielo en el pecho. Quemaba, pero de frío.

—No me gusta tu hermana, fue una tontería.

—Lo sé, ella me lo dijo. Pero vivirlo fue duro. Solo quería que lo supieras.

—Iram…

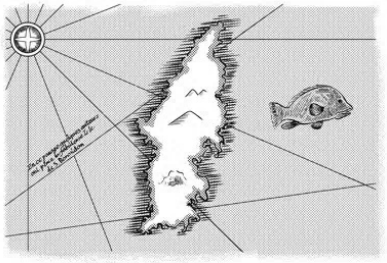
—¿Qué fue?

—¿Qué habrías hecho si no me hubieras visto besándome con tu hermana, si solo hubiese estado yo?

—Te habría arrancado los labios a besos, evidentemente. —Carraspeaste—. En fin, será mejor que me duerma. Mañana tengo examen. Buenas noches.

—Buenas noches.

Capítulo 42



Llevaba toda la vida escuchando hablar de monstruos y pasado. A veces eran monstruos del pasado y otras veces pasados monstruosos. No dejaba de preguntarme qué diferencia había entre uno y otro hasta aquella tarde en que tu abuela se sentó en su sillón y nos contó una historia. Tenía veinte años, Gara diecinueve. Ya no éramos niños, pero las historias de tu abuela seguían erizándonos el vello de la piel, en especial cuando estaba lúcida; a esas alturas ya no pasaba mucho.

Y mientras hablaba, con Tibi a sus pies, supe que la diferencia era el tiempo, que el monstruo era el mismo tiempo alargando sus dedos huesudos para arrebatártelo todo. Todo estaba ligado al tiempo. Dependíamos del tiempo, éramos el tiempo.

El tiempo se estaba comiendo a tu abuela y nos estaba comiendo a nosotros, nuestra amistad. Miré a Sofía y me pregunté cuántas veces se repetiría algo como eso. Cuántas.

Cuando terminó de hablar, me levanté para darle un beso en la sien y ponerle en las manos una bolsa de golosinas. Por un momento me vio. Luego dejó de hacerlo. Gara lloró, Tibi ladró y yo me sentí aquel niño saltando al teje al que su hermano había apartado de su lado; solo, sin familia, antes de Sofía, antes de ti.

Un rato después, cuando llevamos a tu abuela a la cama, Gara y yo salimos a tomar algo al restaurante del Gamonal aprovechando que había rap en directo. No me gustaba el rap, pero a Gara le

apasionaba. Decía que era poesía cantada, o narrada, o lo que sea que hacen los raperos. Yo solo quería animarla. Lo intenté, al menos, pero las horas pasaron y los dos estábamos cansados, así que decidimos regresar a casa.

—¿Qué se siente cuando te gusta alguien? —le pregunté cuando aparcamos el Renault que yo mismo había restaurado en la entrada de tu casa.

—Mmm. —Se giró, un poco sorprendida por la pregunta—. Pues… es como si tuvieras un enjambre de abejas en la tripa. Ya sabes que las abejas van a la miel, se quedan ahí revoloteando pegadas al panel y no se mueven. ¿No lo has sentido nunca?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes? —Al ver que me encogía de hombros, añadió—: Sí sabes. Cuéntame, anda.

—Que no.

—¿Es María, la del taller? Se te pega como una lapa.

—¿Qué? No.

Sí, vale. Quizá había intentado ver algo más en María, por eso la había invitado a cenar a aquel bar donde solían ir los del taller, en Los 7 Lagares. Resultó que acabó siendo una noche incómoda llena de silencios por intentar forzar algo que no existía. No había chispa, mucho menos abejas. No había más que el compañerismo derivado de trabajar juntos.

—¡Venga ya, Nau!

—Creo que nunca he sentido eso que dices. —En realidad solo había sentido abejas contigo, cuando nos revolcábamos por la arena o dormíamos juntos o me mirabas con esa cara de concentración porque estabas convencido de que siempre podías adivinar lo que estaba pensando. Y no podías. Sabía que no. Si pudieras, lo sabrías —. A lo mejor estoy estropeado.

—No creo, bobo. Solo eres especial.

—¿Ser una ameba es especial?

—Esperar a la persona adecuada es especial. Seguro que será alguien increíble, porque tú eres increíble.

—¿Y si no aparece nunca? A veces creo que me quedaré solo.

—Bueno, yo no me voy a ir.

—Ya te has ido —le recordé. De hecho, llevaba seis meses fuera de casa estudiando Administración de Empresas.

—Y he vuelto.

—¿Cómo que has vuelto?

—Que no me gusta la carrera. Lo he hablado con la abuela y esta noche se lo diré a mis padres. Quiero trabajar en una peluquería, tener mi propio negocio algún día. Estudiaré un ciclo el año que viene. Puedo hacerlo en el instituto de Santa Brígida.

No podía creerlo. Pero le brillaban los ojos y su expresión no dejaba lugar a dudas.

—¿Vas a volver en serio? Pero si acabas de irte…

—Jo, por la cara que pones parece que le estoy pegando a tu perro.

Vale, puede que tuviera cara de querer llorar, pero es que la soledad con tu hermana era mucho más bonita.

—Solo estoy contento. Ya no estaré solo.

Gara se me lanzó a los brazos y a mí casi se me olvidó eso que decía Enzo de que solo los maricas lloraban. Qué imbécil era cuando quería.

—Nunca estuviste solo, tonto. —Me besó la mejilla—. ¿Estarás conmigo cuando se lo diga a mis padres? Porfa.

—Claro que sí.

Estaba saliendo del coche cuando tu hermana me dijo:

—¿Has hablado con Airam de esto? Me refiero a lo de que no te guste nadie.

—Paso. Cuando hablamos de eso me habla de sus rollos y es… —Una mierda que no soportaba—. Él no lo entendería. Y odio que me pregunte si soy virgen.

—Espera, ¿eres virgen? —Nada más preguntarlo, agregó—: Vale, no me lo digas. Pero sobre Airam… ¿De verdad crees que no lo entendería o es que no quieres que lo entienda?

—¿Qué quieres decir?

—Creo que sí has sentido esas abejas, Nau. Creo que las sientes cada vez que hablas con mi hermano.

Me ruboricé a lo bestia. También se me cayeron las llaves al suelo y me di un golpe con el volante cuando me incorporé.

—Por Dios, no digas chorradas —me quejé, frotándome la cabeza.

Ella no me dio tregua:

—Creo que tienes miedo, y es normal, pero el miedo es un ladrón. Te quita y te quita, y cuando te das cuenta has perdido tanto que dejas de reconocerte. No puedes dejar que te deje sin nada, Nau.

Apoyé los codos en el volante y me cubrí la cara con las manos.

—Déjalo, por favor.

—Te quiero mucho, y a él también. Y me encanta lo que ustedes dos son cuando están en su isla, incluso cuando no cuentan conmigo.

—En serio, Gara, deja de montarte pelis.

—Son leyendas, ya lo sabes. Y vale, lo dejo si quieres, pero voy a estar aquí si necesitas hablar.

Asentí. Me temblaban las manos y sus palabras me taladraban el pecho.

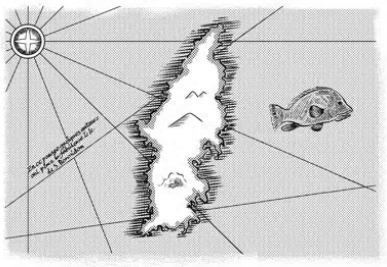
Me giré hacia ella.

—Gara. —Ella me clavó sus preciosos ojos oscuros—. No le digas nada, ¿vale?

—Vale.

Capítulo 43

Tanausú



—Abuela, ¿nos hablas de los héroes guanches? —dijiste aquella tarde cuando tu abuela se disponía a contarnos alguna leyenda.

Había empezado a apuntarlas en una libreta que me había regalado Sofía y a ti te gustaba leerlas y escribir en los márgenes anotaciones sobre lo que contaba, así como dibujarme héroes como los que te pintabas en los brazos.

—¡Otra vez no! —se quejó Gara, y yo me reí bajito para que no me escucharas.

Te encantaban las historias de los héroes guanches, aunque todas terminaran mal. Lo que te gustaba era la lucha, el saber que lo habían dado todo hasta el final.

Tu abuela mencionó a unos cuantos, hablando de sus desafortunados desenlaces. Tinguaro, Bencomo o incluso Doramas, dejando para el final a Tanausú, tu favorito.

—Tanausú era el rey de Aceró, lo que ahora se conoce como la Caldera de Taburiente. Estuvimos ahí hace unos años, ¿se acuerdan? Cuando fuimos de viaje a La Palma —dijo tu abuela, y ustedes dos asintieron. Eso me dio envidia, no solo porque yo nunca había estado en ninguna otra isla, sino porque tenían una vida de la que yo no formaba parte—. Cuando los conquistadores españoles llegaron a la isla, pensaron que sería fácil derrotar a los guanches. No contaban con Tanausú. Él se las ingenió para convertir la caldera

en una fortaleza y usó el terreno a su favor. Era un excelente estratega.

—¿Por qué te gusta tanto? —te preguntó tu hermana—. Solo era un hombre, y al final perdió.

—Por eso, tonta. Era un hombre en una isla pequeña que luchó contra un gigante, y lo hizo con armas hechas de piedra. Era inteligente y valiente, y peleó por su pueblo, para que fuera libre. Perdió porque lo traicionaron.

Tu abuela te miraba con una sonrisa enorme. Te ponías muy intenso cuando hablabas de héroes, siempre lo hacías.

—Cuando lo atraparon, quisieron llevárselo como trofeo a España —continuó Sofía—, pero él prefirió morirse de hambre y preservar sus ideales. Perdieron la guerra, pero Tanausú permaneció en los corazones de todos los guanches.

—Perdió —insistió Gara.

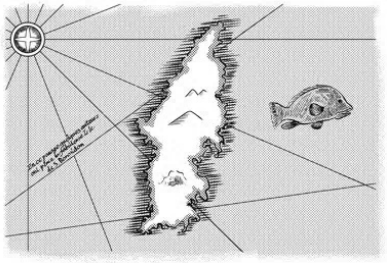
—Pero sigue siendo un héroe —replicaste tú.

—Los héroes no siempre ganan, y no por eso dejan de ser héroes —asintió Sofía.

Nunca olvidaría las palabras de tu abuela. Tampoco la forma en la que me miraste después, como si fuera uno de esos héroes que tanto te gustaban.

Qué tontería, yo ni siquiera era valiente.

Capítulo 44



Casi un año sin verte. Un año. A veces creía que me olvidaría de tu cara o que cuando volviera a verte estarías tan cambiado que no sabría qué decirte. Me moría de los nervios cada vez que iba a tu casa para ver a tu abuela pensando en que quizá, tal vez, te encontrara en la entrada con uno de tus bocadillos, o en la hamaca, o en el columpio, o echado de cualquier manera en el césped.

No estabas, pero tu presencia me seguía hasta que me alejaba de la casa y me daba cuenta de lo real que era la distancia. No dejaba de pensar en cuánto más me duraría la sensación de sentirte cerca aunque no estuvieras. Cuánto tardarías en convertirte en recuerdo. Cuándo llegaría el olvido.

Olvido.

Nunca pensé que esa palabra y tú estarían en una misma frase, pero así estaban las cosas.

Tu hermana estaba haciendo el ciclo y no dejaba de soñar con su futura peluquería. A veces me hacía acompañarla por los locales que estaban a la venta mientras planeaba a quién contrataría, qué horario tendría o lo bonita que sería la decoración.

—¿No prefieres abrir una en Las Palmas?

—¿Por qué iba a preferirlo? ¿Sabes cuántas peluquerías hay ahí? Sería como un punto insignificante luchando por ser algo más. Yo no quiero ser un punto cualquiera, quiero ser el punto, ¿entiendes? Aquí seré como el barbero. Quiero que vengan a verme solo por mí, que

me encarguen peinados de boda y sentir la cercanía que nunca me dará trabajar en la ciudad.

—¿No te sientes encerrada aquí?

—¿Tú te sientes así?

—A mí me gusta esto. Además, nunca he tenido otra cosa.

—Has estado en nuestra casa. Has vivido semanas con nosotros en Las Palmas. Sabes perfectamente cómo es. ¿Te sentiste más libre allí?

—No, pero porque solo es… como una entrada a otro mundo. Como si entraras a un armario tipo Narnia y vivieras un tiempo una vida que no te pertenece. Algo efímero, pero no real. Estar allí con ustedes era un sueño, pero no me sentía más libre porque siempre tuve claro que no iba a durar.

—Pero, si pudieras, ¿te mudarías?

—No lo sé. Prefiero no pensar en cosas que no van a pasar. Los sueños están bien si no te hundes en ellos.

—Eso suena triste, Nau. —Me tomó la mano y se detuvo en medio de la calle, esquivando a una señora que salía del SuperDino —. ¿Lo estás?

—Qué va. Mi mejor amiga quiere quedarse en el pueblo. ¿Cómo quieres que esté triste? Solo me da miedo que te arrepientas. Aunque creo que sé el motivo por el que has decidido que sea aquí. —Le tiré del pelo con suavidad; lo llevaba recogido y con mechones caídos a los lados—. Fijo que tiene los ojos azules y el pelo rubio.

Tu hermana enrojeció de manera automática. Había dado en el clavo. En nada se le enfatizaron las pecas que tanto me recordaban a ti y se me borró la sonrisa.

—Bueno, me cansé de no verlo cuando estuve estudiando la carrera, la verdad.

—Lo que estabas era loca por él.

—Pues sí. Y tiene unas amigas estupendas que voy a presentarte. Ya es hora de que salgas del nido.

Resoplé y me eché a andar.

—Estoy muy cómodo aquí.

—Lo sé, pero es hora de correr riesgos —repuso ella, caminando a mi altura—. Es hora de que tu vida sea algo más que trabajar y

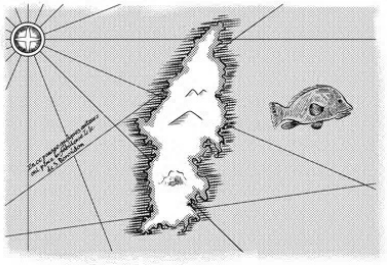
esperar a que mi hermanito te llame. Que lo quiero mucho, ya lo sabes, pero ahora mismo eres la última persona de la que se acuerda. Te lo digo yo, que soy la penúltima.

—¿Qué tiene que ver tu hermano con esto?

Gara enarcó las cejas. Ahora era mi turno de ponerme colorado.

—Bueno, qué, ¿me ayudarás a montar una pelu?

Capítulo 45



—¿Te gustan las chicas?

—Sí. ¿A qué viene la pregunta?

—¿Sigues siendo virgen?

—Qué *pesao* eres, tío. Solo tengo veintiuno. Además, estoy conociendo a alguien.

—¿En serio?

—¿Tan raro te parece? No eres el único que puede tener novio.

—No sé, es que es raro.

—Creo que soy de ese tipo de personas que necesitan conocer bien a alguien para poder, no sé, tener algo más.

—¿Te refieres a que eres demisexual? Se le llama así.

—No sabía que tenía nombre.

—Porque vives en tu burbuja.

—Porque soy un paleto de pueblo, puedes decirlo.

—No iba a decir eso, machango.

—Me da igual, es la verdad.

—Eres el chico más guapo y más interesante de la isla, y si no fueras hetero y mi mejor amigo, ya te habría matado a besos. Dios, te habría hecho muchas cosas, Nau.

—Pero soy tu mejor amigo. Y te recuerdo que tienes novio.

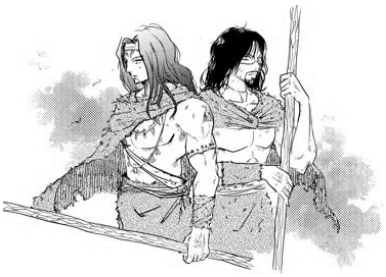
—Solo estoy hablando, no le pones los cuernos a nadie hablando.

—Hay formas y formas de poner los cuernos, y los actos no siempre son lo peor.

—Dime cómo es ella.
—No se parece a ti.
—Empezando por que es una chica, supongo.
—Exacto.

Capítulo 46

22 años



Había pasado un año desde que Airam regresó de Erasmus en julio. Al principio nos costó ubicar de nuevo nuestra amistad. Éramos los mismos, pero no lo éramos. Había vergüenza y falta de confianza, y muchas promesas rotas que flotaban en el aire cada vez que estábamos en una misma habitación, o cuando me llamaba alguna noche por sorpresa.

Necesitábamos tiempo, supongo; y ceder, en mi caso. Estaba dolido, pero me dolía más el vacío que había dejado en mí. Así que cedí, y él aprovechó el terreno que le dejaba para acercarse poco a poco. Agradecí que se lo tomara con calma. Nada quedaba de ese chico que vivía la vida con prisas.

Volvimos a la rutina de las llamadas. Al principio llenas de silencios y carraspeos, de «buenas noches» apresurados. Es lo que tiene aprender de nuevo a conocerse. Ayudaron sus visitas al pueblo; verlo en persona aflojaba la tensión entre nosotros. Bajar yo a Las Palmas algún sábado con Gara también lo hizo.

Con el paso de los meses volvimos a ser nosotros, con muchas aristas y reproches que no le hice porque una vez me juré a mí mismo que nunca le echaría en cara su abandono. Era libre, podía irse cuando quisiera. Yo solo era… su amigo. Y puede que para mí la amistad lo fuera todo, que fuese mi persona favorita, esa que seguía llenando mis pulmones, pero él no tenía que sentir lo mismo.

Y ahora aquí está de nuevo. Es día de romería y va vestido de traje, con su fajín granate enroscado a la cintura. Está guapo, más mayor, más Airam que nunca. Me cuesta mirarlo sin sonrojarme, pero me cuesta más cuando él lo hace con esa intensidad que me sacude por dentro.

Hace tiempo que no me habla de su novio, y Gara me ha dicho que a ella tampoco se lo menciona. Lo único que sabemos es que se están dando un tiempo y que Airam está jodido. Esa noche lo demuestra alejándose de la carreta de sus padres y bebiendo en la de los amigos de Gara. Baila, se ríe y habla con todo el mundo hasta que lo veo apoyarse en un muro como si estuviera a punto de derrumbarse.

Le quito la copa y lo llevo a casa. Él protesta, pero al final se agarra a mi cintura y permite que lo guíe.

En lugar de subir a su habitación, se empeña en que nos quedemos en el jardín y se deja caer en el césped, con la mirada fija en el cielo. Las estrellas se mezclan con los fuegos artificiales en una lluvia de luz que parece que va a caer sobre nosotros.

Airam eleva las manos, como esas veces en las que intenta tapar el sol.

—¿No te da la sensación de que puedes tocarlas?

—No soy tan ambicioso para querer tocar una estrella.

Gira el cuello hacia mí. Tiene las pupilas dilatadas, las mejillas sonrojadas, los labios húmedos.

Se coloca de lado para acariciarme la mejilla. Su aliento no es agradable, el alcohol nunca lo es. Aun así, se me pone la piel de gallina porque es él y me está tocando.

—Yo estoy tocando una.

Me río.

—Espero que no digas esas frases de mierda para ligar.

—Se me da de fábula ligar, *enterao*.

Me sujeta la mandíbula con más fuerza de la necesaria. Se da cuenta enseguida y afloja los dedos, deslizándolos hacia el lugar donde la camisa deja ver parte de mi pecho. Me recorre la piel expuesta, despacio. Abre un botón, sigue tocando. Abre otro, continúa acariciándome.

—¿Qué haces?

—¿Quieres ver qué hago para ligar?

No me da tiempo de preguntarle qué quiere decir.

Se me sube encima y se sienta sobre mis piernas, apoyado en las rodillas. Sus manos se posan en mi pecho, que sube y baja con cada respiración. Tengo una locomotora dentro y no tengo ni idea de cómo conducirla. Estamos sudando y no podemos dejar de mirarnos. Se le borra la sonrisa, no sé si antes o después de que desaparezca la mía. Trago saliva. Noto su culo entre mis muslos, la presión de sus dedos sobre mi pulso acelerado, y todo es un poco demasiado intenso. Alarga la mano y me sujeta de la muñeca. Se saca uno de sus bolis de colores del bolsillo y comienza a dibujar en mí. Héroes, figuras que me sé de memoria. Todos portan armas porque son valientes, luchadores, ganadores. Y él quiere ganar.

Cuando se cansa de mi brazo, me arranca el fajín y me sube la camisa para dibujar sobre mi vientre, así como en el borde de mis pantalones. Me estremezco y empieza a faltarme el aire. Solo lo siento a él por todas partes. Nada más que a él. Suspiro cuando me recorre el ombligo con la punta del boli; arrastra la tinta al tiempo que desliza los dedos de la otra mano hacia mi pecho. Cuando me roza el pezón, jadeo. Cierro las manos en un puño y él repara en ello. También repara en el bulto en mis pantalones, cada vez más evidente. Él también está duro. Intento no mirarlo ahí, pero está encima de mí, está guapísimo y resulta que jamás he deseado a nadie como lo deseo a él. Es como vivir toda la vida muerto de sed y saber que solo él puede calmar esa necesidad.

Entreabre los labios y suelta el boli. Luego se agacha. Apoya los brazos a ambos lados de mi cuerpo y se acopla a mí. Me acaricia la mandíbula con la nariz. Su aliento me hace estremecer un segundo antes de sentir la presión de sus labios en el cuello, su lengua trazando héroes que desconozco. Cuando nuestras erecciones se rozan, pierdo el sentido de todo. Lo sujeto de las caderas para que se levante. Pero él empuja y no soy capaz de apartarlo de mí. No puedo. Estoy muerto de sed y necesito bebérmelo. Las llamas se expanden en mi interior. Soy fuego y ardo en cada parte en que nuestros cuerpos se tocan.

—Para —ruego cuando me arranca un gemido.

—No estoy haciendo nada —dice con voz ronca, sus labios muy cerca de mi boca.

—Estás borracho.

—Un poco sí. —Me empuja la nariz con la suya y baja de nuevo hacia mi cuello, donde arrastra los labios y me deja un beso suave.

Le clavo los dedos en las caderas.

—Tienes novio —le recuerdo—, y no quieres esto.

—¿Qué más da? Ni siquiera me habla.

—¿Y qué soy? ¿La venganza, un consuelo o un paño de lágrimas? ¿Qué seré mañana?

Se aparta un poco para mirarme.

—Eres mi mejor amigo. Siempre lo has sido.

—Ah, ¿sí? Un amigo no estaría haciendo lo que haces ahora mismo.

—Estás duro, Nau.

—¿Y cómo quieres que esté? —inquiero.

—¿Tan malo sería que nosotros…? —Menea la cabeza. No termina la frase.

Llevo las manos a su cara y la sujeto para unir nuestras frentes.

—No quieres esto. Y yo no quiero ser un error en tu vida. Por favor.

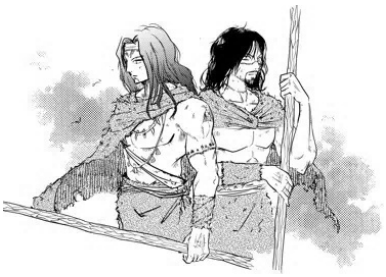
Una lágrima solitaria se desliza por su rostro y se me cae en los labios. Me la bebo. Es salada, pero me sabe tan dulce como siempre he pensado que sería besarlo. Dulce y salado. Dios. Ojalá esto fuera verdad, ojalá quisiera besarme, ojalá me deseara solo a mí. Pero solo soy un momento de debilidad que odiará en cuanto recupere fuerzas.

Se levanta con brusquedad y, sin decir una palabra, sube a su habitación sin mirar atrás. Y yo me marcho a mi casa porque no concibo dormir con él, no con este amor que se me desborda y que apenas soy capaz de contener.

Me voy con la certeza de que lo quiero y esto ha sido lo más cerca que estaré de tenerlo.

Capítulo 47

22 años



—Eh, machango —dice nada más cogerle el teléfono al día siguiente. Es domingo y no me he levantado de la cama más que para lavarme la boca y sacar a Tibi. A su edad, ya no aguanta tantas horas sin mear.

—¿Qué fue? ¿Cómo estás?

—Como si me hubiesen pisoteado la cabeza. Entiendo por qué no bebes.

—Sí bebo —replico—, pero no así.

—Nunca te he visto beber. Salvo aquella vez que vomitaste cuando besaste a esa chica.

—Hay muchas cosas que no me has visto hacer. Pero tengo vida más allá de…

No termino la frase. Tibi solloza desde el suelo para que lo ayude a subir a la cama, de modo que lo hago y me dedico a acariciarlo. Su pelo sigue siendo suave a pesar de los años. Me entristece lo rápido que pasa el tiempo para los animales. Un día son unos cachorros a los que no consigues quitarte de encima, todo nervios y lengüetazos apresurados, y al siguiente tienes que ser tú quien vaya a ellos porque, simplemente, dejan de poder.

—¿Más allá de mí? —termina la frase—. Dilo.

—Lo que digo es que mi vida no se parece a la tuya, pero es una vida. No todos podemos librar grandes batallas.

—No, claro. Algunos se rinden antes. Es más fácil, ¿no?

—¿Ya vuelves a llamarme cobarde? Porque esta mierda me suena y resulta que paso de aguantarlo, Iram. Estoy hasta los huevos.

—No, joder. No he querido decir eso. —Resopla fuerte, como si intentara soltar lo que quiere decir sin pronunciar palabra—. Lo siento.

—Ya.

—Me refiero a lo de anoche. Lo siento. No sé qué cojones me pasó.

Lo de anoche. Su boca en mi cuello, el peso de su cuerpo, el roce constante de su polla contra la mía, frotándose, buscándome. Me estremezco y noto cómo se me pone dura al instante.

—No hablemos de eso —le pido.

Lo último que quiero es tener que masturbarme pensando en él como hice anoche al llegar a casa. Correrme pensando en mi mejor amigo me deja vacío y sin fuerzas, con ganas de llorar y con un sentimiento de culpa con el que ya no sé lidiar. Tengo veintidós años. Necesito que esto pare de una vez. Estoy tan cansado que a veces me miro al espejo en busca de arrugas, marcas de vida u otras pruebas que expliquen por qué me siento como si fuera un anciano cuando aún no he empezado a vivir.

—Prométeme que no me vas a mirar diferente. —Su voz apenas es un susurro, pero lo escucho como si tuviera un micro de los potentes.

—Ya te miro diferente, Iram. Y tú a mí —añado, porque es la verdad. Nuestra amistad ha cambiado de manera irremediable—. ¿No sientes que algo se jodió? Algo muy grande. Y no sé cómo arreglarlo.

—Es culpa mía. Ha sido por Mario —admite, y el nombre de su novio me aprieta el corazón—. Te fallé, y ahora me muero de la vergüenza cuando estamos juntos. Tú eres más importante que él, Nau, y no entiendo cómo pude olvidarlo. Pensé mucho en ti cuando estuve en Italia, ¿sabes? Quise llamarte muchas veces. Luego pensaba en lo que me dirías, en mis putas promesas rotas, y me daba vergüenza. Estoy harto de sentir vergüenza contigo. Eres mi persona favorita. Eso no ha cambiado nunca.

Ojalá fuera verdad, ojalá volviéramos a tener diez años, ojalá la verdad no nos pesara tanto.

—Te eché de menos —admito—. Y te odié un poquito, no te voy a mentir. Pero jamás te habría echado nada en cara. Yo… Si me hubieras llamado… Esperé mucho esas llamadas, Iram. También esperaba verte cuando iba a tu casa. Estaba enfadado, pero eres más importante que eso. No quiero que tengas vergüenza ni que estemos raros. Podemos olvidar ese año, ¿vale?

Un suspiro hondo, el ruido de algo al raspar una superficie. Me pregunto si se está dibujando héroes, si necesita fuerzas para lidiar conmigo. Me parte el corazón pensar que ahora necesite valor para ser mi amigo.

—¿De verdad no me odias?

—¿De verdad me lo preguntas? —se la devuelvo—. Me conoces mejor que nadie.

Nos quedamos en silencio. No se escucha nada más allá de nuestras respiraciones. También la de Tibi, acostado a mi lado. Me lame y tose. También tiembla un poco a pesar de que estamos en agosto y no hace frío.

—¿Cuándo se va el amor? —pregunta cuando empiezo a pensar que me ha colgado—. ¿Te lo has preguntado alguna vez?

—No creo que se vaya a ninguna parte. Se transforma, supongo.

—Me refiero a cuándo deja de doler.

—¿Te duele mucho? —pregunto con el corazón en un puño.

—A veces siento que no puedo respirar. Eso me asusta. Creí que era libre, que irme de Santa Brígida me daría esa libertad que necesitaba. Pero cuando te enamoras, resulta que dejas de serlo. Da igual a dónde te vayas.

—¿Ves el amor como una cárcel?

—Es la peor cárcel del mundo. Nunca te enamores, Nau. No es agradable.

«Es tarde para eso, Iram. Es tarde para mí».

—No creo que sea una cárcel. Si el amor te parece una cárcel, entonces quizá no es amor. O no el amor que necesitas. No es que sea un experto —me apresuro a decir—, pero creo que tiene que ser

lo contrario a una cárcel. Más… como la llave a esa cárcel que todos llevamos dentro. Todos menos tú, claro, que naciste libre.

Airam se ríe sin ganas.

—Me tienes demasiado idealizado.

—No lo creo. —Cojo aire y me atrevo a preguntarle—: ¿No pueden arreglarlo? Lo que sea que les pase.

—No lo sé. Hace semanas que no hablo con Mario. Puede que hasta haya conocido a alguien. Pone muchas fotos en las redes sociales. Y sé que no debería mirarlo, pero…

—¿Vas a hacer algo?

—De momento, invitar a mi mejor amigo a desayunar e intentar no morirme de la vergüenza cuando lo mire. ¿Te parece bien?

—¿Significa eso que no vas a intentar meterle mano ni nada?

—Por Dios, Nau. Que ya me siento fatal.

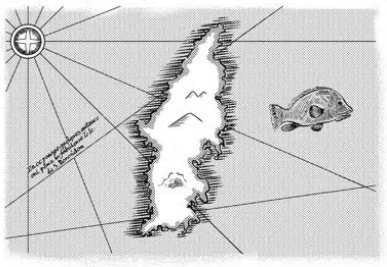
Me río.

—Perdóname, pero es que me lo pusiste a huevo.

—¿Vienes o voy?

—Voy.

Capítulo 48



—¿Dónde te gustaría estar, no sé, dentro de diez años? —me preguntaste una noche, pocos meses después de que yo cumpliera los dieciocho.

Estabas en tu casa de Playa Chica y yo seguía en el taller, sentado en el sofá de cuero envejecido de la salita de descanso. Olía a grasa, a gasolina, a algo viejo y hediondo, y, aun así, no sentía que me asfixiaba como sí lo hacía en mi casa.

Estaba sucio y sabía que debía salir. Apenas tenía batería en el móvil y el estómago me rugía por el hambre, pero no me apetecía levantarme. Quería alimentarme de tu voz, que esta ausencia de soledad que sentía cuando me hablabas fuera mi alimento, no volver a sentirme solo.

—¿A qué viene esa pregunta? —Mi voz sonaba llena de ecos en el silencio del taller. Tantos cacharros y tanto silencio.

—No sé, me gusta imaginar. A veces creo que, si imagino mucho, daré con las respuestas y quizá evitaré equivocarme.

—¿Por qué te da tanto miedo cagarla? Nunca lo he entendido.

—Me da miedo elegir mal, perder. Eso es lo que me da cague.

—No puedes tener todas las respuestas. Equivocarse es parte de todo.

—¿Todo?

—Sí, todo.

—Pero anda, no seas machango y dime dónde te gustaría estar dentro de diez años.

—Sé dónde voy a estar dentro de diez años, Airam; da igual donde quiera estar. Y deja de llamarme así.

—Machango —me susurraste y yo solté un suspiro hondo.

Odiaba que me llamaras así, ojalá no dejaras de hacerlo nunca. Casi podía sentir el calor de tu cuerpo rozándome la piel. Me llevé la mano a la tripa, que rugía y rugía, pero esta vez por otra clase de hambre. Esa que me llevó a seguir bajando hacia el ombligo y a subirme la camiseta. Tu respiración me envolvía y cerré los ojos mientras jugueteaba con la cinturilla de los pantalones azules que usaba para trabajar, tan sucios como todo yo.

—¿De verdad tu sueño es estar ahí para siempre? —me preguntaste, rompiendo el silencio.

Mi respiración se ralentizó cuando me metí la mano por dentro de los pantalones y comencé a acariciarme, despacio, dejándome arrastrar por el deseo y el cansancio.

—Es mi realidad. —No reconocí la voz que salió de mi garganta; mi excitación crecía como las rosas blancas que se abrían en el jardín de tu abuela—. No todos podemos soñar para siempre. A veces tenemos que abrir los ojos. —Lo dije mientras los apretaba con fuerza. No iba más allá de suaves caricias con la palma, sintiéndote como las veces que me cogías la mano para dibujar en mi piel.

—Sí que puedes soñar. ¿Quieres que te enseñe? Piensa en algo que quieras mucho mucho.

Imaginé tu mano donde tenía la mía, tu aliento cerca de mi oreja, ese olor dulzón que siempre asociaría a mi hogar.

—Vale, ¿y ahora qué?

—Haz lo posible para que pase.

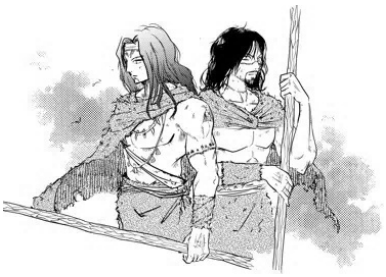
—Estás bonito. —Resoplé y abrí los ojos. La magia se fue, como lo hacían los sueños cuando te despertabas. Mi erección se durmió un poco y dejé de hacerle caso, sacándome la mano de los pantalones. No era el lugar ni el momento. Sentía como si te robara una caricia que no querías. Me negaba a tomar algo que no quisieras darme—. Pensé que me dirías algo serio.

—Es serio. Pensar en el mañana es serio. En crecer, madurar y esas cosas.

—Claro que sí, pero no quiero que cambie nada. Resulta que quiero quedarme en este momento para siempre.

Capítulo 49

22 años



Agosto se esfuma como lo hacen todos los veranos y la infancia. Una romería menos, una romería más. A veces me resto días y otras me los sumo. ¿Un día más o un día menos? ¿Cómo cuantificar la vida? Cuando le pregunto a Sofía, me suele decir que siempre hay que sumar, que ver la vida desde una resta no es justo, pero yo pienso que todo depende del momento. Y hay momentos en los que solo quiero que los días pasen, sin más.

—¿Alguna vez piensas en lo inamovible que es el presente? —le pregunto a Airam una mañana en la que vamos a comer a Firgas, a un restaurante que quiere probar porque la gran mayoría de los platos están hechos con berros.

En unos días regresará a Las Palmas para empezar el último año de grado e intentamos pasar el mayor tiempo posible juntos. Estamos bien, como cuando éramos chicos. Por fin se han ido la vergüenza y la culpabilidad y solo quedamos… nosotros y nuestra isla.

—A mí me parece que todo va demasiado deprisa. Estoy terminando los estudios y sigo sin saber lo que quiero hacer. Los años se van y sigo anclado en el mismo sitio.

—¿Tú anclado? Vives en Las Palmas. Vas al sur cada pocos meses. Viajas a otras islas con tus amigos y te vas a Madrid o a

Barcelona solo por el placer de irte. Te fuiste un año de Erasmus. Estás pensando hacer las prácticas en Madrid.

No le digo lo que siento ante la idea de estar tanto tiempo sin verlo porque los dos sabemos lo que es. Estamos condenados al olvido y me pregunto si alguna vez dejará de doler, si podré pasar página, si podré tocar a alguien y sentir que puedo, que no me rompe en dos el hecho de que no sea él.

—Lo de Madrid no lo tengo claro —replica y le da un sorbo a su Clipper de fresa cuando el camarero nos los sirve y toma nota de lo que vamos a comer—. Y ya sabes a lo que me refiero. Tú siempre lo tuviste claro.

—No es verdad. Yo no tuve opciones. Cuando no tienes opciones, el tiempo se paraliza.

—No digas eso.

—¿Por qué? Es la verdad.

—Es una verdad triste. Y creo que sí tienes opciones. Si quisieras, tú…

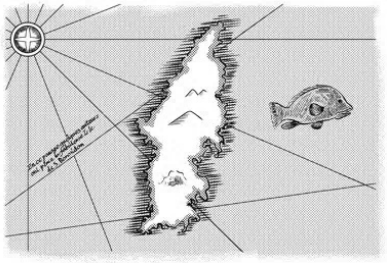
—No lo digas, ¿vale? Voy a estar aquí cada primer sábado de agosto y cada día de mi vida. Incluso cuando no tienes opciones, puedes decidir.

—¿Ya has decidido qué vas a regalarme? —pregunta para cambiar de tema a uno menos doloroso.

Se lo agradezco con una sonrisa.

—Tal vez.

Capítulo 50



La conocí en el taller. El coche no le arrancaba y se había acercado porque ese día tenía una entrevista de trabajo y lo necesitaba con urgencia. La acompañé hasta su casa y enseguida me di cuenta de que era la batería. Le pedí que esperara, pero me acompañó igualmente. Estaba nerviosa y hablaba mucho. Yo sabía que era la hermana de una de las amigas de Enzo, que había estudiado en el mismo instituto que nosotros y que nunca habíamos cruzado una palabra. Puedes vivir al lado de otras personas y no fijarte nunca en ellas.

Se llamaba Yurena, eso también lo sabía. Pelo negro, largo, ojos de un marrón claro, más alta que tu hermana, sonrisa contagiosa. Poseía una belleza que te hacía querer mirarla mucho rato.

Quizá fueran los nervios por la entrevista o su forma de ser, pero me puso al día de su vida en un momento y me arrancó cosas que no le contaba a casi nadie, como cuál era mi comida favorita (cualquiera que hicieras tú), si prefería mar o campo (la piscina de tu casa) o qué haría si supiera que me quedaba un día de vida (pasarlo contigo). Por supuesto, le hablé de ti, pero no demasiado, solo lo justo. Ya compartías tu vida con gente a la que nunca conocería, lo que me hacía sentir frustrado y triste, no quería compartirte con nadie más.

Cuando arreglé la batería y puse el coche en marcha, me dio un abrazo. También me invitó a salir. Intenté explicarle que solo hacía

mi trabajo, pero ella me hizo saber que por mi trabajo me pagaba, pero que le interesaba todo lo demás.

Me ruboricé.

No era la primera vez que una chica se fijaba en mí, pero sí la primera que yo me fijaba en una. Me gustaba. Me ponía nervioso, pero en el buen sentido.

Nos dimos los números y empezamos a escribirnos. Resulta que siempre es más fácil darte a conocer a través de una pantalla. Hablar con ella me llenaba y me transmitía una especie de calma. Era inteligente y le gustaba leer los mismos libros de fantasía que a mí. También le gustaba el cine y quedamos para ir a Las Arenas como primera cita.

—¿Una cita en el cine? —me dijiste aquella noche cuando te lo conté por teléfono—. Rediós, hasta para eso eres anticuado.

—¿Qué tiene de malo? ¿Cómo son tus citas?

—Pues vamos a tomar algo y terminamos en algún sitio, ya sabes. Ir a hacer manitas al cine es un rollo. Pagas por ver una peli que no ves.

—No vamos a hacer manitas —repliqué.

—¿Y para qué vas al cine? No me digas que piensas ver la peli. Por Dios, Nau, que tienes veintidós años, no cincuenta. Dale a tu cuerpo alegría, Macarena, y todo eso.

Solté una carcajada.

—Eres un cutre.

—Y tú un aburrido. —Resoplaste.

Me senté en mi cama para examinar a Tibi, que parecía un poco apagado, y me dediqué a acariciarlo. Era diciembre y el frío se le metía en los huesos, provocándole dolor. Siempre le pasaba cuando llegaba el invierno. Oír los jadeos entrecortados en los que se había convertido su respiración me pellizcaba el corazón.

—¿Te lías con todos los tíos con los que tienes citas? —te pregunté sin demasiadas ganas de escuchar tu respuesta.

—¿Citas? Madre mía. Deja de ver pelis románticas con Gara. Ya no se tienen citas. Eso es de la época de los menceyes. Y sí, cuando quedo con alguien que me gusta me lío con él. Las manitas suelen terminar con los dos corriéndonos la gran mayoría de las veces.

Quise colgarte, desconectar, pero se suponía que éramos amigos, y era el tipo de comentarios que se hacían entre amigos. Por eso te hablé de Yurena. No porque quisiera fardar de tener una cita, sino para dejar de parecer un triste y amargado muchacho de veintidós años que no sabía divertirse.

—Pues bien por ti, pero no soy así. No voy a liarme con ella en el cine. No todos podemos ir a tu ritmo. Yo tengo mis tiempos.

Te quedaste callado. Escuché el ruido del estuche al abrirse y me imaginé que estabas dibujándote héroes en el brazo, lo cual no tenía sentido porque solo estábamos nosotros dos y era yo quien iba a tener una cita y estaba nervioso. Era yo el que necesitaba héroes que me prestaran su fuerza.

—Lo siento —me dijiste en un susurro.

—Da igual.

—Se me hace raro hablar contigo de chicas —confesaste—. Nunca me hablas de eso y me siento, no sé, raro —repetiste con voz temblorosa.

—Tú sí me hablas de chicos.

—Hablar es de las cosas que mejor se me dan, ya lo sabes. Hay alguna otra que se me da de miedo, pero eso mejor me lo guardo.

Se me aceleró el pulso; también se me puso dura. Me pasaba mucho. Eras como mi criptonita. Contigo vivía en un estado de excitación constante.

—Sí, mejor.

Cogí uno de los libros que había empezado y me lo acerqué a la cama. Tibi levantó la cabeza y me miró; se arrimó más a mí y me dediqué a rascarle el cuello mientras esperaba a que dijeras algo.

No tardaste mucho.

—Eh, machango.

—¿Qué?

—No me hagas caso, ¿vale? No soy un buen ejemplo. Gara seguro que te da mejores consejos. La mitad de mis líos no los recuerdo. Estaba demasiado borracho o tenía demasiada prisa por acabar. Si me preguntaras cuál ha sido mi mejor experiencia sexual, no sabría decirte.

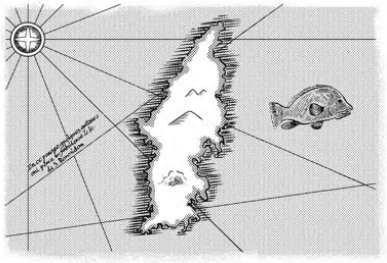
—Pero ahora tienes novio y lo quieres. Seguro que tienes muchos momentos que recordar.

—Sí, ya.

No te pregunté cómo les iban las cosas. Ustedes habían vuelto, pero no estaban del todo bien; eso me lo había dicho Gara. Tu novio era una presencia silenciosa en nuestras vidas. Era consciente de que que existía, pero no pisaba el pueblo; tú tampoco lo traías cuando venías. No me hablabas de él. Sabía que seguían porque a veces te ausentabas para llamarlo o veía su nombre en la pantalla cuando lo hacía él, pero nada más. Tus padres ni siquiera lo conocían y eso me hacía sentir un poco menos roto. Porque yo sí estaba aquí, aunque no estuviera contigo. Era parte de tu familia, aunque no lo fuera de tu corazón.

Me pregunté si te habías dado cuenta, si en el fondo lo sabías.

Capítulo 51



Yurena y yo no hicimos manitas en el cine, pero sí la besé esa noche.

¿Sabes esas escenas en las pelis en las que aparece una musiquita y todo se queda en suspenso? Reconocí el momento y me atreví a hacerlo.

Empezamos a salir después de eso. Fue una relación pausada. Ella aprendió a leerme, comprendió que necesitaba mis tiempos y me los dio. Desde el principio, fui sincero. No en lo referente a ti, claro, pero sí en lo referente a mí. Sabía que no tenía experiencia, que las relaciones se me daban mal, que quería quedarme en el pueblo y que me gustaba escribir, aunque quizá nunca publicara nada más allá de lo que compartía en mi blog.

También le hablé de la posibilidad de que pudiera ser demisexual. Esa parte le gustó. Me propuso ir a terapia. En realidad, lo dejó caer. Me habló de lo mucho que le había servido para afrontar la pérdida de su padre y que tenía amigos que habían ido para hablar de su condición sexual. Lo dijo así: «condición sexual». Esa parte no me gustó a mí, porque me hacía sentir… raro. Diferente. O especial, como me recalcaba ella. No era nada de eso. Solo era un chico que había intentado ser como se esperaba que fuera y había fracasado. Así me sentía todo el rato, como un error de cálculo. Quizá por culpa de mi hermano, quizá por la presencia intermitente de mi madre, quizá por miedo a dejarme ver. No lo sé.

A Enzo le gustó Yurena. Incluso se tomó la molestia de comprarme una caja de condones y las invitó a ella y a su hermana Claudia a cenar a casa uno de esos días en que mi madre había regresado para quedarse el fin de semana. Fue incómodo. Desde fuera parecíamos una familia feliz, unida. Un hijo presentándole a sus padres a su primera novia. Desde dentro todo era mentira.

¿La forma en que mi madre asentía y miraba hacia la ventana? Mentira.

¿La manera en que mi padre se acercaba a ella como si no los separara un abismo? Mentira.

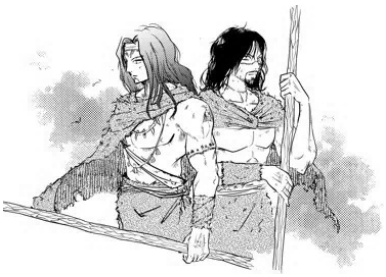
¿El modo en que mi hermano me pegaba en el hombro como si fuésemos colegas? Mentira.

Pero la peor mentira estaba dentro de mí, la peor era yo, intentando ser alguien que no era. Me dolía la cara al sonreír, el corazón cuando Yurena me apretaba la mano y sentía la calidez de su piel, ajena a mí, el pecho cuando mi familia me preguntaba si iríamos juntos a la próxima romería. Porque la romería eras tú, porque solo podía verte a ti, sentir tu calor, la vibración de tu risa, tu aliento en mi piel cuando nos metíamos en tu cama al volver de la fiesta.

Tú eras mi mayor mentira. O quizá era yo al convertirte en una.

Capítulo 52

23 años



—¿Has leído alguna vez *El Quijote*? —me pregunta Airam cuando lo llamo por su cumpleaños, un par de días antes de la romería.

Estoy saliendo de la ducha y pongo el manos libres para poder terminar de secarme en mi habitación.

—Sabes que sí.

—A Don Quijote se le va la cabeza, como se le fue al abuelo o como se le está yendo a la abuela. Se cree un caballero y lo hace todo por Dulcinea del Toboso, su gran amor. No la conoce, ni siquiera sabe si existe, pero todo lo que hace lo hace por ella. En realidad, Dulcinea es Aldonza, la prostituta que trabaja en la taberna, y no vive en un castillo como él se imagina. Es una mujer sucia y triste, pero él la ve perfecta. Joder, ni siquiera se llama Don Quijote, sino Alonso Quijano.

Le tiembla la voz. Está raro. No sé qué decir, así que no digo nada y espero.

—Cuando estábamos en Italia, vi el musical con Mario en el piso. Nos pusimos malos de gastroenteritis y nos dio por ahí. Pensé en ti y en que seguramente habías leído el libro. Llevaba tu nombre. Hasta el número de páginas te pegaba. Te gustaban los libros largos, tomártelo con calma.

No sé qué le sucede, de modo que me termino de vestir y me siento.

—Eh, Iram. ¿Qué pasó?

—Pasa que a veces vemos lo que queremos ver para no aceptar lo que hay de verdad, o lo que no hay. Qué más da. Creí que era Dulcinea y solo es… una mentira.

Se le escapa un sollozo y a mí se me va la cabeza. Siento una tormenta crepitando dentro de mí. Cojo el pulóver, las llaves del coche, y salgo de mi casa.

—¿Estás en casa?

—En Las Palmas —me dice mientras se sorbe la nariz y yo intento controlar los temblores de mi cuerpo; escucharlo llorar siempre ha sido el peor sonido del mundo—. ¿Por qué? ¿Vas a venir?

—¿Quieres que vaya?

—Sí. —Y se echa a llorar.

Habría ido, aunque me hubiese dicho que no.

No me cuelga. Pongo el manos libres y habla, llora, y se ríe con tonterías que no me hacen gracia porque tengo el corazón machacado por su dolor. Intento no pensar en nada más allá de la carretera, pero qué difícil es soportar la distancia cuando lo siento tan cerca y no puedo tocarlo.

Al llegar, abro con la llave que aún conservo y, cuando subo a la azotea, apenas se puede mantener en pie de lo mucho que tiembla. Cae sobre mí y yo hago lo posible por sostenerlo mientras se derrumba. Llora como alguien que ha perdido la esperanza y yo no sé cómo decirle que la esperanza es una hoja en blanco a la que puedes dar forma. Él sí que puede. Porque es valiente. Porque es libre. Porque no tiene miedo.

Lo abrazo y lo siento, y solo espero que pueda sentirme como yo lo hago. Dejo que llore hasta que se le acaban las lágrimas y empieza a hablar. De él, de su novio que ya no es su novio. Me habla de su estancia de Erasmus, de la relación que se fue a la mierda, de los amores que son como esa piel de lagarto que aún conserva en su habitación. Por fuera todo parece bonito, como Dulcinea; por dentro solo es mentira.

—Me duele —me dice.

—Lo sé —le digo.

Y no sé qué más decirle aparte de que lo siento, a él, por todas partes. Podría prometerle que dejará de doler, que lo olvidará, que él podrá hacerlo. Pero soy una cosa frágil que intenta ser fuerte para que mi mejor amigo no se escurra de entre mis brazos. Yo mismo no sé cómo hacer para que deje de doler, cómo olvidarlo.

Si pudiera, lo convertiría en uno de sus héroes de leyenda, esos que no tienen miedo, que no sufren, que no sienten dolor. Así que saco el bolígrafo que me regaló hace años, y al que voy cambiándole las tintas, y le lleno los brazos de héroes valerosos. Pinto sobre su piel mientras él se derrama sobre la mía. Y mientras las horas avanzan y el dolor pasa por nuestro lado, rozándonos, imagino que es a mí a quien llora, a quien sufre, a quien quiere. Y es egoísta, porque le han roto el corazón y no tengo nada que ver, pero no puedo dejar de pensar en cómo sería.

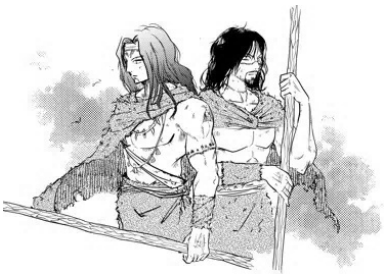
Cómo sonarían sus lágrimas si llevaran mi nombre.

Cómo sería dolerle.

Cómo.

Capítulo 53

23 años



A mi hermano le gusta *El club de la lucha*, la película. Cuando supo que era un libro quiso leerlo. Mi hermano, a quien le costaba incluso abrir los libros de texto, leyó y releyó ese libro muchas veces.

Había tres frases subrayadas en el mismo capítulo:

«Si pierdes el temple antes de tocar fondo, nunca lo conseguirás».

«Solo después de haber tocado fondo eres libre para hacer cualquier cosa».

«Desde donde estás, jamás conseguirás imaginar cómo es el fondo».

Me cuesta asociar esas frases a mi hermano. Lo veo y pienso en alguien a quien la vida puso en un lugar y se conforma con ello. Parece resignado, despreocupado, incluso enfadado. Pero no roto ni hundido. Desde luego, jamás a punto de tocar fondo.

¿Cuándo cambió? No lo sé. Quizá cuando no miraba. Quizá cuando estaba demasiado concentrado mirando a Airam, sintiendo a Airam, echando de menos a Airam.

¿De verdad tenía que tocar fondo para salir a la superficie? ¿De verdad había que llegar tan lejos? Me lo pregunté muchas veces, pero lo compruebo ese día. Justo ese día.

Airam no viene a la romería. Toca un grupo en el sur y él quiere ir porque sabe que también irá él, Mario, y tiene la esperanza de que

se arreglen. No me lo dijo así, pero lo imagino. También lo imagino llorando, volviendo a romperse una y otra vez, y de nuevo pienso en la frase de mi hermano, en todo eso de tocar fondo.

Lo descubro esa noche.

Los Martel deciden no ir a la fiesta, porque Sofía está mal, Airam no ha venido y Gara quiere estar en la carreta de su novio. Así que les dejo a Tibi y voy con Enzo, no por estar con mi hermano, sino porque Yurena también estará ahí y queremos estar juntos.

Habíamos hecho *cosas*; cosas sexuales. En su casa cuando nos encerramos en su habitación, o en el coche en el barranco de La Angostura. Pero no llegamos hasta el final. Esa noche quedamos en hacerlo. Mi padre sale a beber con los amigos cuando cierra el bar los días de romería y mi hermano no suele llegar hasta el amanecer. Tendremos la casa para nosotros.

Nos quedamos unas horas en la romería. Bebemos. Demasiado para lo que se supone que tenemos pensado hacer. Bailamos, nos besamos y todo parece estar bien, pero entonces me coge de la mano para llevarme al mirador y a mí se me retuercen las tripas, y no por el alcohol. Porque ahí está él. No él de verdad (ese no sé dónde está y no quiero saber lo que estará haciendo), sino él y cada momento que compartimos. Si hay un sitio donde somos, es justo en el mirador.

Me quedo inmóvil, con el cuerpo tembloroso, mientras Yurena se aferra a mi mano y me mira como si fuese algo más que un problema sin solución. Justo lo que soy: un problema que no dejo de complicar. Eso es lo que hacemos, enredarnos la vida en nudos que luego no sabemos desenredar. Tocar fondo así es sencillo, tocar fondo es la única dirección y sentido.

Yurena me pregunta con la mirada y yo le respondo con los labios, con las manos y con el cuerpo. Le digo que está bien, que estoy mirándola a ella y que todo está bien. Ella se ríe y yo suspiro por dentro. No se ha dado cuenta.

La llevo a mi casa y subimos con bebidas a mi habitación. No sé quién de los dos empieza, pero estoy mareado y siento que me estoy ahogando, sensación que no hace sino crecer y crecer cuando veo cómo se ilumina la pantalla del móvil y el nombre de Airam se

convierte en la isla de San Borondón. Brilla, parpadea y al final muere. Como mi corazón cuando nos desnudamos y la falta de oxígeno comienza a dolerme. Mis pulmones siguen llenos de Airam y esa es la realidad con la que intento luchar.

Yurena me pregunta si estoy bien y yo me siento como un capullo. Quiero que disfrute, que le guste, y por un momento la veo, a ella. Una chica preciosa con las mejillas sonrojadas y un cuerpo que no puede ser más bonito. No hay nada de ella que no me guste. Eso me digo cuando recorro su piel con los labios y la llevo al orgasmo. Eso me digo cuando me pongo el condón y entro en ella. Eso me digo cuando me corro y consigo que lo haga conmigo. Me lo digo muchas veces. La abrazo contra mi pecho, temblando, y ella me pregunta si me ha gustado. Si estoy bien. Si estamos bien.

Quiero decirle que estoy bien, que todo está bien, que estamos bien. Pero lo cierto es que me he quedado sin aire y mis pies acaban de tocar el suelo. Solo hay dos salidas, ahogarse en el fondo o subir a la superficie.

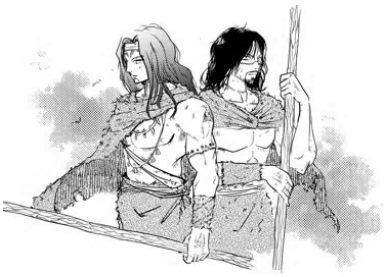
Ahogarse es fácil, ahogarse es rendirse. Y yo no puedo hacer eso. Rendirme implica vivir para siempre en una mentira, perderme, *perderlo*. No quiero ser mentira, no quiero que Sofía vuelva a preguntarme quién soy y no saber la respuesta. Quiero dejar de ser esta mentira que me está robando la vida. Quiero vivir siendo libre. Vivir, nada más.

«Solo después de haberlo perdido todo eres libre para hacer cualquier cosa».

He tocado fondo y es hora de coger impulso y salir.

Capítulo 54

23 años



Todos están dormidos cuando llego. Podría entrar con la llave que me dieron los Martel hace años, pero prefiero no hacerlo. Espero sentado en el mismo sitio donde conocí al Airam de diez años y llamo a Gara. Le digo que estoy aquí. Apenas soy capaz de hablar, pero parece que me entiende porque en nada está a mi lado, abrazándome mientras me rompo en ella. Permito que me vea. Yo desnudo, yo con todo, yo. Dios. Cuánto me he echado de menos.

Me pregunto cuándo me encerré, si fue cuando mi hermano llamó maricón a Airam o si fue antes, al marcharse mi madre, si lo hice por mi familia rota o por la libertad que vi en Airam. Tenía tanto y yo tan poco… No quería robarle nada de lo que estaba por descubrir. Quería que él sí lo consiguiera, ser libre, vivir sin miedo, sin dolor, sin vergüenza. Era tan bonito… Su familia era preciosa y yo solo era ese olor nauseabundo que se quedaba al final de una romería. Una calle llena de basura, un olor que no es dulce ni amargo, la resaca de una noche que nunca es tan bonita como te gusta imaginar, y silencio. Demasiado silencio.

Gara me escucha y llora conmigo. Luego me promete que no se lo dirá a su hermano. Guardará mi secreto hasta que esté listo para dejarlo libre.

Seguimos abrazados cuando nos metemos en su cama y ella me asegura que siempre seremos amigos, que los Martel son mi familia

y que me quiere. Y que Airam me quiere. Quizá no de la forma que yo creo, o quizá sí.

Me pide que hable con él, cuando pueda, cuando esté preparado.

—Algún día tendrás que decírselo —me dice cuando intento explicarle por qué no puedo hacerlo.

—¿Para qué? Ahora mismo no lo necesita.

—Tienes razón, lo necesitaba…, mmm, ¿cuándo te diste cuenta, dices?

—No lo sé. Al principio me lo negué. Luego se fue y…

—Él te negó a ti.

—No creo que me negara. Él solo quería ser libre. En Las Palmas lo era. ¿Cómo iba a estropeárselo? No podía. Luego se enamoró y…

—Recuerdo ese día en mi casa, cuando te echaste a llorar. Lo sospeché, aunque no quise decírselo a él. Por si acaso. Creo que en el fondo él también se dio cuenta. Tienes que decirle lo que sientes, Nau. Si no hoy, dentro de un mes, pero él se merece saberlo.

—No quiero perderlo.

—Lo harás si te callas. El silencio funciona como las mentiras. Te va pudriendo desde dentro y se extiende a las personas a las que quieres. Porque dejas de ser tú. Matarás lo que tienen. Si se lo dices al menos tienes una oportunidad. Él puede decidir. —Me acaricia la mejilla con dulzura—. Mira, no quiero meterme. Ya lo hice una vez y la cagué al besarte. Pero creo que mi hermano te quiere.

—¿Sabes que de chicos nos prometimos que siempre pasaríamos juntos el sábado de la romería? ¿Y sabes cuántas veces no vino? —Me pican los ojos. A Gara se le empaña la mirada—. Ahora está en el sur, intentando arreglarlo con él. Lo has visto, lo conoces. Lo quiere, Gara. Se fue a vivir con él. Airam no se iría a vivir con él si no lo quisiera de verdad.

—¿Y por qué no lo ha traído nunca? ¿Por qué no se lo presentó a nuestros padres? Piénsalo, Nau. Es como si nadie más que tú pudiera ocupar este sitio. No es que seas parte de la familia, es que eres de la familia. ¿Desde cuándo tienes las llaves de nuestras casas? A Mario no lo conozco ni yo.

—¿No lo conoces? —Eso me sorprende.

—A él no, y es raro. Ha sido su relación más importante. Quién sabe, a lo mejor es que no está tan seguro como cree. Nau, puede que mi hermano ahora quiera a otra persona, pero te quiere. O te quería. O quizá siempre te quiso y tiró la toalla. No lo sabrás si no se lo dices.

Se me acelera el corazón.

—Me da miedo.

—Lo sé, mi niño. Pero siempre vas a tener miedo, tanto si se lo dices como si te lo callas. Al menos así podrás mirarlo a la cara sin sentirte un fraude.

Los ojos me arden, el corazón me aporrea el pecho y el dolor se expande por mi cuerpo como lleva años haciéndolo.

—Gracias por ser mi amiga.

—No soy tu amiga, soy tu familia, bobo.

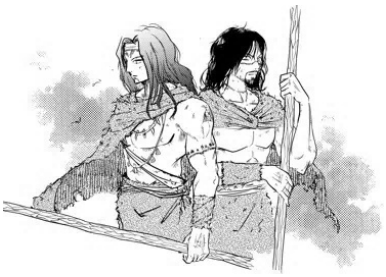
Y entonces me abraza y yo me siento un poco menos roto y perdido.



Al día siguiente rompo con Yurena. Ella no se sorprende, tampoco se lo toma bien. La decepcioné y no quiere volver a verme. Lo entiendo y lo acepto. Lo siguiente que hago es llamar a mi jefe para pedirle que me alquile la habitación que está encima del taller. Después de salir a la superficie, necesito seguir respirando, y no puedo hacerlo si me quedo en mi casa. No puedo seguir viviendo en una mentira.

Capítulo 55

23 años



—¿Lo arreglaste con él? —le pregunto a Airam cuando me llama el domingo por la noche mientras paseo a Tibi—. Vi tus llamadas anoche.

—¿Qué? No. Solo quería… hablar con Mario, quedar bien. No sé. Viví con él, le tengo cariño.

—Vale —digo.

—Mmm. ¿Qué tal con esa chica? —No pronuncia su nombre, aunque lo conoce. Yurena solo es «esa chica».

—No hay ninguna chica. Ya no.

La voz de Airam suena preocupada cuando deja de cortar lo que quiera que esté cortando y me pregunta:

—¿Estás bien?

—Ahora sí.

Tibi ladra y por fin echa su cagada del paseo. La recojo y la tiro mientras espero a que él diga algo más.

Como no lo hace, decido intervenir yo:

—Estuve un rato con tu abuela. Hoy tuvo un día bueno. Me habló de que era adoptada. No me lo habías dicho.

—Es que no es importante.

—¿Nunca piensas en qué es lo que busca? —le pregunto—. Me encantaría ayudarla a encontrarlo, sea lo que sea. Esa foto… Han pasado años y no se me quita de la cabeza.

—No —contesta Airam—, y es mejor dejarlo estar. ¿Qué crees que conseguirás descubriendo una historia anexa? Ella era feliz aquí. Quería al abuelo. En ocasiones arañamos la verdad para buscar algo más a lo que aferrarnos, pero a veces no hay donde arañar. La verdad es que vivió un amor aburrido y feliz, y no hay más que eso. Tuvo suerte.

—Pero el de la foto no es tu abuelo, los dos lo sabemos.

—¿Y? ¿Qué quieres encontrar?

—Esperanza, supongo —digo, agachándome para acariciar a Tibi, que ya me pide que regresemos a casa.

—La esperanza es como un bocadillo de Nocilla. Lo disfrutas, pero se acaba rápido. Te sacia un momento, pero al rato quieres más.

—Eso ha sonado deprimente para ser tú —replico mientras cruzo la calle en dirección a mi casa.

—Ya, bueno. Es que… lo siento.

—¿Qué sientes? —quiero saber.

—No haber estado en la romería. ¿Cuántas veces he roto mi promesa?

—A veces haces promesas que no se pueden cumplir, y éramos demasiado chicos. Creo que es mejor que lo olvidemos.

—Ni de coña —me dice con un tono demasiado alto—. Nunca lo voy a olvidar. No olvidaré las veces que la cumplí, ni tampoco las que la rompí. Mientras lo hacía no dejaba de pensar en ti, ¿sabes? Era como si estuviera perdiendo un pedazo de ti, y me sentía fatal. ¿De verdad te parece una niñería?

—Me parece que es hora de dejar de pensar en los niños que fuimos y hacerlo en los hombres que somos ahora.

—¿Y eso qué significa? —pregunta Airam.

—Que nunca vas a dejar de ser mi amigo, aunque no vuelvas en años. Seguirás siendo mi amigo siempre.

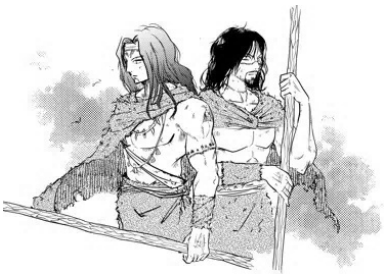
—¿Ese es tu regalo de cumple?

Sonrío, ahí está mi amigo, el que intenta camuflar el dolor con palabras vacías.

—No, tonto. Nuestra amistad es más que un regalo. Mucho más.

Capítulo 56

23 años



—¿Se puede saber por qué cojones rompiste con Yurena? —me pregunta mi hermano cuando estoy terminando de guardar la ropa que he seleccionado.

Es imposible llevármelo todo, de modo que cogeré lo imprescindible y vendré cuando haga falta.

Han pasado tres días desde que hablé con mi jefe y me ha dado tiempo de arreglar un poco la habitación, incluso pintarla. No quería cobrarme, pero al final llegamos a un acuerdo. No me gusta estar en deuda con nadie.

Resoplo ante la mirada inquisitiva de mi hermano.

—Qué poco tardó.

—Es una puntal. ¿Por qué mierda la dejaste?

—¿Por qué sabes que la dejé yo?

—Porque me lo dijo su hermana, gilipollas. Porque es mi puto grupo de amigos. Ya estás yendo a buscarla y arreglándolo.

—No hay nada que arreglar —replico.

Entonces parece fijarse en lo que estoy haciendo.

—¿Qué haces? No me digas que te vas a la casa de la playa de la familia esa, porque te reviento.

Ignoro ese último comentario; no quiero entrar al trapo. Si lo hago, soy yo quien lo va a reventar. Que ya está bien.

—Miguel me alquiló la habitación que hay encima del taller. Voy a vivir allí.

—¿Por qué? Es tan chica que ni siquiera puedes estirar la pata; subí una vez. Ni siquiera tiene baño.

—Hay baño en el taller.

—Tienes una casa, no te vas a ninguna parte —zanja él, como si todavía pudiera decirme lo que tengo que hacer.

—No te estoy preguntando.

—¿Qué cojones pasa contigo?

—Pasa que me cansé de vivir encerrado. Estoy cansado de ti y de los que son como tú. Estoy cansado de esta mentira. —Suelto la maleta, las lágrimas me llenan los ojos y mi hermano retrocede. Pues claro que sí. Ver el dolor nunca es lo mismo que imaginarlo—. No puedo más, Enzo.

—Deja de llorar. No eres una tía, por Dios. —Le da un puñetazo al armario—. Es culpa de ese maricón. Sabía lo que pasaría. Se lo dije a papá, pero no escucha. Solo piensa en mamá y le da igual lo que nos pase.

Me pongo delante de él.

—¿Qué es lo que te molesta? ¿Que me haya enamorado de un chico o que tu hermano lo haya hecho? Porque no es lo mismo.

Enzo aprieta la mandíbula, y los puños, y vete a saber qué más. Me pregunto si su corazón puede apretarse más o si ya ha terminado de aplastarlo.

—¿Qué dices?

—Intenté que me gustaran las chicas, ser lo que tú querías. Me hiciste dar mi primer beso delante de más de diez personas. Salí con Yurena rogándoles cada noche a esos héroes que tanto le gustan a Airam poder sentir algo más que vacío.

—Deja de hablar de él, joder.

—Dejar de hablar de él no hará que desaparezca. Salir con chicas no hará que deje de quererlo. Yo no soy gay. Pude estar con Yurena, ¿sabes? Pero fue como si me arrancaran las entrañas, y no porque no me gustara. Es que lo quiero. Quiero a Airam y esa es la verdad. —La confesión termina de abrir esa jaula que llevo dentro de mí y por fin puedo lanzar la llave lejos. Por fin soy libre. Por fin—. No sé

lo que soy, no sé si algún día me gustará otro chico. Ojalá que sí, sea chica o chico, ojalá pudiera gustarme alguien más. Ojalá lo olvidara. Porque con él no puedo estar. Tú me lo quitaste. El miedo me lo quitó. Lo perdí y ni siquiera pude decirle que lo quería.

Enzo se queda sin palabras por primera vez en su vida. Sé que quiere pegarme para que me calle. «Reventarme», como le gusta decir. Que lo haga. Que se atreva. Estoy tan cansado… Tanto…

Me acerco más a él. Casi puedo palpar su rabia. Es letal, afilada, cruda.

—¿Sabes cómo duele saber que has perdido a alguien y que solo tú tienes la culpa? Dios, claro que lo sabes.

Me empuja y yo le devuelvo el empujón. Entonces me da un puñetazo y pierdo el control. Porque es mi hermano y lo quiero, pero también es mi miedo pegándome una paliza, intentando ganarme, una vez más. Y no. Estoy cansado de perder sin luchar.

No sé quién hace más daño a quién. Hay cristales en el suelo, labios partidos, golpes que no siento porque solo soy capaz de pegar, y pegar, y pegar. Lo golpeo hasta que me duele el corazón y creo que me he partido algún dedo.

Cuando me separo de él está en el suelo, con los brazos apoyados en las rodillas y el cuerpo inclinado hacia delante.

—¿No te cansas de esconderlo? —le pregunto.

Levanta la mirada. Tiene la boca ensangrentada, una herida abierta en el pómulo, los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué coño dices?

—¿Crees que soy idiota? Llevas como muerto desde que Yeray se fue. Al principio me costó verlo, pero es tan evidente... Cada vez que sube al pueblo te vuelves más chulo, más gilipollas, pero en cuanto se va te quedas vacío. Sé lo que es porque he vivido en el mismo vacío desde que él se fue a Las Palmas. Me odias porque he hecho con Airam lo que tú nunca has podido hacer con Yeray: quererlo, aunque sea pa dentro.

Se levanta y me sujeta del cuello. Esta vez no hago nada por defenderme.

—Pégame o haz lo que te dé la gana, venga.

Sus dedos se me clavan en la piel, pero no lo suficiente como para hacerme daño. Los ojos se le llenan de lágrimas y el cuerpo le tiembla por el dolor o la rabia o vete a saber qué. Ahí está mi hermano, roto, herido de muerte y fingiendo ser el villano que es incapaz de ser solo porque tiene miedo de querer.

—No tienes ni idea de nada.

—Te diré una cosa. Maricón es quien les hace la vida imposible a sus iguales. Los putos cobardes como tú.

Quiere pegarme, reventarme, callarme. Pero sigo siendo su hermano y me quiere. Lo sé porque las lágrimas comienzan a resbalarle por las mejillas y sale disparado de mi habitación. Y yo me quedo ahí, llorando por él y también por mí. Pensando en cómo de asqueroso es el miedo para separar a los que se quieren, en cómo de cobardes somos para permitirlo. Pero el miedo es así, aprendes a vivir con él y o le impones normas o se queda con todo: tu vida, tu hogar, tus sueños.



Enzo no vuelve esa noche. Nos llaman antes del amanecer para avisarnos de que ha tenido un accidente con el coche.

Hace unos años, cuando aún iba al instituto, recuerdo que el profesor de filosofía nos pidió que grabáramos un documental. Quería ver el paso del tiempo, simplemente. Fue una chorrada, pero teníamos que grabarnos durante horas y trabajar en la edición del *film*, recortar trozos de nuestra vida y hacer dos vídeos, uno con las partes buenas y otro con las desechables, explicando el porqué de cada uno. Por qué elegir unas y eliminar otras. Por qué.

No recuerdo qué nota saqué, pero seguí pensando en ese vídeo durante mucho tiempo. Imaginé cómo sería mi día a día si pudiese recortar las partes que no me gustaban y quedarme con las que sí. Si hubiese podido recortar trozos de mi vida, habría eliminado a mi hermano. Eso fue lo que pensé. Más tarde añadí a mi madre y casi

estuve a punto de hacer lo mismo con mi padre. Casi. Los únicos que me habían querido eran los Martel. La vida te entrega una familia y tú tienes la capacidad de elegir otra, y yo los había elegido a ellos. Comprendí que la familia son las personas que ahuyentan la soledad, que te ayudan a no ser invisible.

Sentado en la sala de espera del hospital Doctor Negrín, donde han llevado a Enzo tras el accidente, pienso en la película que es mi vida ahora. Pienso en mi hermano acostado sobre una camilla en alguna habitación, en la posibilidad de no verlo más, de borrarlo.

Pienso, pienso y no dejo de pensar. En el niño que dibujaba el teje en el suelo de la azotea, aún a riesgo de que mamá se enfadara, y me dejaba ganar, el mismo que me daba la mano cuando me dolía la tripa y mi madre no aparecía por ninguna parte. Pienso en las palizas, en los insultos, en la rabia. Pienso en el chico perdido que me miró con los ojos llenos de lágrimas hace apenas unas horas. Mi hermano, a quien no conozco y quiero porque es mi hermano, y que una vez había sido lo único que tenía. El amor es como una fotografía antigua; se desgasta, pierde su forma, pero encierra recuerdos y es capaz de morderte el alma cada vez que la miras.

Perder a mi hermano había sido de las cosas que más me habían dolido nunca. Mi amor por él era como esa fotografía que Sofía siempre lleva consigo. Un recuerdo, una impresión. Buena o mala, eso da lo mismo.

A veces odias porque no puedes querer, porque no te dejan hacerlo, y el amor que sientes es tan grande que necesitas otro sentimiento para impedir que te aplaste, para que deje de doler. Así me he sentido con mi hermano, así me siento. Y cuando el odio se aleja, solo queda el amor.

Mi padre se coloca a mi lado y no me doy cuenta de que estoy llorando hasta que me pasa el brazo por los hombros y entierro la cara en su pecho.

—Está bien, ya lo verás.

—No lo sabes.

—Cree en él. —Me palmea la espalda y yo sigo pensando en esa cinta que una vez quise borrar y que ahora solo quiero recuperar.

—Es mi culpa. Nos peleamos y yo… le dije cosas.

La verdad, eso le dije. La verdad es una cosa terrible cuando no la quieres y te la lanzan a la cara sin que lo esperes. Había hecho algo peor que lo que mi hermano hizo conmigo cuando me obligó a besar a esa chica a los catorce. Lo había sacado del armario a puñetazos. Y, joder, duele. Porque yo no soy así, porque lo quiero, porque no es justo que unos críos como nosotros tuviéramos que cargar con el peso de una familia rota. Mi hermano no estaba preparado y yo tampoco. Él decidió luchar contra sí mismo, yo decidí escapar a otra familia.

—Mírame, mijo. No es culpa tuya.

—Necesito saber que está bien. Por favor. —Solo quiero que esté bien.

Airam me llama en algún momento. No le contesto. No puedo lidiar con lo que siento por él ahora mismo. A Gara sí se lo cojo. Con ella me es más fácil derrumbarme, romperme, pedirle ayuda. Viene enseguida con su padre y se quedan con nosotros hasta que un médico nos avisa de que mi hermano está bien.

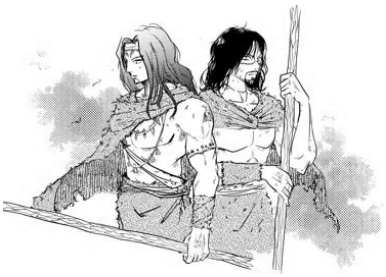
Lo han operado de la rodilla y lo han subido a planta. Una costilla rota, la rodilla partida, varias contusiones. Le darán el alta en unos días.

No nos dejan verlo hasta la mañana siguiente.

Cuando entro a la habitación, se me caen las lágrimas. Enzo también llora, pero ninguno de los dos habla. Mi padre le da un beso en la frente y el abrazo que no me atrevo a darle mientras yo me rompo por dentro; de alivio, de miedo. Solo cuando siento su mano presionando la mía vuelvo a respirar. Mi mundo regresa a su sitio, la cinta deja de grabar y yo decido que no quiero eliminar nada nunca más. Mi vida es esta, con todo lo que tengo, con todo lo que soy, con lo que me falta. Y puede que Enzo y yo nunca seamos grandes amigos, pero somos hermanos.

Capítulo 57

23 años



Hay dos tipos de silencios. Están los que te llevan y los que llevas dentro. Y yo llevo uno muy grande con la forma de mi madre. En realidad, mi familia entera lo lleva, pero soy el primero que parece cansarse de él.

Han pasado casi dos meses desde el accidente de mi hermano. Acaban de quitarle la escayola y ha empezado la rehabilitación. Estuve con él incluso cuando sabía que no me quería a su lado. Odia que le presten ayuda, sentirse vulnerable, necesitar a alguien. Aun así, me quedé y lo ayudé. Y él se quejó mucho, protestó y también me insultó. Pero nada es como antes. No somos amigos, pero sí hermanos.

Sonrío cuando por fin vuelve a caminar sin muletas y me hace un corte de mangas. Su mirada parece distinta, pero la tristeza sigue dentro de ella.

Quizá sea eso lo que me lleva a bajar a Las Palmas a buscar a mi madre. Hacer preguntas.

Me pinto varios héroes en el brazo, alrededor del tatuaje, y le mando una foto a Airam, que responde con muchos emojis y poco más. Hablar por mensajería nunca ha sido lo nuestro; en especial porque yo lo odio.

Está con el máster y sigue… raro. Supongo que todavía no ha olvidado a Mario.

Intento no pensar en lo que pasará al finalizar sus estudios, cuando encuentre un trabajo y le lleguen las responsabilidades. A cuánto se reducirán sus visitas y llamadas, en qué quedará esa promesa que nos hicimos hace ya tantos años, cuánto tardará en desgastarse nuestra amistad. Sobre todo, pienso en si Airam seguirá llenando mis pulmones, encerrado en un silencio eterno. Odio la idea de que lo haga, casi tanto como la de perderlo para siempre.

La familia de mi madre vive en un piso en Néstor de la Torre, muy cerca de la playa de Las Alcaravaneras, en un edificio de tres plantas con terraza. Lo sé porque me detengo a observarlo desde la acera de enfrente mientras la llamo por teléfono y le pido que baje.

El encuentro es incómodo. Ninguno de los dos sabe cómo saludar al otro y nos conformamos con un «hola» apagado. Decidimos ir a caminar por la avenida mientras ella me hace preguntas aleatorias sobre cómo va todo en el pueblo. No dice «en casa», porque nunca la ha considerado suya. No necesito que me lo diga para saberlo. En algún momento de la conversación, desconecto y me detengo junto a la barandilla, observando los barcos atracados en el puerto, las aguas tranquilas y a los pocos bañistas que hay aquí y allá. Sonrío al pensar en Airam y en lo poco que le gusta esta playa, por la cercanía con el muelle y porque, según él, una playa sin olas que te arrastren es una playa sin vida.

Observo a mi madre. Su pelo oscuro recogido en una coleta alta, sus ojos de un azul frío muy similar al de los míos, esa manera que tiene de enderezar el cuerpo, como si estuviera lista para enfrentarse al mundo. Vaya broma.

Qué raro es estar con ella y no sentir nada.

—¿Recuerdas mi infancia? —le pregunto cuando me canso del silencio—. Yo la tengo un poco borrosa. Recuerdo alguna vez que me llevaste al parque o cuando dejabas que me quedara contigo en la cocina para que hiciera los deberes. Los veranos en los que íbamos a la playa de Agaete y te sentabas a leer junto al muro con un gorro de paja porque no te gustaba el sol ni bañarte en agua salada. Los días en los que ayudabas en el bar. Recuerdo todo eso, pero no recuerdo que vinieras cuando lloraba por las noches, ni que

me contaras cuentos, ni que me abrazaras. Era papá quien venía a veces, y Enzo; él siempre estaba, hasta que dejó de estar.

La mujer que tengo delante, y que no siento como mi madre, me mira durante lo que me parecen horas, pero sé que no son ni tres segundos. El tiempo con ella funciona distinto, los silencios también.

—¿Viniste a preguntar por qué me fui? ¿Por qué voy y vengo?

—Quiero saber por qué nunca estabas.

Creo que no me va a contestar, o que pondrá alguna excusa, cuando empieza a hablar:

—De chica tenía la manía de escuchar tras las puertas. Me escondía, controlaba la respiración y esperaba. Así descubrí muchas cosas. Cuando lo hacía con ustedes sentía que no conocía a esa familia. Era como espiar en la casa de unos vecinos con los que no tenías relación. Puede que lo que escuches sea interesante, pero no te importa porque no sabes quiénes son. Así me sentía todo el tiempo: en la casa de unos vecinos.

Ser consciente de una verdad duele, que te la digan te destroza. Es la primera vez que mi madre dice en voz alta lo que yo ya sabía: no somos nada para ella.

—¿Fue siempre así? —pregunto intentando tragarme el nudo que tengo en la garganta para que no note cómo me afecta.

—No.

—¿Cuándo cambió?

La coleta se le mueve a los lados al menear la cabeza.

—Eso da igual.

—Fui yo, ¿verdad? Cuando me tuviste a mí. Por eso Enzo me odia, ¿no es así? Siempre fui… *demasiado* para ti.

Su silencio también es una verdad que destroza.

Se me escapa un sollozo. Claro que es así.

El castigo favorito de mi hermano era meterme en el cuartito que había en el garaje de casa, con la puerta metálica que se parecía a la habitación donde la madre de *Carrie* la encerraba. Él también me encerraba, pero no más de cinco minutos. Los cinco minutos peores de mi vida. Golpeaba la puerta con una pelota de fútbol, una y otra vez. El ruido era ensordecedor, y me hacía temblar y llorar como el niño que era; se me metía dentro y no se iba, ni siquiera cuando

dormía. Regresaba a mí como una vieja pesadilla y lo hace ahora que tengo a mi madre delante. Ruido ensordecedor, miedo, temblores y un sudor frío que me recorre la columna.

—Quería hacer muchas cosas —confiesa con una sonrisa tan fría como sus ojos, observando algún punto del horizonte, ese lugar desconocido al que siempre se va cuando quiere alejarse de nosotros—. Escribir novelas, ir a la universidad, trabajar. Pero fui madre y no pude hacer nada. Con Enzo empecé a sentirme como una presencia a la que nadie había invitado. Contigo… —Los ojos le brillan, pero no llora. Se abraza a sí misma, como siempre—. Lo siento, Nauzet.

«Nauzet». ¿Cuánto hacía que no pronunciaba mi nombre?

—¿Alguna vez me quisiste? —pregunto.

Ella no contesta; su mirada sigue perdida en ese puñetero lugar que tanto odio.

—¿Por qué sigues viniendo? —continúo preguntando.

Más silencio.

—¡¿Por qué, coño?! ¡¿Por qué?! —repito, alzando la voz.

—Porque necesito saber que no soy una mala persona —contesta al fin, devolviéndome el grito—. Necesito que algo cambie, y ese algo soy yo. Voy con la esperanza de sentir algo distinto, de que me importe algo más que volver a marcharme. Lo siento mucho. Nadie te prepara para la vida, nadie te dice que te va a gustar.

—¿Hablas de la vida o de ser madre?

—Nauzet. —Ahí está mi nombre otra vez. Su tono es duro, pero a la vez tembloroso—. No quiero hacerte daño.

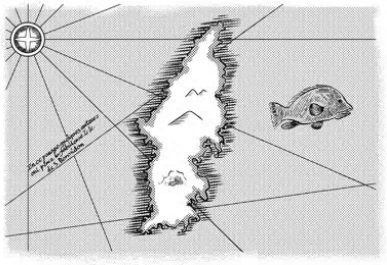
Ahora soy yo quien permanece en silencio durante minutos, horas, siglos enteros.

Al final, cuando me digo que es hora de regresar a casa, lejos de este silencio que ya no puedo seguir conteniendo, le digo:

—Deberías dejar de venir, madre. Quizá si lo haces deje de doler tu ausencia. Es peor cuando estás que cuando no estás. —Y antes de marcharme, añado—: Por cierto, Enzo ya no lleva escayola, por si te preocupaba.

Luego me largo de ahí, esperando que no vuelva. Por favor.

Capítulo 58



Tu abuela nos dejó un jueves cualquiera de junio. Se fue como todos querríamos irnos. La encontraron sentada en un banco en el Parque Municipal, cerca de la oficina de turismo. Dormía. El día era hermoso y había una exposición de artistas canarios que mezclaban arte con naturaleza. Sofía dormía rodeada de flores exóticas y autóctonas. Por fin había dejado de buscar.

Yo estaba en tu casa cuando llegaste de Las Palmas, con la misma ropa que te habías puesto para ir esa mañana a la universidad, los ojos hinchados, el cuerpo tembloroso. Te derrumbaste sobre mí y yo me sentí grande y chico a la vez. Grande porque fuera conmigo, que no soy nadie, y chico porque no podía hacer más que apretarte contra mí, no podía quitarte el dolor.

Las horas pasaron como cuando te bajabas del barco pirata en la feria, todavía con esa sensación de estar pisando algo que no era el suelo. Sentías el vaivén, el tiempo que se derramaba como lo hacía el dolor en forma de lágrimas; el que se dejaba ver. El otro, el que más escocía, se quedaba dentro.

Tus padres se mantuvieron enteros. Hubo visitas, horas en las que estabas y no estabas. Y luego nosotros, cayendo sin el vértigo previo al descenso. Porque cuando la muerte llega, el vértigo se va. Solo quedan la resignación, la ausencia, los recuerdos.



Yo tenía la foto de tu abuela en la mano y estábamos en el jardín de tu casa. Tus padres se habían ido a dormir después de una larga noche en el tanatorio. Pero nosotros no podíamos.

—No hubo un amor prohibido ni una isla —comenzó a explicar tu hermana cuando se hizo con la foto—. Mi abuela tenía muchos recuerdos dentro. La gran mayoría se los quedó, como este. El de sus padres biológicos. —Me sonrió. Sabía que llevaba años preguntándome quién era el hombre de la fotografía—. Tengo su diario, me lo dio hace mucho, uno de sus días malos. Nunca supe si me lo quiso dar de verdad o si solo buscaba liberarse de la pena; o si lo que quería era que alguien recordara esa historia y que no terminara olvidada. —Le falló la voz y la barbilla le empezó a temblar. Le cogiste la mano con dulzura. Yo le cogí la otra—. Ahí lo cuenta todo. Habla de la guerra y de cómo sus padres se separaron, de cómo su madre tuvo que entregarla a los señores de la casa donde trabajaba para que la cuidaran. Habla de amores que lo son todo y terminan siendo nada. La vida es un suspiro y tenemos el deber de vivirla a tope. Eso es lo que me enseñó la abuela.

Te miré. Tenías los ojos llenos de lágrimas y Tibi no dejaba de lloriquear con la cabeza apoyada en tu muslo. Él también parecía llorar la muerte de tu abuela a su manera; sentía su ausencia como todos nosotros.

—Lo siento si esperabas otra cosa —continuó Gara, apretándome la mano—. A veces las respuestas están en las cosas más sencillas. Buscamos historias épicas porque la nuestra es un poco mierda. Y es una gilipollez. Nosotros decidimos qué es épico y qué no lo es. Miren a los héroes de sus brazos. Solo es tinta en la piel para muchos. Una muy cutre, si quieren que sea sincera. Pero para ustedes es un símbolo muy épico. La vida tiene el sentido que quieran darle.

—¿Estás estudiando psicología y no me he enterado? —inquiere Airam, arrancándonos una carcajada.

—No les dije nada, pero la abuela me compró un local para mi peluquería —explicó—. Fue su regalo antes de irse. Creo que la mareé tanto durante los últimos meses que me quiso dar la sorpresa. Viviré en el mismo pueblo que ella y mi vida será todo lo épica que yo quiera. Me dio las escrituras en mi cumpleaños. Creo que a ti te dejó la casa del casco antiguo, la que no usaba nunca —te dijo a ti y nos miramos. Era la casa a la que años atrás me habías llevado a bailar—. Y a ti te dejó algo también —me señaló a mí.

La miré, confundido. Ella me apretó la mano y subió a su habitación.

Cuando regresó, lo hizo con una caja llena de cuadernos. Leyendas canarias adaptadas por Sofía, el mejor regalo del mundo.

Recorrí el cuero desgastado con manos temblorosas, pensando en las veces en las que me había sentado con tu abuela para que me contara esas historias que creía reales solo porque era ella quien me las narraba. Estiraste la mano para coger uno de los cuadernos y empezaste a llorar conmigo.

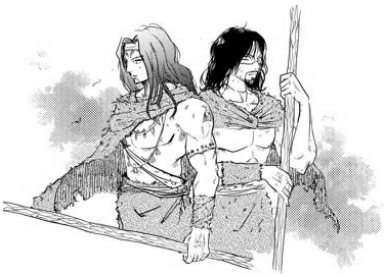
A Gara le costó volver a hablar.

—Me enfadé un poco cuando se hicieron el tatuaje sin mí. Ahora me alegro de que me lo escondieran. No necesito héroes; tengo a la abuela y muchos de sus recuerdos.

Nos abrazamos y lloramos. Tibi ladró y lamió un cuaderno como si él también quisiera expresar lo mucho que echaría de menos a tu abuela. La noche fue larga, el dolor, profundo, pero el amor que sentimos por Sofía fue… inmenso, como lo había sido ella y como lo eran los recuerdos que dejó en nosotros.

Capítulo 59

24 años



—¿Se puede saber para qué querías que viniera tan temprano? No son ni las ocho, Gara —me quejo con un bostezo sonoro que la hace sonreír. Es sábado y falta un mes para la romería.

—Porque es un rollo coincidir contigo. Es más complicado quedar contigo que con mi hermano, y lo veo más a él últimamente.

Eso es verdad. Desde la muerte de Sofía, Airam ha empezado a subir al pueblo todos los fines de semana. Y ahora que ha comenzado el verano, se ha instalado aquí. Quedamos cada noche en el mirador cuando saco a pasear a Tibi, o en su casa para ver alguna peli o darnos un baño en la piscina. Incluso me quedo a dormir algunas veces como en los viejos tiempos. Es raro dormir con Airam ahora que no somos chicos y a duras penas cabemos en su cama.

—Por cierto, ¿dónde está Airam?

—Ahora baja, se está duchando —me dice.

Me siento en la hamaca junto a ella y me pasa un café que me empiezo a beber con alivio.

—Dame el móvil, venga.

Resoplo.

—No me digas que me has hecho venir para eso.

—El móvil, Nau.

Resoplo más fuerte, pero se lo doy. Lleva semanas dándome el coñazo para que me abra una cuenta en una de esas aplicaciones de citas que usa la gente que quiere tener citas, que no es mi caso.

—¿Por qué tiene que ser en una aplicación?

—¿Porque no sales del taller, tal vez? Nau, no sales nunca. No puedes conocer gente si no sales. Así que iremos por la vía rápida. Ya me entiendes, adelantar por la izquierda y apretar el acelerador. Sabes de eso, no tengo que explicártelo.

—Sigo pensando que es una mala idea.

—Pues piénsalo mientras conoces a alguien.

Sus dedos vuelan por la pantalla con una rapidez que me pone la piel de gallina. Es increíble que pueda escribir tan rápido y usar dos dedos al mismo tiempo. Parece magia arcana. Yo tardo tanto en escribir un mensaje que al final me aburro antes de acabarlo y me decanto por llamar.

—Vale, datos añadidos. ¿Ponemos que eres bisexual y vamos viendo?

—¿Qué hay que ver?

—Pues si te gusta alguna chica o algún chico.

Me explica el funcionamiento de la aplicación, que conecta a personas según el lugar donde viven y sus preferencias. Me enseña qué hay que hacer cuando un usuario te gusta (deslizar su foto a la derecha) y cuando no (hacerlo a la izquierda), y qué pasa cuando tú y otra persona hacen *match*.

—Me parece que es mala idea —insisto con la cabeza embotada al ver tantas fotos distintas de personas distintas que no me dicen nada—. Cualquiera podría ver mi foto.

—De eso se trata, tonto. De que te vean.

—Prefiero hacerlo de otra forma.

—¿Quieres ponerte un cartel en el pecho que diga que buscas pareja, hombre o mujer? —Lo dice alzando las manos y elevando el tono, tanto que me ruborizo—. Te puedo bordar las camisetas, si quieres. La abuela me enseñó —declara con una sonrisa no demasiado alegre.

—¿Lo puedes decir más alto? Seguro que te han oído hasta en la barbería.

Gara se ríe.

—Anda, no seas exagerado. ¿Trajiste la ropa de romero?

—Sí, está en la entrada. Lo que no entiendo es para qué. Todavía queda un mes.

—Calla y póntela, quiero sacarte una foto de perfil con ella.

—Pero si tienes millones —me quejo.

La mirada que me dedica no da lugar a réplicas. Cuando Gara se empeña en algo, razonar con ella es una pérdida de tiempo.

Me visto rápido en el baño del pasillo y salgo otra vez al jardín. El traje es nuevo y todavía no he retocado el dobladillo, pero me lo remango como puedo. Me saca un par de fotos por el jardín, aquí y allá. Cerca de la piscina, en el columpio, sentado bajo el árbol donde años atrás me besó, en la hamaca… Cuando se da por satisfecha y elige una, me la enseña antes de subirla a la aplicación. Salgo bien, guapo. Con la ropa y la mirada fría parezco… inaccesible. Y me gusta, porque es lo que llevo siendo toda la vida: inaccesible. Para todos, pero sobre todo para mí.

La dejo trabajar en mi perfil mientras nos sirvo otro café. Luego me tiende el móvil para que mire los perfiles mientras ella se va a dar una ducha.

Me gusta, no me gusta. Qué fácil parece todo desde una pantalla. Me cuesta dar «me gusta». Es como una llamada de atención, como un mensaje. Como un «Eh, ¿quieres salir conmigo?». Tengo veinticuatro años y nunca le he pedido salir a nadie. Así que aquí estoy, con el corazón acelerado, como si todos esos cuerpos a los que me enfrento fueran personas a las que tuviera delante.

Entonces lo veo. Un chico, bisexual, de ojos marrones expresivos, pelo castaño y piel dorada. Cuerpo esbelto, media sonrisa en la boca. Va en chándal y está sentado con una cámara en las manos. Busca una relación estable. Le doy «me gusta» casi sin querer. Mis dedos se mueven solos hacia la derecha. Luego me quedo ahí, con el móvil en la mano y la sensación de haber hecho la carrera de mi vida y haber llegado al fin a la línea de meta. Acabo de salir del armario con un clic. Dios. Qué sensación tan extraña.

Me arde la garganta y siento una presión en el pecho, molesta, pero no desagradable.

Y entonces…

—¿Qué haces? —Airam apoya la barbilla en mi hombro y observa la imagen, el «me gusta». ¿En qué momento se ha sentado a mi lado? No tengo ni idea—. ¿Eso es…?

Aparto el móvil y bloqueo la pantalla. También me alejo de él. Tengo llamas en la cara y un sudor desagradable acumulado en la columna.

—Hola —lo saludo.

Lleva pantalones cortos, camiseta sin mangas y cholas. El pelo húmedo se le pega a la frente y los ojos le brillan bajo el tímido sol de la mañana que se derrama sobre su cuerpo. No puedo evitar pensar en el gran «me gusta» que le daría de encontrarlo en la aplicación. Me cuesta un mundo mirarlo a los ojos, pero lo hago. Se acabó el miedo, y más ahora que me ha visto. Me acaba de ver con todo.

Por una vez desde que lo conozco, me siento libre.

—Tu hermana está cambiándose —me apresuro a decirle al ver que sigue mirándome con intensidad desde la hamaca. La frente arrugada, la mueca en los labios, el cuerpo inclinado hacia delante.

—Lo sé. Me dijo que te echara una mano con Tinder. ¿Eso era un chico?

Me encojo de hombros.

—No necesito ayuda, ya lo controlo.

Con un suspiro, se levanta para detenerse delante de mí. Sus ojos son dos pozos verdes enturbiados por las dudas.

—¿Le has dado «me gusta» a un chico? —insiste.

—¿Tienes algún problema con eso? —pregunto y me siento estúpido con la ropa de romero y el corazón atronándome en el pecho.

—Sí, tengo un puto problema. Eres mi mejor amigo.

—Y eso no cambia porque le dé «me gusta» a la foto de un chico.

—¿Desde cuándo? —pregunta con brusquedad—. Se supone que te gustan las chicas.

—Pues resulta que me gustan las dos cosas. —Nada más decirlo, se me acelera el corazón. La tensión crepita a nuestro alrededor.

—No te pueden gustar las dos cosas.

Enarco las cejas. Está enfadado, muchísimo. Y lo entiendo, de veras que sí. Pero no puedo decirle la verdad. No puedo decirle que es él, que siempre ha sido él, y que ese fue el motivo principal de mi silencio.

—Vale, sí que puede. Pero no me lo habías dicho. En todos estos años… —Se me acerca tanto que puedo percibir su aliento mentolado, el olor dulzón que me provoca un cosquilleo en lugares donde no necesito que lo haga ahora mismo—. Yo más que nadie debería saber que existe la posibilidad de que tú quieras hacer *match* con un tío.

—Dar «me gusta» a esa foto es lo más cerca que he estado de admitirlo en voz alta. Deja de comportarte como un capullo, ¿vale? No todos podemos ir a tu ritmo, te lo he dicho muchas veces. A algunos nos cuesta una vida, otros ni lo consiguen. ¿Puedes, por favor, dejarme respirar?

No sé si es por mi cara, pero retrocede para dejarme algo de espacio. No demasiado.

—¿Te gustan los chicos? —Esta vez, su tono de voz suena más bajo, como cuando susurras un secreto al oído que no quieres que nadie escuche. Como si decirlo en voz alta fuese a ser más determinante.

—Sí.

—Y estás buscando novio.

Desvío la vista a mis pies descalzos, a la tela del pantalón que me sobra y se enreda con mis dedos.

—Busco pareja. Él es… Bueno, es quien más me llamó la atención de las chicas y chicos que vi. Pero es una foto, solo es físico. A lo mejor ni siquiera es él. ¿No dicen que hay gente que pone fotos falsas?

—Ves demasiado la tele y vives demasiado poco. —Me tiende la mano—. Déjame verlo.

—¿Para qué?

—Se supone que tengo que ayudarte. Déjame verlo, anda.

—No. —Ni de coña, paso. No pienso compartir esto con él.

—Niños, ¿salimos a desayunar? —pregunta Gara, acercándose de nuevo al jardín—. Podemos ir a esa nueva cafetería bio que han abierto, ¿cómo se llamaba?

Airam me mira, baja la vista a mis pies y luego se dirige a la casa.

—Voy a buscar una cosa. Ahora vengo.

—No tardes —le grita ella. A continuación, me pregunta—: ¿Cómo va la búsqueda?

—No he tenido mucho tiempo. Tu hermano lo ha visto.

—Pues yo también quiero.

Voy a explicarle que lo que ha visto es que me gustan los chicos, que ya lo sabe, cuando él regresa al jardín.

—¿Qué haces? —pregunta Gara cuando ve que lleva la caja de costura en la mano.

—Arreglarle el pantalón, ¿no ves cómo lo tiene? Siéntate —me dice con ese tonito mandón que me pone de mala hostia.

—Puedo sobrevivir unos días más con el pantalón sin arreglar. Queda más de un mes para la romería —le recuerdo.

—Que te sientes, machango.

—No me llames así —me quejo, pero me siento en la hamaca y enseguida tengo sus manos en los tobillos, la piel erizada, el cuerpo tenso.

Sentir sus manos ahí es… Sus dedos se mueven con suavidad y precisión, como siempre he imaginado que harían. En mi imaginación lo he visualizado de mil maneras distintas. A veces es dulce, otras quiere dominar la situación como hace con todo, pero casi siempre es libre… Siempre lo he visto así: libre.

—Vale, yo sigo con lo importante. —Gara me quita el móvil y lo enciende con la contraseña que se sabe de memoria.

Enseguida aparece el chico ocupando toda la pantalla.

—Ños. —Observa la imagen con detenimiento, el perfil, la descripción, y vuelve a observar la foto. Amplía una y otra vez hasta que me pone de los nervios.

—¿Tú lo sabías? —le pregunta Airam.

—¿Que busca pareja? Claro.

—Me refiero a la parte en la que le gustan los chicos —aclara él.

Gara se lo queda mirando en silencio.

Él suelta el pantalón, la aguja dentro de la caja y todo lo demás.

—¿Por qué soy el último en enterarme?

—No es que él me lo haya dicho, lo intuí —argumenta Gara.

—¿Cómo lo intuiste? Nunca ha dado muestras de nada.

—Pues porque lo conozco, porque sé leerlo.

—Yo también lo conozco, joder. —La voz de Airam se alza por todo el jardín. Me pregunto si sus padres también lo han escuchado desde su habitación.

La tensión de mi cuerpo aumenta. Odio que hablen de mí. Hace mucho que no me siento tan expuesto, quizá desde que me acosté con Yurena y acepté que estaba enamorado de mi mejor amigo, que quizá siempre lo estaría, que ningún cuerpo conseguiría alejar la soledad que ese amor había dejado en mí.

Estoy enamorado de Airam y me siento solo, más que cuando mi hermano me encerraba de chico o mi madre desaparecía, más que cuando Sofía se fue, más que cuando Airam se marchó a la universidad y dejó de venir al pueblo, más que en las romerías sin él. Más.

La calidez de sus dedos, que aún siguen sobre la piel desnuda de mis tobillos, también me hace sentir solo; a fin de cuentas, el calor solo es efímero.

Voy a levantarme, pero Gara me empuja para que vuelva a sentarme. Había perdido el hilo de la discusión, pero resulta fácil volver a ella.

—Termina de coser, anda —le dice Gara a su hermano.

—Es que no entiendo por qué a mí no y a ti sí.

—¿Porque no estás, quizá? —prueba ella con retintín.

—Yo siempre estoy. Siempre estoy para ti. —Me clava la mirada y yo solo quiero echar a correr o llorar como aquella vez en los brazos de su hermana, cuando le confesé que lo quería. Me pregunto qué pensaría si lo supiera.

—No siempre —consigo decir.

Ahí están la rabia, el dolor y la impotencia, como si lo hubiera traicionado al recordárselo.

—Ni se te ocurra echarme eso en cara. Este pueblo de mierda me asfixiaba. Si supieras lo que es salir de aquí, tú tampoco querrías volver.

—He estado fuera, y siempre he vuelto.

—Venir a la casa de la playa unos días no es irte. Hablo de viajar, divertirte, salir con amigos, conocer gente fuera de una estúpida aplicación. Hablo de ser libre.

—La libertad no es follarte a un puñado de tíos —replica Gara con dureza.

—Es mejor que ser virgen a los veinticuatro y vivir en un puto armario.

Lo empujo para que me deje de tocar. No lo soporto más.

—No soy virgen, joder.

—Ah, ¿no?

—No, no lo es —dice Gara y los dos nos miramos. Ella con los ojos brillantes y yo con el corazón en carne viva. Ese fue el momento en el que nuestra relación se hizo más fuerte y acepté soltar la mano de Airam, que se fuera, que se olvidara de mí—. No has estado, Airam. Y no pasa nada. A veces no estamos, tenemos derecho a no estar. Pero él tiene derecho a salir del armario cuando le dé la gana. Nadie tiene derecho a sacarlo sin su permiso. Para ti fue fácil, como coger un coche e irte a Las Palmas. Para él es quedarse aquí con lo que tiene y aguantar que el mundo se le caiga encima. Ya es hora de que dejes de mirarte el ombligo.

Nos quedamos callados. Los ojos de Airam están aguados y a mí se me rompe el corazón. Quiero acercar la mano y borrarle la lágrima que se desliza por su mejilla, quiero hacer tantas cosas… Pero soy un ave que se mantiene al borde de todo con la certeza de que está hecha para volar pero no tiene alas para hacerlo.

—Esto ya está. —Guarda los hilos y la aguja con cuidado y cierra la caja. Luego me mira—. Lo siento.

Asiento, nada más.

Me hace levantarme para ver cómo me queda el pantalón mientras Gara coge el móvil y la pantalla vuelve a iluminarse con la cara del chico.

—Parece listo e interesante. Y es guapo.

—A ver. —Airam, que se ha secado las lágrimas, le quita el móvil para ver la foto.

Hay un momento de silencio. Mi estómago comienza un centrifugado. Gara lo mira mucho y la frente de Airam se llena de líneas y bifurcaciones cuando la arruga.

—Es… —No termina la frase.

—¿Qué? —pregunto.

—Se parece a mí. —Me lo dice con una sinceridad que me deja sin respiración—. Es por el pelo, y la constitución, supongo —se apresura a añadir—. Bueno, y la boca. En realidad, no se parece en nada más.

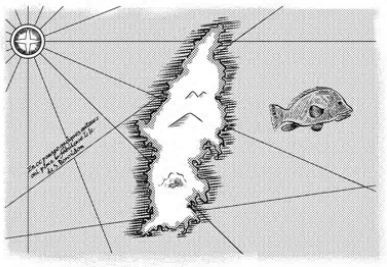
Enrojezco. Me adelanto para quitarle el móvil y mis ojos se detienen un momento en la pantalla.

—No se parecen.

Y no lo hacen. Nadie podrá parecerse a él nunca, pero lo cierto es que sí lo hace. Tiene un aire. Ni siquiera me había dado cuenta. Quizá por eso le di «me gusta».

Capítulo 60

Casandra



Tu abuela nos habló de Casandra el fin de semana que fuimos con tu familia a pasar el cumpleaños de Gara al parador de Cruz de Tejeda, el lugar favorito de tus padres. Era la primera vez que iba con ustedes y estaba emocionado.

Fuimos de senderismo al Roque Nublo y tu abuela nos contó, señalándonos con sus dedos de cuentista, historias sobre la caldera de Tejeda, el Pico de las Nieves o el Teide mientras nos quedábamos embobados mirando cómo se veían desde el punto más alto de la isla. Sentimos que estábamos en esos sitios de ensueño a pesar de que nos separaba un abismo.

Pero la historia que más nos impactó fue la de Casandra. Nos habló de ella nada más llegar a la presa de Las Niñas. Es uno de los embalses más importantes de Gran Canaria, pero cuando fuimos no había mucha agua, sino una charca con túmulos aquí y allá, muros y estructuras de piedra. Sofía se puso triste. Nos contó cómo era cuando llovía y las aguas rebosaban la presa y trasvasaban hacia el embalse de Soria, creando lo que se llamaba el Salto del Perro.

Tus padres compraron bocadillos y bebidas, y nos sentamos a merendar al lado de otras personas que hacían asaderos y tenían tiendas de campaña. Se estaba haciendo de noche y empezaba a hacer frío, y tu madre nos hizo ponernos las chamarras mientras Sofía nos hablaba del pino de Casandra, un árbol legendario lleno de

leyendas que sobrevivió a varios incendios. La primera historia nos la contó ahí; las otras, cuando llegamos al hotel del parador, mientras esperábamos para cenar.

Nuestra habitación tenía techos de madera y nos pusimos a saltar para ver quién llegaba a tocar las vigas (ganaste tú).

—Casandra estaba enamorada de Iván, su mejor amigo. Los dos tenían quince años y pasaban mucho tiempo bajo ese árbol. En el pueblo todos conocían su relación y a nadie le gustaba que ellos dos se quisieran. Empezaron los murmullos y las machangadas. Dijeron muchas cosas malas de ellos y su familia cayó en deshonra.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Gara.

—Significa que estaban manchados. En la época de Casandra, que te señalaran era mucho peor que ahora. Te hacían el vacío. El padre de Casandra no pudo permitir que la mancha se extendiera a su familia, así que decidió acabar con el problema.

—¡Lo mató! —gritaste.

—¡Otra vez, no! Pobre Iván. —Gara se había levantado y estaba apoyada sobre las rodillas.

—¿Fue en el árbol? —pregunté, pues tu abuela ya nos había contado una historia similar cuando nos acercamos a ver el árbol en la presa de Las Niñas.

Sofía asintió y continuó:

—Casandra se enfadó mucho con su padre y fue a hacer un pacto con el diablo, pero la descubrieron y la tacharon de bruja. La quemaron bajo el mismo árbol donde había muerto su amado Iván.

—¿Por eso dicen que el árbol está maldito? —quise saber.

—La leyenda cuenta que, si te quedas a dormir de acampada, por las noches se escuchan cadenas arrastrándose cerca del árbol y los gritos de Casandra. —Lo dijiste acercándote a mi oído y a mí se me pusieron los pelos de punta.

—Eres un *espabilao* —dijo Gara, enfurruñada.

—Es que siempre es la misma historia, pero cambiada —te defendiste.

Había más versiones. Tu abuela nos contó otra, pero se guardó las más turbias para cuando fuéramos más grandes, aunque esas

solo me las contó a mí cuando tu hermana y tú se marcharon a vivir a Las Palmas.

—De todas las historias, ¿cuál es la de verdad? —le pregunté a Sofía después de pensar mucho en todo lo que nos había contado.

—¿Por qué crees que alguna es de mentira? —me preguntó ella —. La historia siempre cambia según la persona que la cuente. Va tomando forma y modificándose. ¿No han jugado nunca al juego del teléfono escacharrado en el cole?

Todos dijimos que sí. Se trataba de susurrar un mensaje e ir pasándoselo a otros hasta que el último lo decía en voz alta.

—Cuando el mensaje llega al último oyente, no se parece al del principio. Así funcionan las leyendas y las historias. ¿Cómo saben cuál es la verdadera? Pueden elegir la que más les guste.

—Pero eso es creer una mentira —replicó Gara.

—¿Y quién lo dice? —Tu abuela sonrió y a mí se me llenó el pecho de cariño.

Quise mucho a tu abuela; fue la persona que más me enseñó y cuidó cuando mis padres no lo hicieron. Nunca olvidaré esos días en los que me contaba historias que luego apuntaba en mis libretas. Con ustedes nunca me sentía solo.

—¿Por qué mataron a Iván? —preguntó Gara cuando cenamos y nos lavamos los dientes—. Solo estaba enamorado.

—Porque hay gente que no acepta que dos personas se quieran. Eran otros tiempos, mi niña.

—No es una historia de verdad, tonta —le recordaste con tonito jodelón.

—¿Y cómo lo sabes?

—Pues porque la mayoría de las leyendas son cuentos. No son verdad.

—Pero podría serlo. Verdad que sí, ¿abuela?

Yo les miraba con curiosidad. No dejaba de pensar en Casandra e Iván, castigados por quererse, y no me parecía tan raro. Eran cosas que podrían pasar en la vida real.

Tu abuela no contestó. Éramos muy chicos para comprender ciertas cosas, supongo.

Esa noche, Gara durmió con Sofía y nosotros nos arrebujamos en la cama, con esas ramas que parecían deditos curvados que golpeaban la ventana y nos metían el miedo en el cuerpo. Al menos yo lo tenía; tú, en cambio, no dejabas de reírte de mí.

—Miedica.

—No tengo miedo de Casandra.

—¿Y de qué tienes miedo?

—De las personas que la mataron.

—¿Su padre?

—También, pero fueron los otros. La gente que mata a otra gente porque sí.

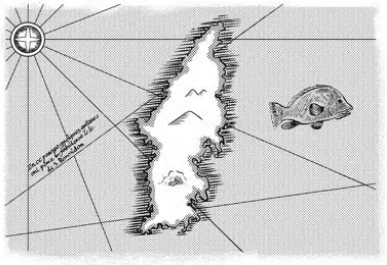
Entonces te levantaste y abriste la mesita de noche para sacar tus rotuladores. Me dibujaste héroes en los brazos y me pediste que yo hiciera lo mismo con los tuyos.

Después, me dijiste:

—Nadie te hará daño nunca. Eres un héroe.

Se me llenó el pecho de cosas que no entendía y me apretujé más contra ti. Lo último que sentí antes de quedarme dormido fue la humedad de tus labios en mi mejilla y esa sensación cálida de estar a salvo.

Capítulo 61



Te encontré sentado junto a la figura de los niños a piola. Acababa de sacar a Tibi de su paseo rápido y lo había dejado en casa. Estaba cansado y a su edad no aguantaba mucho fuera.

Ibas con pantalones cortos y camiseta sin mangas, tu atuendo favorito del mundo, y tenías el estuche abierto a un lado. Hacía tiempo que no te pintabas los brazos de tantos colores.

—¿Qué pasó?

—¿Qué pasó?

Ni siquiera levantaste la vista hacia mí.

—¿Dónde es? —te pregunté.

—¿El qué? —dijiste mientras terminabas de darle forma a un arco casi perfecto.

—La guerra. —Te empujé a un lado.

—Las peores guerras suceden aquí. —Te señalaste el pecho con la punta del boli—. Siempre aquí. —Elevaste el rostro hacia mí y nuestros ojos se encontraron—. ¿Quieres pintarme algo? Por mucho que practique, con la izquierda no consigo hacer nada decente.

Asentí y me colocaste el brazo en el muslo mientras elegía colores. Verde, marrón, amarillo. Así imaginaba siempre la isla de San Borondón. Pinté durante un rato, esperando a que hablaras y me contaras qué sucedía. Se me daba de pena, pero nunca te importó. Ese día, sin embargo, sí que parecía hacerlo.

—Dibujar no es lo mío, ya lo sabes —te dije, incapaz de seguir callado.

—Pintas igual que juegas al escondite, con miedo a que te encuentren. Porque siempre te encuentran, igual que sabes que los héroes no hacen nada si tú no crees en ellos.

Tu voz. Nunca te hablé de lo que sentía al escucharla. Era grave y un poco áspera. Me recordaba a las olas, esas grandes que había en La Cícer en septiembre, las que rompían en la orilla y te lanzaban contra la arena, raspándote la piel con suavidad. Así era tu voz, suave y rasposa, y a mí se me metía dentro y me hacía sentir un estremecimiento que no siempre era bueno, porque quererte a veces me hacía daño.

—Yo creo en ti y en tus héroes —te dije—. En todos y cada uno de ellos.

—¿Y qué pasa con los tuyos?

No te contesté. No sabía cómo decírtelo todo sin decírtelo. A veces un silencio era todo lo que necesitábamos para entendernos.

—Dime, ¿cuál es la guerra a la que te enfrentas?

—Voy a dejar el máster.

Se me cayó el boli y tú te agachaste a cogerlo. Me lo entregaste y me hiciste una seña para que acabara el dibujo. Odiabas dejar a un héroe a la mitad porque, según tú, lo convertía en cobarde.

—Lo he pensado mucho —continuaste— y no me llena.

—¿El máster?

—Mi vida tal y como está. ¿Recuerdas cómo eran mis sueños de chico? No sé dónde los dejé. No tengo ni idea de cuándo dejé de soñar. Las prisas a veces matan todo lo que tienes, y creo que me quedé muerto por dentro. —Me miraste—. Estoy vacío, y necesito llenar ese vacío. Quiero volver a soñar.

—No estás vacío, tolete. No digas gilipolleces.

—Sin sueños lo estoy. Ya sabes cómo soy. —Suspiraste.

—¿Qué piensas hacer?

—Hablar con mis padres, eso lo primero. Lo segundo… ¿Recuerdas cuando te conocí y te conté lo que quería ser de mayor?

Asentí. ¿Cómo olvidarlo?

—¿Sabes esa escuela de cocina que hay en la salida del pueblo, la que está en el hotel? Fuimos a comer con los viejos alguna vez.

—Sí.

La escuela aprovechaba la infraestructura del hotel para desarrollar el aprendizaje de sus alumnos de una manera más directa y personal, integrando prácticas con clientes reales, dándoles la posibilidad de acceder a un puesto de trabajo en el mismo al acabar los cursos. El hotel disponía de menús muy buenos de cocineros que estaban formándose y querían dar a probar sus platos. A tus padres les encantaba, y también a tu abuela.

—Solicité una plaza. Quiero empezar este año. No es seguro, porque están llenos, pero me pusieron en reserva. Si no me cogen, practicaré en casa durante un año y ya está.

—Pero ¿y el máster?

—¿Para qué voy a seguir perdiendo el tiempo con algo que no me llena? Paso. Estoy cansado.

—¿Y qué pasa con eso de que no quieres que algo que te apasiona deje de hacerlo cuando se convierta en obligación? ¿No te da miedo que te pase con la cocina?

—Me da más miedo dejar de soñar, Nau. Estoy acojonado y triste todo el tiempo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque te quiero fleje, por eso. Y siento que mis chorradas son estúpidas si las comparo con las tuyas. Dices que soy valiente, pero tú no necesitas héroes de mentira. Eres un héroe, Nau. Y no te importa perder. Eso te convierte en invencible.

—Claro que me importa perder. A todo el mundo le importa, idiota. —Me temblaban las manos y tenía un huracán dentro de mí cuando te miré y vi que hablabas en serio—. ¿Vas a quedarte aquí?

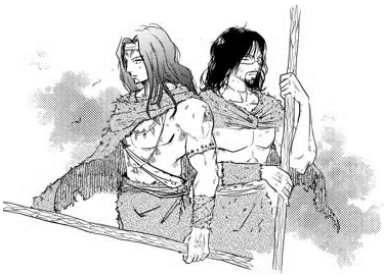
—Eso parece.

—¿Y qué pasa con lo de que el pueblo es una jaula y todo eso?

—Me he dado cuenta de que los lugares no siempre son las peores jaulas. Las jaulas están dentro de ti. ¿Sabes quién me lo enseñó? —Te dije que no con la cabeza, el pecho llenito de ti—. Mi héroe favorito. Tú.

Capítulo 62

24 años



—Aún no me felicitaste —me dice Airam cuando me tumbo con él en la hamaca.

Hemos pasado el día en el parador de Cruz de Tejeda por su cumpleaños y sus padres ya se retiraron a la habitación del hotel. La noche es cálida a principios de agosto y las vistas desde la terraza son espectaculares. Desde allí se puede ver el Roque Nublo, y la belleza del Risco Caído y las montañas.

—Casi nunca lo hago —replico con una sonrisa.

Gara se acerca con un zumo y otra copa de vino para nosotros. Uno de esos vinos dulces que entran solos y ya me está nublando la cabeza.

—Pues se lo tomaron bien —comenta Gara en cuanto se tumba a mi izquierda.

Airam aprovechó la noche de su cumpleaños para contarles a sus padres que se matriculó en la escuela de cocina del pueblo, una de las mejores de las islas y reconocida a nivel nacional. Fue una sorpresa, pero lo animaron a encontrar su camino, aunque tuviera que ir por uno más largo.

—Tienen unos padres increíbles, ¿qué esperaban?

Él se encoge de hombros y le da un sorbo a su bebida. Mi móvil parpadea y sonrío al ver el nombre en la pantalla. Llevamos escribiéndonos desde que me instalé la aplicación e hicimos un

match tras darle a ese «me gusta». Mi sonrisa se ensancha al ver la foto que me envía con su perro. Lo hacemos mucho. Yo le mando algunas de Tibi y él de su *yorkshire* con malas pulgas.

—¿Es él? —inquiere Gara.

—Sí.

—Dios, ¿cuándo van a quedar? Mira que tú eres lentito, pero buscarte a otro igual es de coña.

—Nos estamos conociendo —replico.

—Pueden conocerse fuera de una pantalla. Además, tú odias mandar mensajes.

Airam se gira hacia mí, casi puedo notar el peso de su mirada taladrándome.

—¿Hablas con él por mensajes?

—Pues sí. Lo conocí en una aplicación, es normal que hablemos por mensajes.

—A mí nunca me respondes.

—¿Por qué te voy a responder si te puedo llamar? —pregunto.

—Pues porque soy yo. Te conozco desde que tenías caca en el culo.

Gara se descojona. A mí no me hace gracia, porque no entiendo que me lo eche en cara.

—No tenía caca a los nueve años, idiota.

—Ah, ¿no? ¿Y a qué venía el tufillo ese?

—Mira, paso de ti. De los dos. —Dejo el móvil en la mesita y le doy un sorbo largo al vino.

—Lo digo en serio, Nau —sigue Gara con la matraquilla. Lleva así desde que empecé a hablar con él—. Nunca lo conocerás así. A través de la pantalla somos como actores. Mostramos la versión de nosotros que queremos que vean, no la real. No estás conociendo a nadie si ni siquiera hablas por teléfono con él.

—Yo también lo digo en serio. —Airam deja la copa en la mesa de madera y se pone de lado para mirarme—. ¿Por qué nunca hablas conmigo por mensajes?

—Porque prefiero escucharte. Porque necesito saber si…

«Si seguimos siendo amigos, si no te has convertido en un desconocido, si todavía te importo». Cosas que jamás podré

descubrir por mensajería.

—¿Si qué? —Me clava un dedo en la cintura y doy tal respingo que estoy a nada de tirar la copa.

—Estate quieto, coño.

—Pues habla.

—Porque prefiero escucharte y ya está. No me des la murga.

—A mí sí me responde —declara Gara con retintín. Qué pesados son cuando se ponen en modo hermanos—. ¿Me dejas ver sus fotos?

Me incorporo y me termino la copa de un tirón. Espero que el alcohol termine de fundirme el cerebro para no tener que prestarles atención.

—Paso.

Airam se revuelve, pero no insiste y yo evito mirarlo. Gara me acaricia el brazo.

—No te enfades, tonto.

—Quedamos en vernos en la romería. Suele venir con sus amigos, por lo visto.

—¿En la del pueblo? —inquiere Airam en un tono demasiado alto.

—¿Y en cuál va a ser? Yo no voy a otra —le recuerdo.

Mi amigo va a decir algo, pero termina cerrando la boca en una mueca. Me fijo en cómo se le enfatizan las pecas cuando se le encienden las mejillas, quizá por el alcohol, quizá por la conversación.

—¿Estás nervioso? —me pregunta Gara.

—Estoy acojonado.

—Le vas a encantar, ya lo verás.

—Me conformo con gustarle.

Airam se levanta.

—Me voy a la cama.

—¿Tan pronto? —inquiere su hermana.

Él no contesta, tampoco nos mira antes de desaparecer en el interior de la habitación.

—Está celoso —musita ella, dando un sorbo a su zumo de frutas con mucho hielo.

—No, no lo está.

—Se muere de celos. Conozco a mi hermano y tú también.

El corazón se me acelera. No quiero escuchar nada de eso. No necesito volver a hacerme ilusiones, ni a fantasear, ni a soñar con algo que no voy a tener nunca.

—Estamos…, no sé, raros —confieso—. Desde que dejó el máster y se vino a vivir al pueblo. Bueno, desde que descubrió que me gustaban los chicos.

—¿Y por qué crees que es? ¿Crees que sigue enfadado porque no se lo contaste o…?

—No creo que sean celos —la corto.

—Pues yo creo que sí. Es más, estoy segurísima. Palabrita de Gara, y sabes que no me equivoco.

—Calla, tonta. —La miro. Bajo la oscuridad de la noche y las luces a nuestro alrededor, parece una guerrera de ojazos oscuros y sonrisa radiante—. ¿Puedo dormir contigo?

La muy capulla se ríe a carcajadas.

—¿Eso que huelo es miedo?

Suspiro hondo. Más que miedo, es vértigo. Eso siento cada vez que miro a Airam ahora. El vértigo de la verdad pellizcándome por dentro.

—Si alguien puede lidiar con mi hermano cuando se enfada, ese eres tú.

—Ni siquiera sé si está enfadado. Solo está… raro.

—Pregúntale y te lo dirá. Ya sabes que contigo no se guarda nada. —Sí, y ese es el problema, que me da miedo preguntar. Su respuesta, eso es lo que me aterra.

Nos quedamos un rato más hasta que decidimos irnos a dormir. Al día siguiente me espera curro en el taller y me traje el coche para poder irme temprano.

Me lavo los dientes y vacío la vejiga antes de meterme en la cama con él. Sé que está despierto porque conozco su respiración cuando duerme.

—¿Estás enfadado conmigo? —le pregunto en un susurro cuando el silencio entre nosotros se me hace insoportable.

—No me has felicitado.

—Hablo en serio.

—Me molesta que hagas con otra persona lo que nunca has hecho conmigo. —Y ahí está, directo y sin frenos.

—¿Hablas de los mensajes? Porque es una tontería. Además, ¿hablamos de todo lo que has hecho con otras personas que no has hecho conmigo? Por Dios.

Se enciende, y con razón. El alcohol me hace decir gilipolleces.

—Vale, olvida lo que acabo de decir —me apresuro a añadir, llevándome las manos a la cara.

Él aprieta los labios. No necesito que me suelte el «cobarde» que sé que tiene en la punta de la lengua.

—Yo decido si es o no una tontería. Solo quiero saber por qué nunca me contestabas.

—Porque pasábamos más tiempo separados que juntos y era la excusa perfecta para escucharte. Yo… no quería olvidar tu voz. Y me daba la sensación de que lo hacía cuando te ibas a Las Palmas. Los días pasaban y solo podía imaginar lo que estabas haciendo, con quién te reías y a quién le dibujabas héroes en los brazos. No tienes que enfadarte conmigo por eso. La diferencia entre él y tú es que a ti te quiero. Te llamo porque te quiero, Iram.

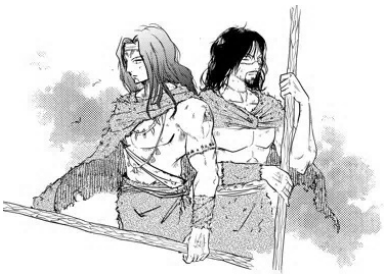
Nada más terminar de decirlo, me abraza. Se pega a mí y apoya la cara en mi pecho. El pulso se me dispara cuando lo estrecho con fuerza y siento su cuerpo tembloroso, su corazón tan acelerado como el mío, su respiración agitada. Dios. Entrelaza nuestras piernas y yo siento que todo puede irse un poquito a la mierda si podemos seguir así para siempre. Quiero que el mundo desaparezca, que nos convirtamos en una isla, solos él y yo.

—Nunca dibujé héroes para nadie que no fueras tú —me susurra —. No podría, Nau. Eres mi persona favorita. Da igual lo que pase, solo dibujaré héroes para ti.

Y ahí, en el silencio de la noche, con nuestras respiraciones aceleradas, siento que somos esa isla que aparece y desaparece; y justo en el momento en el que se aprieta más contra mí, nos hacemos por fin visibles. Ojalá fuera para siempre, ojalá este momento fuera eterno, ojalá.

Capítulo 63

24 años



—¿A qué hora quedaste? —me pregunta Gara. Ya está vestida de romera mientras se coloca el moño alto delante del espejo de la entrada.

Como cada año, he venido con Tibi, y entre los dos le hemos puesto una camita en una de las habitaciones libres de la planta inferior, donde no pueda escuchar demasiado los voladores. Como ya no es capaz de aguantar más de unas pocas horas sin orinar, le dejamos también unas cuantas toallas desechables junto a la pared, así como una pastilla para dormir dentro de una golosina de perro que se comió con lentitud.

—No sé, voy con ustedes. Dímelo tú.

—Me refiero a tu cita, tonto.

—Ah, eso. —Me apoyo en la pared mientras ella trastea con su pelo como lo hace su hermano al cocinar. Es hipnótico verlos—. No quedé al final.

—¿Cómo que no quedaste?

—Pues eso, que paso. Estoy con quien quiero estar. No necesito a nadie más.

Baja las manos y se gira hacia mí.

—¿Lo sabe mi hermano? Porque está un poco histérico. No sé cuánto ha bebido ya.

—No hablamos de eso. Es decir, sabía que íbamos a quedar, pero ya. Hasta ayer pensaba hacerlo, pero es que me di cuenta de que era mala idea. Ustedes tenían razón, se parece a tu hermano.

Gara se ríe.

—Joder, pero qué cortitos son los dos. Me tienen loca.

—¿Qué? No puedo buscar a tu hermano en otros tíos. No quiero y no lo haré. Y menos delante de él. No podría.

Y de la risa pasa al llanto, así, a lo bestia. Me acerco y tomo su rostro entre mis manos.

—Eh, ¿por qué lloras?

—Porque mis niños se quieren y por fin pueden estar juntos. Es para llorar.

Me aparto. Siento una opresión en las tripas, mis pulmones que siguen llenos de Airam. Y me aterra. Cuando la ilusión se mezcla con el miedo, no te sientes del todo bien ni tampoco mal. Esa mezcla se traduce en montañas de pensamientos que te generan una ansiedad tremenda. Así me siento ahora mismo ante la posibilidad de que él y yo…

—Eh, afloja. No sé si él…

—Calla y ve a buscarlo antes de que se beba medio pueblo intentando no pensar en ti.

—¿Sabes dónde está?

—Ni idea, a veces creo que tú lo conoces mejor que yo. Seguro que se te ocurre algo. —Me da un beso y se dirige al pasillo. Pero antes de seguir, regresa a donde estoy—. ¿Puedo contarte una cosa y no se lo dices a nadie? Solo lo saben Cris y mi hermano.

—Sabes que sí.

Me da la mano.

—Cris me pidió que me fuera a vivir con él.

—¿No es pronto para eso?

—Estoy embarazada.

—¿Qué?

Vuelve a llorar. Esta vez la abrazo. Tiembla, pero sé que no está asustada ni tiene dudas. Es un miedo bonito, algo como el vértigo.

—Fue un error de cálculo —la vibración de su llanto me pellizca el pecho; odio verla llorar—, y es una mierda ahora que estoy

montando la pelu, pero quiero tenerlo. Dios, me hace muy feliz ser madre, ¿sabes? Seguro que lo hago fatal. Ni siquiera sé cuidar de mí misma, pero quiero tenerlo.

—Eh, no lo vas a hacer fatal. Y estamos nosotros. Tu hermano y yo. Cuando te agobies y necesites un niñero, estaremos aquí contigo.

Emite una risa preciosa que me guardo muy adentro, como todo lo que tiene que ver con los Martel, mi familia. Qué bien suena: «familia».

—¿Sabes que él me dijo lo mismo? Los quiero tanto… —susurra contra mi pecho—. Ve a buscarlo y hazlo feliz, por favor.

Ojalá pueda. Ojalá me deje. Ojalá me quiera.

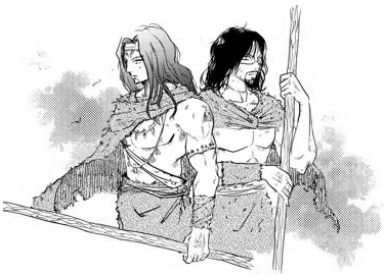
Como si me leyera la mente, Gara agrega:

—Deja de pensar en lo que no puedes y piensa en lo que sí. Venga, ve.

Sonrío. Solo hay un sitio donde puede estar.

Capítulo 64

24 años



Tal y como pensaba, lo encuentro en el mirador. Está sentado al lado de la estatua, con un vaso de tubo de plástico a un lado, y se dedica a dibujar en su antebrazo. La luz tenue de las bombillas y las farolas ilumina su rostro.

Lleva su chaleco favorito, el violeta que le cosió su abuela, con un fajín a juego. Su expresión es de pura concentración. Es como volver atrás en el tiempo, a un momento cualquiera de nuestra vida. Si pienso en él, lo veo con su sonrisa torcida, su mirada evaluadora y sus héroes de leyenda dándole valor para comerse el mundo.

Me siento a su lado y le quito el bolígrafo.

—¿Qué haces?

—Ya tienes demasiados héroes y se me olvidó mi boli —digo mientras me dibujo uno al lado del tatuaje.

—¿Necesitas valor para tu cita o qué? Trae, anda, que lo estás haciendo fatal.

Me lo quita y se coloca de lado, la rodilla presionándome el muslo y sus manos haciéndome sentir grande y chico a la vez. Así me siento cuando me toca, como uno de esos héroes de leyenda, fuertes pero débiles sin armadura.

Cojo el cubata y lo pruebo. Está cargadísimo de ron miel con cola, por supuesto. Bebidas dulces de las que dan subidones

tremendos, lo que a él le gusta. Dejo el vaso a un lado y me inclino para olisquearle la boca. Él se tensa y me empuja hacia atrás.

—¿Cuánto bebiste? —pregunto.

—No lo suficiente.

—¿Por qué te estabas dibujando en el brazo?

—Para aguantar, supongo.

Se me encoge la tripa.

—¿Aguantar el qué? Siempre te ha gustado esta noche.

Permanece callado, pero observo el movimiento de su nuez.

—¿Y tu cita? ¿Dónde lo dejaste? —Termina un dibujo y comienza a trazar otro. Su rodilla me presiona todavía más—. ¿Se parece a mí en persona? ¿Ya lo besaste?

Pregunta y pregunta, y yo solo puedo mirarlo como si fuera la primera vez. Está celoso. Lo está, ¿verdad? Es lo que parece. El corazón me aporrea en el pecho y solo puedo pensar en sus labios, rojos y brillantes por la saliva, con marcas de dientes de estar mordisqueándoselos.

—Es como besarme a mí indirectamente. Tienes que contarme cómo es.

Parpadeo, un poco aturdido y con la piel de gallina cuando desliza la punta del boli por esa zona sensible del interior del codo que me hace cosquillas. Es consciente de lo que me provoca y se deleita rozándome con la yema de los dedos conforme traza líneas y curvas alrededor.

—Estuve buscando yo también, ¿sabes? Por si había algún gay perdido por el pueblo que me llamara la atención. Así podríamos tener cita doble. ¿Te imaginas? —Se saca el móvil del bolsillo y me enseña la foto de un chico al que no me molesto en mirar—. Es guapo, ¿eh? Está por aquí cerca y me lo estoy pensando. Me apetece echar un polvo. Hace mucho que no lo hago.

Sus palabras me provocan demasiadas cosas, pero ninguna es buena.

Le quito el móvil y me lo guardo en el bolsillo.

—¿Qué haces?

—No vas a quedar con nadie. Es nuestro día.

—Dejó de serlo cuando quedaste con ese tío.

Me levanto.

—No quedé con nadie. ¿Ves que haya quedado con alguien? Estoy aquí contigo. Siempre he estado aquí, joder.

Airam se levanta.

—Deja de gritarme, machango.

—Pues deja de decir gilipolleces, que me vas a chiflar. ¿Tanto bebiste?

—No estoy borracho. —Me evalúa con el ceño fruncido—. Espera. ¿Cómo que no quedaste con nadie? Dijiste que el tío ese iba a venir.

—Y probablemente esté en algún punto del pueblo, pero no quedé con él ni lo voy a hacer. De hecho, le pedí perdón y borré su número.

—¿Por qué? —pregunta, deteniéndose delante de mí.

Me cuesta aguantarle la mirada, quedarme quieto, pero estoy cansado de ocultarme, de restar días en lugar de sumarlos.

—Porque este es nuestro sitio, porque no puedo ni pensar en tocar a nadie ni aquí ni en la puñetera luna, pero menos aquí. Porque no puedo hacerte eso. Tú no me lo hiciste a mí cuando estabas con él. —Trago saliva intentando que baje el nudo que tengo atorado en la garganta. Hay tanto en sus ojos… Tanto…—. Porque se parece a ti, y porque paso de besarte indirectamente en otro tío. Yo no soy así. Puede que tú te conformes con tirarte a otro, pero yo no puedo.

Airam me empuja hacia atrás con tanta fuerza que trastabillo.

—¿Qué cojones dices?

Pienso en Gara, en lo que me dijo, en el tiempo que se va, en la infancia que ya no regresará, en mi miedo y en su dolor. Pienso en nosotros y en nuestra isla, y me armo de valor para ser sincero. Soy un héroe, los dibujos en mis brazos me hacen serlo.

—Que no puedo besar a otro cuando llevo años pensando en cómo sería besarte a ti. Es… —Me llevo una mano al pelo, frustrado —. Joder, estoy cansado.

Airam me mira durante un siglo o tres mil. Alguien pasa a nuestro lado, pero no nos fijamos. Ninguno de los dos aparta la mirada del otro. Él intenta ver la verdad en mis ojos, yo intento dejar de esconderme.

—¿Quieres besarme? ¿A mí, dices?

—Me escuchaste perfectamente.

—Pues vas a tener que repetirlo, porque creo que el alcohol se me subió a la cabeza y mi cerebro cortocircuitó. Lo último que supe es que ibas a quedar con un tío, que se parezca o no a mí me da lo mismo. Ibas a quedar con un tío, lo que ya de por sí es flipante cuando no te gustaban los chicos y llevas toda la vida marcando los putos límites conmigo.

Tiene la misma expresión que aquella vez cuando lo defendí en el instituto y me pegó por hacerlo; casi puedo palpar su dolor, su decepción, su enfado.

—Lo siento.

—¿Qué sientes exactamente? Porque yo llevo sintiéndome como una mierda desde que apareciste con tu perro en mi casa. Me despedí de ti de mil formas y siempre fue un final abierto de esos que tanto odio en los libros. Cuando pensaba que estaba bien, que te había superado, volvías y todo se iba a la mierda. Llevo desde los diez años pidiéndoles a mis putos héroes de mentira que te fijaras en mí, que me quisieras, que mi corazón se convirtiera en piedra para que no me doliera más. —Me empuja hacia atrás, una y otra vez, hasta que me quedo apoyado contra la pared, observando con un dolor tremendo cómo intenta contener las lágrimas.

—Lo siento. —Se me escapa un sollozo.

—No es suficiente. Ya no.

Se da la vuelta para marcharse y a mí se me cae todo. Mi esperanza se derrama tal y como lo hace su amor por mí. Sé que, si se va, se acabó. Lo perderé para siempre. Como amigo, como familia, como ese compañero que se queda conmigo cuando me escondo en una isla o me convierto en una.

—¿Crees que para mí ha sido fácil? ¿Crees que es fácil querer cuando se es un cobarde? Podría echarle la culpa a mi familia, a mi vida de mierda, pero la culpa es mía. Yo nunca he sido valiente, pero, cuando estaba contigo, lo parecía. Tienes ese poder sobre los demás. Haces que parezcamos mejores de lo que somos. Pero en cuanto te alejas todo se va a la mierda. Vienen las dudas y el miedo,

y yo… tardé mucho en darme cuenta de quién era y lo que quería ser.

Se da la vuelta, limpiándose las lágrimas con rabia.

—¿Y qué quieres ser?

—Libre, solo eso. No ser cobarde. Supongo que una cosa está relacionada con la otra. Quiero no tener que dibujarme héroes en la piel, no tener que pensar en una isla invisible que nadie ve. Quiero que todos la vean, y que puedas entrar y salir cuando quieras. Que no te avergüences de mí. Quiero que me quieras. Eso es lo que más quiero.

Nos quedamos en silencio. Observo sus ojos brillantes, las estrellas de su cara agitándose cuando las luces de las farolas se desplazan por ella con cada movimiento que hace. Está más colorado que cuando le da el sol. Lo había visto llorar, romperse, pero nunca de esa manera, nunca conmigo. Rabia y dolor concentrados en una batalla que quizá termine sin haber empezado.

Necesito tocarlo, estrecharlo contra mi pecho, borrarle el dolor. Que se quede la rabia si quiere, que me odie, pero que no le duela. Prefiero arrancarme el corazón a dolerle a él.

—Lo siento. No tienes que decir nada, ¿vale? Yo… tenía que decírtelo. Ya no podía seguir guardándomelo, y menos ahora que estás aquí. Antes… no quería estropearte todo lo que estabas viviendo, no me parecía bien encerrarte conmigo. Pero creo que ya no puedo ser tu amigo sin que lo sepas, independientemente de lo que pase. Yo te quiero conmigo, tanto si me quieres como si no. A lo mejor necesito tiempo, si te echas novio y eso, pero… Solo te pido que no sea aquí. Por favor.

—Dime una cosa. —Se me vuelve a acercar—. ¿Cuánto llevas sintiéndote así?

—No lo sé —confieso, y es la verdad—. A lo mejor desde el principio, pero no fui consciente hasta que mi hermano te llamó…

—Maricón, puedes decirlo.

Me sorbo la nariz.

—Cuando fui a tu casa y vi tus heridas, pensé que quería ser un héroe y estar impreso en tu piel. Darte mi fuerza para que nadie pudiera hacerte daño. Tú eras el valiente, pero yo tenía la fuerza.

Juntos éramos invencibles. Eso pensé. Luego te toqué la boca y me sentí… raro, y mal, y quería matar a ese tío al que habías besado.

Suelta una risotada amarga.

—Tenías quince años, Nau. Han pasado nueve años. ¡Nueve putos años, joder!

—Te he dicho que soy un cobarde. Y me volví más cobarde cuando te fuiste y vi que podías vivir sin mí. Estabas bien sin mí.

—¿Que estaba bien sin ti? —Se me acerca, tanto que tengo que elevar la vista unos centímetros. Me trago su aliento dulzón, caliente y lleno de rabia—. Me moría de la pena cada vez que hablábamos, y también era el tío más feliz del mundo. Estaba así todo el puto día, triste y feliz, y no sabía cuál de los dos sentimientos era más grande. Nunca fui libre lejos de aquí. Solo era libre cuando estaba contigo. —Suelta otra risotada—. Tiene gracia, ¿eh? Cuando ni siquiera podía mirarte sin morirme de miedo por si te enterabas y te daba asco. Dios. ¿Te das cuenta de lo mal que me lo has hecho pasar?

—Tú tampoco has sido un parque de atracciones —le recuerdo. Como si su ausencia no me hubiera roto. Cada segundo que estuvo separado de mi lado lo llevo tatuado en el corazón.

Me agarra de la camisa.

—Dame una razón para no largarme ahora mismo.

—No voy a hacer eso. Quiero que hagas lo que quieras. Que te quedes si quieres y que te alejes si lo necesitas. Nunca te pediré que hagas algo que no quieras hacer.

Él aprieta la mandíbula. Me suelta y se marcha, y a mí se me derraman el corazón y la poca esperanza que me queda. Mi respiración se vuelve errática y me pitan los oídos. Las lágrimas se me caen. El dolor es… insoportable cuando intento moverme, marcharme de ahí, alejarme de la única persona a la que considero hogar. Necesito llegar a casa, caer en la cama y no despertar en horas, o días, o años enteros. No puedo lidiar ahora mismo con la certeza de tener que vivir en un mundo en el que no estamos juntos. No ahora, no cuando me he abierto en canal.

Y entonces… Un empujón y vuelvo a estar contra la pared.

—Deja de llorar, machango.

Levanto la mirada. Tiene los ojos rojísimos, las pecas más enfatizadas que nunca, los labios brillantes, el alma brillante. Me limpia las lágrimas con los dedos y une nuestras frentes.

—No llores, por favor.

—Volviste —susurro, temblando.

—Tú lo has dicho, uno de los dos tiene que ser valiente. Y a mí el orgullo, si es contigo, se me da de pena. Llevo demasiado tiempo llorándote, no voy a seguir haciéndolo ahora que sé que estás loco por mí.

Me río y lloro a la vez.

—No dije eso.

—No hace falta.

Lo sujeto de la nuca y hundo los dedos en su pelo. Cuánto he querido hacer eso.

—Estoy más que loco por ti. —Me cuesta un mundo respirar con normalidad—. Creí que te habías ido.

—¿A dónde? Mi sitio está contigo.

—Por un momento, yo… —Sollozo y respiro—. Fue horrible, Iram.

—Shhh, ya vale. Para una vez que me hago el interesante… —Se ríe y, al ver que sigo temblando, me estrecha entre sus brazos—. Ven aquí, anda.

Me abraza fuerte. Hundo el rostro en su cuello y respiro su olor. A miel de palma, a bocadillo de Nocilla, a infancia, a todo lo que me hace feliz, a familia, a él. Le rodeo la cintura y lo aprieto contra mí, acariciando la curva de su espalda. Me siento raro, nervioso, frágil. Sé exactamente el tamaño de su cuerpo, cómo es su tacto, pero es la primera vez que lo toco así, con la certeza de ser algo más que amigos, más que dolor, más que silencio.

No sé cuánto tiempo permanecemos abrazados, con el sonido de nuestros corazones y nuestras respiraciones aceleradas mezclándose con los gritos, los voladores, las isas y las folías, cuando un carraspeo nos devuelve a la realidad.

Airam se aparta y mi hermano nos evalúa primero a uno y luego al otro. Ha vuelto a caminar con normalidad, pero cojea un poco y, por lo que le han dicho, quizá no deje de hacerlo nunca. Ha cambiado desde que tuvimos aquella discusión. Ya no me ignora ni

intenta discutir conmigo por cualquier cosa. Es… como si me respetara. Cierto es que no vivo en casa y que apenas nos vemos, pero las veces que paso por el bar se muestra más cercano de lo que fue en años. Me pregunto si ha aceptado quién soy, si se ha aceptado a sí mismo, si el accidente sirvió para algo.

—Tus padres te están buscando —le dice a Airam. A continuación, nos mira, primero a uno y luego al otro—. ¿Se murió alguien? Tienen una pinta espantosa.

—Lárgate, anda —le suelto.

Enzo se rasca la frente y se da la vuelta para marcharse, pero parece pensárselo y se gira otra vez hacia nosotros.

—En realidad, quería hablar contigo —me informa—, por eso sé que los Martel buscaban a Airam. Fui hasta su carreta porque pensé que te encontraría ahí.

Es la primera vez que dice su nombre. Casi puedo ver cómo Airam se tensa a mi lado. Ya no nos tocamos, y necesito que mi hermano se largue para volver a hacerlo.

—¿Tiene que ser ahora? —inquiero.

—Sí, tiene que ser ahora. Sea lo que sea que estuvieran haciendo, pueden hacerlo en otro momento. Seguro que pueden esperar.

—No, no podemos —replico.

Airam me mira y compone una sonrisa torcida que quiero lamer y probar y… Dios. ¿Cómo explicarle a mi hermano que acabo de declararme al chico del que llevo años enamorado y me está jodiendo el momento?

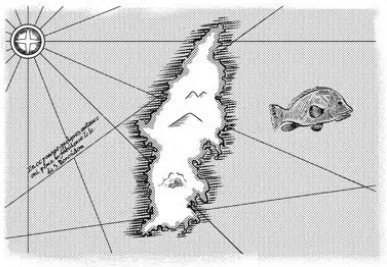
—Claro que podemos. Es temprano —le asegura Airam. Y antes de irse, me dice—: Escríbeme cuando termines.

Voy a replicar, pero me pellizca la nariz un momento antes de marcharse. Y yo me quedo observando cómo se aleja mientras algo dentro de mí se infla, llenándome de Airam.

—Espero que sea importante, Enzo.

Capítulo 65

El diablo de Timanfaya



—Esta historia comienza por un final feliz que terminó en tragedia.

—¿Si es feliz puede terminar en tragedia? —preguntó Gara con rapidez.

—Deja hablar a la abuela, tonta —te quejaste tú, y yo me reí bajito.

Sofía también se rio, pero enseguida se inclinó para acariciar a Tibi y continuó narrando:

—Todo comenzó con la boda del hijo del señor más rico del pueblo de Timanfaya, en Lanzarote, y la hija de unos agricultores de plantas curativas. Estaban de celebración cuando el volcán estalló. El pueblo ardió, la gente corrió para intentar ponerse a salvo de la lava y las rocas volcánicas que caían por todas partes. Pero es muy difícil luchar contra la naturaleza, y la mala suerte hizo que una de esas piedras cayera sobre la pobre novia.

Todos miramos a Gara, que ya tenía los ojos aguados por las lágrimas.

—¡No me miren! —gimoteó ella, y tú resoplaste.

—Dijiste que eras una guerrera valerosa —le recordaste.

—¡Las guerreras valerosas también lloran! Todo el mundo llora, ¿a que sí, abuela?

—Sí, mi niña. Todos lloran. —Tibi se colocó entre sus piernas en cuanto Sofía se acomodó en el respaldo para continuar—. El novio

enloqueció de dolor, y aunque todos le insistían en que se pusiera a salvo, que ya no había esperanza para ella, él cogió una forja de cinco puntas y se dispuso a levantar la piedra donde había sido sepultada su amada. Nadie supo cómo lo hizo, pero consiguió quitársela de encima y llevarse el cuerpo de la novia en busca de ayuda.

—Pero estaba muerta, ¿verdad que sí? —volvió a intervenir Gara, incapaz como era de quedarse callada.

—Se le cayó una roca encima. ¡Claro que estaba muerta! —dijiste con un resoplido, y ella te sacó la lengua.

Tu abuela asintió con un leve gesto de cabeza que hizo que la trenza se le escurriera del hombro.

—Murió, sí. Su cuerpo se estaba desangrando y no había refugio para ellos ni nadie a la vista que pudiera ayudarlos. El hombre corrió y corrió, pero no hubo más que fuego y ruinas. Mucho más tarde, cuando la luna estaba ya en lo alto e iluminaba la tierra desolada, varias familias pudieron ver a lo lejos la figura de un hombre que gritaba lleno de ira y dolor, portando en sus manos una forja de cinco puntas. «Pobre diablo», dijeron mientras lo veían desaparecer entre las cenizas. De la sangre de la novia nació una planta, y los supervivientes decidieron llamarla por el nombre de la difunta pareja. Él se llamaba Aloe y ella Vera.

Nos quedamos callados. Tibi gimoteó y buscó la mano de Sofía, que enseguida se inclinó para volver a acariciarlo.

—No lo entiendo —dijo tu hermana.

—No había ningún demonio —aclaraste con tono de sabelotodo —. No es tan difícil.

—Eso sí, *enterao*. No entiendo lo demás.

—¿Qué no entiendes, mi niña?

—No hay moraleja. Solo es una historia triste.

Ya no éramos tan chicos y habíamos aprendido que todas las historias de tu abuela siempre tenían moraleja o algo que aprender de ellas. Era su forma de contar las leyendas, con enseñanzas.

—No todas las historias tienen moraleja; a veces son lo que son. Y eso no es malo. Toda historia tiene su porqué y su enseñanza, aunque no haya moraleja.

—Pero ¿cuál es la enseñanza? —volvió a preguntar tu hermana, y tú pusiste los ojos en blanco.

—¿Cuál creen que es? —La pregunta iba para todos, pero me miraba a mí; quizá porque era el único que no había intervenido en lo que iba de noche.

—¿Que a veces el amor no es suficiente? —probó Gara.

—El amor siempre es suficiente —repusiste tú y yo me giré hacia ti.

Tu abuela sonrió. Disfrutaba mucho de esas noches a nuestro lado, en especial ahora que podíamos replicarle.

—El amor está hoy y puede que no esté mañana. Y no importa si hay villanos o no.

Enseguida entendimos hacia dónde se dirigía. «La inevitabilidad», como lo llamarías más tarde; lo que teníamos, lo que podíamos cambiar, lo que se nos escapaba de las manos cual arena en un reloj.

Y mientras extendías la mano y te tocabas la tinta emborronada de los brazos, dijiste:

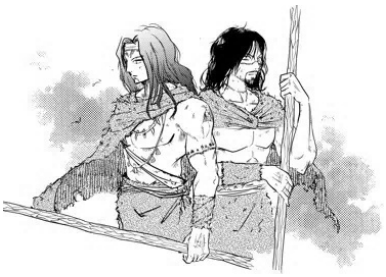
—Los héroes a veces no sirven para nada, aunque vayan armados y sean valerosos.

—Exacto, mi niño. La muerte es inevitable. Todos pasamos por ahí. Incluso los héroes.

Te miré y tú me miraste a mí. Luego comprendí que no había abierto la boca ni una sola vez esa noche. Tenía mucho que decir, pero no dije nada.

Capítulo 66

24 años



Es temprano cuando atravesamos el pueblo para ir a casa. La noche está cayendo, las calles están a rebosar de gente. Me pregunto cómo es que mi hermano logró escaquearse antes del bar.

—¿Con quién se quedó papá? —le pregunto.

—¿No te lo dijo? Contrató a los hijos de la panadera, a los dos. Y accedió a hacer una reforma. Creo que están saliendo.

Me detengo. Alguien grita, un par de críos corretean y me hago a un lado para que pasen.

—¿Papá, dices?

Mi hermano se encoge de hombros.

—Al bar le hace falta una la reforma, Nau. Tenemos dinero y la competencia nos va a comer si no espabilamos. ¿Has visto las mierdas esas bio que hay?

No le digo que solemos ir a desayunar a una de esas porque a Gara le encanta.

—Bueno, el bar de ustedes es típico de aquí. No me digas que lo quieres hacer bio ahora.

—No es eso, pero sí darle otro rollo. No sé, Yeray me envió fotos de algunos que hay en Las Palmas —confiesa.

—Yeray… —repito.

—Empezó a trabajar en un cole pijo. Ahora vendrá menos.

Mi hermano echa a andar y me apresuro a seguirlo.

—Tío, afloja un poco. Para andar cojo sí que pones el turbo cuando quieres.

—Es que paso de que me preguntes chorradas.

—Solo quiero saber cómo estás. Te veo mejor, pero no lo sé.

—Estoy bien, no te preocupes por mí.

—Vale.

Espero a que abra y lo sigo hasta el salón. Me pide que me siente y trae unas cervezas.

—Deberías presentárselo al viejo como lo que es —me dice al tiempo que deja caer una carpeta sobre mi regazo.

—¿Qué? —inquiero.

No tengo claro que me esté hablando de lo que creo que me está hablando.

—Tu novio.

—No somos… —Mi voz se desvanece cuando me doy cuenta de que no sé qué decir. ¿Lo somos? ¿Lo seremos? Dios. Espero que sí.

—A mí me da igual, solo digo que fingir se les da como el culo.

—No estamos fingiendo. Ya no.

Y entonces se lo cuento. Todo lo que acaba de pasar junto a la iglesia, o casi todo. Lo importante. Que le confesé lo que siento, que me corresponde, que me perdonó. Que me quiere. Vale que no me lo haya dicho, pero hay cosas que no necesitan decirse para saberse. Y ahora sé que me quiere.

Mi hermano me observa como si me estuviera redescubriendo. Y quizá sea así. Hemos vivido esquivándonos el uno al otro y por fin estamos frente a frente.

—Me alegro por ti, hermanito. De verdad.

Lo creo, esta vez sí.

—Gracias. Y ahora dime, ¿qué era eso tan importante que no podía esperar?

Me señala la carpeta que olvidé a un lado del sofá.

—Mira eso.

La abro con curiosidad. Son las escrituras de la casa, modificadas ante notario.

—¿Y esto?

—Es un documento que dice que me vendes tu parte de la casa. Tendrás dinero, podrás irte de aquí, pagar la entrada de una casa o montar un taller. Lo que más te apetezca. El caso es que podrás empezar de cero. —Se peina el pelo hacia atrás y mueve la pierna mala con nerviosismo; movimientos rítmicos que me ponen más nervioso de lo que estoy—. Lo hablé con el viejo. El bar no lo tocamos porque queremos que tengas opción de trabajar con nosotros si te cansas del taller o lo que sea. Ser tu propio jefe tiene sus ventajas, créeme.

—No quiero irme. Airam va a estudiar aquí y a mí me gusta el pueblo. Vivir en Las Palmas está bien, pero la libertad no está en un lugar, sino en las personas. Puedes ser libre aquí, Enzo, o en Marte. —Le dedico una sonrisa sincera que él me devuelve con timidez—. Pero lo acepto. Lo de montar un taller suena bien.

—¿Quién es el mayor de los dos? —Enzo chasquea la lengua—. ¿Y cuándo cojones creciste tanto? Ni siquiera me di cuenta.

—Eso es porque no te fijabas en mí.

—Sabes que no es verdad. Es casi lo único que hacía. Me fijaba en ti todo el tiempo. Te echaba la culpa, y la realidad es que no es culpa de nadie. De mamá, quizá, aunque tampoco creo que sea culpa de ella. —Traga saliva y se levanta. Se mete las manos en los bolsillos y mira hacia la fiesta que sigue su curso allá fuera, cientos de personas ajenas a lo que sucede en esta casa—. ¿Recuerdas esas máquinas tragaperras con un gancho en forma de mano que tienes que dirigir para intentar coger el premio? Es casi imposible que lo consigas. Alguien las tuvo que diseñar para que siempre se cayera en el último momento. Lo agarras y lo pierdes, todo en apenas unos segundos. Y te frustras. La rabia se te va acumulando. —Inspira hondo y deja escapar el aire—. Así me sentía todo el tiempo. Intentaba estar aquí, ser parte de nuestra familia, agarrarme a lo que teníamos, pero se me caía de las manos y al final terminé por odiar la idea de intentarlo. Fui cruel contigo. Joder, fui más que cruel. Yo… llegué a desear que nunca hubieras nacido o que estuvieras muerto.

No me está mirando, pero, por el movimiento de sus hombros, sé que está llorando. Mi hermano, el que no llora nunca.

Se me forma un nudo en la garganta y me levanto.

—Enzo…

—Shhh. No digas nada. Estoy yendo a terapia. Fue después del accidente, por Yeray. Por lo visto, él fue durante unos meses y lo ayudó mucho; y me convenció, no sé ni cómo. A lo mejor fue por la pierna y el hecho de haber estado a punto de palmarla sin decirte que nunca te he odiado. Siento haber sido un maricón de mierda.

Coloco una mano en su brazo y lo aprieto con suavidad.

—No te hagas eso.

—Lo soy, tú tenías razón. Te jodí la infancia, te encerré en un puto armario y te seguí jodiendo la vida durante años. Entiendo que me odies, yo…

—No te odio. Puede que no seas mi mejor amigo. Lo siento, ya tengo uno y lo quiero un fleje —digo con una sonrisa llena de lágrimas—. Pero no te odio. Nunca dejé de quererte, aunque me gustara pensar que sí.

Alarga el brazo y me aprieta el hombro, solo un momento, pero yo siento el contacto como el abrazo que no nos hemos dado desde que éramos chicos.

—No sé si te acuerdas, pero mamá tenía una estatuilla de la Virgen del Carmen en la habitación. Le quitaba el polvo y, a veces, la sujetaba en la mano y se quedaba mirando por la ventana. No sé qué buscaba. Tampoco sé por qué iba tanto a la iglesia. Cuando iba con ella le preguntaba, pero era como si no me escuchara. Así que miraba a la virgen y pensaba en por qué estaría triste, por qué lloraba. Luego miraba a mamá y sus ojos siempre estaban secos. Me preguntaba si alguna vez lloró por nosotros como lo hacía la Virgen del Carmen, si las madres estaban obligadas a llorar y por qué la nuestra no lo hacía. Si nuestra madre estaba estropeada.

Por la forma en que respira, mi hermano parece estar librando una batalla consigo mismo. Se me rompe el corazón. Yo también me pregunté algo similar, en especial cuando conocí a Daniela y vi cómo se comportaba con sus hijos y conmigo; yo que no era nada y me aceptaron en la familia.

—Llegué a pensar que yo era así porque nuestra madre me había hecho aborrecer a las mujeres —continúa Enzo—. Intenté estar con

algunas, pero no salió bien.

—Ser gay no es consecuencia de nada —digo.

—Ya lo sé. —El dolor de sus ojos me atraviesa. Su parecido conmigo me hace sentir de nuevo como ese niño que iba tras su hermano porque quería parecerse a él—. Me estoy reconciliando con eso, igual que me gustaría hacerlo contigo. Mi terapeuta quiere que te pregunte si vendrías a una de esas terapias familiares.

—Sí —digo sin pensarlo.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto.

—El viejo también está yendo, pero no le digas nada hasta que él te lo cuente; si es que lo hace. Le da vergüenza, como si pedir ayuda fuese un crimen o algo.

—¿De qué me suena eso? Tú también eres así.

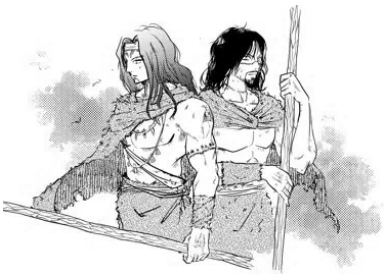
Él se encoge de hombros.

—Ya. —Extiende la mano hacia mí—. ¿Podemos, no sé, empezar de cero?

Le sujeto la mano y tiro de él para abrazarlo. Es el tercer abrazo que doy esta noche, y puede que ninguno se parezca, pero todos son igual de importantes.

Capítulo 67

24 años



Me lo encuentro en la piscina, flotando en el agua con los brazos y las piernas extendidas. Mira al cielo, al estallido de colores que parecen caer sobre nosotros.

—Métete en el agua —me pide en cuanto repara en mi presencia. Sus ojos brillan bajo la luz de las lámparas del jardín, las estrellas que se mezclan con los voladores y el agua de la piscina.

Nada hacia la parte donde hace pie y observo cómo el agua se le derrama por el rostro, el cuello y los hombros. Estoy a punto de girarme en cuanto mis ojos se desvían hacia sus pezones, pequeños y oscuros, y entonces me doy cuenta de que ya no tengo que hacerlo. Por primera vez no tengo que apartar la mirada. Puedo fijarme en cómo se pasa la lengua por los labios, recrearme en su piel, imaginar cómo sería tocarlo sin miedo.

Dirijo la vista hacia la casa, a la ventana de Gara, vacía, dado que sigue en la fiesta con Cristian y se quedará a dormir con él. Soy consciente de que la habitación de Daniela y Tomás se halla al otro lado, de que no pueden vernos, pero, aun así… los nervios me convierten en esta cosa temblorosa a punto de derrumbarse.

La conversación que mantuvimos en el mirador se repite en mi cabeza, como un disco rayado, y la tensión que liberé con mi hermano no hizo más que aumentar el estado de elevación que me

ha traído hasta aquí en una nube. Estoy tan nervioso que no sé qué cojones hacer.

—¿Tus padres…? —pregunto de manera estúpida.

—Durmiendo. —No sonríe cuando nada hacia mí y se detiene en el centro de la piscina—. Entra en el agua, Nau.

Por un momento, me lo quedo mirando como si no lo conociera. Somos dos desconocidos jugando a conocerse. Él lanza una ficha y espera a que lo siga. Es el mismo Airam de siempre, el que empieza a nadar, hacer giros y dar volteretas mientras los segundos pasan a toda pastilla y mi cuerpo deja de pertenecerme. Me quito la ropa y me quedo en bóxer. Sé que está pendiente de cada uno de mis movimientos.

Me tropiezo con los pantalones antes de lanzarme a la piscina. Cualquier cosa con tal de recuperar el poco control que me queda, si es que aún me queda algo. Nado de un lado a otro. Él me observa sin acercarse. En la última vuelta, me dirijo a la parte en la que hago pie y me apoyo en el borde, dándole la espalda. Estoy sin aire, y no por el esfuerzo, y sin aire sigo cuando oigo que se acerca y se sitúa detrás de mí.

Apoya las palmas en la piedra natural, a cada lado de mi cuerpo, sin tocarme, y noto el roce de su nariz en mi oreja.

—¿Por qué estás nervioso? —me susurra al oído—. Solo soy yo.

Puedo notar su calor a pesar de que no nos rozamos. Tengo la piel erizada y un enjambre de abejas dentro y fuera del cuerpo. Gara tenía razón. No es la primera vez que lo siento, pero sí la primera en la que no intento ahogar la sensación que el aleteo y las picaduras provocan en mí.

—Es porque eres tú —digo con un suspiro entrecortado.

—Date la vuelta. —La distancia se acorta, me paraliza, estoy aquí y no estoy en ninguna parte.

Me giro con torpeza. Sigo rodeado por él; la tensión de sus brazos es palpable. Le miro los labios cuando tuerce la sonrisa. ¿Cuántas veces he querido besársela? ¿Cuánto he deseado tenerlo así?

—¿Vas a besarme?

Airam se ríe; el agua se le escurre por la cara, el cuello y el pecho.

—Voy a hacer algo más que besarte.

Se me acerca, pero no aparta las manos del borde de piedra. Agacha el rostro y deposita los labios en mi hombro, presionando. Estoy intentando asimilar la sensación de tener sus labios ahí, calientes y resbaladizos, cuando sube por la curva de mi cuello y me besa por detrás de la oreja, la mandíbula, la mejilla. Arrastra el mentón por mi barba de dos días. Su piel es suave, siempre lo ha sido, y no hay ni un ápice de duda cuando me besa la comisura de la boca y me roza con la lengua.

La electricidad crepita a nuestro alrededor, casi puedo sentir las chispas al contacto con el agua; la siento en la piel, entre las piernas, en la polla. Nos envuelve y tira de nosotros, uniéndonos sin remedio. Quiero tocarlo, pero estoy demasiado ocupado sintiendo la descarga.

—¿Cómo fue tu primera vez? —me pregunta.

Aturdido, me aparto para mirarlo. Sus ojos verdes están nublados por el deseo y tiene la boca entreabierta.

—No quiero hablar del tema.

—¿No estuvo bien?

¿De verdad tenemos que tener esta conversación ahora?

—Ella era agradable, pero yo… no estaba allí. No tengo un recuerdo bonito, y a ella le hice daño. No daño físico —aclaro con rapidez—. Intenté hacerlo bien, aunque dudo que lo consiguiera. Me refiero a que se dio cuenta de que estaba mal y al día siguiente le dije que teníamos que terminar. Me sentí fatal, como si la hubiera utilizado. No lo hice, de verdad que no.

—Lo sé y seguro que ella también.

—Lo dudo, no ha vuelto a hablarme. Es la hermana de una amiga de Enzo. Tuve bronca con él entonces. Por culpa de eso tuvo el accidente y todo fue una mierda.

—Por culpa de eso has recuperado a tu hermano. Ni tan mal, ¿no? —Sonríe sin ganas—. El polvo te sirvió para algo.

Me pican los ojos, y no por el cloro.

—No tiene gracia.

—Lo sé, lo siento. —Su voz me calienta el corazón mientras sus dedos parecen trazar héroes diminutos alrededor de mi mejilla—. Nunca me lo contaste. Creí que tú… Es decir, me hablaste de ella y de tus supuestas citas, pero no de que te acostaste con ella.

—¿Para qué iba a contártelo? Me sentía fatal y no quería hacerte sentir mal a ti también.

—Yo te hablaba de mis líos. No creí que te molestara. Es más, pensé que te daba igual.

Le echo agua; él me la devuelve.

Sonreímos con timidez; a los dos nos hace daño hablar de esto, pero es necesario dejar las cosas claras. Demasiados años, demasiadas verdades silenciadas.

—Pues, sorpresa, no me daba igual —confieso—. Te odiaba cuando me lo contabas; parecía que me lo estuvieras restregando. «Eh, mira lo guay que es, mira lo que nunca podrás tener». —Me encojo de hombros.

Él me empuja contra la pared. Las mejillas se le tiñen de rojo.

—Jamás te habría dicho nada si hubiese sabido que te dolía. ¿Por qué me dejabas hablar? Podías, no sé, haberme mandado a la mierda.

—Porque me mantenía en la tierra, supongo.

—¿En la tierra?

—Lejos de esa isla en la que existía un nosotros. Piensa en una sopladera que llenas de aire. Cuando estábamos juntos se hinchaba, pero luego te ibas y me contabas lo bien que estabas, o te olvidabas de nuestra promesa, y la sopladera se deshinchaba hasta que caía al suelo. —Le tiro agua de nuevo al reparar en la amargura de su gesto —. No me mires así, es pasado. Y yo me lo busqué por tener tanto miedo. Tú tenías razón y era un cobarde.

Toma mi brazo entre sus manos y me acaricia el tatuaje, marcando cada línea impresa; su forma de decirme sin decirme que no soy un cobarde.

—Se lo contaste a mi hermana, ¿verdad? Recuerdo que me llamó con excusas de mierda solo para que supiera que estabas mal, que habías llorado, y me pidió que te llamara. Luego pasó lo del accidente de Enzo y pensé que todo estaba relacionado con él.

Lo miro. Se me escapa una risa nerviosa. Dios. Me duele el corazón solo con volver a pensar en ello.

—Ese día asumí que estaba enamorado de ti y que nunca te tendría. Renuncié a nosotros. Fue…

Se me llenan los ojos de lágrimas. Es como si volviera a sentir el desgarro, la resignación y esa soledad con la que aprendí a vivir y que mastiqué con lentitud, no deprisa, como cuando muerdo uno de sus bocadillos especiales. La soledad se masca despacio y el sabor no se te quita ni aunque te laves los dientes.

—Eh. —Me abraza con fuerza, como si estuviera a punto de caer y él fuese lo único que me mantiene a salvo—. No pienses en eso.

—Llevo toda la vida echándote de menos. Dices que te lo hice pasar fatal, pero no tienes ni idea de lo que sentí todo el tiempo.

Noto la presión fría de la pared en mi espalda y se me escapa un jadeo cuando nuestras ingles colisionan.

Ahí está él. Un latido fuerte, parecido a una mano cerrándose en torno al corazón, una sacudida que termina igual de rápido que llega. Eso siento cuando por fin Airam se aprieta contra mí. Un latido fugaz que se da muy pocas veces y no tiene nada que ver con esos otros, más frenéticos y caóticos. Lo siento en cuanto soy consciente de que es él, mi mejor amigo, el chico al que siempre quise y que más me conoce. Él, con sus labios como fresas maduras; el agua discurriendo en pequeños ríos por su piel, dorada y tersa; su olor a miel y a hogar; su mirada una isla con sus aguas cristalinas y su arena caliente; su aliento, la libertad que necesito.

—¿Que no tengo ni idea, dices?

Lo sujeto de la cintura. Nuestras narices se rozan y su respiración me hace cosquillas en los labios; es dulce y es salado, y es todo lo que siempre he querido para mí. Y ahora está tan cerca… Y tengo tanto miedo…

—Yo llevo toda la vida evitando pensar en que te echo de menos —musita—. Te quise desde la primera vez que te vi. Eras precioso. Luego te crecieron los músculos y me costaba horrores mirarte después de todas las pajas que me hacía pensando en ti. Me daba tanta vergüenza… Tú no eras igual que yo y nunca lo serías.

—Tú eres precioso —lo corrijo—, yo soy del montón.

Me besa el cuello y tira de mi piel con demasiada fuerza, como si intentara controlarse pero no le saliera bien.

—Eres guapo hasta cuando lloras, Nau —me dice; y es curioso, porque siempre he pensado lo mismo de él—. Cuando te vi besarte con mi hermana aquella noche pensé que alguno de mis héroes debía ser en realidad un demonio, o que yo había hecho algo muy malo para que me castigaran así. Era lo peor que me podía pasar en la vida, que mi hermana se enamorara del chico al que quería.

El sollozo que se le escapa me vibra en la piel y se extiende por todo mi cuerpo. Cuánto dolor, cuánta verdad silenciada, cuántos años escondiéndonos cuando estábamos aquí, a un paso del otro. Me pregunto cuándo saltamos de la isla, cuándo nos convertimos en nuestras propias islas que aparecían y desaparecían para que nuestra verdad no nos cegara.

Me sorbo la nariz.

—Te fuiste.

—Y siempre llevé un hueco dentro del pecho justo a tu medida. Desde chico pienso que, dentro de nosotros, tenemos un espacio hecho a medida para el amor. El de verdad, el que te cambia la vida de forma irremediable. Tu sitio. —Tiene la boca pegada a esa zona sensible de detrás de mi oreja y siento su voz como la oscilación del agua, agitándose por mi piel—. Tuve prisas, pero no por comerme la vida, como pensaba. Necesitaba que dejaras de dolerme. No sabía qué hacer. Me estaba volviendo loco e hice muchas locuras que me dejaban… vacío. Así me sentía cuando me levantaba con resaca. Y hubo muchas noches así. Tantas que acabé por desgastarme y no te ibas. En realidad, no quería que te fueras nunca y me odiaba cada vez que te llamaba o me arrastraba hasta aquí sabiendo lo que me iba a doler cuando me fuera otra vez.

—Te enamoraste —le recuerdo con rencor, empujándolo hacia atrás y salpicándonos a ambos—. Te fuiste a vivir con él de Erasmus. No te imaginas lo que fue ese año sin ti, sabiendo que estabas con él. Todos los días… era lo único en lo que pensaba cuando me levantaba y me dormía. Me cansaba hasta el extremo para poder caer en la cama con la mente vacía y, aun así, seguías ahí.

Estoy contra la pared y estoy llorando, pero él ahora llora más que yo. Se me vuelve a acercar, despacio, con miedo a que lo rechace. No lo hago. ¿Cómo hacerlo cuando lo único que quiero es que me toque y no me suelte nunca?

—Me enamoré de una idea que no existía. Él era algo intangible, una especie de ilusión que ni me molestaba en palpar. Tú eras real, podía tocarte, y aun así no podía tenerte.

Le quito las lágrimas que se mezclan con el agua de la piscina. Acerco los labios y las beso. Saben a sal, a la playa a la que tantas veces fuimos juntos, a él.

—Aquella noche, cuando llorabas en mi pecho, no dejaba de pensar en cómo sería que lo hicieras por mí. Y ahora… —Suspiro hondo en un intento por controlar las emociones—. No me gusta que lo hagas. No quiero que vuelvas a llorar nunca, por mí menos que por nadie.

—No son lágrimas de las feas —me asegura.

—Pero te pones feo cuando salen —miento.

—Machango. —Me mira con intensidad—. ¿Estás seguro de esto? Porque, después de hoy, te querré para mí; seremos como esa isla que aparece y desaparece. El resto puede vernos o no si queremos, pero nosotros siempre juntos.

—Eres lo único de lo que he estado seguro en mi vida.

Apoyo el peso de mi cuerpo en la pared en un intento por mantenerme en pie y hago lo posible por controlar la respiración. Airam desliza un dedo por mi cuello, arriba y abajo, notando cómo me estremezco.

—Estás temblando —susurra.

—Ya.

—Me gusta que tiembles. Haré que lo hagas mucho.

Me río.

—Creído.

Se alza sobre mí y apoya una mano en el borde, acorralándome. Con la otra me levanta la barbilla. Pasa el pulgar por mis labios en una clara demostración de lo que va a pasar. Dios. Va a pasar. ¿Cuánto llevo imaginando esto? ¿Cuánto? Y vale que sea inexperto,

pero no voy a dejar que lo haga todo. Estoy cansado de ser un cobarde con él.

Alargo el brazo y le acaricio la nuca. Él se queda inmóvil. Me mira a los ojos y a los labios de manera alternativa. Su aliento es dulzón y me entretengo un momento pensando en si sus besos también lo serán. Entierro los dedos en su pelo y lleva la mano a mi clavícula; me acaricia y desliza los suyos por mi cuello para detenerse en mi nuca. El corazón me aporrea en el pecho y dejo de pensar en que estamos en la piscina, en que sus padres están arriba y en que quizá se arrepienta cuando me pruebe.

Se aprieta un poco más contra mí. Soy consciente de cada centímetro en el que nuestros cuerpos se rozan. El suyo es duro, su piel resbaladiza. Nuestros pechos se unen, nuestros corazones se sincronizan.

Pum. Pum. Pum.

Lo agarro de la cintura con la mano libre y noto el impacto de su erección contra la mía. Es como si la sopladera de la que hablaba me hubiese estallado en las pelotas y la vibración se propagara por mi cuerpo, nublándome el cerebro. Me bloqueo. Y voy a dar un paso hacia atrás de puro terror. Pero no hay a dónde ir, solo la pared y él. Mis talones chocan con el revestimiento inferior, las piernas dejan de sostenerme. Resbalo. Él me sujeta y nuestras erecciones comienzan a frotarse, a buscarse, a encontrarse; la vibración se intensifica y soy consciente de que podría correrme con ese roce.

Hundo los dedos en la piel de su espalda y tiro de su pelo sin tener en cuenta la fuerza que empleo. Estoy demasiado cegado por las sensaciones. Nuestros cuerpos desnudos, la piel mojada, su pezón arrastrándose peligrosamente cerca del mío, el movimiento controlado de sus caderas; pequeños empujes que me aceleran el corazón y ponen mi mundo del revés. Nuestras pollas reclamándose, creciendo, endureciéndose. El deseo me duele.

—Eh, machango —me susurra al oído—. ¿Todo bien? ¿Quieres que pare? Creo que me moriré si me dices que sí, pero lo haré si me lo pides.

—Estoy bien.

—¿Solo bien?

Me separo un poco para mirarlo.

—No lo sé. A lo mejor me estoy muriendo. Estoy un poco confundido. Es como esos sueños en los que me corría en los calzoncillos y luego me pasaba el día de mal humor.

La carcajada que suelta me derrite el corazón.

—Afloja un poco. Vas a hacer que se me quiten las ganas.

—Lo que quiero decir es que estoy sintiendo mucho y que me da miedo.

—¿Sentir te da miedo?

—Me da miedo que no te guste. Ser como un gatillazo.

Me da un mordisco en la barbilla.

—Mmm, ¿hay algo que quieras contarme?

Me río y jadeo al notar de nuevo *ese* roce ahí abajo. Casi puedo sentir su contorno, el grosor. Puede que lo viera desnudo y empalmado aquella vez en su habitación, cuando lo pillé haciéndose una paja, pero sentirlo me parece mucho más íntimo. Es tan real… Parece un sueño.

—Tonto. Me refiero a que quizá me idealizaste. Yo soy solo esto. Nunca fui más que lo que ves. Tú, en cambio…

—Ni se te ocurra seguir por ahí. —La impresión de sentir el empuje de su cuerpo me hace soltar un gemido—. ¿Qué mierda crees que espero de ti? No eres un tío que conocí en una discoteca. No hay sorpresas. Te conozco casi tan bien como me conozco a mí mismo. Estoy enfadado, muchísimo, y llevo un rato intentando controlarme. No he olvidado que llevas años huyendo de mí.

—No huía de ti. Solo…

—Quiero que dejes de menospreciarte y de imaginar cosas raras. No vas a decepcionarme porque no hay nada de ti que no conozca y no me guste. Y créeme, he intentado que no me gustes. A veces hacía listas e intentaba meterte en los contras, luego los leía y sonreía porque me daban igual. Los contras eran mis nuevos pros. Y era una mierda, porque solo me pasaba contigo. Pero es que me gustan incluso las cosas que no me deberían gustar. Eres la persona con la que quiero pasar mi vida y, si no quieres valorarte, al menos valórame a mí.

—No lo conoces todo de mí —le recuerdo, ruborizándome.

—Si lo dices por el sexo, pronto llegaremos a eso.

Sus palabras despiertan esa parte de mí que he mantenido enjaulada; la anticipación me llena el paladar. Nuestras narices se rozan. Toma mi mano derecha, la que tengo en su nuca, y la une a la suya. Nuestros héroes enlazados, por fin juntos en una misma lucha donde ya no hay lucha, solo paz y un amor que necesita florecer sin miedo a marchitarse.

Sonrío y él me devuelve la sonrisa. Qué guapo es, cuánto lo quiero. Y lo mejor es que él siente lo mismo. Me quiere a mí y solo a mí. Tengo ganas de llorar, y de gritar, y de besarlo hasta perder el sentido.

—¿Cómo de enfadado estás? —le pregunto.

—Mucho, pero no tanto para no hacer esto. —Lo dice a la vez que presiona su erección contra la mía.

Una oleada de intenso placer me recorre el cuerpo cuando comienza a restregarse contra mí; arriba y abajo, arriba y abajo. No hace nada más que eso; y es lento, preciso. Sabe lo que hace y controla cada reacción de mi cuerpo. Nunca me ha hecho esto, pero me conoce; eso le da ventaja.

Gemimos, nos apretamos, nos miramos.

—Dime que no quieres esto.

No consigo hablar. Estoy temblando y esto está pasando.

—Te tengo tantas ganas que voy a arrancarte los labios a mordiscos. Voy a comerte entero. Dime que pare si no quieres esto, porque, si me dejas, pienso quedarme a vivir en ti.

Noto su aliento en mi cara, su mirada evaluadora. Observo la sonrisa socarrona que nada tiene que ver con esas otras que me conozco bien; es oscura, excitante, sabe a promesa.

No le pido que pare y esa es la única respuesta que necesita.

Entonces me besa. Lejos de lo que espero, lo hace despacio, como si yo fuera un regalo que tuviera que abrir con cuidado para no estropear el envoltorio. Apoya sus labios en los míos, chupa y mordisquea antes de deslizar la lengua en mi boca. Cierro los ojos y me abro a él. Nuestras lenguas se encuentran, se saborean y enredan, y se me escapa un gemido cuando noto la vibración de su

polla. Se traga mi gemido y nos separamos para respirar un momento antes de volver a besarnos.

Me sujeta la barbilla y deja caer la mano en mi garganta, arrastrando el pulgar por mi nuez. Jadeo y lo agarro del culo. Lo necesito más cerca, dentro de mí, necesito… Nuestros labios se funden con urgencia y se convierten en bocas que se buscan, dientes que reclaman, lenguas que empujan. No sé cuándo me sube las piernas a las caderas, pero ahora me embiste como si me estuviera follando contra la pared. Es… una puñetera locura y noto cómo el orgasmo se concentra en mi columna. Voy a correrme en la piscina de los Martel.

—Para —gimo en sus labios.

Él sigue moviéndose en busca de su propio alivio. Me tiene sujeto del cuello y desliza la uña por mi pezón mientras yo tiro de los *piercings* de su oreja como sé que le gusta, arrancándole jadeos que me vibran en la polla.

—Iram, afloja.

—No quiero.

—No seas chiquillaje, tus padres están arriba, y correrse en una piscina es asqueroso.

Se aparta para mirarme. Tiene las pupilas dilatadas y los labios hinchados y mordidos por mí. Se me infla el pecho de emoción. Eso lo hice yo, nadie más que yo. No sé si reír o llorar o volver a besarlo.

—Estás poniendo una cara rara, machango.

—Es que estás guapísimo.

—Eso es por ti. Tú me haces más guapo.

—¿Más?

—Los dos sabemos que estoy bueno. No pasa nada.

—Creído.

—Tú estás más bueno todavía, aunque no lo quieras ver.

Me besa otra vez, ahora con más calma.

—No vas a volver a mirar a nadie en plan romántico —me dice, aún anclado entre mis piernas, empujando en una suerte de amenaza que me la pone aún más dura.

Le tiro de la oreja hasta que lo oigo sisear.

—Lo dices como si hubiese mirado a alguien más que a ti. Te recuerdo que eres tú quien ha tenido novio; unos cuantos.

—Cállate, machango. Tú también tuviste novia.

—Y ya te dije que me destrozó tenerla.

—Tuve novios porque no podía tenerte a ti. Necesitaba dejar de quererte y no se me ocurrió otra manera. No caí en que a veces el amor es para siempre. Encuentras a la persona y da igual quien pase por tu lado después, porque esa persona seguirá estando incluso cuando no esté.

—¿Esa persona soy yo?

Me embiste; una vez, y otra, y otra más. Y yo respiro, respiro, respiro.

—Vas a tener que currártelo mucho —dice con una voz aún más ronca de lo normal—. Toda la vida, todas las horas del día, te lo pienso recordar.

Respiramos con dificultad. No volvemos a besarnos. Si lo hiciéramos, no podríamos parar y ambos somos conscientes de ello. Nos quedamos todo lo quietos que podemos, con las frentes unidas, antes de que me permita bajar las piernas al suelo para separarse de mí como si le costara una vida hacerlo.

—¿Te quedas a dormir? —me pregunta.

—No pensaba irme a mi casa.

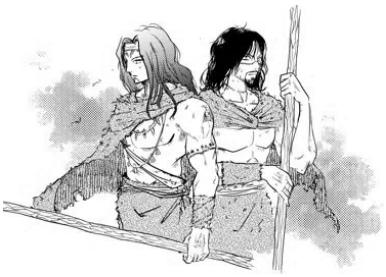
—Esta es tu casa. —Me muerde el labio inferior una vez más antes de alejarse con un suspiro.

Mi casa. Lo sé, la siento como si lo fuera. Siempre lo hice. Sonrío y lo ayudo a salir del agua. Nos secamos rápido y él me alcanza una toalla limpia y unos calzoncillos suyos para que me duche.

Detenido delante de la puerta del baño de la planta inferior, me mira durante lo que me parecen siglos antes de pedirme que no tarde con esa voz que me burbujea en la tripa y me recuerda lo lleno que estoy de él. Sin embargo, esta vez no duele nada.

Capítulo 68

24 años



Cuando entro en su habitación, siento que estamos en un submarino que nos aísla de todo lo que hay al otro lado. Él y yo solos con todo lo que sentimos.

Airam no solo se duchó más rápido que yo, sino que también le dio tiempo a secarse un poco el pelo. A mí no. Ni siquiera se me pasó por la cabeza. Estoy tan nervioso que me da la sensación de que mis pies se pegan al suelo cuando intento caminar.

Me fijo en que lleva una camiseta de manga corta y calzoncillos. Lo sé porque aún no se ha cubierto con la ropa de cama, esperando a que me acueste a su lado.

Me sonríe.

—No te voy a comer, ¿eh? Puedes venir.

—Ah, ¿no? Pensé que sí querrías hacerlo.

Él enarca las cejas.

—Claro que quiero, pero no si pones esa cara de susto. Me cortas el rollo.

—No tengo cara de susto —replico, deteniéndome delante de la cama. Pero intuyo que sí debo tenerla, y que estoy temblando como un chiquillo asustado, y no sé si tengo que quitarme el pantalón o dejármelo así. De ninguna de las dos maneras puedo ocultar el bulto en mi entrepierna, ese que no deja de mirar y que se parece mucho al suyo.

—Deja de mirarme ahí, anda.

—Paso, ahora que por fin puedo hacerlo, déjame disfrutar.

Me río y me quito los pantalones solo para poder lanzárselos a la cara y que deje de mirarme.

Me meto en la cama y nos cubro con el edredón, como si este me pudiera proteger de lo que sentimos. La sensación de seguridad se funde en cuanto noto su calor corporal, la tensión que oscila entre nosotros. Nuestros muslos se rozan y jamás en la vida me había parecido que la cama fuera tan pequeña, pero lo es. Siento un tirón en los huevos y suspiro hondo cuando mi erección roza las sábanas, estremeciéndome al imaginar que es su mano la que me toca como llevo años necesitando que haga.

—En serio, Iram, deja de mirarme así.

El corazón me aporrea el pecho y soy consciente de cada ruido y movimiento: el crujir de las sábanas, su cuerpo al estirarse, nuestras respiraciones agitadas, el pueblo aún despierto allá fuera. Estoy en un estado de alerta y creo que voy a saltar en cualquier momento.

—No puedo. Me siento como esas noches en las que no podía dormir y tenía que levantarme para encender la luz. Me da miedo que desaparezcas, o estar soñando, o cualquier cosa que implique volver a separarme de ti. Eso sin contar con que estoy tan cachondo que creo que podría correrme en los calzoncillos solo con mirarte.

Omito esa última parte y me centro en la otra en un intento de contener el terremoto que tengo dentro.

—No tienes que separarte de mí. Es decir, quizá lo hagas. Quizá tengas que volver a irte del pueblo cuando acabes el curso. Pero yo estaré aquí y puedo esperar. No tengo nada mejor que hacer, ya lo sabes.

—No seas idiota. No puedes rendirte tan fácilmente. Los héroes no se rinden. Tienes que hacer que me quede, en el caso de que quiera irme. Y, joder, no quiero irme a ninguna parte. Ahora sí que no. Ahora sé que te pongo.

Me río, también me ruborizo a lo bestia.

—No lo digas así.

—Te he visto la polla, Nau. Sé que te pongo. —Se me acerca al oído—. Tengo muchas ganas de escuchar cómo suenas cuando te

corres, ¿sabes?

Soy un charco de nervios y deseo. Casi puedo sentir el tacto de sus dedos acariciándome, apretándome, haciéndome temblar.

—No me la has visto. —No reconozco la voz ronca que sale de mí.

—Tengo mucha imaginación. Casi me sé su peso y tamaño.

—Deja de hablar de eso, por Dios. No ayudas nada.

Se ríe.

—Si te sirve, la mía está igual o peor. Probablemente peor.

—No lo creo.

Como si quisiera comprobarlo, acerca la mano por debajo de las sábanas y la deja caer en mi muslo, muy cerca de mi ingle. Me tenso y le aguanto la mirada. No sé qué ve en mí, pero sus ojos me demuestran que tiene dudas, miedo, como si no tuviera claro si esto me gusta. Demasiados años huyendo del otro.

Estoy nervioso, pero por nada del mundo voy a retroceder ahora. No dejo de mirarlo mientras le sujeto la mano y la dirijo a mi entrepierna. Sentir su tacto ahí, apretándome, palpándome, hace que me eleve y sienta que sigo en la piscina y que el agua comienza a rodearnos. Quiero ahogarme en él, fundirme con él, elevarme con él.

Cierro los ojos y suspiro cuando él desliza los dedos hacia mis huevos y me abarca con la mano. Sonríe con los ojos llenos de un deseo que me hace sentir un héroe de leyenda sin más armas que él. Él es mi arma, mi fuerza, mi todo.

Le aparto la mano con suavidad solo para poder recuperar un poco el control de mi cuerpo.

—Así que te diste cuenta de que te ponía la noche en la que me pegaron. —Se coloca de lado con el brazo apoyado en la almohada para seguir pendiente de mis reacciones.

—Sí. No dejaba de escuchar a mi hermano, pensando en lo que me diría, pero tampoco podía apartar esa necesidad que tenía en el pecho. Quería besarte. Lo recuerdo todo como si fuese ayer. El tacto de tu herida en mis dedos, lo enfadado que estaba y las ganas que tenía de besarte.

—Le pegaste a ese tío. Me enteré después. —Suelta un suspiro —. «El maricón y su chulo», así nos llamaban, ¿sabes? Cuando tu hermano no estaba cerca, claro; todos le tenían miedo, y a ti también, aunque fueran de listillos. Me enfadé mucho contigo por meterte —admite.

Me pongo de lado yo también para poder mirarlo.

—Lo siento, sé que no debí hacerlo. La violencia no arregla nada. Ahora me da vergüenza, pero creo que, si pudiera retroceder en el tiempo, volvería a hacerlo.

—¿Por eso no viniste a la playa esa semana? Mis padres te habían invitado y me prometiste que vendrías.

—No sabía cómo estar delante de ti sin que se me notara. Tampoco sabía por qué me sentía así. Es decir, a mí me gustaban las chicas. Eso lo tenía claro. Yo… me corría pensando en chicas o viendo vídeos. Después lo hacía pensando en ti y me sentía mal, confundido. —Suspiro hondo. Qué difícil es entenderte cuando no tienes ni idea de nada y nadie te ha explicado que no está mal sentir, independientemente del sexo de la persona por la que sientas —. Y luego estaba mi hermano…

—Tu hermano es idiota.

—Ya no. Es decir, puede que un poco; las personas no cambian, solo se ajustan. Pero le parece bien; lo nuestro, digo. Está yendo a terapia. Él es… —Me quedo callado porque es un secreto de mi hermano y, aunque Airam sea mi persona favorita, no me corresponde decírselo—. Me quiere a su manera. Y yo a él muchísimo. Y me gustaría que ustedes fueran amigos. No como Gara y yo, pero…

—Vale.

—¿Vale? ¿Y ya está? —Los dos sabemos que mi hermano le cae como el culo.

—Haré lo que te haga feliz, Nau, así que vale.

Sonrío. Dios, cómo lo quiero.

—¿Y tú? ¿Cuándo te diste cuenta por primera vez?

La sonrisa que le llena la cara me pone el corazón a mil.

—Cuando mi hermana dijo esa chorrada de que iba a casarse contigo.

—¿En el cole? ¿Qué tenías, diez años?

—Once. Y no sé, pero me tocó las pelotas. Tú eras para mí. Yo te vi primero.

Me descojono. Él me hace cosquillas para que me calle y enseguida lo siento temblar, o quizá soy yo quien tiembla a su contacto. O los dos, qué más da.

Estamos demasiado cerca y él arrastra la nariz por la mía como ha hecho desde que éramos chicos.

—Te quise siempre, Nau. Esa es la verdad.

—¿Me crees si te digo que yo también a ti? Aunque no me di cuenta hasta más tarde. El miedo es horrible. Me hubiera gustado que tu abuela lo supiera, haberle dicho que te quiero. —Se me forma un nudo en la garganta. Me coloco de espaldas y me concentro en coger aire—. No sabes cuánto la echo de menos.

Airam estira el brazo y me acaricia el cuello. Cierro los ojos un instante para controlar la respiración.

—Mi abuela lo sabe, bobo. Ella lo sabía todo y te adoraba. Era un guineo, siempre estaba hablando de ti. Podía olvidar al abuelo, pero a ti no.

—Eso es porque prefería estar en tu casa con ella y con Tibi que en la mía.

—Me encantaba que estuvieras aquí. Si no llega a ser por ti, mi infancia en el pueblo habría sido un infierno. Y los últimos años de la abuela también.

Se me acerca más y deja caer una pierna entre las mías. Noto su erección en mi cadera, rozándome, su pecho pegado a mi brazo, su respiración en mi mejilla. Me toca la cara, los labios, la barbilla, desliza los dedos por mi cuello y me recorre los brazos. Y yo lo dejo hacer y me dedico a sentir, sentir, sentir. Luego mete la mano por debajo de mi camiseta y me acaricia la piel desnuda. Rodea mi ombligo con los dedos, traza héroes imaginarios por mi vientre y los lleva hacia la batalla que se desarrolla en mi pecho. Abre la palma y la arrastra por mi pezón un momento antes de rozarlo con los dedos; primero ese y luego el otro, pellizcando y acariciando, una y otra vez. En ese momento tengo tres mil corazones y todos y cada uno de ellos laten por él.

—Te gusto —dice con voz ronca cuando me ve mover las caderas en busca de cualquier sensación. Estoy tan duro que me duele.

—¿Tan obvio soy? —digo con una sonrisa.

—Es que no me lo creo, y ahora lo siento en cuanto te miro y te toco. ¿Cómo pude estar tan ciego?

—El miedo es así. Hace que te pierdas lo importante.

—No voy a poder pegar ojo.

Y entonces se incorpora y se levanta. Comienza a buscar algo por la habitación. Abre y cierra cajones, y da tantas vueltas que me mareo.

—¿Qué haces?

—Ahuyentar el miedo.

No comprendo a qué se refiere hasta que las luces llenan la habitación, el mar de estrellas yendo y viniendo hacia nosotros.

—Mucho mejor, ¿a que sí? —murmura cuando vuelve a tumbarse en su lado de la cama.

Me río, aliviado y asustado al mismo tiempo. Él me agarra del brazo y une nuestros tatuajes. El suyo en la izquierda y el mío en la derecha.

—¿Sigues teniendo miedo? —me pregunta.

—Nunca dejé de tenerlo. Todas las veces que me preguntabas, lo tenía.

—¿Incluso cuando estaba contigo?

—Sobre todo cuando estabas conmigo. —Lo miro. No puedo seguir escondiendo lo que siento, no puedo ocultarle el miedo—. Puedes tenerlo todo. ¿Por qué quieres tenerme a mí?

Me mira con una ternura que me parte en dos.

—No quiero nada si no puedo tenerte a ti. —Me sujeta de la barbilla—. ¿Cómo quieres que te lo diga?

—¿Hasta cuándo? No soportaría que volvieras a desaparecer de mi vida, y no puedo pedirte que te quedes conmigo. Yo no soy así. No quiero encarcelarte.

—Volví antes de saber lo que sentías, y no lo hice por ti. Volví porque ya vi lo que tenía que ver y este es mi sitio, contigo. Ni siquiera tenía esperanzas de nada. Daba por sentado que te echarías novia y yo me moriría de la pena. Pero me daba lo mismo. Creí que

esto era una cárcel, que me asfixiaba, pero en realidad la cárcel éramos yo y mis prisas por buscar una libertad que no me permitía obtener. Puedes sentirte enjaulado en un sitio inmenso. A veces la cárcel es un lugar, y a veces tú eres tu propia cárcel y te la llevas allá a donde vas. No vuelvas a insinuar que no eres nada, idiota.

Y entonces me empuja hacia él con demasiada brusquedad para colocarme en el centro de la cama, me abre las piernas y se tumba sobre mí. En cuanto nuestras erecciones se tocan, tengo que llevarme la mano a la boca para evitar que el gemido que se me escapa despierte a la isla entera. Es… electrizante. Una locura. Él me aparta la mano de la boca y me la sujeta por encima de la cabeza, enlazándola a la suya.

—Te tengo muchas ganas, Nau —me dice con la boca pegada a mi oreja—. Voy a borrar todas las estupideces que acabas de decir.

A continuación, se empieza a mover. Empuja, empuja, empuja, y yo solo puedo sentir, sentir, sentir. Estoy temblando y apenas puedo respirar. Lo sujeto del culo y él atrapa mi otra mano. Estoy encerrado en él y sé que si quisiera podría soltarme, quitármelo de encima, tomar el control como mi cuerpo me pide que haga. Pero ni quiero ni puedo. Necesito que tome todo lo que quiera de mí.

Me besa como si no existiera nada más allá de mi boca. Somos dientes, labios que se unen, lenguas que se enredan. Estoy temblando y apenas soy consciente de que lo envuelvo entre mis piernas, apretándolo más contra mí. Necesito tenerlo más cerca, metérmelo dentro. Noto cómo su erección crece con la fricción, haciéndome vibrar con cada empuje de cadera. Las estrellas se mueven por el techo y las paredes, y se funden con esas otras que me llenan el cerebro de luces. Necesito más, más, más. Me muevo y él se mueve, y siento una descarga de calor cada vez que nuestras pollas se encuentran. Me trago sus gemidos, sus respiraciones entrecortadas y sus palabrotas mientras lame, muerde y toma todo lo que quiere.

Cuando lo noto tensarse y quedarse inmóvil, con el cuerpo sacudiéndose por el orgasmo, caigo. Me corro con los temblores de su cuerpo, y es como si por fin la isla que somos saliera de su escondite y brillara con fuerza. Somos luces que parpadean,

corazones sincronizados y gemidos entrecortados. Temblamos y nos besamos, y seguimos moviéndonos porque ninguno de los dos quiere que se acabe.

—¿Sentiste eso? —musita con la voz ronca un momento antes de volver a besarme, todavía con las manos aferradas a mis muñecas—. Ha sido el mejor orgasmo de mi vida, y no me he quitado los calzoncillos.

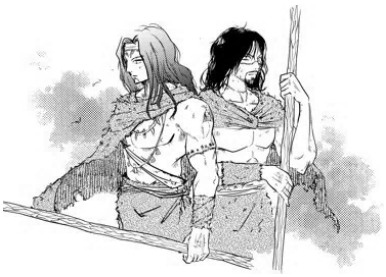
Me río.

—No te rías, machango. Acabas de poner el listón altísimo. —Me lame los labios—. Dios, quiero repetir. ¿Podemos?

—Podemos —contesto antes de atrapar sus labios en un beso que ilumina, si no el mundo entero, sí nuestra pequeña isla.

Capítulo 69

24 años



Cuando abro los ojos, él no está a mi lado. Los recuerdos me llegan de golpe, uno tras otro, y sonrío como un imbécil al darme cuenta de que todo es real. Estoy en la cama de Airam, con unos calzoncillos de Airam, con el olor de Airam en mi piel.

Me froto la cara, me visto con un chándal y una camiseta que le cojo del armario y bajo a la cocina, no sin antes lavarme los dientes y la cara. Son las nueve de la mañana, pero todos están ya sentados a la mesa. Incluso Gara está ahí, acariciando a un Tibi que se ha recostado a sus pies.

—Buenos días —digo, y ellos se vuelven a mirarme; menos Airam, que va de un lado a otro preparando el desayuno.

Es el único que no me saluda y los nervios me pellizcan el pecho. El miedo es una serpiente que se me enrosca y me aprieta hasta dejarme sin aire.

—Hay café recién hecho. ¿Quieres? —me pregunta Daniela, haciendo amago de levantarse.

—Tranquila, ya me sirvo yo.

Le coloco una mano en el hombro para que vuelva a sentarse y me dirijo al mueble para coger una taza y llenármela con el café y la leche que aún humea en el cazo.

—Ya saqué a Tibi, por cierto —me informa Tomás.

Le doy las gracias, me apoyo en la encimera de lado, con el vaso en la mano, y me dedico a observar cómo Airam trabaja. Tiene el pelo revuelto y desprende una energía contagiosa. No me mira. Escucho que Gara les dice a sus padres que esta noche ha invitado a Cristian a cenar y que hay algo que le gustaría contarles. Sonrío al pensar en la cara que pondrán cuando sepan la noticia.

Intento llamar la atención de mi amigo; un movimiento de pie, un carraspeo, incluso me pongo a dar golpecitos contra la encimera con los dedos. Trago saliva. ¿Se ha arrepentido? ¿Es eso? Inspiro con fuerza y repaso todo lo sucedido la noche anterior: la discusión en el mirador y todo lo que vino después; la conversación en la piscina y cómo terminamos en la cama tras habernos corrido (solo una vez; Airam se quedó dormido en mis brazos en cuanto volvió del baño) y haber soltado la tensión acumulada en años.

Estoy tan sumido en mis pensamientos que no me doy cuenta de que lo tengo delante hasta que siento la presión de sus labios en la comisura de la boca y un «espabila, machango» que me la pone dura al instante.

Nos miramos. Su sonrisa me calienta el pecho; también me pone nervioso. Me siento como un puñetero adolescente. Es lo que tiene llevar años enamorado de tu mejor amigo; cuando por fin te corresponde, no sabes cómo actuar ni qué decir ni cómo moverte. Por no saber, no sé ni cómo respirar cuando lo tengo tan cerca.

—A comer —me dice.

Lo sigo a la mesa y nos sentamos uno al lado del otro, como siempre hemos hecho desde que éramos chicos. Gara nos mira con curiosidad, lo que hace que sus padres también lo hagan.

—¿Qué fue? —pregunto cuando noto el peso de las miradas sobre mí.

—Eso queremos saber. Están raros —dice Gara con la boca llena de cruasán.

—Estamos prometidos —suelta Airam.

Me atraganto con el café.

—¿Prometidos? —inquiere Tomás.

—Significa que algún día nos casaremos.

Tomás se pone colorado. Daniela se ríe.

—¿Cuándo pasaron de novios a prometidos? Porque yo no me enteré.

—Ni yo. Ayer ni siquiera estaban juntos. No en este plan —asegura Gara, señalándonos.

—Llevamos quince años siendo novios —explica Airam como si tal cosa—, creo que podemos saltar directamente a la parte en la que nos prometemos. —Mastica un fresón y se gira para mirarme—: ¿Te parece bien?

Los miro a él y a sus padres de manera alternativa. Tengo la cara encendida y la mano me empieza a temblar tanto que tengo que soltar el tenedor.

—¿Estás… seguro?

—¿Lo estás tú? —me devuelve la pregunta.

Sus ojos verdes se muestran cristalinos y sé que puedo zambullirme en ellos, que estoy a salvo.

—Sí.

—¡Por fin!

Gara se levanta con los ojos llenos de lágrimas y nos abraza a los dos. Se me cae el café encima, pero no me importa. La abrazo y la mancho, y eso tampoco le importa. Luego les toca el turno a sus padres.

—Bienvenido a la familia —dice uno de los dos, quizá Daniela o quizá Tomás. No lo sé, tampoco me importa cuando les devuelvo el abrazo.

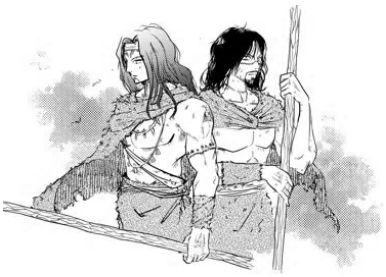
Estoy tan desbordado que lo único que hago es sentir.

El último en abrazarme es Airam, mi supuesto prometido. Me da un beso en la mejilla y me dice, con esa voz áspera que me pone la piel de gallina:

—Ahora eres oficialmente un Martel.

Capítulo 70

24 años



No me dice a dónde vamos, pero en cuanto atravesamos el casco antiguo, avanzando por sus suelos empedrados, y distingo la pérgola de madera oscura de la calle Castelar, con sus buganvillas rosadas, rojas y púrpuras, sé a dónde nos dirigimos. Él me dedica una sonrisa socarrona.

Contengo las mil preguntas que quiero hacerle a la espera de descubrir qué me tiene preparado esta vez.

Con las luces encendidas, la casa parece un jardín sin flores. Salvo las pocas fotos que cuelgan de las paredes, no hay muebles ni más signos de vida.

—Tus abuelos no llegaron a amueblarla, ¿no? —le pregunto, deteniéndome delante de la foto de una Sofía que debía de estar cerca de la treintena.

Su pelo era oscuro e igual de largo que cuando la vi por primera vez, incluso llevaba trenza y horquillas a los lados, pero su mirada era más brillante, menos ausente. Y es que si algo había llevado consigo la Sofía que yo conocí era ausencia. Estaba llenita de ella. La de su marido, la de sus recuerdos, la de esa vida que se le escapaba.

—Solo mi reino. —Al ver que lo miro sin comprender, añade—: La cocina. Está equipada al completo —explica—. Aparte de eso, el

abuelo colgó algunas fotos cuando le regaló la casa, pero enfermó y esto se quedó como un proyecto sin terminar.

Qué terribles son los sueños cuando los tocas con la punta de los dedos y te apartan de un empujón. Y ella se quedó ahí, tambaleante, buscando. Siempre buscando. La muerte de su marido se llevó muchas cosas, pero dejó recuerdos, familia, esperanza. Sobre todo, dejó amor. Espero que, esté donde esté Sofía, por fin haya dejado de buscar.

Airam me hace seguirlo escaleras arriba, como la última vez, y nos detenemos junto a la misma puerta.

—¿Vamos a bailar? —pregunto bajito, temeroso de que la magia se rompa.

—Calla y abre, machango.

Me río y niego con un gesto de cabeza antes de abrir y encender la luz.

Esta vez no hay una pista de baile, sino una cama enorme. Las paredes están pintadas con héroes de los colores del arcoíris. Intuyo que no son de Airam, sino de algún ilustrador a quien se los encargó, porque son más precisos y no se parecen en nada a esos garabatos que suele hacer. Y, aun así, es tan él que se me desborda el pecho por todo lo que siento cuando recorro la estancia y me fijo en el techo. En el enorme mapa que ocupa toda la superficie lisa, con la isla de San Borondón dibujada con poca nitidez, una sombra a punto de desaparecer. No hay nada más en la habitación.

—¿Te gusta? Pensé que podíamos decorar nuestra casa ahora que estamos prometidos.

Me río, pero enseguida se me borra la sonrisa en cuanto veo su expresión.

—Hablas en serio.

—Se acabaron las bromas, Nau.

Se me acerca por detrás. La tensión me abruma. Siento que una cuerda tira de mi cuerpo y que en algún momento se va a romper por mi peso, y caeré y me dolerá. No quiero caer, no quiero despertarme nunca de este sueño. Por favor.

—Di algo, machango —insiste.

—Es que no sé qué decir.

Me rodea por la cintura y deja un reguero de besos por mi cuello.

—Dime que vendrás a vivir conmigo.

—¿De verdad quieres que vivíamos juntos? Yo ni si siquiera he cumplido los veinticinco. Y tú vas a empezar a estudiar —le recuerdo.

—Llevo queriendo vivir contigo desde los diez. Creo que ya esperé bastante. Además, tengo dinero. La abuela me dejó una parte de sus ahorros, ya lo sabes, y podemos compartir gastos. Nau, estás viviendo en un cuartucho donde no puedes ni estirar esos brazotes que tienes. —Lo dice mientras me los pellizca con suavidad.

Me duele la cara de sonreír. Noto que está nervioso por su forma de apretarme, por los suspiros que se le escapan y esa manera que tiene de restregar la cara contra mí. Siempre me ha hecho gracia cuando se pone así; me recuerda a Tibi cuando era un cachorro y buscaba mimos.

—¿Qué pasó? —le pregunto con dulzura.

—¿Qué va a pasar? ¿No puedo abrazar a mi novio?

Su novio. Qué locura. Me esfuerzo por controlar la respiración, los latidos y las ganas que tengo de echarme a reír y a llorar, todo a la vez.

Inspira mi olor y hunde la nariz en mi pelo, como si mi piel no fuese suficiente y necesitase impregnarse mucho más de mí.

De pronto, me tiemblan las piernas y tengo que separarme de su abrazo para sentarme en la cama, porque estoy demasiado nervioso y no sé qué cojones hacer con las manos.

—Siempre fuiste tú —continúa él, deteniéndose delante de mí—. Me da igual si tenemos veinte años o noventa, seguiré queriendo vivir contigo. Necesito dejar de buscarte por las noches.

Tomo su mano y le beso la palma, acariciándola con los labios hasta detenerme en su muñeca. Me abruma lo rápido que le va el pulso, lo bonito que es y lo mucho que siente.

—Una vez me dijiste que te daba miedo equivocarte, tomar decisiones incorrectas. ¿Qué harías si pudieras volver atrás? ¿Cambiarías algo?

Airam me pellizca la nariz con la otra mano.

—Ahora mismo estoy donde quiero estar. Y si todo lo que viví me trajo hasta este momento, no cambiaría nada.

Mastico sus palabras. Él se sienta y se coloca de lado junto a mí; su rodilla presionándome el muslo, su brazo envolviéndome la cintura, su boca muy cerca de mi oído.

—¿Y tú?

Cierro los ojos y suspiro cuando desliza los labios por mi oreja. Deposita pequeños besos en la zona sensible por detrás del lóbulo, en mi cuello, y con la otra mano me aparta la camiseta lo suficiente como para seguir el recorrido hacia mi hombro. Me besa ahí una, dos, cientos de veces. La humedad de sus labios me paraliza. El roce de su lengua me convierte en un héroe sin armadura. Quiero perder todas las batallas si son con él.

—No voy a hacerme el guay —digo con la respiración entrecortada—. Si pudiera cambiar las cosas, te habría besado aquella noche. Cuando mi hermano me dijo que te gustaban los chicos. Solo podía pensar en quitarte el sabor de los labios de ese idiota y todo el dolor que vino después. Si pudiera retroceder en el tiempo, me vestiría de héroe y lo haría.

Sube la mano a mi barbilla.

—Ya eres mi héroe. Siempre lo has sido —me dice, y a mí se me hincha el pecho de mil sensaciones.

Me toca los labios un momento con las puntas de los dedos antes de acercarse y lamerlos. El aire a nuestro alrededor se espesa. La isla, allá arriba, se hace más nítida cuando abro la boca y él me vuelve a lamer, esta vez más adentro. No me doy cuenta de que tengo la mano aferrada a la colcha hasta que él baja la suya y me acaricia los dedos para que la suelte.

—Sigues nervioso —me susurra.

—Creo que voy a estar nervioso toda la vida.

Y lo digo en serio. Estar con él así es un sueño, pero también una caída libre. Me siento ligero y pesado a la vez. Soy consciente de que nunca voy a sentir algo tan verdadero e intenso por nadie más y necesito que dure para siempre.

—Machango. —Me da un beso en la mandíbula, y otro, y otro más.

Tengo un ave dentro del pecho; extiende las alas y pierde altura, se me posa en el vientre y vuelve a subir, aleteando deprisa como si quisiera quedarse arriba pero algo la impulsara hacia abajo.

Y entonces me besa. No es un beso dulce ni suave como los que hemos compartido. Es hambriento y furioso, y es todo lo que necesito. Nos empujamos, nos tocamos por todas partes y, cuando me quiero dar cuenta, estoy tumbado de espaldas sobre la cama y él se halla sobre mí.

—Quiero verte.

El siguiente beso que me da lo acompaña de pequeños mordiscos en la comisura de mi boca. Es tierno y suave, y me muestra a un Airam que siempre estuvo ahí y al que nunca me atreví a descubrir.

—Ya me has visto.

—Quiero verlo todo, Nau.

Su voz suena ronca cuando tira de mi camiseta hacia arriba y lo ayudo a quitármela. Luego hace lo mismo con la suya. Ver su piel así es… como soñar despierto, despertar dentro del sueño y darte cuenta de que no lo era.

Lo toco como si mi tacto lo fuera a romper. Se agacha para volver a besarme y forcejeamos como esas veces en las que hacíamos lucha canaria en la playa. Gana él. Estoy demasiado nervioso para pensar. Me aferro a las sábanas y las araño cuando él besa y lame cada centímetro de mi pecho, recreándose en mis pezones. Los acaricia primero con la punta de la lengua y luego con pasadas más largas, más fuertes, más intensas, acompañadas de suaves mordiscos que me arrancan jadeos y movimientos de pelvis que no llegan a nada porque él se asegura de no rozarme ahí. Sabe lo que necesito y no quiere dármelo.

Las sensaciones se intensifican cuando desciende por mi torso y se dedica a trazar héroes con saliva, llenos de armas caídas que no vamos a usar porque no nos hacen falta. Cojo aire y me arqueo mientras él dibuja en mi piel, asestándome pequeños golpes con la lengua que me hacen arder.

—Idam… —jadeo cuando me lame el ombligo a conciencia y siento que voy a correrme en los calzoncillos, tal y como lo hice

anoche, pero con la diferencia de que esta vez ni siquiera me ha rozado.

—Mmm…

Continúa besándome el ombligo de esa manera que me vuelve loco y me desabrocha el botón del vaquero, provocándome una sacudida. Echo la cabeza hacia atrás y cojo impulso para acercarme a su mano en busca de alivio, pero él me empuja de nuevo hacia la cama.

—Afloja, machango. Déjame disfrutarlo.

—Me estoy volviendo loco.

—Lo sé. Yo también —admite y se dispone a bajarme los pantalones.

Se levanta un momento para quitármelos y lanzarlos lejos, junto a las playeras y los calcetines. A continuación, se deshace de los suyos y me mira desde arriba. Tiene las pupilas dilatadas y se muerde el labio inferior mientras observa mi cuerpo con veneración.

—Eres precioso —dice con una voz cargada de deseo que me pone la piel de gallina—. Y antes de que digas que tú no, piensa que estoy al mando y voy a ofenderme.

Me incorporo sobre los codos.

—¿Tú al mando?

—Mírate. —Me da un toque en la pierna con la rodilla—. Estás blandito.

Mis carcajadas resuenan por la habitación.

—Ven y verás lo blandito que estoy.

—Uy, ¿dónde está el chico que no dejaba de temblar hace dos segundos?

—Sigue temblando, pero intenta que no lo sepas.

Me pide que me sitúe en el centro de la cama antes de subirse. A continuación, gatea hacia mí y me abre las piernas con las rodillas para colocarse entre ellas. Estoy ardiendo por la anticipación al ver lo cerca que están nuestros cuerpos y el calor que desprende. Huele tan bien…, tan dulce…, un olor que siempre me traslada a casa.

—Yo lo sé todo —musita, tomándome de la nuca y acercando nuestros labios.

—Entonces sabes lo poco blandito que estoy.

El roce de nuestras erecciones me provoca una intensa sacudida de placer que me hace gemir y sujetarlo de las caderas para acercarlo. Él me lo impide; me toma de las muñecas y me las coloca como estaban, a los lados de mi cuerpo. Y sonríe. El muy tonto sonríe y yo no puedo hacer más que sonreír con él. Me muerde la comisura de la boca y me da un lametón.

—Estás blandito y me pone a mil. —Me besa el cuello con lengua y dientes y yo me aferro a las sábanas y gimo. Es consciente de cuánto me gusta que me bese en esa zona donde parece concentrarse todo mi deseo. Me vuelve loco—. Siempre te alejabas de mí. Mantenías esa puta barrera todo el tiempo y yo me machacaba imaginando posibilidades que nunca se daban porque tú no me mirabas de la misma forma. Lo intenté, ¿sabes? Pero tenía mucho miedo de perderte.

—Sí que te miraba, pero no lo hacía directamente. Aprendí a mirarte en los demás.

—A veces te quería tanto que te odiaba.

Se me forma un nudo en la garganta al ver el brillo en su mirada. Tomo su rostro entre mis manos y lo beso. Su lengua sale al contacto de la mía y jadeamos cuando nuestras erecciones se encuentran y los dos empujamos.

Airam se incorpora sobre sus rodillas. Me clava la mirada mientras baja la mano a mi polla y coloca la palma abierta sobre ella. Me tenso y gimo con fuerza cuando frota y palpa, aprendiéndose su forma, presionando hasta descubrir cuáles son mis límites.

—Muévete —me pide.

Y yo lo hago, empujo contra su mano y siento un escalofrío cuando la tela me raspa la punta sensible; arriba y abajo, arriba y abajo. Bajo la mirada y me ruborizo de manera vergonzosa al ver lo que me hace y la cara que está poniendo, el bulto en su entrepierna, lo mucho que tiembla.

—¿Me quieres torturar?

La sonrisa que me dedica es mejor que todos los bocadillos de Nocilla especiales del mundo.

—Te estoy preparando para la gran tortura. —Se agacha y coloca su rostro delante de mi polla. Me estremezco cuando me besa por encima de la tela con una suavidad desesperante.

La luz parpadea allá arriba, la isla aparece y desaparece. El viento se cuela por la ventana y nos impulsa sobre el agua, arrastrándonos a la orilla.

Nos quitamos los calzoncillos con torpeza y un ansia cruda por liberarnos. No dejamos de mirarnos ni de besarnos ni de acariciarnos. Ninguno de los dos quiere perderse nada.

Trago saliva cuando se apoya en las rodillas, baja la mano a su erección y la cierra en un puño, acariciándose como si no importara que mi cuerpo acabara de cortocircuitar. Ahí está Airam, desnudo, tocándose como tantas veces lo imaginé cuando me corría por las noches, en especial después de haberlo pillado haciéndolo en su habitación. Desde luego, la realidad supera a la imaginación. Un montón. Dios. Puede parecer tranquilo mientras se masturba, pero su mirada se oscurece al ver que empiezo hacer lo mismo.

Me cuesta un mundo mantenerme sereno cuando se coloca entre mis piernas flexionadas. Me acaricia el tobillo, el gemelo y la zona de detrás de la rodilla. Luego se agacha para besarme el interior del muslo, una, dos, tres veces, rozándome la ingle con la nariz. Su aliento en mi entrepierna me hace inspirar hondo. Eso también me lo había imaginado, muchas veces, y nunca con tantísima nitidez. Él debe ver mi expresión, porque observo cómo arruga la frente; el rubor le enfatiza las pecas y enseguida se extiende por su cuerpo.

—Te estás poniendo colorado —murmuro.

—Es culpa tuya. No te has visto la cara, pero es que estás como un tomate y eso hace que me ponga más nervioso.

—¿Cómo quieres que esté? Eres mi mejor amigo y ahora mismo tienes la boca cerca de mi polla. —Me dejo caer contra el colchón y me tapo la cara con las manos—. Soy nuevo en esto y tengo miedo de no gustarte. Estar contigo es… Creo que me voy a despertar todo el tiempo.

Como respuesta, me da un lametón y yo sufro un espasmo en la pierna. Él me dedica una sonrisa de suficiencia que no soy capaz de devolverle porque estoy concentrado en no morirme por ignición.

—Ya me encantas, ¿ves? Te he probado. —Me vuelve a lamer para dar más énfasis a sus palabras—. Me encantas fleje, Nau.

Me río; también hago lo posible por respirar y dejar de temblar.

—En serio, Nau, no tenemos que ir tan rápido si no quieres. Es que te veo y me pongo malo pensando que lo estoy forzando todo. Vale que no debería haberte dicho eso delante de mis padres; lo de estar prometidos, digo; y seguramente tampoco tendría que haberte traído aquí. Pero vives en una habitación de mierda y yo me paso las noches pensando en ti.

Dios. Cómo lo quiero, y qué inseguro parece cuando entre nosotros está todo tan claro.

—Podemos hablar de todo eso después. O mañana. Ahora puedes seguir haciendo lo que estabas haciendo. No te preocupes por mi cara. No voy a dejar de estar nervioso contigo hasta que me muera, y, si tengo que morirme, prefiero hacerlo con tu cuerpo encima del mío. O debajo, como prefieras.

Vale, creo que me he puesto más colorado, porque suelta una carcajada y se inclina para darme un beso que me deja sin aliento.

—Solo quiero que sepas que tengo muchas ganas, pero que puedo esperar. —Su mirada es intensa pero tierna. Es todo lo que siempre he querido—. Yo también estoy nervioso.

—No quiero esperar —le aseguro.

Me abre un poco más las piernas y me agarra de las caderas para meterse la punta en la boca, succionando. El gemido que se me escapa llena la estancia vacía y contengo las ganas de moverme contra él, tal y como me pide el cuerpo. Quiero que dure; no soy un héroe, pero necesito parecerlo. Al menos un minuto. Sí, solo un minuto. Me mira y esta vez dejo los nervios de lado para que solo vea lo mucho que lo deseo.

Los héroes de sus brazos se mueven como si corrieran hacia una guerra inminente cuando me sujeta de la base y comienza a acariciarme, arriba y abajo, combinando las caricias con succiones intensas y lametones aún más intensos. Estamos en nuestra propia guerra y al final ganamos los dos. Jamás pensé que podría ser así, sentir así, querer así. Que algún día podría tenerlo así, todo para mí.

Elevo la mirada al techo, a esa isla invisible que dibujó para nosotros, y nos imagino ahí, brillando, haciéndonos visibles con cada roce y caricia, con cada gemido. Me saborea rápido y lento; con prisas pero contenido. Así es Airam. Los gemidos que emite me vibran en la punta cada vez que llego a su garganta y él traga y chupa, trabajándome con la lengua de una manera que hace que me retuerza de placer y que la tensión de mis muslos suba de nivel.

Noto que estoy al borde de esa isla, a nada de hundirme mientras me hace todo eso y me masturba cada vez con más fuerza, frotándose contra mi muslo en busca de su propio alivio. Estoy ardiendo y necesito moverme, que vaya más rápido. Necesito…

Incapaz de controlar el sinfín de sensaciones que estoy experimentando, llevo la mano a su pelo para sujetarlo con suavidad y empujar despacio. Apenas soy capaz de respirar. He empezado a gruñir y a gemir de manera vergonzosa, y a él parece gustarle, porque me devuelve unos sonidos que me ponen a mil.

—Iram. Me corro —lo aviso.

Su respuesta es metérsela hasta el fondo, succionar y moverse con más ganas. Estoy al borde de la isla y me caigo al agua, pero no me ahogo. Él me lo impide. Me corro en la boca de alguien por primera vez en mi vida, en la boca de mi mejor amigo. No soy un superhéroe, pero, cuando lo escucho gemir y temblar sobre mi cuerpo, me siento algo más que eso. Mucho más.

No sé quién de los dos tiembla más. Su piel dorada brilla, así como lo hacen sus ojos; tiene los hombros tensos, los labios húmedos e hinchados por lo que me acaba de hacer y por todos los besos que le di. Es más que precioso. Es el ser más hermoso del mundo y resulta que me quiere, y yo lo quiero tanto como él a mí o más. ¿Quién puede medir el amor? Nadie tiene la fórmula definitiva y, de existir, no la quiero. Solo quiero vivir esto con él, entregarme como no me atreví a hacer nunca.

—¿Quieres…? —me pregunta con voz ronca mientras saca Kleenex de la mesita, acompañados de un par de sobres de lubricante y condones.

El corazón se me acelera.

—Ños, venías preparado… —suelto con un suspiro cuando desplaza con suavidad los pañuelos por mi polla aún sensible para quitarme los restos de semen.

—No tenemos que hacer nada si no quieres —me repite, muy serio.

Sonrío. Me muero por hacerlo todo con él. Me incorporo sobre los codos y lo sujeto de la nuca para besarlo. Su sabor se mezcla con el mío y es intenso y raro, y no puedo dejar de besarlo.

—Quiero, Iram —le aseguro a la vez que bajo la mano a su erección para tocarlo por primera vez.

El profundo gemido que se le escapa se me mete dentro, provocándome una descarga de puro placer. Enseguida me sujeta de los hombros como si necesitara anclarse a algo y se mueve contra mi mano, gimiendo, embistiendo con una necesidad primitiva que me araña la piel.

—Dios, para, Nau —jadea, buscando mi boca con urgencia.

—Pero si eres tú —replico con una sonrisa.

—Es que me estás tocando. Nauzet Santana me está tocando la polla. Creo que ya me puedo morir.

Me río a carcajadas, tan fuerte que acabamos tumbados en la cama, él sobre mí.

—¿Sabes cómo tienes que prepararme o…? —me pregunta entre beso y beso.

—¿No me lo vas a hacer tú? —pregunto, sorprendido.

—No sé lo que quieres, y a mí me gusta de las dos formas.

—Creía que tenías el mando.

—Lo voy a seguir teniendo igual, aunque me lo hagas tú a mí —me asegura con un tono serio que me hace sonreír—. Eso de los roles es una tontería, y yo lo quiero todo contigo. Seguiré haciéndote gemir mucho tanto si me la metes como si te la meto yo. Además, me da miedo hacerte daño. Tengo muchas ganas.

Se me hincha el pecho de recuerdos. Es como volver a ver a aquel niño que me seguía con la bici, hablándome de lo alucinantes que eran los platos que hacía y lo buen cocinero que sería cuando se hiciera grande. Ya no es aquel niño, pero sigue conservando la misma entrega, el mismo brillo, la misma inocencia.

Extiendo los brazos sobre la cama.

—Entonces dibújanos héroes para que nos den su fuerza.

Enarca una ceja; sus labios componen un mohín que enfatiza aún más el hoyuelo de su barbilla y que hace que quiera comérmelo a besos.

—¿Necesitas fuerza para estar conmigo?

—Necesito otro corazón, y quizá otro cuerpo, porque los míos van demasiado a su bola cuando te tengo tan cerca —admito.

—Pues va a ser que no, porque a mí me encantan los dos y eso que aún los estoy conociendo en profundidad.

Se agacha y me besa. Lo rodeo por el cuello y nuestras pollas se frotan con timidez. La suya está tan dura que hace que me estremezca y consigue que la mía regrese a la vida en cuestión de segundos.

—Yo… quiero que me lo hagas tú —musito—. Estoy demasiado nervioso y no creo que pueda controlar nada.

—Si ya lo sabía yo… Estás blandito.

Le pellizco la cintura y la risa que emite me infla el pecho.

—Vale, pero iremos poco a poco —me advierte—. Y necesito que me digas en cualquier momento si te hago daño o si…

Le pongo una mano en los labios.

—Los héroes primero.

Me muerde los dedos un momento antes de metérselos en la boca. Se me borra la sonrisa cuando su calor me envuelve y su lengua se desliza entre ellos, haciéndome jadear. Ahora sí que estoy duro.

Airam saca los bolígrafos que lleva siempre en los pantalones y nos pintamos héroes el uno al otro; los suyos son más precisos, más valerosos, más.

Luego me prepara. Es intenso y lento, y lo hace con un cuidado que me calienta el corazón. La sensación de tener sus dedos ahí es rara y excitante, y es como si fuera a correrme todo el tiempo pero no lograra alcanzar el orgasmo. Entre nosotros es todo tan natural que me olvido de que nunca hice esto; él consigue que lo haga.

Tiemblo de impaciencia cuando por fin se pone el condón y acerca la punta resbaladiza a mi entrada. Me arqueo y contraigo los

músculos de manera instintiva; eso lo hace temblar y morderse los labios. Está nervioso y no puede estar más guapo. Yo también estoy nervioso, pero quiero ser valiente, de modo que me trago la ola de emociones que me arrastra y me concentro en lo cerca que estamos, en cómo entra en mí, llenándome, quemándome, mientras mi polla se frota contra su piel.

Siento un ardor intenso cuando llega al fondo y se queda ahí, moviéndose a los lados con cuidado para que me acostumbre a su tamaño. Por un momento dejo de respirar y solo siento un calor que me quema por dentro. La sensación es paralizante, pero no desagradable, y le pido que siga con un movimiento de cadera.

Sus ojos verdes me examinan con cariño antes de empezar a moverse. Me besa una, dos, incontables veces mientras lo hace. Introduzco los dedos en su pelo y me aferro a sus caderas con la otra mano. Nuestros gemidos se mezclan con jadeos y respiraciones profundas. Dios. No estoy aquí. Estoy en la isla y necesito el frío del agua para contener el calor.

Me penetra como una ola deslizándose hacia la orilla; tres empujes hacia dentro, calma, y luego una retirada rápida para, un momento después, volver a repetir la entrada; así una y otra vez mientras cierro los ojos y me dejo mecer por el agua.

—Machango, abre los ojos. —Su tono preocupado me acaricia el corazón.

—Estoy bien, sigue —le pido con una especie de sollozo al sentir cómo me roza la próstata, provocando que el dolor se mezcle con esa otra sensación de estar a punto de perder la cabeza—. Iram…

Se mueve con cuidado, entrando y saliendo en estocadas largas y contenidas, mientras yo intento olvidarme de la sensación de estar demasiado lleno, demasiado caliente, demasiado todo. Tiemblo y me retuerzo, y mis gemidos y balbuceos deben escucharse por todo el casco antiguo cuando cuela una mano entre nuestros cuerpos y me empieza a masturbar.

En cuanto comienza a rozarme la próstata de manera reiterada, clavo los talones en el colchón y me dejo arrastrar por oleadas intensas de placer y esa sensación de estar a punto de arder desde dentro.

—Machango, dime que estás bien —me pide con la voz rota, besándome el cuello como sabe que me gusta.

—No.

—¿No? —Apoya el codo en el colchón para mirarme.

—Voy a correrme.

Se ríe; también se relaja.

—Eso es estar muy bien.

Tenso las piernas y dejo de respirar cuando me la mete hasta el fondo y noto cómo crece en mi interior. Sus embestidas ahora son cortas pero enérgicas, y sus dedos me aprietan la erección con suavidad. No deja de rozarme en ese punto y yo no dejo de sentir que estoy cayendo en un abismo y que no quiero llegar al fondo; prefiero seguir cayendo en él todo el tiempo.

Giro el cuello para darle mejor acceso y él besa, muerde, chupa, y yo me vuelvo loco y me corro con violencia en su mano. Suelto un gemido ronco que me raspa la garganta y clavo los talones aún más en el colchón. Enseguida levanto el culo para moverme en sincronía con él, y me deleito al notar cómo se tensa y palpita dentro de mí. Susurra mi nombre incontables veces mientras gime y me sigue acariciando la polla hasta que deja de convulsionarse. A continuación, me levanta la barbilla y me come a besos.

Me besa la frente, la nariz, los labios, a la vez que me rodea con los brazos y hunde el rostro en mi cuello.

—Dios, cómo te quiero. Fue el mejor polvo de mi vida.

—No lo digas así —me quejo.

—Te acabo de desvirgar. Lo digo como me da la gana.

Me río a carcajadas.

—Tonto. Tampoco fue para tanto.

—¿Qué? —Su tono indignado consigue que me vuelva a reír con ganas.

—Me refiero a lo de perder la virginidad. Pensé que sería peor. Estuvo bien.

—¿Bien? Ha sido alucinante. Ese gemido final tuyo será lo último en lo que pensaré antes de morirme.

—No vas a morirte —gruño.

—Todos nos vamos a morir.

—No antes que yo.

Toma mi rostro entre sus manos y me dice:

—Antes o después, te esperaré allá donde vaya. No voy a dejar de quererte nunca, Nau.

—Acabamos de follar. ¿Podemos no hablar de muerte?

—Morir de amor es bonito. Muero de amor cada segundo desde que supe que me querías. ¿Y sabes qué? Ya no le tengo miedo a nada. No necesito héroes si estoy contigo.

Contengo las ganas de llorar; de felicidad, de amor, de todo.

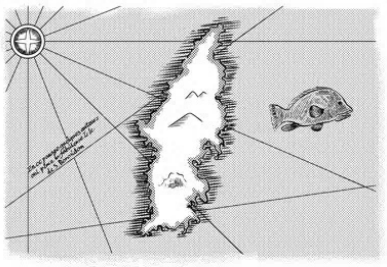
—Yo tampoco, Iram. —Lo estrecho fuerte contra mi pecho.

Por primera vez, no quiero esconderme ni convertirme en una isla.

Quiero estar aquí, con él, el resto de nuestras vidas.

Capítulo 71

Tibicena



—Enzo, ¿qué le pasa a mamá? —le pregunté a mi hermano una vez mientras pintábamos el teje en la azotea de mi casa, bajo las liñas donde mi madre tendía la ropa.

Ella se enfadaba si veía el suelo pintarrajeado, pero no siempre se fijaba. A veces pisaba el teje y no se daba cuenta, y yo solo quería gritar y gritar porque no estaba bien que pisaras las rayas; tenías que saltar. Pero mamá no saltaba. Nunca la había visto saltar. En realidad, nunca vi a mi madre hacer demasiadas cosas.

Yo era demasiado mucho, pero ella era demasiado poco.

No nos daba besos y sonreía solo si estaba delante de desconocidos o en la calle, cuando alguien le decía algo. Y yo me quedaba mirándole la boca, los labios que se le estiraban como cuando cogía el bigote de Tibi y jalaba de él para verle las encías y lavarle los dientes.

—Es un demonio tibicena —me explicó Enzo—. Trepa por la ventana y, una vez lo ves, ya no formas parte de este mundo. Te roba el alma, ¿entiendes? Y mamá pasa mucho tiempo alongada ahí.

No, no lo entendía, pero dije que sí porque me gustaba que Enzo me hablara como si yo no fuese chico.

—¿Ves el teje? No puedes pisar las rayas. Si las pisas, entonces el demonio tibicena te muerde el alma y ya no podemos ser hermanos. Así que no pises las rayas, ¿me oyes?

—No quiero dejar de ser tu hermano.

Entonces saltamos.

Y, a partir de ese momento, siempre que jugábamos al teje, Enzo me contaba leyendas de los tibicenas, a veces a cachos hasta que nos llamaban a comer, y otras iba dando tumbos de una historia a otra. Más tarde, cuando me hice grande, busqué la leyenda del perro demoníaco de la mitología guanche, pero no se parecía en nada a lo que me contaba mi hermano. La historia cambiaba, pero los tibicenas siempre eran perros enormes con los ojos rojos brillantes y cuernos. Ahí comprendí que una leyenda adquiere distintos significados dependiendo de quién la pronuncie.

Aun así, me gustaba mucho jugar con Enzo, saltar y saltar y demostrarle que era grande, aunque no lo fuera. Hasta que un día me empujó, pisé la raya y dejamos de ser hermanos. El Tibicena, el demonio terrorífico *robaalmas*, se llevó a mi hermano, como se llevó a mi madre y mis sueños de chico, dejándome ese miedo que me mordía por dentro y sus cuernos clavándoseme en lo más hondo.

El día en que mi tío nos trajo al perro, un año antes de conocer a Sofía, mi hermano y yo ya no jugábamos al teje. Ni siquiera éramos hermanos, aunque seguíamos siéndolo. Aun así, cuando mi tío nos preguntó por un nombre, los dos dijimos alto y claro: ¡Tibicena!

Todo esto se los conté a ustedes aquella tarde de invierno unos meses después de que nos mudáramos a vivir juntos. Estábamos sentados en el salón de tu casa de Santa Brígida y tu hermana me acariciaba el antebrazo mientras empezaba a explicarles qué era un tibicena en la mitología guanche. Tu abuela no estaba y ahora era yo quien se ocupaba de contar las leyendas, que seguían dando miedo porque ya no éramos chicos y sabíamos que tras las mentiras se escondía una gran verdad.

Y la verdad era que tu abuela ya no estaba y afrontábamos el miedo con otro miedo solo para evitar el desgarro. Tibi también nos acababa de dejar, por eso estábamos ahí sentados. Sentía que con él se había ido un cachito de mi corazón mientras narraba la leyenda que solo venía a reflejar cómo de aterrador podíamos llegar a ver el mundo cuando no comprendíamos lo que sucedía.

El miedo era eso que pasaba mientras intentábamos escondernos de él.

—Cuando Guayota, el diablo de los tinerfeños, secuestró al dios del sol y lo escondió en el fondo del Teide, la isla se sumió en la oscuridad hasta que el dios del cielo, Achamán, acudió a rescatarlo. De esa oscuridad nacieron los tibicenas; eran demonios infernales que corrieron a esconderse en cuevas y lugares oscuros en cuanto volvió la luz. Los tibicenas podían salir del mar o de la tierra y transformarse en animales o incluso en personas. Y cuando te alcanzaban…

—¿Qué pasaba? —quiso saber Gara.

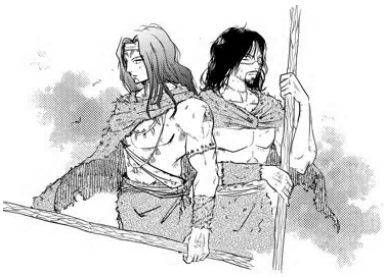
—Cosas malas. Por eso les rendían culto y les ofrecían sacrificios. Se encontraron cráneos de perros enormes que aseguraban que provenían de estas criaturas en yacimientos de Tenerife y también de aquí.

No tenía ganas de seguir hablando, y ustedes lo sabían. Aprovechaste que Gara se levantó para traernos un batido de chocolate y te sentaste a mi lado, boli en mano. Cogiste mi brazo y me pintaste héroes y también un tibicena en honor a ese perro que tanto nos dio a tu abuela y a mí a lo largo de los años. Sin él, jamás habría podido aguantar la soledad que me dejaba tu ausencia.

Y mientras me pintabas, lloré. Tú guardaste silencio. Me acariciaste la mano y seguiste pintando. Era tu manera de decirme que no importaba lo oscuro que pareciera el mundo, pues en ti siempre hallaría una luz.

Epílogo

25 años



Si tuviera que definir el amor, dibujaría un teje en el suelo con tizas de colores. Buscaría la piedra que todavía guardo en el cajón de los calcetines, esa con el peso y la forma que tanta suerte me daba cuando era chico, y empezaría a saltar. Eso es el amor, intentar no pisar rayas y mantenerte en equilibrio incluso cuando te ves incapaz de sostenerte a ti mismo. Casilla a casilla, con sus paradas para descansar y esos momentos en los que crees que no puedes seguir porque el dolor casi supera las ganas.

Casi.

Enamorarte a los nueve años es algo increíble; enamorarte de tu mejor amigo y que él te corresponda es casi un milagro. Y yo no creo en los milagros. Creo en las personas, creo en ti.

En eso pienso cuando me agarras de la mano y nos abrimos paso entre la gente. Estamos en marzo y nos dirigimos al mogollón de Maspalomas tras asistir a la Gala Drag Queen para tomarnos algo en uno de los bares menos abarrotados que encontramos en el Yumbo, que es donde se celebran ambas cosas. Mi cumpleaños fue hace unos días, pero querías que viviera la gala en vivo contigo.

«Te voy a desvirgar por segunda vez», me dijiste al oído cuando me lo propusiste, y empezamos una batalla de empujones y besos que sabías que me encantaba.

Según tú, no existe mejor lugar que ese para celebrar la diversidad y la inclusión. Yo había visto alguna gala en internet, claro, y en la tele, como hacía con casi todas las cosas que me contabas cuando vivías en Las Palmas y a las que yo no tenía acceso. Pero estar ahí es… distinto. Como ver arte y libertad en movimiento.

Resulta hipnótico ver los vestuarios elaborados de cada *drag*: el maquillaje, las coronas y los accesorios, así como los taconazos que parecen rascacielos. La actuación con sus coreografías trabajadas se mezcla con la música en un despliegue de brillo y colores, culminando con los gritos del público, que parecen expresar un mensaje de aceptación y libertad. «Sí, somos libres». «Sí, somos perfectos». «Sí, somos hermosos y auténticos». «Sí, somos».

Nunca olvidaré la cara de la *drag* ganadora al besar el trofeo que le entregaron. Sus pestañas largas hacían que sus ojos parecieran pequeños y sus pupilas estrechas como las de los gatos. Brillaba, y no solo por el dorado y el violeta chillón de su vestido, ni por su intrincada corona. Brillaba por ese mensaje que venía a decir que lucimos más hermosos cuando no intentamos ser más de lo que somos; si una cosa tienen las máscaras, es que todas, tarde o temprano, terminan por caer. Tampoco olvidaré la puesta en escena ni la parte en la que estalló el volcán y revivimos la historia que tiempo atrás nos había contado tu abuela, la del diablo de Timanfaya.

Ahora que ya se acabó la gala, el escenario se halla vacío salvo por los DJ, y la música suena más alta que en la romería de nuestro pueblo. Todo está abarrotado de gente disfrazada o en ropa de calle, y sus caras son borrones como los que se nos quedan en los brazos cuando dibujamos héroes con tinta de colores. Es la primera vez que vengo a unos carnavales y me invade una sensación extraña: la de estar entre cientos de personas y no ser nadie.

—¿Todo bien, machango? —me dices al oído, y yo sonrío cuando me vuelvo a fijar en ti.

Vas vestido de rey guanche, con todo el cuerpo pintarrajeado y rastas en el pelo, los brazos llenos de héroes armados dibujados por mí. Te has inventado el disfraz y estás tan ridículo que te comería a

besos. Y entonces me doy cuenta de que puedo hacerlo. Puedo comerte a besos. Podemos hacer cualquier cosa, como comernos el mundo, como desaparecer en esa isla que somos, esa isla dentro de una isla más grande, más llena de gente, en ese lugar donde somos Airam y Nauzet, mejores amigos, novios, familia, pero también mucho más.

—Ya sé lo que quiero regalarte por tu cumpleaños —te digo al oído.

Tus ojos verdes se iluminan bajo los focos de colores y las luces que nos envuelven. Suena una canción que no reconozco, pero que levanta a todo el público. El mundo gira y gira, y los cuerpos se mueven en sincronía. El ruido es ensordecedor a medida que nos acercamos al corazón del mogollón. La isla nos pertenece.

—¿El qué?

Me detengo para sujetarte de la cintura y unir nuestros labios. Y, mientras te como a besos, pienso en el teje que es el amor. En nosotros dando brincos, superando obstáculos hasta llegar al lugar al que pertenecemos. Pienso en lo valientes que podemos llegar a ser con solo creer que lo somos.

No te digo que te regalé mi corazón a los nueve años. No hace falta. Llegamos a la última casilla y allí nos quedamos, apoyando las dos piernas por fin en el suelo. Un momento de descanso antes de seguir a donde quiera que nos lleve esto. En el teje, a las casillas de descanso donde no tienes que mantener el equilibrio se les llama «cielo», «gloria» o «paraíso». Yo las llamo «casa».

Pienso en el pasado, en cómo funcionan los recuerdos. Pienso en una de esas velas que encendía tu abuela, en la cera que se agota, en la llama que titila, y se me ocurre que los recuerdos del pasado funcionan un poco así. Mientras la vela no se agote, el pasado no te alcanza, pero, en cuanto lo hace, los recuerdos caen sobre ti como una lluvia de verano. El pasado siempre está ahí, te persigue, te acecha. Ahora, en este momento, te miro y el pasado está lejos; tú eres la llama, tú eres el presente, el pasado no nos importa. No importa nada más que este momento.

Nos seguimos besando, y seguimos siendo invisibles, y la música sigue sonando, y nuestros cuerpos se mueven, y el mundo sigue

girando. Nuestra isla se enciende y estamos aquí y a la vez no estamos.

Nosotros como esa isla que aparece y desaparece.

FIN

Agradecimientos



Escribir es un salto de fe. Empiezas una historia con un enjambre de abejas en la barriga, ganas e incertidumbre. Sabes a dónde vas, pero no tienes ni idea de cómo será el viaje, si será largo o corto, si habrá baches, si tropezarás, si te cansarás.

Así empecé esta novela: con miedo, con ganas, con la única certeza de que quería ambientarla aquí, en Gran Canaria. Porque soy muchas cosas, pero resulta que también soy canaria, aunque tienda a olvidarlo.

No sé a vosotros, pero a veces renegamos de nuestras raíces. Tendemos a pensar que lo nuestro es cutre, a saber por qué. Necesitaba quitarme esa idea de la cabeza. Demostrar que podía hacer algo bonito, dibujaros mi isla de la única forma que sé: con palabras. Que la historia de Airam y Nauzet dejara la huella de un tibicena en vuestros corazones.

Recuerdo que acababa de terminar de escribir la serie de los hermanos Simmons y me había dado un tiempo para no pensar. Leer, ver pelis y volver a encontrar la chispa. Ya sabéis.

Entonces llegó Conan Gray con su *This Song* y el vídeo me voló la cabeza. Literal. Lo vi una y otra vez, pensando en que yo quería eso, necesitaba eso.

Así nacieron mis canariones, gracias a la magia de la música. Gracias a la mecha de Conan Gray. Una sola canción es la banda sonora de este libro. Tardé tres semanas en escribirlo y fue lo único

que escuché en bucle. Veía a Nau y a Airam, los sentía, corría por calles que me sabía de memoria, hablaban mi mismo idioma.

Cuando escribes sobre lo que no conoces siempre existe la barrera de la distancia, estás desnudo, pero no del todo. Nunca del todo. En cambio, cuando lo haces sobre lo que eres, la cosa cambia. Eres tú sin más disfraz que la piel que vistes. Tú recorriendo un mapa desgastado que te sabes de memoria. Tú y nadie más que tú.

Somos como esa isla que aparece y desaparece es un pedazo de mi infancia, de mi vida, de lo que será mi futuro. Porque soy canaria y aquí os he dejado un cacho de mi tierra. Ojalá os guste lo suficiente como para querer visitarla algún día.

Gracias a todos los que me acompañáis en mis idas y venidas, a los que me sufrís en silencio y estáis ahí mientras os hablo con mucho entusiasmo de personajes que solo existen en mi cabeza. Gracias a mis lectores de siempre y a esos otros nuevos que llegan y se quedan. Gracias por los mensajes, las reseñas y los audios que me ponen el corazón del revés y me hacen creer en imposibles. Gracias por hacer de este viaje de letras la aventura de mi vida. Gracias.

Acerca de la autora



Fátima Embark. Ingeniera por equivocación, librera por vocación, hasta ahora conocida por ser una de las integrantes del pseudónimo Wendy Davies.

Ha publicado en Amazon *Somos como esa isla que aparece y desaparece*, la bilogía *Aunque me vaya* (*Aunque me vaya*, *Aunque te vayas*), *Antes de que te quiera* y *Todo lo que no sabes de mí*, ambos parte de la serie Barnard, sus primeras dos novelas en solitario.

Con *Carretera al invierno* comenzó a coescribir con Virginia Cavanillas y fue el primer viaje de muchos en esta larga carretera llamada Destino. Le siguieron *Todo lo que soy contigo*, *Solo hasta Navidad*, *Donde tú estés* y *Seis gatos, dos perros y tú*; todos romances contemporáneos LGTB chico-chico.

Además, como Wendy Davies ha coescrito *Hope*, *Siempre será diciembre* (Premio Gran Angular 2017), *Instant Karma*, *Una estrella en mi jardín*, *Recuerda que me quieres* y la trilogía *Estoy aquí*, actualmente en curso con Roca Editorial.

Si algo tiene claro, es que va a seguir contando historias, siempre escribiendo lo que quiere leer.

Página de la autora en Amazon
https://www.amazon.es/stores/author/B0D94Y8QYX

Suscríbete a la newsletter de la autora:

Recibirás emails donde te hablará de sus próximos proyectos, capítulos eliminados (pero guais) de los libros que has leído, entrarás en sorteos y podréis cotillear sobre el mundo del escritor fuera y dentro de editoriales, así como otras cosas relacionadas con lo que más te gusta: leer.





Otras obras de la autora

Serie Barnard

Historias románticas independientes ambientadas en Orsino, un pueblo pequeño ficticio de Inglaterra.

Se pueden leer en orden o por separado.



Libro 1: *Antes de que te quiera*

«Las personas somos mapas, solo hay que descubrir de qué tipo».

El mundo de Viola está roto. O quizá sea ella quien lo está.

Una noria, a eso se reduce todo. Una noria que gira y gira mientras el mundo que una vez conoció se derrumba a sus pies. Las luces parpadean, los ojos le escuecen ante la realidad que se le presenta. Dentro de la noria está lo que queda de su vida: sus amigos, los recuerdos de su familia, su verdad. Fuera de la noria está su corazón, aquello que más quiere en el mundo, su hermano Sebastian. Él está perdido y Viola no sabe qué hacer para encontrarlo. El mundo se cae y ella no puede dejarlo atrás.

Entonces aparecen Henry y Jude Baker. Dos náufragos de su propia historia dispuestos a demostrarle que subirse a la noria no debe dar miedo; que su hermano la seguirá, aunque ahora no lo crea.

Henry no tiene nada que ver con Viola y a la vez lo tiene todo. Sus mundos chocan, sus verdades colapsan, la noria sigue girando, imponente, y ella no cree tener el valor para subirse.

Por eso hacen una promesa: «me iré antes de que te quiera».

Esta es la historia de Viola y Henry, pero también el inicio de otra; la de sus hermanos.



Libro 2: ***Todo lo que no sabes de mí***

—Deja de mirarme así.

—¿Así cómo?

—Así, como si lo supieras todo. Como si lo vieras todo.

—Es que te veo, Seb. Pero tú no me ves a mí.

—No tienes ni idea.

—Ah, ¿no? Entonces pregúntame. Pídeme que te cuente todo lo que no sabes de mí. Todos tenemos una guerra dentro, ¿sabes? Y la tuya ha durado demasiado.

Sebastian Evans lleva más de trece años librando su propia guerra. Una guerra que lo ha mantenido separado del chico al que quiere, a quien no se merecerá

nunca. Su mejor amigo, su esperanza, su verdad: Jude Baker.

Y ahora Jude se va a casar.

Cinco días y se acabaron los quizás, cinco días y Jude dejará de mirarlo, cinco días y todo habrá terminado. Pero ¿se puede terminar algo que nunca ha empezado? Para que eso no pase hace falta la verdad, y hay verdades que no están listas para ser pronunciadas.

Tras años de silencio, Sebastian tendrá que enfrentarse a la verdad con el corazón en carne viva, dejar el pasado y la culpa atrás, y aprender a vivir.

Todo lo que no sabes de mí es la segunda entrega de la serie Barnard, un friends to lovers chico chico emotivo, divertido y sexi entre dos amigos que llevan años queriéndose en silencio y ha llegado el momento de que lo hagan a gritos, con toda la verdad.

Otras obras de la autora

Bilogía 'Aunque me vaya'

Libro 1: *Aunque me vaya*



Dos hermanos, Lara y Adam.

Un viaje a Irlanda.

Una familia rota.

Dos historias de amor.

Tras dejar a su novio en el altar en un acto altruista, pero de devastadoras consecuencias para su corazón, Lara coge la mano que su hermano Adam le tiende y ambos se lanzan a la búsqueda de sí mismos.

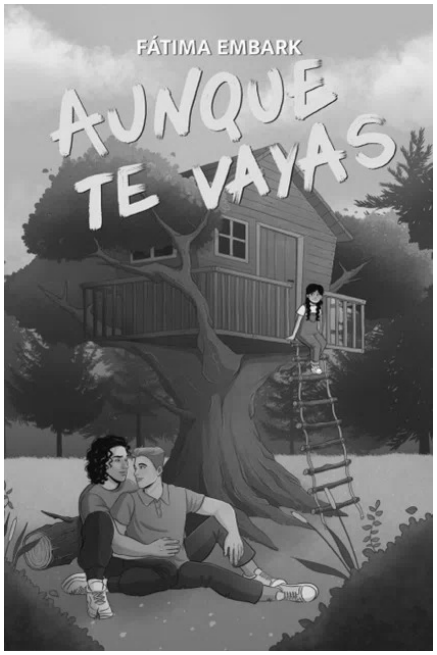
Una se encontrará en los silencios de Kalevi, el propietario de un cine de reposición que con pocas —muy pocas— palabras le enseñará lo que es el amor verdadero cuando este es correspondido.

El otro se encontrará —o perderá— en el hermano de Kalevi, un hombre que ha tocado un fondo tan profundo que ni siquiera ve la luz.

Adam —en busca de su sexualidad, pero, sobre todo, de la felicidad de su hermana— haría lo que fuera por ella, incluso aunque eso implique atarse, de forma literal, a un hombre destrozado que parece que ya no tiene nada que perder.

Adam y Lara encuentran su faro en Irlanda y en los Butler: Kivi y Kalevi, dos hermanos destrozados, una familia rota, una niña que es luz entre tanta oscuridad y silencios. Muchos silencios.

Libro 2: *Aunque te vayas*



Dos familias.

Dos historias de amor.

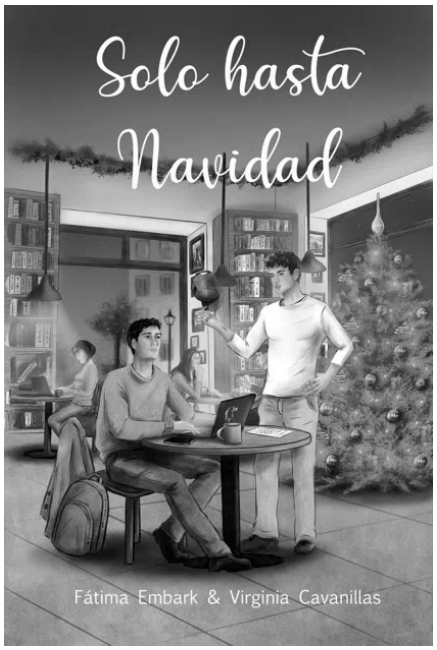
Un viaje a Irlanda que llega a su fin. ¿O no?

El desenlace de ‘Aunque me vaya’.

Otras obras de la autora (Soul Finder)

Coescrita con Virginia Cavanillas

Historias LGTB románticas contemporáneas e independientes, ambientadas en Eeriewood, una pequeña ciudad ficticia de Inglaterra. Todos los libros tendrán como nexo común una *app* de citas llamada Soul Finder, cuya finalidad es emparejar a las personas —independientemente de su sexo u orientación— según intereses comunes y afinidades.



Libro 1: *Solo hasta Navidad*

Owen Langston, bisexual y ligón empedernido de cara a la galería, solo quiere que sus padres —muy gais, muy felices y muy casamenteros— lo dejen en paz. Y para eso necesita un novio ficticio. Si les hace creer que tiene una pareja —chico— estable con la que pasar la Navidad todo irá bien.

Pero solo hasta Navidad.

Levi Wright ha creado la primera *app* de citas basada exclusivamente en intereses personales y afinidades comunes. Cero fotos. Ninguna interacción en la vida real hasta cumplir ciertos requisitos. Pero cuando su alma gemela en la aplicación le pide que finja ser su novio, Levi no puede rechazarlo.

Solo hasta Navidad es el primer libro de la nueva serie de Fátima Embark y Virginia Cavanillas: romances M/M contemporáneos con poca carga dramática y muy sexis.

Bienvenidos a Soul Finder, la aplicación perfecta para encontrar a tu alma gemela.



Libro 2: *Donde tú estés*

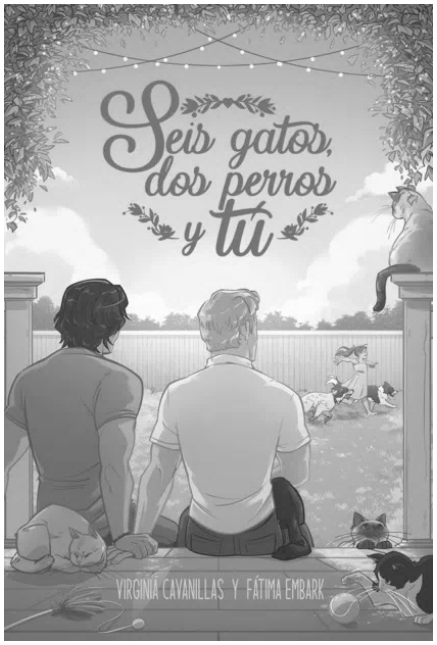
Ryder Jones ha encontrado a su alma gemela en Soul Finder, la aplicación de citas del momento, esa que te pone en contacto con personas afines a ti y hace que encuentres al amor de tu vida o una amistad del alma. Pero hay un problema; uno pequeñito, nimio; un detalle de nada: su otra mitad está enamorado de otro.

Pero bueno, tampoco es que Ryder quiera un compromiso de por vida. Solo quiere pasarlo bien, lo de las almas gemelas le parece pura ficción.

James Wilson lleva enamorado de su mejor amigo desde que, a los quince años, descubrió que era bisexual. Ahora, su amor platónico de toda la vida tiene novio y él un follamigo con el que no sabe cómo lidiar; porque Ryder Jones no es solo un tío con el que tiene una compatibilidad abrumadora en la vida real, sino su alma gemela en Soul Finder. Y eso son palabras mayores. Bueno, si él creyera en esas chorradas. Cosa que no hace, claro.

Pero es que Ryder se ha colado en su gimnasio, en su vida y en su cama, y no sabe cómo sacarlo. Ni si quiere hacerlo.

Donde tú estés es la segunda entrega de Soul Finder, un frenemies-to-lovers (amienemigos que se lían y luego se enamoran) divertido y sexi entre dos personas destinadas a ser, aunque ellos mismos no lo vean.



Libro 3: *Seis gatos, dos perros y tú*

Mason está preocupadísimo porque ha perdido a su gata. Pero cuando descubre que la hija de su guapísimo —y muy heterosexual— vecino se la ha llevado, decide tomar cartas en el asunto. Aunque para ello tenga que llamar a la puerta del vecino buenorro que ni siquiera se digna a saludarlo cuando se cruza con él. Aunque para ello tenga que enfrentarse a un miedo aún mayor: tener que hablar otra vez con esa niña.

No le gustan los niños, son raros y complicados, y él quiere una vida tranquila y sencilla: quedar con el chico que le gusta de Soul Finder, la aplicación de citas que promete darle un futuro amoroso brillante, y volver a casa con sus seis gatos —ahora cinco— y sus dos perros.

Grant no espera encontrarse a su vecino, el loco de los gatos, frente a su puerta justo en la noche en la que su cita de Soul Finder —la aplicación en la que se dio de alta porque su exmujer casi casi lo obligó a punta de pistola— lo ha dejado tirado por tercera vez. Siempre que ve a su vecino, lo rehúye; es guapo a rabiar, extraño y él no necesita complicaciones en su vida. Quiere paz junto a su niña de nueve años, seguir grabando sus programas de cocina y organizar caterings para los mejores restaurantes de la zona. Pero cuando encima descubre que el loco de los gatos —también conocido como el paseador de perros— tiene aversión a los

niños, el «no» en luces de neón no puede ser más claro. Mason y él no están destinados a ser. ¿O sí?

Seis gatos, dos perros y una pareja quizá son muchas complicaciones. O quizá la receta infalible para triunfar en el amor.

Adéntrate en Soul Finder 3: romance LGTB joven, vecinos, padre soltero, diferencia de edad, dominante/tímido, destinados a ser.

Otras obras de la autora (Winter Falls)

Coescrita con Virginia Cavanillas

Historias románticas LGTB independientes, ambientadas en Winter Falls, una pequeña ciudad ficticia de Inglaterra.



Libro 1: *Carretera al invierno*

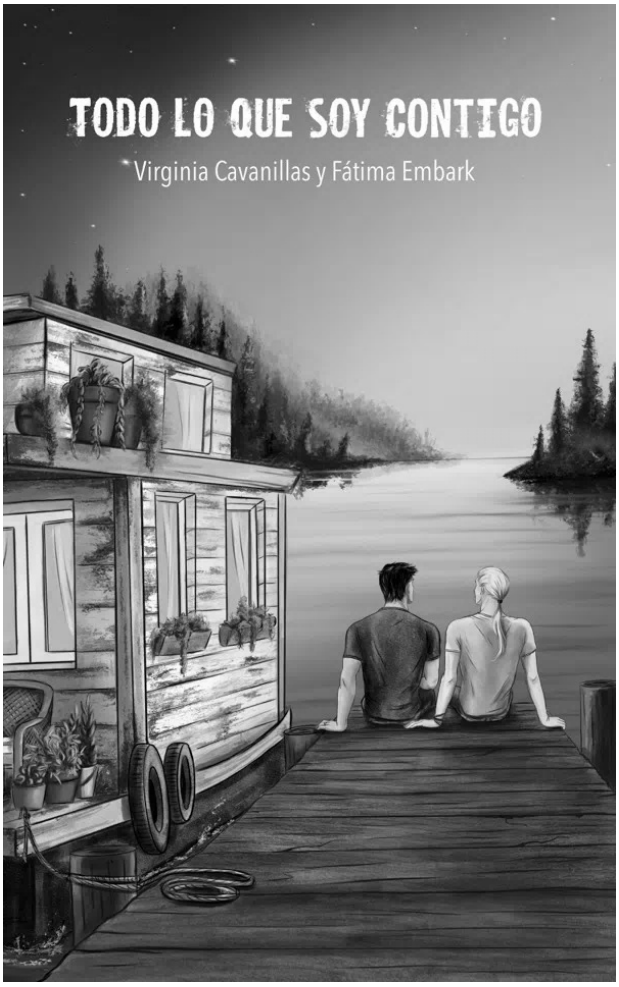
«Quería encontrar una pareja con la que pasar Halloween y encontré a una persona con la que pasaría cualquier día, aunque no fuese Halloween».

Gabriel es… especial; de único, de particular. Si pudiera, se convertiría en un personaje de una película de Tim Burton. Le gusta Halloween, no solo porque es su cumpleaños, sino como forma de vida. Su mayor deseo es compartirlo con alguien que adore esa fecha tanto como él. ¿Acaso es mucho pedir? Hombre, mujer… Le da igual siempre que decorar calabazas, ver películas de miedo y oler a otoño esté en los planes. Gabriel quiere enamorarse, y hacerlo bien por una vez.

Hendrix le ha dado un descanso al amor. Cansado de ser un anfitrión cuyos visitantes llegan a su vida con fecha de caducidad, ha decidido que no quiere nada de romances ni de aventuras. Y mucho menos si el chico en cuestión es un

bisexual sin experiencia obsesionado con las calabazas, las velas y sin filtro a la hora de hablar. No, se niega.

¿Existe el destino? ¿Hay parejas que han nacido para estar juntas? ¿O el amor es una carretera de doble sentido por la que hay que aprender a conducir? A veces, solo se trata de subirse al coche de la persona correcta.



Libro 2: T*odo lo que soy contigo*

Dos chicos rotos que necesitan recomponerse por separado antes de unir sus piezas y formar un todo perfecto.

Dani se ha perdido entre Daniel y Danielle. Es uno de día y otra de noche. Es los dos y a la vez ninguno. Necesita encontrar un equilibrio, y por ello ha decidido cambiar de vida; reconstruirse, aunque le cueste; no ocultarse tras una mentira. Su familia, su mejor amigo de la infancia, su exmujer…, todo forma parte de un pasado que lo ha marcado y lo ha hecho esconderse tras una fachada que no es él.

Taylor está cansado. Se esconde tras sus libros distópicos, sus pantallas de ordenador y sus relaciones de una noche de las que escapa antes de que salga el sol. Está perdido, un poco roto y sorprendido de encontrarse a alguien de su pasado que no esperaba volver a ver. Alguien que encarna al amor platónico de su infancia y, a la vez, es la personificación de sus miedos y su soledad. Lo odia; o eso quiere creer. La única manera de descubrirlo será acercarse a él.

¿Será capaz Dani de recomponer sus fragmentos y convertirse en el todo que quiere ser, en todo lo que puede ser para Taylor? ¿Logrará Taylor ver a Dani tal y como es y se encontrará a sí mismo a su lado?